

LA NOVIA DEL MARINERO



NUEVA YORK:
D. APPLETON Y CÍA.,
Libreros-Editores,
1, 3, y 5 Bond Street.

LA NOVIA DEL MARINERO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

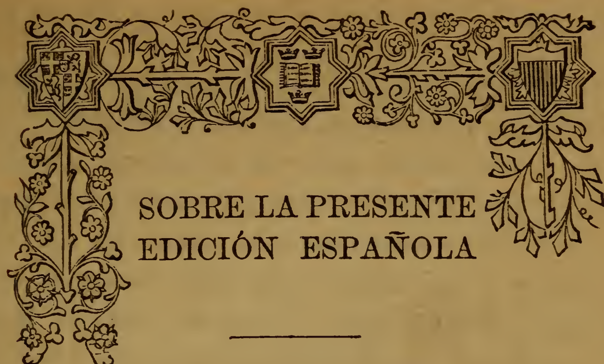
POR

W. CLARK RUSSELL

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

JOSÉ M. TRIGO

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, y 5 BOND STREET
1889



SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA

En *La Novia del Marinero*, como en las demás novelas que componen la serie de las publicadas en español por la casa de D. Appleton y Cía., se acaba de probar una vez más, el buen gusto que siempre se ha mostrado en su elección.

Aunque la novela, generalmente se mira, como un libro de pasatiempo, no reconociéndole más valor que el de proporcionarnos alguna distracción y que sólo se tiene en cuenta que su lectura sea agradable, olvidándose de investigar el asunto de que trata; sin embargo, no deja de ser un error el aceptarlo á ciegas. La novela se lee por todas las clases de la sociedad y especialmente por las mujeres de las que es una compañera inseparable; de ahí la necesidad de pensar algo más para elegir las que hayamos de leer. Siendo así ¿no debemos procurar que las novelas que proporcionemos á nuestras familias, á la vez que deleiten y distraigan con su lectura, instruyan y moralicen?

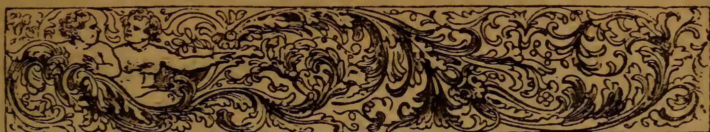
La Novia del Marinero llena los requisitos que requiere toda buena novela; su lectura es amenísima, su argumento

simple y encantador, encierra en sí misma cierto espíritu de buena moral, y á la vez es instructiva y romántica. Clark Russell, el distinguido autor de *El Pirata Helado*, *El Naufragio del Grosvenor* y otras, siendo él mismo un marinero, halló tantos atractivos en la inmensidad del océano, que al relatar lo que muchas veces había admirado, lo hizo empleando el lenguaje rudo y simple del marinero inglés y logró encantar con sus admirables descripciones á todo aquel que tuvo la suerte de leer sus obras. Las escenas de horror que hacen temblar á las gentes de tierra, las ha sabido interpretar revistiéndolas con toda la poesía y sublimidad que encierran en sí mismas. Los pasajes más patéticos de *La Novia del Marinero* son aquellos que mayor distracción proporcionan al lector. Finalmente, una joven delicada y encantadora, novia del protagonista y animada por los impulsos de su cariño hacia él, lleva la abnegación, el valor y la serenidad, hasta el punto que sólo el amor más puro y más sublime, puede inspirar á un corazón amante.

Terminaré por decir, que si el lector no encontrase en esta novela todo lo que aquí se le ofrece, no será la falta del autor, sino la del traductor, que en tal caso y á pesar de su buen deseo, no habría sabido interpretar en la lengua de Cervantes, los elevados pensamientos de que está llena *La Novia del Marinero*.

NUEVA YORK, *Abril de 1889.*

EL TRADUCTOR.



LA NOVIA DEL MARINERO

CAPÍTULO I

CON MI NOVIA EN BURMARSH

Como veréis por esta narración, yo he pasado algunos días tristes y aciagos durante mi vida, y quisiera poder decir que ya habían terminado; pero el día más cruel que mis ojos vieron la luz, fué un miércoles en Junio de 1858. No era porque el último día de fiesta que yo iba á pasar en tierra estaba para terminar, ni tampoco porque en más de tres meses no había echado la vista sobre un buque; pero sí, porque en un solo día, debía cambiar, la dulce vida de verano en el campo, dormir á pierna suelta durante la noche, la leche y la fresca mantequilla y pasear por donde quiera á mi placer, sin otro dueño que mi propia voluntad, y sin que nadie me dijera "¡ eh ! ¿ á dónde va ? " Todo se trocaría por una semana de trabajo en los diques de las *Antillas*, y un viaje que al parecer duraría más de un año. Sin embargo, esto no era lo peor del caso; hacerse á la mar, no es nada para el hombre que no deja tras sí más que la tierra, y que no tiene seres queridos de cuyos brazos tenga que arrancarse en el momento de partir.

Mi madre sobrevivió á mi padre por cinco años, y yo apenas contaba catorce cuando ella dejó de existir. Desde aquel momento, mi sombrero ha cubierto mi familia y mis

riquezas ; entonces, me embarcaba con la misma naturalidad con que un muchacho va á su casa ; la tierra para mí, era un lugar de fiesta y disipación, en donde siempre estaba alegre mientras tenía dinero. Sin embargo, en el día de que hablo, había algo más ; en aquella mañana de Junio, al despertar, mi corazón pesaba dentro de mi pecho como si fuese de plomo, y ningún mortal pudo verse un ceño tan triste como el que yo ví en el espejo, al volverme hacia él en el momento que me lavaba. Aquel que veía, era yo mismo : Guillermo Lee, de veinte y tres años de edad, enamorado, y además comprometido á casarse. Yo contaba con que el compromiso era un engaño, todo sería esperar ; pero eso no lo hacía menos real. El anillo de novia brillaba en su dedo, y los dos estábamos enamorados, seríamos fieles el uno al otro, y esperaríamos hasta que el sacerdote la diera mi nombre.

Ella era huérfana como yo. Su padre primo de mi madre, había sido un oficial de marina, y al morir, le dejó una herencia de quince mil duros. Tenía por tutor un viejo abogado, en aquel tiempo concejal del pueblo de *Burmarsh ;* hombre de buen fondo ; pero tenía mala opinión de los demás y se complacía en que le creyeran cínico. Creo que le odiaban todos aquellos entre los que se sentaba en el concejo ; no sólo por su terquedad y astucia en las votaciones, sino también porque casi todas las semanas, escribía á los periódicos locales haciendo una crítica burlona de la corporación. Nunca tomé el menor interés en sus cosas ; y á pesar del empeño que el Concejal Marcelo demostraba, no pudo conseguir excitar mi curiosidad sobre ellas : por su puesto, casi no sé lo que quiere decir la palabra concejal, ni lo que está llamado á desempeñar ; pero tenía la seguridad, de que él era ajeno á todo lo que concierne á la mar.

En su casa conocí á Rosa Guillermín, y al verla quedé

enamorado ; que como todos sabemos los hombres somos ligeros en cuestiones de amor, y con más razón, los marineros que pasan meses sin poder ver una mujer. Pasó algún tiempo para que se determinase á pensar en mí, y de no heberla ayudado, "dándole una mano" (como suele decirse), en todo lo que yo podía, ella no lo hubiera hecho. Su padre, había muerto hacía seis meses, y su corazón estaba cubierto de luto ; pero después de algún tiempo, su amor encontró al mío, y como vosotros habréis observado á la orilla de la mar tranquila ; la ola sube en la playa con suave susurro, vüelve atrás, y de nuevo se lanza adelante con más fuerza y estabilidad ; así subía y bajaba el amor de Rosa.

Según creo, yo iba á embarcar en el séptimo viaje y mi primero como segundo piloto ; lo que debiera avergonzarme de ser, siendo así que entonces, para esta clase, los camarotes privados eran tan difíciles de encontrar en buques mercantes, como las ballenas en el Canal de la Mancha. Próximamente dos semanas antes de embarcarme, la llevé á pasear hacia el río, y como era verano, ella contemplaba las truchas saltando á la superficie espumando las aguas, y allá, á lo lejos, se distinguían las perezosas vacas rumiando *chau, chau, chau*, como grupo de viejos marineros masticando trozos de dura galleta. Entonces tomé su mano entre las mías, y sin andar en rodeos, la declaré mi amor. Allí arreglámos nuestros planes ; ella era mi dueña y hacía cuanto quería de mí, á pesar de que su manera de ser era tan fina y delicada, que nunca me hizo la menor exigencia. Por fin, quedámos comprometidos para casarnos cuando volviera de mi próximo viaje ; porque según ella decía : "eso te dará tiempo para pensar, ver otras mujeres y estar seguro de tí mismo" ; de modo que si á mi vuelta yo la amaba todavía, la pondría el anillo de compromiso, y esperaría hasta que pudiéramos

casarnos. En aquel momento la pregunté. "¿Permanecerás tan fiel como yo?" Esta era una pregunta de hombre y no necesitaba contestación; su mirada me lo dió á comprender mejor que lo hubieran hecho sus palabras.

Yo partí amándola; y cuando tenía ocasión de escribir á mi país, la primera carta era para ella; después volví, y volví amándola. En la misma tarde de mi llegada, al verme solo á su lado, la puse el anillo en el dedo, nos besámos, y á pesar de que la ceremonia necesita consagración, ¡Dios sabe que ella pensaba bien! Sus dulces besos me hicieron comprender lo que me amaba; aquellos besos eran las palpitaciones del corazón que se sentía feliz al verme volver sano y salvo de nuestra larga separación, después de continuos deseos, temores y oraciones. Durante el tiempo que estuve en tierra, siempre se nos veía juntos, y únicamente nos separábamos para variar de compañía. Nuestro mútuo amor hacía murmurar á las gentes del lugar. En *Burmarsh*, nadie puede cruzar la calle sin ser visto y causar cuchicheos; según todas probabilidades, debe suceder todavía á pesar de haberse duplicado la población. Por fin, llegó el último día de permanencia en casa, y al siguiente partiría para Londres á embarcarme como segundo piloto, aun teniendo mi certificado de primero, y una semana más tarde la *Sirena* debía hacerse á la vela.

La casa del Concejal Marcelo se encontraba en la calle alta, hacia la parte arriba del lugar y como á un tiro de piedra de la entonces nueva capilla de *Wesleyan;* era antigua y contaba más de ciento cincuenta años; en la parte de atrás, tenía huerta y jardín: la una, de árboles frutales cuyas peras eran las mejores del país; y el otro, estaba plantado con multitud de flores. Los suaves aromas que exhalaba el espliego, las rosas, las violetas y otras muchas plantas, lo tenían convertido en una perfumería; con

frecuencia, posado sobre la abierta ventana, hacía acopio de los suaves olores, pensando que debía aprovecharlos ya que la ocasión me lo proporcionaba; puesto que volvería á las aguas de pantaque* donde sólo podía aspirar los perfumes del puerco salado.

La mañana de que hablo, tardé mucho en arreglarme; constantemente mi pensamiento parecía caer en la meditación, y cuando volvía de aquella especie de sueño, era para encontrar mis manos perezosas, y mis ojos fijos en un apiñado ramillete de flores, al rededor del cual, las mariposas revoleteaban como pedazos de papel de diversos colores arrojados al capricho del viento, y numerosas abejas, con su ronco zumbido, parecían remedar los tonos bajos de los cantos de iglesia. La ventana de mi cuarto estaba abierta de par en par, y en aquella hermosa mañana podía verse la naturaleza en todo su esplendor. "¡Oh, Rosa!" pensaba yo. "Éste será probablemente el último día, que pasemos juntos ¡Dios mío, Dios mío! ¡dejarte á tí, mi dulce bien, dejar estas flores para pasar una semana estivando dentro de la oscura y rancia bodega de un buque; y después hacerme á la vela para quizás morir ahogado, quedar intranquilo flotando en los inmensos abismos del mar, y al hundirme en ellos, dejar por toda señal de mi vida, algunas frágiles burbujas en la superficie de las aguas, y ser pasto al fin de algún terrible monstruo jamás visto por los mortales! ¡Mientras tú, amada mía; después de rogar á Dios por mí, pasarás largo tiempo reposando en tu blanca cama, pensando si mis recuerdos serán tuyos, y donde estaré yo; y como la calma la tendrás tú, verás la imagen del buque erguido en la tranquila mar! pero ¿podrás tú nunca pensar en la terrible tempestad que todo lo asola y destruye en otra parte? ¡Verás las hinchadas velas como quietas nubes

* Aguas estancadas: la mar.

en un cielo lleno de estrellas, y después, ya con tus ojos cerrados, tus labios murmurarán mi nombre, y al fin tu tierno corazón, suave y acompasadamente latirá, cuando te encuentres en los brazos del sueño!"

—¡ Bah ! ¡ Bah ! pensé, es mejor dejar esto. Ya estaba á punto de retirarme de la ventana y del cuarto, cuando á mi gran sorpresa oí á Rosa cantar en el jardín, y dí una vuelta seguro de verla, con la cabeza escondida en un gran sombrero de paja y unas tijeras en la mano cortando flores. "¡ Cantando eh !" está bien ; dije para mí ; ¡ En el día más triste que ella debiera tener, está cantando y cortando flores como si fuera de fiesta ! y contrariado me puse á escuchar :

Arrullado por la mar,
Duerme el feliz marinero;
Al compás del balancear,
De su gallardo velero.

En este momento cesó, miró en derredor suyo para buscar una flor que le agradase, y continuó su canción :

Su buque, es su bien, su amor,
Con él sueña y se divierte;
Y sin pena ni dolor,
No se ocupa de su suerte.

En el último verso hizo otra pequeña pausa ; parecía estar persuadida de que yo la escuchaba ; pero quería hacerme tragar la empanada, y después prosiguió :

La tierra ha dado al olvido
Do le supieron querer,
Donde con pecho afligido
Por él llora una mujer.

Si la recuerda un momento
Y entona triste cantar,
Sus penas se lleva el viento,
Sus recuerdos ahoga el mar.

Apenas había concluído su elegida canción, cuando oí á Ana la hija del concejal que le preguntaba.

—Rosa, ¿ha bajado ya Guillermo? el almuerzo estará listo en un momento.

Rosa al oírla hizo un movimiento; pero más ligero que ella me eché á estribor, puesto que no me pareció oportuno hacerla ver que la estaba mirando, y escuchando su canción.

—Guillermo, ¿estás en tu cuarto todavía? preguntó; pero yo dí la callada por respuesta.

No podía comprender su canto ni sus idas y venidas en aquella mañana; aunque podría ser muy bien que todo aquello fuera fingido. De ninguna manera parecía bien; porque, estando yo tan triste, creía que ella debía estarlo. Un minuto después, con un poco menos de ánimo volvió á preguntar, y como yo estaba ya vestido fuí para abajo.

Sobre la alfombra del comedor, en un sitio donde reflejaban los rayos del sol que entraban por los cristales de la puerta del jardín, estaba Ana Robinson jugando con un gatito frente al sitio donde Rosa cortaba flores. El viejo concejal no había bajado todavía.

Ana era una de estas mujeres ancha de espaldas y gruesa de cuerpo, de bonita cara, pelo rubio y como de treinta años. Hacía por su padre tanto como hubieran podido llevar á cabo tres generaciones de mujeres: siendo su hija, se querellaba con él con el atrevimiento que lo hubiera podido hacer su esposa, y después, suavemente le acallaba como si hubiera sido su abuelita, á la vez que le reprendía y le ponía la cara seria por detrás de su asiento.

En otro tiempo yo estaba siempre muy encaprichado en besar á aquella muchacha, y según creo, á ella parecía no disgustarle; por un momento creí estar enamorado de ella; pero al conocer á Rosa puse término á todas estas tonterías,

y me dejó, con la indiferencia que hubiera dejado ir á un gato á quien acariciara sobre su falda.

—Buenos días Ana ; me place sobremanera oir cantar á Rosa ; pero á decir verdad, estoy aún más triste que el oso polar que se encuentra en altos mares flotando sobre un pedazo de hielo. Diciendo esto, miré hacia mi amada quien se había retirado más, y distraída cortaba flores en un bancal de "no me olvides."

—Y, ¿por qué no ha de cantar, mi dulce Guillermo? preguntó Ana con aire de indiferencia exasperante, y prosiguió : Querido, cuanto más tiempo pueda gozar de la alegría, tanto menos tendrá que llorar tu ausencia.

—Verdaderamente ; la dije ; pero de todos modos, hoy es el último día que estaré á su lado. Poco más tarde de esta hora, mañana por la mañana la diré "á Dios," el á Dios de marcha, querida ; pero no hablemos, ella está ahí.

Rosa entró ; puso sobre una mesa el ramo de flores que traía, y empezó á mirarme de hito en hito, como si quisiera adivinar mi pensamiento. Estaba hermosa ; era una de estas mujeres que se hacen amar á primera vista ; de altura regular, aire desenvuelto y gracioso, y ágil y blanca como una gaviota. Tenía una hermosa cabellera de un color moreno bronceado, sus pies, eran excesivamente pequeños y con manos diminutas como las de un niño ; su boca podía haber sido un poco menos grande ; pero entre sus labios de coral se destacaban dos hileras de menudos dientes de marfil ; y . . . cada beso . . . pero, esas son hablillas de la gente del lugar.

El concejal entró ; generalmente estaba de muy mal humor ; pero aquel día se encontraba más tranquilo que nunca, probablemente afectado por mi marcha. Nadie hablaba, y Ana rompió el silencio diciéndome :

—¿Por qué estás triste, Guillermo?

—Creo que es porque tengo que dejarte.

—Vosotros fuisteis novios en otro tiempo, ¿no es así? preguntó Rosa en tono un poco burlón.

—¿Quieres llevarme contigo, Guillermo? volvió á preguntar Ana, y prosiguió; ¿Que harías conmigo á bordo del buque?

—Quien sabe si haría de tí un mascarón de proa; y estoy seguro, que serías uno de los más bonitos, la contesté.

—Guillermo, ¿te has decidido á hacer una escapada y venir á vernos antes de que vayas á salir á la mar? dijo el concejal.

—¿Para qué? Yo creo Sr. Marcelo, que es mucho mejor dar los "á dioses" y despedidas de una vez; apretar la mano y recibir bendiciones, no es una broma para el pobre diablo que se va, teniendo que dejar aquello que más quiere, y quien sabe, si para no volverlo á ver más; dije como si me sintiera con un nudo apretado á la garganta. Al oírme, Rosa echó una cucharilla en su taza y parecía estar absorta mirándola.

—Tengo la esperanza de que nos volveremos á ver; dijo el viejo conmovido, á pesar de que un año es mucho más largo para mí que para tí, puesto que te quedan casi cuarenta que vivir antes que llegues á mi edad; y aunque para nosotros gente de tierra, el mejor viaje en la mar lo tenemos por peligroso; sin embargo, yo creo que no existe ningún hombre, que no apostara en favor de las muchas probabilidades que tú tienes de volver otra vez á casa, en contra de las pocas que á mí me quedan para vivir hasta entonces, y darte "la bien venida."

Parecía realmente afectado, y Ana lo miraba con más seriedad que una monja en rezo. Rosa con su mano en la mejilla, como una pavía en el cáliz de un lirio, miró fijamente al viejo concejal, y una lágrima que brotó de sus ojos

aumentó más mi confusión. Sin duda pensaba más en el Sr. Marcelo que en mí; esto, dado el caso que yo estuviera en su pensamiento.

Mi cuento, os dice fielmente lo que pasaba en casa del concejal durante el almuerzo de que os hablo; pero á guisa de buen marinero, echaré á un lado tanto sentimiento, puesto que, el hombre curtido por la mar, no debe tener mucho apego á las simplezas de tierra, y cuanto antes me vea sobre las aguas, tanto más feliz seré.

Rosa no volvió á cantar en todo el día ó al menos no la oí, pero ni en la mañana ni en la tarde, me fué posible gozar de su compañía tanto como hubiera deseado. Parecía enamorada del viejo concejal, y continuamente buscaba pretestos para ir á su lado; y sus maneras para con él eran tan delicadas, amables y sentidas, que nunca la había visto de aquel modo.

Durante el día el calor era muy excesivo para salir de casa; pero cuando el sol declinó hacia el horizonte, y las primeras brisas de la tarde comenzaban á hacerse sentir, invité á Rosa, por la última vez, para irnos al río en un bote. Sin contestarme, fué á buscar su sombrero y apoyada en mi brazo comenzámos á marchar lentamente á través de las callejuelas que conducen al viejo embarcadero.

La única impresión que echa raíces en la imaginación del hombre cuando va á alejarse de su país natal para un largo viaje, es la última que recibe; y ésta, por intérvalos, siempre vuelve en aquellos momentos en que el pensamiento vaga en el silencio de tierras extrañas. Muchas veces desde entonces, en mis solitarias horas de guardia durante la noche en la mar, aparecía ante mi mente con la mayor vividez, el pueblo de *Burmarsh* y los campos que le rodean, con la misma armonía que los ví en aquella tarde; largas líneas carmesí se dejaban ver en el poniente; mientras que al

saliente, parecía levantarse una montaña nebulosa color de plomo con brillantes perfiles dorados, en contraste con el delicado tinte rosa que se destacaba de las cumbres de las colinas. Yo he contemplado la beldad de la naturaleza en muchos países ; pero nunca pude admirar un panorama tan hermoso, como el que presentan las campiñas de Inglaterra, cuando el sol, al ocultarse en el horizonte, deja poner de relieve algunas de las más brillantes estrellas. El verde de los umbrosos árboles comienza á oscurecer en oposición al azulado cielo, y cuando el coro de las tiernas avecillas ha cesado, y sólo algunas notas melodiosas se dejan oir aquí ó allá ; la rana saliendo de su agujero comienza á saltar en el polvo de los caminos ; los chirridos de los insectos se dejan oir por entre la yerbecilla ; las aspas del romántico molino de viento están inmóviles, y sólo en las ventanas más altas brilla la escasa luz del poniente Febo : entonces, la paz de la noche haciendo su aparición en el oriente, puede vérsele llegar como diciendo: ¡Venid conmigo al lado de las sombras !

Había dos botes á la orilla del río ; embarcámos en uno de ellos, y el dueño le empujó para alejarnos de tierra : remé como por media milla, y encontrándonos ya á cierta distancia del pueblo y de los campos que se extienden á ambos lados, eché un remo en el bote, y con el otro bogaba sobre la chumacera de popa con un movimiento casi imperceptible. De esta manera nos sosteníamos en medio del río, y sentado al lado de mi bien amada en el asiento de popa, dejaba que la frágil barquilla se deslizase sobre la corriente, que en este punto, marcha como media milla por hora.

La tarde estaba hermosa y serena ; el sol se había ocultado, el poniente estaba cubierto con rayos de fuego y la luna aparecía al mediodía dispuesta á arrojar sus blancos rayos sobre la tierra, cuando el rojizo de los cielos hubiera desaparecido. Las vacas impacientes mugían en las pra-

deras, y todo el resto estaba sumido en el más profundo silencio. De vez en cuando, veíamos algunos hombres, probablemente campesinos de aquellos pueblecitos ; y de los que apenas podíamos descubrir su cabeza sobre los maizales ó bien cual sombras pasaban sobre el camino que borda al río como á una distancia de doscientos pasos. Desde este sitio se divisa un gran horizonte ; las lomas están aplanadas y sin árboles ; pero en media hora de continuo remar, hubiéramos llegado á un lugar, desde donde se contemplan los más bellos paisajes. Aquí el río serpentea formando eses, y á cada una de sus vueltas, las aguas presentan diferente aspecto : ahora aparecen de color de plomo ; más adelante reflejando los lánguidos rayos de la luna, toman un tinte parduzco ; aquí, iluminadas por la escasa luz del oeste, se ven como cubiertas de sangre, y allá, de un color azul oscuro en imitación á los cielos del norte.

Como deben estar dos que se quieren, nosotros estábamos sentados el uno al lado del otro ; mi brazo derecho rodeaba su cintura, y con el otro sostenía el remo. Ella para estar más próxima á mí, se quitó el sombrero, y frecuentemente recostando su cabeza sobre mi hombro, su oído junto á mis labios, hablábamos en voz tan baja, que hubiera sido imperceptible á cualquiera que ocupara el extremo opuesto del bote. La sorpresa que me había causado oírla cantar y coger flores por la mañana, había ya desaparecido ; sonreía cuando yo se lo recordaba, se separaba de mí, y mirándome de frente, parecía darme á comprender, que yo debía hallar la causa sobre el espejo que me ponía delante, antes que ella pudiera decírmelo. Por un momento, creí haber exagerado en mi imaginación ; sin embargo, pensé, y aún todavía pienso, que había un no sé qué, de menos en sus maneras ; no pude descubrir lo que era ; pero indudablemente faltaba y debiera estar allí.

Si alguna vez tuve ocasión de estar celoso de ella, fué entonces ; en pocas horas teníamos que separarnos, yo debía embarcarme para un largo viaje de un año, y tanto era lo que la amaba, que la única cosa que podría hacer soportable la ausencia, era mi convicción de que ella sería para mí tan fiel como la brújula ; la seguridad de que su corazón y sus ruegos me seguirían á donde quiera, y que separados por miles de millas sería mía como si fuera mi esposa y estuviera á mi lado. Por eso, si críticamente la veo en la víspera de mi marcha, creo que vosotros me perdonaréis, y por otro lado ; ¿ quién puede amar sin tener celos ? ¿ Cuándo lanzará el sol sus luminosos rayos sin que causen sombras ?

Yo creo que su sentimiento había robado sus maneras y quería reponerlas con caricias ; pero por lo que me había hecho pensar durante el día, aquella inspiración no era causada por mí sólo ; á pesar, de que por momentos me parecía encontrarla tan triste como yo. Ví las lágrimas brotar de sus ojos cuando hablábamos de Ana y el concejal, y hacía ver que el recordarles la obligaba á llorar.

—Pero dime Rosa ; ¿ por qué lloras por ellos ? la pregunté. ¿ Va á sucederles alguna cosa ? Cualquiera creería que iban á embarcarse para un largo viaje.

—Guillermo, no me lo preguntes ; me contestó enjugándose las lágrimas : tomó mi mano entre las suyas, la cerró apasionadamente contra su pecho, y por algunos momentos dejó escapar amargos sollozos. Yo tenía la seguridad de ser la causa de su tristeza ; me lo había demostrado por la manera con que cogió mi mano, y por mi parte comencé á prodigarla las más tiernas caricias.

—Un año parece largo tiempo para esperar, Rosa ; pero es muy corto si lo vemos en el pasado. Creo que fué ayer cuando te dije, "á Dios," para marchar en mi último viaje.

—Sí, Guillermo ; pasará, y pido á Dios que nos proteja,

querido mío, para ver su fin y encontrarnos reunidos sanos y salvos.

¡ Ay ! tenemos que esperarlo y rogar por ello también. Yo te dejaré llena de mis mejores esperanzas, y estoy seguro que en mi próximo viaje, podré obtener un camarote de piloto de primera clase y en él nos casaremos, dando fin á todas estas escenas. La repetí los planes de que ya habíamos hablado en otras ocasiones, y al fin, logré verla sonreir ; pero siendo yo el más triste de los dos, como sé ahora, el ponerla contenta era un trabajo desesperado ; era igual á hacer dos *nudos* contra corriente que lleva tres, ó marchar hacia adelante sobre agua, y á la vez perder terreno. Por temor de desfallecer totalmente, me decidí á poner los remos en las chumaceras y comencé á remar hacia la vieja casa embarcadero.

La luna nos alumbraba, y sus rayos reflejados en las aguas, parecían convertir el río en planchas de plata. En el cielo se destacaban millares de estrellas, y á su luz la cara de Rosa se veía como un espectro. No podía retirar mi vista de ella ; la creía un sueño, una cosa que no tiene existencia, y verla allí era para mí una creación de la mente.

Á ambos lados la tierra desaparecía de nuestra vista como una nube blanquecina ; sólo se oía el ruido de los remos, y de cuando en cuando, el murmurio producido por las aguas, que al chocar en el tronco de algún árbol cuyas raíces estaban bajo la superficie, se echaban á los lados formando semicírculos. Apenas hablámos, mi corazón henchido me dolía cuando quería articular ; Rosa permanecía absorta con sus ojos fijos en las aguas, y cuando por una curva del río hacía que los rayos de la luna iluminasen su cara, yo podía ver las lágrimas brotar de sus ojos. Pronto llegamos al embarcadero, la ayudé á saltar en tierra y lentamente nos dirigímos á casa.



CAPÍTULO II

RÍO ABAJO

La *Sirena* era un hermoso buque de ochocientas cincuenta toneladas de registro. Había sido construido en *Aberdeen;* pero su antiguo dueño, al unirse á una firma de armadores de Londres, aportó el buque con él, y el nombre de su matrícula fué cambiada por el de *Londres.* Los escoceses son los mejores constructores de buques en el mundo, y la *Sirena* se consideraba como una de las mejores obras salidas de sus arsenales.

Cuando la ví por primera vez, estaba atracada junto á la muralla del dique, empolvada, sucia, y la cubierta llena de mercancías. Los buques que tenía á sus costados, no servían sinó para oscurecer sus perfiles; sin embargo, por su redondeada popa, la delicada curva que marcaban sus costados y el admirable corte de su proa, hacían ver sus condiciones marineras, y era uno de estos barcos á quien el marino ama tanto como á su novia. Estaba enchapado de cobre hasta la línea de agua, pintado de verde y con una lista blanca que iba de proa á popa. Esta última en forma elíptica tenía en su graciosa curvatura una faja dorada, en medio de la cual se leían en letras blancas: *Sirena, Londres.* Su mascarón formaba un delfín con la cola plegada para arriba y debajo de la cual nacía la proa que terminaba en un filo tan agudo como el de un cuchillo, echándose para

afuera como en los buques de regata. El sol reflejado en la parte baja de sus masteleros, parecía incendiarlos, siendo tal su brillo que eclipsaba la vista. Las vergas mayores eran enormes y estaban dispuestas para un inmenso despliegue de trapos. Cargaba velas de tope, rizos y gavias en el trinquete y mayor, y sus vergas al pie de sus anchas cofas, le daban el aire de buque de guerra. Toda la cubierta estaba llena de enchapes de bronce ; el parapeto, los pasamanos y grampones, las cabillas, la bitácora, todo brillaba como oro, y me sugerió la idea de que los pobres muchachos iban á tener las manos llenas.

El 26 de Junio, debíamos salir del dique con la marea alta, como á eso de las dos y media de la tarde. El día estaba muy caluroso ; pero una pequeña brisa se dejaba sentir y nos aliviaba un poco en nuestro trabajo de salida. El buque parecía muy diferente á como yo le había visto por primera vez ; pintado de nuevo, la cubierta blanca como si se hubiera limpiado con piedra pómez, los bronces que parecían grandes joyas, las plegadas velas suaves y blandas como almohadas, las tirantes jarcias ajustadas como las çuerdas de un arpa y el gracioso marchar del buque, completaban su arrogante pintura. Al salir del dique, fuimos saludados por un grupo de perezosos ; en pocos minutos el remolcador nos llevó al medio del río, y la gentil embarcación comenzó á deslizarse sobre las aguas, ostentando su grandeza y hermosura.

Sobre la cubierta había muy poco que hacer ; dos timoneles estaban á la rueda, y los demás sentados sobre el castillo miraban la tierra que parecía huir á nuestra vista. La salida es siempre la parte más melancólica del viaje ; al ver aquellas escenas tan familiares desaparecer á la popa ó quedar ocultas por las vueltas del río, cada una de ellas abre una nueva brecha en el corazón. Se ven los almacenes lle-

nos de vida y movimiento, inmensos pesos suspendidos por las cadenas macizas de las grúas, los hombres que dejan el trabajo para vernos pasar, la espumosa corriente levantada por el remolcador, el pequeño bote cuyo habitante solitario echa su pecho sobre los remos para quitarse el sombrero y saludar con él, los campos llenos de verdura á lo lejos y los casi imperceptibles bosques más allá; todo llama al sentimiento de una manera tal, que si alguna tristeza ha de sentirse durante el viaje se sufre en aquel momento. Sin embargo, el día era tan hermoso, que la imaginación más perturbada y el corazón más afligido, podían encontrar en la beldad de la naturaleza, un algo con que recobrar el ánimo y enaltecer el espíritu.

El río estaba lleno de embarcaciones de todas clases y colores: ya un vapor con sus muradas altas como montañas, pasa rápido á nuestro lado dejando en su paso espumadas lomas; ya un velero sucio, descolorido y casi escondido en las aguas es remolcado río arriba, con la jarcias y velas destrozadas, desmantelado por los malos tiempos que ha sufrido en el largo viaje, las cadenas mohosas y la gente marchando de un lado á otro por la cubierta para descubrir alguna cosa que recuerdan; ya un falucho de mal porte, con las velas engrasadas y que le ajustan como á un hombre los calzones de un muchacho. Un individuo de color indefinible se halla en la desgalichada rueda del timón, mira arriba y abajo según la mueve, abajo y arriba otra vez, y de nuevo arriba y abajo, parece más bien que hombre, una máquina con un movimiento universal en el pescuezo. Finalmente, frente á *Greenwich*, nos pusimos mano á mano con un vapor de excursión; los pasajeros, unos nos gritaban, otros nos saludaban con los sombreros y los pañuelos, aquellos nos ofrecían tabaco y frutas, y todos nos deseaban buen viaje; después echándose á un costado, la música comenzó á tocar la

marcha "*Corazones de Roble,*" y rápido como una flecha pasó á nuestro lado y se puso á proa para asfixiarnos con el humo de sus chimeneas.

La grandeza del Támesis consiste en las inmensas fortunas que por él entran y salen ; pero como río, es tan bello y majestuoso, que si corriera por un sitio que no perteneciera á Inglaterra, los ingleses no se fatigarían nunca de elogiarle. Lo he pasado muchas veces ; pero nunca me impresionó tanto, ni exaltó mi orgullo bretón como aquel día, que el sol con todo el esplendor de sus colores daba más vida y animación á la brillante escena.

Más allá de *Woolwich,* el azar hizo que nos reuniésemos un gran número de barcos ; el río estaba cubierto por una flota de buques de todas descripciones, unos subían, otros bajaban. Los vapores marchaban cautelosamente, ya avanzando, ya retrocediendo para evitar un tropiezo ; de cuando en cuando se chocaban las vergas, los ecos se repetían de uno á otro, y los marineros cual tropa de orangutanes domesticados, trepaban por las jarcias y las vergas con ligereza increíble. Numerosos barcos pequeños iban orzando río abajo, y al verles parecían estar bailando una cuadrilla ; pero había tanta grandeza y dignidad en aquellos cruces y vueltas, que sería inútil pretender describirlas.

Poco más allá de *Greenhithe,* venía un viejo y desgalichado bergantín, con un girón por trinquetina, y por real un trapo con más agujeros que la ropa profesional de un mendigo ; en una de sus orzadas, echose contra una linda barca que cautelosamente navegaba con sus gavias. El choque puso á la barca viento en popa y como mujeres furiosas que se tiran de los cabellos y se hacen pedazos sus vestidos, aquellos dos barcos parecían cegarse el uno contra el otro ; el botalón del bergantín, salta como si fuera una zanahoria, cae el mastelero de trinquete de la barca

arrastrando con él vela y jarcias; un momento después medio castillo del bergantín salta como coronilla de huevo cortada por un cuchillo, y en pocos minutos los dos antagonistas quedaron casi convertidos en ruinas. Cuando nosotros llegámos frente á ellos, la confusión era terrible; los hombres aturdidos huían de los palos y jarcias que caían sobre la cubierta, otros gesticulaban de la manera más trágica y las amenazas á puño cerrado é imprecaciones y juramentos de uno y otro lado, eran un portento en lo que toca á esta parte de la profesión de marinero. Por fortuna, el daño principal había sido de la parte de arriba; un remolcador y varios otros botes iban presurosos á separar los infortunados combatientes, y nosotros acabábamos de presenciar lo peor de un mal encuentro.

Sabíamos que en *Gravesend* era necesario hacer ancla. Cuando llegámos frente al pueblo se preparó el molinete, en el momento oportuno el remolcador largó el cable, el ancla cayó, y con el ruido atronador de la cadena al pasar por los escobenes, la *Sirena* quedó de nuevo sujeta á tierra inglesa. El capitán, el práctico y los aduaneros marcharon á tierra, y el barco quedó al mando del primer oficial. Una vez limpia la cubierta y todo en orden, me marché para la popa.

El Sr. Tomás, que así se llamaba el primer piloto, vino á reunirse conmigo. Era un escocés en miniatura, con pequeños ojos azules, muy vivos y más ligero que una ardilla. Vestía un traje extravagante: pantalones de género azul muy anchos, y que al soplo del viento parecían morcillas frescas; una especie de chaqueta de lo mismo, muy larga y que caía más al lado derecho que al izquierdo; un chaleco de terciopelo aplomado, con pequeñas chispas amarillas, botones dorados, y de uno de los ojales estaba prendido el mosquetón de una gruesa cadena de oro; un gran pañuelo

de seda por corbata y un gorro colorado con una gran borla de oro que caía sobre sus hombros.

El hombre estaba muy preocupado mirando á tierra, y por mi parte, no teniendo ningún trabajo que hacer, estaba dispuesto á hacerle compañía. Los atractivos del río habían desaparecido y la soledad y la tristeza venían á remplazar el movimiento y la animación. En seguida vinieron á mi mente el recuerdo de Rosa y los paseos que juntos habíamos hecho en *Burmarsh ;* pero el Sr. Tomás, no me permitió pensar mucho rato en ello.

—Ya estamos en camino, Sr. Lee, me dijo ; la vieja Inglaterra, pronto quedará fuera de nuestra vista.

—Esperemos que será con bien ; contesté.

—¡ Oh ! sí, tendremos un viaje feliz ; la *Sirena* es un buen barco y marcha como si fuera de vapor ; dijo Tomás y continuó ; mire esta linda curva, parece un sueño, es una cosa demasiado bonita para rústicos marineros.

—La *Sirena* es muy hermosa ; pero para mí, tiene el defecto de marchar en sentido opuesto al que yo quisiera, y estaría más contento si me viera sobre un viejo cascarón que fuera en direción al puerto.

—Lo mismo me pasa á mí, únicamente, que creo que la diferencia está en contra mía ; sí Lee, Vd. recordará alguna aventura amorosa, mientras que yo, dejo á mi mujer y por mucho ó poco que sea, es duro separarse de ella.

—Estoy casi en el mismo caso que Vd.; le dije haciéndole levantar los ojos para mirarme á tiempo que decía :

—¿ Es Vd. casado, Lee ?

—No ; pero para mí es tan duro como si lo fuera ; dejo á mi amada con quien estoy comprometido á casarme y jamás, desde que tengo uso de razón, me ha contrariado tanto salir á la mar.

Tomás me escuchaba atentamente y al fin exclamó :

—Lee, tenemos que hacer la del caracol, "tomar el tiempo tal cual es"; además, yo dudo que á proa no haya por lo menos ocho ó diez que hayan dejado sus mujeres y sus hijos en tierra. Hoy hace un mes que me casé, y el casamiento es como la cal nueva, une las piezas fuertemente aunque después se separen sin esfuerzo. Se metió una mano en el bolsillo, con la otra se puso á rascar la nariz y después de un momento continuó; estoy tranquilo porque á pesar de todo la he dejado bien, tiene tres habitaciones, muebles nuevos y todos mis ahorros desde que salí á la mar, han quedado á su nombre en la banca; tiene una hermana que la haga compañía, y como el tiempo pasa más ligero que parece, pienso que es lo mejor echarlo todo á la espalda y no acordarse de ello.

Así diciendo, comenzó á pasear sobre la cubierta, y yo comprendiendo que quería cambiar de asunto le dije:

—¿Conoce Vd. al Capitán Flandes?

—No; me contestó; y únicamente sé de él lo que me contó un amigo cuando supo que lo habían nombrado jefe de la *Sirena*. Ese compañero me refirió, que la locura en la familia del capitán, va de padres á hijos; su padre se ahorcó, y uno de sus hermanos que era clérigo, cuando se encontraba algún pobre andrajoso, le hacía quedarse en pelota y después cambiaban de ropa, predicaba en la calle, porque decía que el diablo le seguía cuando iba al púlpito; pero mi amigo no me contó su fin, y por mi parte no sé si nuestro jefe tiene ó nó mucha religión. Lo que sí he observado, que tiene aire de mono, y aunque á mí me correspondía ser capitán de la *Sirena*, parece que lo nombraron á él por ser amigo del viejo propietario.

Tomás dijo las últimas palabras con tono de amargura y comenzó á pasear como pensativo. Poco rato después reanudamos la conversación que corrió sobre el futuro de nues-

tro viaje y otras cosas propias de marineros. Los hombres estaban sentados sobre el castillo de proa y según creo pasaban su rato de ocio á costa del tipo ridículo de nuestro piloto. Por diferentes veces los sorprendí mirando hacia nosotros de una manera significativa ; pero Tomás no pareció verlo. Durante el tiempo que estuvimos juntos, nunca se ocupó de su pequeñez y siempre creí, que él se tenía por buen mozo, fuerte, grueso y arrogante. Mi altura es de cinco pies nueve pulgadas, y cuando lo veía á mi lado me creía ser un gigante. Paseando, por cada uno de mis pasos él daba cuatro ; pero en cambio de su fatiga, las brillantes botinas que cubrían sus pequeños pies, relucían cuatro veces y llamaban la atención otras tantas.

Con aquel rato de conversación, ganámos mucho en el concepto que habíamos formado el uno del otro ; Tomás me parecía ser un hombre honrado, amable y buen amigo ; lo que me animaba como buen principio para una larga travesía. Tener á mi lado por compañero un piloto que me dejara el trabajo de adivinar la diferencia que había entre nosotros, era ventajoso, y por otro lado, si el capitán no tenía conmigo más que la mitad de la amabilidad que me demostraba el piloto, con respecto á la gente de popa, por lo menos, estaba seguro de tener un buen viaje.

La tripulación que llevábamos era muy numerosa para un buque del tonage de la *Sirena,* y más en aquel tiempo, en que la dotación se suplía en muy diferente escala á lo que se hace hoy ; teníamos treinta y tres marineros, un contramaestre, seis perezosos, que consistían en mayordomo, cocinero y marmitón, carpintero, un aprendiz y el carnicero; dos pilotos y el capitán ; de tal manera, que al grito de "todo el mundo á la cubierta," contestarían treinta y cinco hombres. De toda aquella gente, nueve eran *peseteros* ó sean hombres que ganan una peseta por mes, y cuyo objeto

es ganarse el pasaje. Era de esperar que en caso de una borrasca inesperada, se podría hacer mucho trabajo en poco rato. Como es natural, todos formaban una miscelánea de tipos, colores y nacionalidades, en donde no faltaba el africano de pura raza; sin embargo, los ingleses predominaban y el todo componía una lucida dotación.

Nuestra carga consistía principalmente en ferretería, raíles de camino de hierro, bronces y otros efectos metálicos; carga muy pesada que daría al buque demasiada estabilidad por su mucho calado. La *Sirena* no era un "buque de línea," pero tenía comodidades para doce pasajeros de primera. Cuatro de los camarotes estaban ocupados, y Tomás me dijo que iban dos mujeres; la noticia no me fué muy agradable, porque los pasajeros incomodan mucho en un buque de vela y las mujeres quitan por completo la libertad de la cámara.

Tomás estaba de acuerdo en ello; pero en su calidad de lechuguino de mar, se alegraba de ver que llevábamos mujeres que admirarían su lindo pie y su bonita ropa. Él y yo comimos solos, puesto que el capitán continuaba en tierra. Al fin de la comida Tomás, á mi gran placer, se quedó en la cámara y yo me fuí á la cofa mayor á fumar un cigarro. El viento había cesado y la marea que bajaba tenía el barco con la proa hacia la parte arriba del río. El sol se escondía en el poniente, y *Gravesend* aparecía envuelto en medio de la rojiza luz de la tarde; los cristales brillaban y la ciudad entera se veía como una masa pesada y sin color en medio de aquelles reflejos que la hermoseaban. En el río, los mástiles parecían lanzas de fuego, y en medio de las fajas purpurinas que formaban, veíanse las jarcias como telas de araña; sobre las oscuras vergas, las velas blancas hacían el efecto de la nieve sobre los troncos de los árboles; de tierra llegaban algunos ruidos apagados á través de la

tranquila atmósfera ; el suave murmurio de la corriente, y el eco dulce de un acordión que tocaban en un barco anclado cerca de nosotros, daban á la escena un carácter tan en acuerdo con mis pensamientos, que como anonadado comencé á pensar en mi dulce Rosa, y permanecí como sumido en aquel éxtasis sublime, hasta que el grito de "¡ Hombre al agua ! " al mismo tiempo que ví caer una sombra del barco que teníamos cerca y después un *plash* que no puede equivocarse con nada y que hiela el corazón de un marino. En un instante, media docena de lámparas fueron encendidas sobre la cubierta y nuestros vecinos con la rapidez del pensamiento echaron dos botes al agua. La maniobra no duró más de tres minutos ; los botes comenzaron á marchar en todas direcciones y el silencio que les rodeaba, tenía algo de parecido á la horrible quietud de las tumbas. Pasaron veinte minutos, cuando una voz gritó :

—¿ Le habéis salvado ?

Nadie contestó á ella ; algunos minutos después la misma voz volvió á gritar :

—¿ Le traéis ?

—Nó, contestaron los hombres de los botes ; ha debido hundirse en el momento de caer, hemos seguido la señal que marcaban las aguas ; pero nada, no encontrámos ninguna cosa á flote.

Atracaron al buque, en dos minutos fueron izados á los pescantes, se apagaron las luces y todo volvió á quedar en silencio.

—¡ Tal es la vida del pobre marinero ! Cae en una tumba ignorada, nadie sabe quien es su madre, ni tampoco si habrá en el mundo un corazón que llore su larga ausencia.

Aquel pequeño incidente me impresionó sobre manera ; había bajado á la cubierta y sin dirección determinada comencé á pasear. Veía nuestro barco como una visión refle-

jada sobre la quieta superficie del río. La clara luna iluminaba todo con su pálida luz, y bajo sus rayos, nada podía escapar el carácter fantástico que le es peculiar. De cuando en cuando, pasaba algún vapor, y antes de ponerse á la vista, se oía el ruido de sus máquinas como el agitado ronquido de un gigante. Sus luces coloradas parecían estrellas perdidas, el humo de sus chimeneas se elevaba hasta los cielos, el chasquido de sus palas al romper el agua, las ventanillas de popa iluminadas, parecían los ojos de un gran monstruo marino, y las sombras que vagaban aquí y allá por la cubierta, prestaban á la escena tales encantos, que en vano trataría de describir. También solía verse algún velero con los trapos inmóviles como si estuvieran esculpidos sobre madera, y hacía pensar que su capitán, resuelto á todo, quería sacar el mayor partido posible de aquella fatigosa navegación. Flotando lentamente bajo la luna, lo negro parecía ser índigo, lo blanco plata, y como una visión se alejaba poco á poco hasta perderse de vista.

Por un momento, mi imaginación llena con todas las impresiones de la velada y mi pensamiento en *Burmarsh* y en mi Rosa, casi había perdido por completo mi fuerza de voluntad, y ví con placer la llegada de Tomás, que me obligaba á volver en mí. Paseámos juntos por algún tiempo, tomámos el te, y después de haber pasado revista al buque para ver si estaba en orden, me marché á descansar.





CAPÍTULO III

LA NIEBLA EN EL CANAL DE LA MANCHA

Á LA mañana siguiente, todos los barcos que habían anclado á nuestro lado la noche anterior, marchaban río abajo para aprovechar la brisa que les debía de conducir fuera del canal. Nosotros, con el remolcador al costado, esperábamos la llegada de los pasajeros para seguir el mismo rumbo. El Capitán Flandes, Tomás y yo almorzámos juntos ; y acordándome de la conversación que había tenido con el piloto, me entretenía en mirar á nuestro jefe, para descubrir alguna cosa que me ayudara á formar un concepto de él, y trazar lo antes posible mi línea de conducta durante el viaje.

El capitán, era un hombre de tipo singular ; de cabeza larga y alto cogote parecido á un huevo, ojos negros y brillantes, hundidos en sus profundas órbitas, limitadas por grandes y bien pobladas cejas ; y una hermosa nariz aguileña que á la par de darle el aire de gran señor, le hacía tan respetable como un patricio. Era alto y flaco, y cuando caminaba, parecía un verdadero esqueleto. La naturaleza había debido fatigarse al producir su nariz, y no se ocupó del desarrollo del resto. Según mis noticias, el capitán había pasado toda su vida en la mar ; pero por su tipo, cualquiera le hubiera podido tomar por un abogado, antes de creerle marino. Estuvo hablando con nosotros un

largo rato ; por sus maneras delicadas y su buena conversación, conjeturé que tendríamos un buen viaje y que aquel hombre trataría á la gente con los buenos modos que parecían formar la base de su carácter ; además, venía de familia religiosa, y eso nos evitaría el disgusto de escuchar el lenguaje poco casto, tan peculiar entre la gente de mar.

Tomás le habló de las propiedadas marineras del buque, y él nos contó, que llevábamos cuatro pasajeros : un ingeniero irlandés, un comerciante portugués con su señora y una joven inglesa paralítica que quería cruzar el Cabo de Hornos en busca de salud ; todos ellos, debían acompañarnos hasta Lima.

Á la una del día, un remolcador conducía los pasajeros á bordo ; se dieron las órdenes oportunas para recibirles, y un momento después se oía el martilleo del molinete acompañado por un coro, que animado por las voces roncas que salían de treinta gargantas, hubiera podido despertar el eco de las montañas lejanas. El práctico estaba sobre el castillo de proa ; era un hombre pequeño y recio, vestido con una especie de blusa que le llegaba hasta las rodillas, un gorro de piel, y por corbata un pañuelo blanco de lana atado al cuello.

—¿ Listos ? peguntó el del remolcador.

—¡ Listos ! contestaron á bordo.

—*¡ Timoner, cuidao !* gritó él práctico.

El remolcador comenzó á azotar el agua con sus palas, y entre el ruido del molinete, el coro de los marineros y la bandera inglesa ondeada por la brisa, la *Sirena*, comenzó á deslizarse sobre las espumosas aguas, y ayudados por el viento volábamos en pos del veloz remolcador. Si el tiempo continuaba de aquel modo y nuestro buque era tan buen marinero como parecía, el sábado por la mañana habríamos echado nuestros talones fuera del Canal ; pero el azulado

cielo comenzaba á perder su tono y la brisa á decaer ; así es, que nuestras esperanzas no llegarían á realizarse.

Después de desempeñar mi obligación sobre la cubierta, todo había quedado en orden, y me dirigí hacia la popa donde estaban hablando el Capitán Flandes, el ingeniero irlandés y el comerciante portugués.

El Sr. Madeira era un verdadero espantajo ; nuestros lectores pueden figurarse su tipo, al considerar un garrafón sin cuello, con una nuez por cabeza, y unas pequeñas prolongaciones por brazos y piernas ; en su cara sobresalía una gran nariz que casi cubría su enorme boca que tenía por término el extremo inferior de las orejas ; grandes y expresivos ojos negros ; cabello de ébano que caía formando rizos sobre sus hombros, y unas mal plantadas cerdas por bigote. Las manos las llevaba cargadas de anillos y cuando gesticulaba parecían brillar como la hoja de una espada.

La Sra. Madeira, era gruesa, bien parecida, de cabello rubio como el oro y de una expresión agradable ; pero de poca gracia. Llevaba tantas joyas como su marido, una gran cadena de oro rodeada al cuello y un corpiño tan ajustado que hacía aparecer sus formas con alarmante precisión.

El ingeniero Sr. Black, era un hombre de ancha cara y ojos muy pálidos ; y lo único que puedo recordar de él, es que al salir á la cubierta, podía reconocerse por el olor á rapé que despedía y que á no dudar debiera sentirse á una distancia considerable.

Habíamos pasado el *Cabo Bajo de la Esperanza,* nos encontrábamos delante del gracioso *Thames Heaven,* y la *Sirena* era remolcada sobre los desolados y hediondos lagunatos del Támesis. Como yo había pensado, la brisa cesó por completo cuando nos encontrábamos al frente de *Sheerness ;* las aguas comenzaron á estar tranquilas, y sobre ella

se retrataba el buque como sobre un espejo. El horizonte empezaba á oscurecerse poco á poco hacia el norte, la niebla avanzaba rápidamente hacia nosotros, y era curioso ver, como los buques que iban delante, al llegar á ella, se veían perfilados por los rayos del sol sobre el vaporoso fondo oscuro, y sus velas reflejadas sobre el agua, parecían como las alas del albatros. Los brillantes rayos del sol se dejaban ver hacia la popa ; pero el horizonte se estrechaba á medida que avanzábamos hacia la niebla. El práctico permanecía sobre el castillo y Tomás vino á ponerse á mi lado.

—Supongo que el práctico mandará largar el ancla cuando lleguemos á la niebla ; le dije.

—No ; tiene camino limpio hacia el norte ; me contestó ; y será fácil que se sostenga hasta que aclare.

En aquel momento la brisa comenzó á hacerse sentir y la niebla cediendo á su presión, parecía huir delante de nosotros, presentando el fenómeno, de un barco corriendo hacia la niebla y ésta retirándose de él.

—Pronto tendremos el disgusto de alcanzarla ; exclamó Tomás ; sí, demasiado pronto.

El Canal de la Mancha es uno de estos sitios de los que el marinero está contento cuando los pierde de vista, y no hay cosa que haga murmurar más á la gente, que verse obligados á largar el ancla cuando ya ha sido puesta sobre la cubierta, lo que siempre ven como un mal presagio. La niebla se sostenía perezosa á nuestro alrededor ; pero sin embargo, teníamos esperanza de cruzar delante de *Foreland* seguros, que al otro lado la encontraríamos más densa de lo que pudiéramos desear. Como la atmósfera estaba muy húmeda, pensé ir á la cámara á tomar una gota y á procurarme mis anteojos de noche con objeto de poder darme cuenta de nuestra situación. Bajé, me serví lo que deseaba, y me disponía á volver á la cubierta, cuando mis ojos, se

posaron sobre una persona que de pie estaba á la puerta de mi camarote.

—¡ Rosa Guillermín ! ¡ Dios mío, que sorpresa ! ; exclamé ; mi corazón cesó de latir y herido como por el rayo tuve que asirme á la mesa para no caer. Por un momento creí que me volvía loco. ¿ Era real, ó era una ilusión de mis sentidos ? ¿ cómo podía ser ella cuando aquella misma mañana había yo recibido una carta suya fechada en *Burmarsh* y la creía á cientos de millas de distancia ? inmóvil todavía y casi sin poder hablar la dije :

—¡ Gran Dios ! Rosa, ¿ eres tú ? ¿ cómo has venido ? Ella se dirigió hacia mí y poniendo sus brazos al rededor de mi cuello comenzó á llorar.

—¡ Oh Guillermo mío ! me dijo, yo no podía vivir separada de tí tanto tiempo ; un año era demasiado largo para soportar tu ausencia. No te desesperes, bésame y dime que eres feliz de verme á tu lado.

—¡ Feliz, feliz ! exclamé ¡ Esto es un sueño ! ¿ Lo saben Ana y su padre ? y ¿ por qué no me lo dijiste antes de salir de *Burmarsh ?* ¿ cómo vas á sufrir tan larga travesía y estar separada de casa durante un año ? Rosa, ¿ sabes tú lo que has hecho ? ; ¡ esto es lo bastante para volverme loco ! y ¡ todo por mí !

Presa de la mayor emoción cerré sus manos entre las mías, y siempre me ha remordido la conciencia, al recordar aquel momento en que mi sorpresa podía interpretarse como ingratitud á su cariño sin igual. Ella, con los ojos bañados en lágrimas me miraba, y al fin, rompiendo el silencio la dije :

—Rosa, es necesario que digas al capitán que quieres desembarcar en *Deal ;* no es posible que yo pueda permitir que te expongas á tan penoso viaje. Al oírme no pudo sostenerse, mis palabras la habían herido el corazón, su amor

acababa de sufrir un choque terrible y la conduje suavemente hasta la puerta de su camarote. En aquel momento oí la voz del práctico que llamaba en la cubierta, y dándole un beso en la frente exclamé :

—¡ Á Dios Rosa mía ! mi obligación me llama y tengo que dejarte, hasta luego.

Me separé de ella, y me fuí para la cubierta, donde por fortuna no había nada que hacer ; mi cabeza era un volcán, amor y miedo se batían y yo era juguete de ambos. Me apoyé un momento sobre la quieta vela de estay y contemplé impávido las tranquilas aguas que de un blanco acerado pasaban silenciosas á nuestros pies. El capitán y los pasajeros, paseaban por la popa y me decidí á ir de nuevo con Rosa. Bajé á la cámara y cerciorado de que nadie andaba por allí la llamé, no tardó en contestarme, y un poco más tranquilo que antes la dije :

—Bien mío, tu presencia me parece un sueño, y si desaparecieras en este momento, creo que no me sorprendería tanto como tener tus manos entre las mías.

—Guillermo ; yo no quería que supieras estaba á bordo hasta tanto que hubiéramos estado lejos ; pero no me ha sido posible. ¿ Estás incómodo todavía ? ¿ piensas obligarme á desembarcar en *Deal?* me dijo con acento suplicante.

—¿ Tienes ánimo para hacer este largo viaje tú sola? la pregunté.

—Yo no creo estar sola cuando estoy á tu lado, y en viéndote tengo ánimo para todo. Yo la hubiera cerrado contra mi pecho ; de tal modo mi corazón fué abrasado por sus palabras.

—Guillermo mío, cuando te dije á Dios en *Burmarsh*, sufría de una manera horrible y un día me pasó por la cabeza el acompañarte ; se lo dije á Ana y su contestación fué que

de estar ella sola en el mundo, como yo lo estoy, no hubiera dudado un momento en embarcarse al lado de un hombre que la quisiera como tú á mí. Tenía dinero y bajo pretexto de mi salud, pedí pasage en la *Sirena* con el nombre de Elena Maitland con el que soy conocida aquí. No quise embarcar en Londres y el porqué tú lo sabes. ¿Te has tranquilizado ya?

—Sí, Rosa; pero no puedo creer lo que has hecho.

—Ninguna joven de corazón lo encontraría extraño; me contestó ruborizada: ¿Te acuerdas de mis cantos el día que ibas á salir de *Burmarsh?* Yo misma no me puedo explicar mi locura en hacerte creer que no me inquietaba tu marcha.

—Es verdad, y en este momento, me admiro que siendo tan feliz de verte á mi lado, haya podido proponerte que desembarcaras en *Deal*, creyendo que nadie te podrá cuidar mejor que yo. Ahora sobre nuestra conducta á bordo, debemos guardar el mayor cuidado en vernos lo menos posible; el piloto me parece ser una buena persona y cuando llegue el momento oportuno yo le haré saber esto; por supuesto, que le diré que nosotros lo teníamos arreglado para darle el aire de romance de marinero; con el capitán tendré que tener más cautela, pudiera resentirse de ello, en cuyo caso como subordinado, podría hacerme infeliz durante el viaje.

Con la vivacidad propia de mujer, comprendió cual era mi idea, en aquel instante oímos pasos que se aproximaban y apenas ella había cerrado la puerta, cuando el Capitán Flandes me preguntó:

—¿Es Vd. Lee?

—Sí, mi capitán.

—Hágame el favor de decir al mayordomo que encienda las luces en la cámara.

Mientras yo pasaba la orden al mayordomo, él llamó en el camarote de Rosa, y un momento después ambos subían del brazo por la escalera de popa. Cuando subí para la cubierta, la niebla era mucho más densa y el remolcador parecía como una sombra delante de nosotros. Poco más tarde de ocho campanadas gritaron del remolcador y el piloto desde el castillo contestó :

—¡ Larga !

Empezó á oírse el martillo del carpintero seguido del chasquido del ancla al caer sobre el agua, la *Sirena* marchó algunos segundos más, vaciló y al fin quedó inmóvil sobre la tersa superficie.

La noche había cerrado con la terrible ansiedad que la niebla lleva al corazón de un marinero ; teníamos violas con orden de notificar el menor ruido que oyesen, y como la casualidad hizo que hiciésemos ancla en la línea de paso de todos los buques que iban para el puerto, esa circunstancia, aumentaba más nuestra zozobra y á cada momento preguntaba :

—Viola ; ¿ se ve el remolcador ?

—Nó ; me contestaban.

Sonaron cuatro campanadas ; las diez. El capitán subió para la cubierta, comenzó á hablar con el práctico y oí á este último que decía :

—Capitán, está tan espesa que podría sostener un gorro *frotando sobrella ;* pero si *mar* no pienso, *laire der* sur *lará* levantar, y así será.

—Nosotros no podemos poner los vientos bajo nuestras órdenes, y tenemos que esperar con paciencia ; dijo el capitán con voz ronca.

El práctico al oir aquel tono serio de nuestro jefe, hizo un gesto de burla y se retiró á un lado, cuando el viola gritó :

—¡ Barco á babor !

Fuí sobre la murada, y era lo mismo que mirar en humo : oí un ruido como si un calabrote hubiera caído sobre el puente de un barco ; pero después se restableció de nuevo el silencio que no era interrumpido sino por la subida y bajada de las aguas en la playa ; sin embargo, como aquel murmullo era constante y regular, parecía formar parte del silencio sepulcral que nos rodeaba.

—Creo que tenemos un barco cerca ; le dije al capitán.

—Sí, así parece ; me contestó.

El práctico ajustó sus grandes manos á la boca y exclamó :

—¡ Barco al *costao !*

Escuchámos atentamente y llegó á nuestros oídos el casi imperceptible grito de " Bien, bien " ; y el práctico volvió á decir :

—¿ Habéis *largao lancra ?*

Á esto nadie contestó y el práctico con una voz que pudiera haberse oído en Londres, siguió diciendo :

—Si no has *largao, bota ancra,* porque si no vas derecho á tierra.

—Ahí está ; gritó el viola. Por un instante la niebla se rasgó y pude ver la sombra de un gran buque que marchaba con la proa para la playa y más lejos que él, se vieron las luces triangulares del faro flotante.

—Ese está loco ; exclamó el práctico excitado y dando patadas en la cubierta : *Eses argún condenao istrangero questá apegao ar* dinero, no *quié* pagar piloto y va *derechico* á la playa, como si *teniera* en *er borsaco* la *metá der* dinero *diaseguros.*

El capitán volvió la espalda y se retiró como ofendido por el lenguaje del práctico, éste rió y dijo volviéndose á mí :

—Me *pué Usté* obligar con una *cachimba* de tabaco?

Acababa de dársela, cuando el capitán me llamó y me dijo con una voz lúgubre:

—Sr. Lee, los juramentos me ofenden y creo que Vd. no acostumbrará á usar tal lenguaje.

—No lo hago nunca, mi capitán.

—Muy bien; y mientras hablamos de ello, le hago saber, que mi intención es que la gente de este barco sea una gente piadosa; me gustan las costumbres antiguas en ese respecto, y por eso venero en los Primeros Cristianos, y continuó con una voz temblorosa: El hombre que tiene un alma que salvar, debe siempre creer que la última palabra que dice, es la sóla que el Todopoderoso le permitirá pronunciar; y por eso, como Vd. es uno de los oficiales del barco, le ordeno que me haga saber si hay á bordo quien tenga la costumbre de jurar.

Me toqué el sombrero con los dedos y me retiré á un lado; él continuó en el mismo sitio y con la cabeza descubierta me pareció que estaba haciendo oración. La manera con que el capitán me había hablado me impresionó, y aunque estaba de acuerdo con sus ideas en la cuestión de juramentos, cosa repugnante á cualquier persona educada; sin embargo, querer que la gente tomara la costumbre de los "Primeros Cristianos," me chocó; la demasiada religión fastidia al marinero como á los hombres de tierra.

El Capitán Flandes, permaneció algún tiempo con los ojos fijos al cielo, después fué á mirar al compás y como hundido en la más profunda meditación comenzó á pasear por la popa con los brazos plegados sobre su pecho. Habían sonado cinco campanadas; las diez y media; la campana fué puesta sobre el castillo y mientras un muchacho la tocaba continuamente, la niebla se abrió á proa y á babor, y me pareció haber visto un relámpago seguido inmediata-

mente por la detonación de un tiro de cañón ; entonces la densa cortina vaporosa parecía descorrerse, dejando un ancho espacio alumbrado por la luz de la luna y en medio, como un fantasma se veía un enorme barco, que con sus blancas é inmóviles velas parecía una ilusión óptica.

—*Aora* que *siestá* como quiere : está tan seguro en tierra como mi *condenaa* cabeza encima de mi *collete ;* exclamó el práctico.

Una nueva bocanada de fuego salió del costado del buque y allá suena otra terrible detonación.

—Mirad ; parece que el faro flotante está contestando el coro. Varios otros cañonazos, acompañados de cohetes lanzados rápidamente, hacían la impresión de fuegos artificiales.

—Sr. Lee ; gritó el Capitán Flandes, con voz ronca ; hágase acompañar por varios hombres y reme Vd. hasta aquel buque ; dígales que no pierdan la esperanza, los botes salvavidas les llegarán en un momento y pronto tendrán remolcadores al costado.

Oir era obedecer ; el contramaestre mandó cuatro hombres y ya estábamos en el bote, cuando el práctico exclamó :

—Capitán, yo digo que la niebla *acrara* y podemos ir caminando ya ; *er* Sr. Lee no *pué* hacer *na e güeno* allí. En tres cuartos *dora* tendrán *er remolcaor* de *Ramsgate* y los botes *sarvavidas.*

—Deje Vd. al Sr. Lee que obedezca mis órdenes ; gritó el Capitán Flandes en un tono de voz que no había oído nunca hasta entonces. El molinete no se tocará en este barco, hasta tanto que aquellos infelices que sufren, estén tranquilos.

Estaba pronto á unirme á las ideas del práctico ; pero la excitación del capitán le había llevado al extremo de poner-

se él mismo á echar el bote al agua. En un momento flotábamos y dije :

—¡ Marchemos, muchachos !

En pocos minutos nos encontrábamos á corta distancia del buque y á no dudar, la agitación que reinaba en él, no les había permitido pensar en sus botes que muy tranquilos colgaban de los pescantes. En seguida comprendí que era un buque extrangero. Con las luces de los cohetes ayudadas por la de la luna, ví la popa cubierta de hombres y mujeres. Tenía la proa en tierra y las brillantes arenas de la playa, resplandecían á pocas brazas de ellos. En cuanto nos vieron, comenzaron á agitarse de la manera más horrible ; parecían ser los habitantes de un mundo infernal.

—¡ Alto á los remos, muchachos ! ; y poniéndome de pie, grité :

—¿ Habláis inglés alguno de vosotros ?

Mi pregunta no fué contestada, aquella gente tenían entre ellos el más terrible pandemónium, echaban los brazos al aire, me señalaban la playa ; pero tantos hablaban y gritaban á la vez que no era posible entender, y de nuevo exclamé :

—¿ Habláis inglés ?

—*Mí espic peu ;* contestó uno.

—¿ Qué sois vosotros ?

—*Franche.*

Desgraciadamente, yo no podía hablar ni una sola palabra de su lengua ; pero hice de tripas corazón, y grité :

—*Boti came* sabe, no teme, *estimar* vapor *salve* vida *tuto.*

En vez de darles consuelo, aquella jauría desencadenada levantaron un terrible grito que llegó á las nubes ; pero viendo que un remolcador se hacía á toda velocidad hacia ellos, y con gran sentimiento de no poderme hacer com-

prender, dí orden de virar ; los remos de los muchachos cayeron al agua y comenzámos á marchar en dirección de nuestro buque que nos hacía señales con una linterna que subían y bajaban desde la verga mayor. En quince minutos nos encontrábamos al lado de la *Sirena*, y el capitán me preguntó :

—¿ Han quedado tranquilos ?

—Sí, señor ; estando yo cerca de ellos, han visto el remolcador que iba en su auxilio.

—Está bien ; ya tienen allí el bote salvavidas y dos remolcadores.

El bote fué izado á los pescantes, y mientras se estaba oyendo el martilleo del molinete en la *Sirena*, otro remolcador con un gran bote salvavidas pasaba rápidamente á nuestro lado con dirección al infortunado buque francés.





CAPÍTULO IV

HACIA LA ISLA DE WIGHT

Era una hermosa noche de luna ; la suave brisa soplaba del sur, y no quedaba el más pequeño vestigio de la niebla. El faro del *Norte*, parecía como una estrella amarillenta en medio de las blancas que llenaban el cielo ; y á lo lejos, hacia el oeste, se perdía de vista la pálida costa. Tocaron tres campanadas ; la una y media. Nuestro cable de remolque balanceaba agitado por el tiro del vapor, y el barco francés, con un remolcador á su lado y dos ó tres barcazas á su al rededor, iba cayendo poco á poco sobre su popa. Cuando subí al puente, me encontré á Tomás sorprendido de que el capitán me hubiera mandado en aquella comisión ; sin embargo, no tuvimos tiempo para hablar ; ya estábamos de nuevo en marcha y como él había reposado por tres horas, me mandó á descansar, diciéndome, que á la salida de los bancos todos los hombres serían llamados á la cubierta para hacernos á la vela. Fuí para mi camarote, me arrojé sobre la cama sin quitarme las botas, y al instante, había caído en el más profundo sueño.

Poco rato después Tomás me llamó, y en seguida subí á la cubierta, á donde todos los hombres estaban ocupados en desplegar los trapos. La brisa había refrescado y el remolcador largó el cable. Á lo lejos en el este aparecían los primeros albores de la aurora, la luna continuaba diri-

giéndonos sus rayos desde el poniente, y sobre la oscura línea de tierra, las estrellas brillaban con gran claridad. Habíamos sido dejados á nuestras propias fuerzas, y el viaje comenzaba bien. Las gavias ya estaban desplegadas, y sobre las vergas resonaba un coro cuyos ecos se perdían en la oscuridad.

Hacerse á la vela es maniobra ruidosa en un buque mercante ; los hombres suben y bajan con escotas y velas en las manos ; cada cuadrilla canta su coro, como lo hacen los que están en la cubierta, y por no ser menos, tambíen los de popa, y los tonos de los unos parecen rivalizar con las voces de los otros.

—¡ Acá muchachos ; largad la gavia de mesana ! ¡ Echad con cuidado las amuras de trinquete ! ¿ Estáis listos con ese foque ?

—Sí ; sí.

—¡ Iza !

—¡ Eh ! el de la gavia ; ¡ arriba y larga ese juanete ! ¡ Iza la gavia mayor ! ¡ Suba uno á largar el velacho ! ¡ Amarrad, amarrad, muchachos ! ¡ Poned los chafaldetes de los puños ! ¡ Un poco más á babor ! ¡ Amarra ! ¡ Atraca las escotas á las vergas ! ¡ Iza poco á poco !

—¡ Hurra !

El velamen de la *Sirena* fué desplegado, no gradualmente, sino con la ligereza que hubiera hecho honor á un buque de guerra ; entretanto, el levante cambiaba en color ceniciento en contraste con el negro anillo formado por la mar, al mismo tiempo que la luna marchaba á esconderse hacia el poniente, á cuyo lado, las brillantes estrellas parecían joyas en los altos picos de los arrecifes ingleses. Las movibles luces de los buques que marchaban en dirección del viento, subían y bajaban como gusanos de luz sobre las oscuras aguas ; la *Sirena* bajo sus pálidas velas á las cuales

el viento había amoldado con hermosura, á todo trapo cortaba el agua con su afilada proa, y como una nube, se deslizaba sobre el tranquilo Canal de la Mancha.

Antes de formar las guardias quedaban pequeñas cosas que hacer, y ya el sol nos alumbraba cuando fuí para abajo. Permanecí por un momento mirando aquella escena, y por primera vez á la luz del día, ví al hermoso buque marchando á toda vela. Hermoso panorama ; al principio el cielo parecía de un color plata mate ; pero poco á poco iba cambiando, y mientras la mar brillaba, fragmentos argenteados quedaban en el horizonte por un instante ; á medida que la luz aumentaba, volvíanse de oro, hasta que en un momento el sol apareció en el cielo con su brillante color de perla y rosa. Las gigantescas rocas de *Dover*, con las soberbias lomas del sur de *Foreland*, reflejaron á la parte de atrás y la mar parecía verde y luminosa. El pueblecito de *Deal* se veía entre los rayos del sol, el brillo de las ventanas resplandecía en la neblina suspendida sobre ellas, y al fondo, el campo rojizo parecía una nube matinal. Cerca de la costa se veían algunos silenciosos barcos pescadores, con sus rojizas velas ; á proa la verde mar rodaba chispeante entrecortada aquí y allá por la espuma, y á lo lejos, la costa de Francia parecía como una sombra colgada del horizonte. Mis ojos estaban pesados, el primer piloto deseaba que me fuera á descansar, bajé á acostarme y no desperté hasta que á las ocho me llamaron para ir á la cubierta.

La brisa refrescaba con la subida del sol, y era bastante fuerte para ponernos á bolina, la *Sirena* marchaba como un vapor, y según yo había pensado, calaba mucho ; por consiguiente su marcha era rígida. Con su velamen, é impelido por aquella brisa, debiera haber llevado su proa casi bajo del agua ; pero así, apenas se notaba el declive de la cubierta, el cobre estaba casi escondido y lo poco que se

veía brillaba entre las verdes aguas como una vasija vidriada. La estela que dejaba se perdía en el horizonte; á sotavento, las espumosas aguas pasaban debajo de la vela mayor, la que echada para atrás, susurraba al chocar el viento sobre ella, y nosotros podíamos medir la velocidad al ver la costa esconderse detrás de las montañas lejanas, ó bien por los barcos que alcanzábamos y que pronto dejábamos á popa.

Poco después de haber yo relevado á Tomás, Rosa subió á la cubierta; al verla, tenía una buena excusa para acercarme á ella buscándole una silla, ó bien para conducirla á un lugar abrigado de la popa. No había más que el timonel; pero aunque el capitán hacía un momento que había bajado, era probable que subiera.

—Yo esperaba encontrarte en el puente; dijo al darme la mano. ¡Qué bella mañana! ¡qué hermosa aparece la tierra! ¡cómo gozaría Ana si estuviera aquí!

Sus vivos ojos miraron á las velas, después al agua, y su respiración se agitaba al contemplar la aérea, verde y espumosa escena, bajo aquel cielo azul hacia el cual se levantaba la inclinada torre de lona, sirviéndole de fondo la brillante playa.

—Naciste para esposa de marinero, la dije al ver la felicidad que se retrataba en su cara; éste es un hermoso barco y sería la casa que yo te dedicara.

—¿Cómo pudiste enfadarte conmigo por reunirme á tí, Guillermo? exclamó ella.

—Rosa no me lo recuerdes más, mi sorpresa fué muy grande para que yo pudiera saber lo que quería; además, te amo demasiado para pensar que estuvieras expuesta á los constantes peligros de un viaje.

—Lo que es bueno para tí lo es para mí. Yo me siento feliz y no me cambiaría por la reina. ¿Qué he dejado yo?

Dos buenos amigos para venir á tu lado; y á pesar de que no soy tu esposa, no puedes decirme que no estoy bien donde tú estás.

Su adorada cara se encendió al decir esto; pero tenía su mirada fija y confiada sobre mí. Nuestros corazones se conocían y había muchas cosas que nos decíamos sin necesidad de hablarnos. Me preguntó porqué se habían tirado cañonazos la noche anterior, y mientras le hablaba del buque francés y la parte que yo había tomado en el pequeño drama, la larga cabeza del capitán aparecía por la escalera de escotilla.

—Yo había pensado, la dije; que debías informarle de que yo era amigo de tu tutor. Eso nos evitaría en el futuro, tener que estar intranquilos cuando nos viera hablando. Dicho esto, le traje una silla y levantándome el sombrero me retiré cuando el Capitán Flandes llegaba á su lado. Era necesario excusarse por estar hablando con ella, quien á los ojos del capitán, era una señorita que venía de pasaje y yo un oficial que estando de guardia no debe abrir sus labios sino en cumplimiento de su deber. He viajado con capitanes que prohiben á sus oficiales entrar en conversación con los pasajeros. Nunca pude saber cual era la opinión de mi jefe en el asunto; pero no podía suponerse que estando siempre al lado de ella pasara sin hablarle: por eso, si Rosa le decía al capitán que yo era un antiguo amigo, aunque no fuera más que por complacerla condescendería cualquiera que fueran sus ideas, y puedo añadir, que su explicación tuvo el efecto deseado. Él me veía hablarla sin hacerme la más pequeña observación, por más que siempre tuve cuidado de no conversar en su presencia cuando estaba de guardia, ni tampoco entretenerla tanto rato que pudiera dar lugar á que me llamase al orden. La conducta del capitán me sorprendió tanto en ese punto, como en que

coservara el traje y costumbres de tierra estando en la mar. Vestía traje negro, sombrero de copa, y cuello alto bien planchado, que ponía de relieve su cara larga y cadavérica. Á bordo, parecía más bien ser un pasajero, que capitán del buque.

Poco después de separarme, observé que llevábamos un individuo más de los que se contaban en la nómina ; era un hermoso perro de Terranova que salió dando saltos por la popa, galopando por todo y armando estrépito con las gallinas que comenzaron á cacarear al verle. Pertenecía al capitán que lo llamó con su voz ronca y trágica y le dijo, "Acuéstese ahí Otelo" ; pero el animal no obedeció hasta no haber probado por diferentes veces saltar á la falda de Rosa, lo que aquella adorable criatura sufría con resignación, y con la sonrisa en los labios acariciaba al perro dándole palmadas en el lomo, al mismo tiempo que me miraba como diciendo : "Gillermo por tu bien estoy procurando hacerme de un amigo en el Capitán Flandes."

El práctico que tenía por nombre Blas, vino á popa y después de dirigir una mirada al capitán y echar otra á barlovento, con aire de disgusto se quejaba de que el *viejo* le había reprendido por jurar, y le había dado una Biblia.

—¿Qué dice Vd.? le pregunté.

—Si, señor ; me ha *dao* un libro pequeño *empremido ;* murmuró á la vez que su cobriza cara se encendía en cólera ; he *estao* en la mar *ence* los ocho hasta los cuarenta ; pero nunca recibí *tar insurto.*

Le dije que no creía que el *viejo*, hubiera pretendido insultarle ; pero él no escuchaba razones, tenía formada su opinión de que ningún capitán de buque tuviera derecho á reprenderle ni á darle libros santos, y decía :

—Después que yo haya *dejao* su buque en camino, entonces tendrá tiempo para comenzar sus *práticas.*

Él consideraba aquel librito como una ofensa, y me hizo comprender, que estaba profundamente resentido ; diciendo, que nunca hubiera podido creer que un hombre que se dijera ser marinero, podía tener la osadía de afrentarle así. Poco después se tranquilizó recostándose sobre las escotas de la vela de estay y echando miradas al *viejo* quien al parecer no las notó.

La acción del capitán me pareció muy extraña, aunque fuera bien intencionada, é indudablemente debida á falta de tacto. Pocas de este género, terminarían porque á proa y á popa, se formara un mal concepto de él. En tierra, los libros religiosos no hacen exaltar los pensamientos, por mí parte yo siempre los he recibido y no creyéndome peor que nadie, los he leído y tomado ideas buenas de ellos ; pero á bordo, un viejo *repartidor de Testamentos* sería tenido por loco : porque como es muy natural, con la monotonía de la vida del barco unida al antagonismo que resulta entre personas que están obligadas á vivir en roce constante, hace que cada uno sea un crítico de los demás, y estas cosas darían lugar á incidentes extraños y poco comunes entre marineros. Entre tanto el capitán hablaba á Rosa con mucha animación y ella le escuchaba con la mirada fija en el puente ; la Sra. Madeira les interrumpió llegando á ellos, y un momento después su marido y el Sr. Black, hacían su aparición en la cubierta. Yo me distraje sobre manera viendo las extrañas posturas que tomaba el portugués ; miraba á su al rededor, volvía la vista, hablaba trágicamente, se frotaba las manos, se azotaba las rodillas y al mismo tiempo hacía movimientos extravagantes cuando conversaba con su esposa en su lengua natal. La Sra. Madeira estaba reclinada sobre una silla, y parecía que su cuerpo iba á hacer estallar las costuras de su apretado vestido. El Sr. Black tenía un aire grave, y estaba resuelto á no engañarse en

admirar la escena, hasta que no estuviera seguro de que lo merecía.

Había poco balance; pero á través se notaba algo más, y yo presumía que si la brisa continuaba, el comerciante portugués no tardaría en tener que acostarse antes que llegásemos á la isla de *Wight;* puesto que según ensanchaba el canal la mar era más gruesa. Casi dando tumbos logró levantarse y venir frente á nosotros miró primero al práctico, después á mí, como pensando á cual hablar. Á no dudar encontró mi tipo más distinguido que el del práctico, quien recostado sobre la escotilla parecía tan feo y viejo como un destrozado mascarón de proa.

—¿Es Vd. oficial? me preguntó saludándome con ligereza y haciendo mil gestos tras de su enorme nariz, con el deseo al parecer de mostrarse amable.

—Sí, señor, lo soy.

—¿Teniente?

—Sí, una cosa, parecida; le dije comprendiendo lo inútil que sería explicarle mi grado en términos marinos.

—*¿Fallais portuguez?*

—Ni una palabra.

—¿Habla Vd. español?

—Tampoco.

—¿Por qué no lo aprende? es una lengua más hermosa que la suya; ¿por qué no la estudia Vd.?

—Yo voy á probar alguno de estos días, le repliqué.

—¿Qué piensa Vd. de este barco, es bueno?

—¡Oh, sí, espléndido!

—No hay peligro, ¿eh? muy seguro y ligero ¿eh?; la mar está encantadora; pero "¡por el rabo del cochino de San Antonio!" demasiado fea para sentirse aquí: dijo agarrándose la garganta con sus pálidas manos. Me preguntó los nombres de varias velas y después llamó á su

mujer, la que balanceándose se dirigió hacia nosotros y para sostenerse, tomó el brazo de su marido. Rosa nos miraba, indudablemente con más deseos de venir con nosotros que de permanecer al lado del capitán quien parecía estar echándola un sermón.

El Sr. Madeirá dijo á su mujer que yo era "teniente," que el barco me parecía muy bueno y no había temor de morir ahogados; además que yo sabía todos los nombres de los mástiles velas y jarcias, y que sería bastante amable como para informarla de todo lo que deseara saber acerca del buque. Como es de suponer se lo dijo en muy diferentes palabras á las mías; tardó en ello como cinco minutos, y después de presentarme á ella, se retiró con el Sr. Black.

La Sra. Madeira estaba á sotavento mío; la brisa arrojaba sus cabellos sobre mi cara y observé que la complacía que yo los mirase. Sin embargo, á pesar del color de sus cabellos, por mi parte no me sentía ansioso de su sociedad; porque aunque era amable, descubrí que tenía una conversación pesada é insípida. Me acosó con mil preguntas, me dijo que le gustaba mucho la mar y que todos los marineros le parecían ser muy amables.

"¡ Qué crímen!" dije para mi capote, á la vez que miraba al práctico, quien más tieso que si fuera de palo, estaba como figurón de madera en la puerta de una cigarrería. Era su primer largo viaje y parecía deseosa de ver una tormenta, siendo bastante imprudente como para decirlo. Me contó que su marido era muy cobarde y que él se aterrorizaba de pensar en ello. Las poesias de Byron y algunas novelas que había leído, habían hecho nacer en ella la curiosidad de ver la mar airada y las aguas bullir; y me preguntó:

—¿ Cree Vd. que encontraremos alguna tempestad antes de llegar al Callao?

Creyéndolo juego, no me apresuré á contestar; pero al ver que su pregunta era ingenua la dije:

—Indudablemente encontraremos alguna terrible antes de que lleguemos á aquel puerto.

—¡Pobre maridito mío! él se alarmará; pero yo gozaré y me agradaría que no le tuviera tanto miedo al agua. Yo quería que él hubiera alquilado un queche de recreo durante nuestra permanencia en Inglaterra; pero nunca quiso escucharme.

Entonces, la expresé mi sorpresa de que su marido no hubiera elegido un vapor para hacer su viaje por la costa occidental de Africa, en vez de ir por el Cabo de Hornos.

—¡Oh!; esa es mi culpa. Él hubiera deseado cruzar á los E. U. y haber hecho por tierra el mayor camino posible; y añadió con un movimiento de cabeza; pero yo le dije que prefería más un largo viaje en buque de vela, y que si no le gustaba que fuera en globo sino quería ir por agua.

—¿Ha pasado Vd. alguna vez por el Cabo de Hornos?

—No; no he pasado por ahí ni tampoco he estado en Lima.

—Este viaje no es como los que se hacen en queches de recreo.

—¿Es qué los queches no cruzan por el Cabo de Hornos?

—Á juzgar por lo que algunos excéntricos hacen, puede decirse que han cruzado el Cabo y que también han estado en el Polo Norte.

—Á mí me gusta mucho navegar, contestó.

—Indudablemente es una distracción muy agradable, en especial para señoras. Cascos dorados y aguas tranquilas hacen muy fácil la navegación. Cuando el barómetro está en alza y á sotavento se divisa un buen puerto, sin duda es muy feliz la vida del marinero, mucho más cuando hay

Champagne, según es ahora la moda ; pero si los queches estuvieran destinados á hacer la travesía del Hornos, crea Vd. que los constructores de barcos de recreo pronto morirían de hambre.

Sonó la campana anunciando el almuerzo y se retiró de mi lado en dirección á donde estaba su marido, caminando como chiquito que no sabe andar. En este momento acabábamos de pasar el *Cabo de Arenas*, con proa O. S. O. y veíamos la costa de *Sussex* que como una cinta azul se perdía hacia *Newhaven* y *Brighton*. Teníamos cuanto podíamos desear ; con el viento fijo y fuerte en la cuadra que había comenzado á soplar, echámos las bolinas y largámos un poco las brazas. Á sotavento, el agua rodaba en pequeñas olas y ligeras burbujas de espuma, radiaban al reflejo de la brillante luz del sol ; la brisa era muy fresca, y un casco pintado de blanco, hacia el que nosotros íbamos, parecía muy cargado con las gavias mayores, y cuando pasámos á su lado, su puente formaba como la caída de una montaña. La *Sirena* iba á todo trapo, y desde sotavento del castillo, mirando arriba, se veían vastos espacios de blancas velas, uniéndose en estrechas fajas con las vergas, y sus concavidades llenas de delicadas sombras. Las tirantes relingas de la mayor y gavias, oscilando como una bandera en fuerte viento, las velas de estay, hinchadas con superbas curvas, y los obenques mayores y los brandales, tirantes como las cuerdas de un arpa, en las que el viento tocaba un alegre coro, formaban un contraste encantador con los negros topes, que echando sombras sobre las cabezas de los mástiles donde se reflejaba alguna ola que al romperse en la murada del castillo, caía sobre la cubierta como una delicada nube de humo ; haciéndonos admirar nuestro buque, que con su gallarda figura, era capaz de enaltecer el orgullo de cualquier corazón marino que se encontrase á bordo.

Á eso de las ocho de la noche, pusimos la vela mayor en facha y esperábamos un bote para que el práctico marchase á tierra. *La isla de Wight* se encontraba lejos á sotavento, y yo pasando al lado de Rosa la dije en voz baja, que echara una ojeada sobre aquellos arrecifes que serían la última tierra inglesa visible en mucho tiempo. El sol debía ponerse en un cuarto de hora, y el cielo al derredor de él y las nubes de verano que le seguían, estaban rojas como la sangre ; mientras que las aguas, de un verde oscuro, perdían su color á sotavento formando como la terraza de aquellos picos. Las pequeñas montañas de la parte sur de la isla, estaban como bañadas de un tinte rosado y á pesar de la distancia, el verde, el gris y el blanco eran visibles. Á proa y popa todos los ojos estaban fijos en tierra y el pensamiento de que, al caer la noche con su negro manto cubriría las últimas señales de la costa Británica, y que alguno de entre nosotros no volvería á ver jamás, estaba fijo en todas las imaginaciones de la tripulación inglesa del buque. La única vela á la vista, era un poderoso costero que venía como dándonos caza y llegaba envuelto en una montaña de espuma.

Aún después de puesto el sol, los cielos hasta el extremo este retuvieron la rosada luz de su "á Dios"; y las estrellas aquí y allá, se dejaban ver antes que desapareciera la delicada claridad, y ésta poco á poco se redujo á una estrecha, pero vívida faja en el sitio mismo donde el sol se puso. Cuando se desvaneció, la costa fué con ella también, y nada más que la negra inmensidad de la mar aparecía ante nuestros ojos. La luna desde el sur, arrojaba sus verdepálidos rayos sobre la mar, la brisa había refrescado con la puesta del sol, y antes que el costero llegara á nosotros, varios hombres estaban ocupados en aferrar la real y las gavias altas de mesana. El práctico con un paquete

de cartas en el bolsillo entre las que iba una de Rosa para Ana, después de darnos la mano á Tomás y á mí, y tocando su sombrero con aire de política grosera para saludar al capitán, saltó ligeramente al costero.

—¡ Toma las brazas mayores de estribor ! gritó Tomás ; y las vergas mayores giraron en derredor. ¡ Amarra fuerte á sotavento ! ¡ Larga la vela !

Las amuras mayores fueron recogidas, y con una clavilla puesta para asegurarlas ; la vela se desplegó al coro de "¡ Tirad de la polea muchachos !" y el buque siguió de nuevo su marcha. Mientras el coro de los marineros hacía eco entre los puentes, y el viento tronaba al chocar en las velas, la *Sirena* bajando su proa como un perro baja la cabeza para hacer más fuerza con sus quijadas, partió la primera ola que encontró á su paso convirtiéndola en un campo de espuma, y comenzó su carrera en las abiertas aguas del Canal de la Mancha en dirección al grande y profundo Atlántico.





CAPÍTULO V

EN EL MAR

La brisa se había inclinado un poco, y nos vimos obligados á echar brazas para seguir nuestro rumbo. Durante la noche tuvimos dos ó tres chubascos ; pero el día amaneció sin una nube en el horizonte. Como acabábamos de entrar en el Atlántico, la mar estaba un poco gruesa y los pasajeros todos mareados no aparecieron á la hora del almuerzo. Yo me conformé de no ver á Rosa durante tres ó cuatro días ; pero sin embargo, traté de que nada la faltase. Apenas había pasado media hora, cuando á mi gran sorpresa la ví llevada de la mano por Tomás. La pobre muchacha estaba muy pálida y abatida ; pero al verme tuvo fuerzas para sonreir. Sus encantadores ojos miraban á la mar contemplando la brillante danza del barco sobre la espumada superficie, y acercándome á ella la dije :

—Yo creía que estarías mareada y soy feliz al verte en la cubierta.

—Estaba un poco indispuesta esta mañana ; pero ahora estoy bien y creo que no tendré más novedad, y teniendo su mano sobre un brandal respiraba fuertemente la brisa.

Tomás nos miró, movió la cabeza y me dijo en voz baja :

—¿ Cómo ha hecho Vd. para familiarizarse con ella tan pronto ? y después la miró de cierta manera que de haberlo visto su mujer, de seguro que se hubiera encontrado un

pescozón. No le contesté y fuí á poner una silla á sotavento del palo de mesana donde Rosa se sentó, la envolví los pies en una manta y poco después el viento empezó á devolverle el color rosado de sus mejillas.

—Los gritos del Sr. Madeira son horribles, me dijo ; y en medio de ellos, he oído un ruido como si el pobre hombre rodara por el suelo, y creo que tiene más miedo que mal.

—Ambas cosas ; contesté sonriendo.

Rosa parecía ser feliz, miraba al castillo que constantemente mojado brillaba con los rayos del sol, y de tiempo en tiempo una ola entraba barriendo la cubierta, extendiéndose por todo como una jabonada de amarillas burbujas. Á sotavento, se veía una barca con bandera alemana, que rumbosa se dirigía hacia el Canal.

—¿Habrá alguna persona que no le guste la mar? ; exclamó mi amada mirando para arriba y contemplando extasiada el ondear de las cabezas de los mástiles, atrás y adelante de las ligeras nubes.

—Puede ser que sea más alegre de lo que yo supongo, mi querida Rosa. Hasta ahora ninguno de mis viajes y probablemente tampoco los que me queden por hacer, se parecerán á éste ; pero no esperes que yo te diga el porqué.

—Éste creo que será un continuo goce para mí. La Sra. Madeira no es muy distinguida ; pero en cambio es muy amable y sin duda nos llevaremos bien. Lo único que desearía era que Ana estuviera aquí con nosotros. Ahora dime ¿por qué eligieron para el barco un piloto tan diminuto? y á propósito ¿sabes que me parece que el capitán está falto de juicio?

—¡Oh, querida mía! exclamé mirando á mi al derredor para ver si alguno nos escuchaba. Esa es una creencia muy peligrosa. Considera que de quién hablas es el capitán de este barco, señor y dueño absoluto de todo y todos, y me

sería penoso saber que estaba fuera de juicio. Rosa me miró como asustada y continué: Tú lo creerás loco porque habla de religión.

—No; me interrumpió, no solamente por eso, que es su tema principal; sinó porque con frecuencia, sus maneras y su conversación son muy extrañas, ambas cosas me obligan á formar tal concepto de él.

—¿De qué te hablaba ayer con tanta animación?

—De los espíritus.

—¿De qué?

—De fantasmas y visiones, Guillermo. Cree en los espíritus y me dijo que uno le había visitado para comunicarle todo lo que nos iba á suceder en este viaje.

—¡Gran Dios!; dije al recordar su cabeza ovalada.

—Por momentos, continuó Rosa, estaba tan animado que me alarmaba. Como ves, Guillermo, tengo razón. Él me dice que es cristiano; pero no de los de nuevo cuño. No cree en curas, frailes, obispos ni arzobispos; y me asegura que no debe hacerse oración sino en sótanos ó al aire libre, como lo hacían los Cristianos Primitivos. Ahora Guillermo mío ¿me dirás que no es loco el hombre que habla de esa manera?

—¡Tate! ¡ya lo creo! pero sin embargo, él puede ser un buen marino y saber bien su obligación; y si es así, es mejor que crea en los espíritus sobrenaturales, que no en los de la uva que desgraciadamente tienen demasiados fieles entre los marinos.

—¿Te sientes bien ahora?

—Sí, estoy un poco mejor; me contestó.

—Lo que debes hacer cuando vayas á la cámara, es pedirle al mayordomo un trozo de cecina bien salada, una galleta de las de la gente, y un vaso de cerveza negra, me parece que no te va á gustar; pero puedes estar segura que

el viejo Neptuno quedará complacido con tu cumplimiento si comes y bebes sus manjares favoritos y te elevará al rango de marinero de primera clase, á prueba contra todo mal de mar.

Á las doce y media la gente se fué para proa á comer; pero un pequeño incidente les detuvo. El cocinero era un londonés afeminado, y obeso. Vestía unos pantalones muy estrechos que le hacían parecer á una ternera despellejada colgada en la puerta de una carnicería. Como casi todos los hombres que ganan la vida al pie de los fogones, era muy irascible, y en el primer día que hacíamos en la mar, su mal carácter dió casi lugar á un motín.

Uno de los muchachos estaba abriendo el horno, y llevaba una tartera llena de pedazos de carne guisada, cuando según presumo, dirigió alguna palabra desagradable al cocinero; el caso es, que este último le dió un puntapié y con tartera y todo fué de cabeza al suelo, con el balance, el cocinero perdió el equilibrio, cayó sobre el muchacho y ambos comenzaron á pelear como perros enfurecidos. El marmitón que vió la cosa mal, gritó: "¡ Al asesino!" Al grito fuí para allá, al mismo tiempo que los hombres que esperaban su comida debajo del castillo salieron en tropel para enterarse de lo que sucedía; y viendo que la carne que les estaba destinada rodaba por la cubierta, creyeron que ya no comerían otra en aquel día, y empezaron á ponerse como fieras. Para tranquilizarles, les dije que yo le diría al capitán lo sucedido y que tendrían nuevas raciones; pero que esperaran hasta que estuvieran cocinadas. Mi proposición dió lugar á argumentos tan tumultuosos como los de un Parlamento Irlandés.

Dos cosas hay que sacan de juicio á los marineros: cuando tienen hambre y cuando se les despierta á deshora. Á la sazón, los hombres estaban hambrientos y no veían como

esperar. Yo fuí á hablar con el capitán; pero los hombres no esperaban más y al volver la espalda le cayeron encima al cocinero, le sacaron de la cocina y á puntapiés se lo llevaron debajo de la escalera del castillo donde le tiraban los trozos de carne. Á medida que su juego iba en progreso, empezaron á exaltarse y uno dió el grito de "¡ Echadle al agua !" El pobre diablo al oir la amenaza, aterrorizado saltó por entre ellos y corrió á popa. Tomás al oírle, salió de su camarote cuando el otro llegaba, se chocaron, y piloto y cocinero fueron al suelo; este último pegó un cabezazo en la puerta del camarote del portugués, él que dió un terrible grito en la convicción de que el barco se iba á pique.

—¿ Qué significa esto ? exclamó el capitán con voz ronca.

—¡ Señor, me quieren despelletar ! ¡ me quieren romper la cabeza y hacerme pedazos las *enteligencias !*

Con los gritos y la astucia del cobarde, quería poner de su parte al capitán, tenía la cara y el cuerpo lleno de grasa y de su cabello colgaban pedazos de sebo.

—¡ Asesinos ! ¡ Despelletadores ! ¡ Rompedores de cabezas ! gritó el comerciante portugués; quién abriendo su camarote y dejando expuesta á su mujer, fué dando tumbos y gritando hasta llegar al lado del capitán, y siguió diciendo : ¡ Capitán ! ¿ Qué oigo ? ¡ Asesinos en este barco ! ¡ Válgame Dios ! y apuntando al cocinero continuó : ¡ Echen al asesino fuera de aquí que está la puerta del camarote de mi mujer abierta !

—¡ Antonio, Antonio ! gritaba esta última ; ¡ Por Dios Antonio ! ¿ Dónde estás ? ¡ Hijo del diablo ! ¿ tú no sabes que has dejado la puerta abierta y todos me ven ?

La vista de aquella pobre señora me disgustó : salté por encima de la mesa, agarré á Don Antonio por el pescuezo y como si fuera un ovillo, lo eché en el camarote y cerré la puerta.

—¿ Qué quiere decir esto ? me preguntó el Capitán Flandes de una manera amable y serena ; pero en la que se notaba la turbación y el miedo que tenía, y continuó : ¿ Qué quieren esos hombres ?

Le conté lo que sucedía y cuando iba á contestarme, el cocinero le interrumpió diciendo :

—Señor, esa gente me esperan para hacerme picadillo.

—¡ Estúpido ! dijo Tomás cuya sangre escocesa hervía en sus venas y con la cara más colorada que un pimiento morrón gritó : Capitán Flandes, ese demonio seboso, con su terror me ha arrojado por tierra llenándome de su grasa infernal ; y créame, que si la gente lo cocina en su propia manteca, ¡ por Lucifer, que no le harían más de lo que merece !

El capitán dijo mirándole fijamente :

—Sr. Tomás, estoy muy sorprendido de oírle expresarse en tales términos ; yo, no le permito ese lenguaje señor mío. Con eso no hace Vd. sino dar á conocer su poca educación espiritual, que por mi parte, no puedo tolerar en ningún hombre ; más, al ser un oficial de marina mercante, debe ser educado.

En este instante, la puerta del camarote de los Madeira se entreabrió dejando paso á la descomunal nariz de Don Antonio quien sacó su *trompa* fuera de la puerta como para intimidar con ella á los de la cámara, se encontró con los ojos del cocinero fijos en él y acobardado, se retiró precipitadamente. Su mujer parece que no le recibió de buena manera y si los golpes no engañaban, á Don Antonio le dieron una buena monda.

Tomás no contestó el importuno reproche del capitán, y por momentos, se ocupaba en limpiarse la grasa con un pañuelo y le dirigía miradas llenas de reconcentrada indignación.

—¡ Vete de ahí ! le dije al cocinero ; ¡ Largaos á proa en seguida muchachos !

El cocinero mirando al Capitán Flandes, exclamó :

—Capitán, si voy para allá de seguro que me despelletan como á un conejo.

El capitán no le hizo caso y dijo dirigiéndose á Tomás :

—Sr. Tomás, yo no quisiera que Vd. me mirara así ; y permítame decirle que me ofende, y lo que Vd. hace no es de caballeros ni de gente bien criada.

El piloto no pudiendo escuchar más insultos, frunció el ceño ; mirándome, retorció su pequeña cara como si fuera un interrogante y haciendo extrañas contorsiones se fué para su camarote. El capitán también se retiraba, y yo le pregunté lo que debía hacer.

—Haga Vd. lo que crea más oportuno, su juicio le guiará ; y á mi gran sorpresa fué á cerrarse en su camarote.

Me fuí para la cubierta, arreglé y contenté la gente, y comentando lo sucedido me puse á pasear por la toldilla. No volví á ver á Tomás hasta que vino á relevarme, ya estaba tranquilo ; pero sin embargo, se quejaba amargamente del insulto inmerecido que le había hecho el capitán.

—También el práctico Blas dijo que el Capitán Flandes le había insultado de la misma manera : ¿ No le dijo á Vd. que le había dado un Testamento porque blasfemaba ? Ese parece ser su flaco, y aunque no sea malo ; sin embargo, él no tiene derecho á insultar á nadie.

—Lee, comienzo á creer lo que me dijo mí amigo, y es, que el padre del Capitán Flandes se ahorcó después de volverse loco.

—No hay duda que él es muy excéntrico, le contesté.

—Un excéntrico condenado ; exclamó Tomás con mal humor.

—Señor mío : él cree en espíritus y parece arreglar to-

das sus cosas con ellos ; pero no debemos considerarle loco porque no le creemos ó no le entendemos, porque si él tuviera razón nosotros seríamos los locos por no aceptar sus ideas.

—Yo no hago caso de sus creencias, refunfuñó el piloto ; pero no puedo sufrir que me insulte delante de un seboso cocinero de barco, y sea lo que quiera, siempre creeré que su cabeza está destornillada.

—Sin embargo, Vd. sabe que él es un hombre de buen fondo y le gusta hacer bien. El haberme mandado la otra noche al barco francés, será raro ; pero prueba que es humanitario, y si consideramos las malas acciones que se lleban á cabo por los capitanes de barco, no me cabe duda que el nuestro es mil veces preferible.

—Pero ; ¿ qué diablos quería decir cuando se quejaba de mis miradas ? exclamó el hombrecito encendido por el recuerdo. ¿ No le oyó Vd. llarmarme descortés, mal criado, y otras cosas más ? y yo puedo probar que desciendo del Bardo Ap-Tomás, que fué un gran capitán, Lee ; y además, uno de sus antepasados fué príncipe.

Yo ví que la herida de Tomás era en su nobleza, y como no nos conocíamos bien, no le quise contestar ní decirle cuales eran mis temores. La llegada del Capitán Flandes nos interrumpió, y Tomás me mandó para abajo.

Aquel día avistámos una goleta con rumbo S. E. y nosotros llevábamos S. S. O. Cuando tocaron cuatro campanadas (las dos de la tarde), estaba como á dos millas de distancia y vimos que era un hermoso queche como de doscientas cincuenta toneladas, el que me pareció el barco más lindo que había visto en mi vida. Querían pasarnos por la proa y la veíamos deslizarse sobre las aguas como un cisne. Su cobre, tenía un color de oro oscuro bajo las verdes olas que dividía á su paso; sus velas de un blanco de leche,

estaban tendidas como las alas de la gaviota que vuela graciosa bajo el azul indiano de los cielos del oeste, y el sol, chocando en sus costados como de ébano, al guiñar alejando las olas, la hacía aparecer á nuestra vista como el sueño feliz de un poeta marino. Nos estaba dando caza, y me figuré que aquello no era más sino el resultado de una apuesta de postres entre los ricos tripulantes de aquel pequeño palacio á flote.

Todos mirábamos al lindo barco. Rosa estaba entusiasmada ; Tomás, yo, y la gente de proa tristes de dejarnos vencer ; pero el Capitán Flandes, indiferente no dió ninguna orden. En un momento desplegó su bandera ; pero como no llevábamos libro de referencias no pudimos saber su nombre. Por fin dió una orzada y se puso tan cerca de nosotros que pudimos ver con claridad hasta las facciones de la gente que iba sobre el puente ; consistiendo en dos jóvenes muy bonitas, una señora de edad y un caballero joven todavía y elegantemente vestido ; este último nos gritó :

—Estamos leyendo el nombre del barco de Vds. en la proa. El casco es muy hermoso y debe tener buena marcha ; pero la *Violeta* podrá guiarles por cualquier rumbo que Vds. quieran tomar.

—Conteste Vd., Sr. Lee ; dijo el capitán ; probablemente temeroso de quedar mal con la gente que estaban agrupados sobre el castillo, y como la voz de Tomás no era muy fuerte prefirió la mía.

—Nosotros vamos con rumbo al Cabo de Hornos ¿ quieren servirnos de prácticos ? les grité poniendo mis manos en forma de caracol.

Todos rieron cuando el joven, moviendo la cabeza en signo negativo exclamó :

—Si Vds. fueran á un país cálido, seríamos felices en ir allá y decir que Vds. venían.

—Deseamos saber quien es el propietario de esa perla.

—Lord —— ; contestó el joven.

—¿ Está á bordo el Lord ?

Él nos saludó y yo devolví el saludo.

—Pregunte Vd. á su capitán si me permite ofrecerles *champagne* y cigarros.

El Capitán Flandes le saludó de la manera más fina y ambos dieron las órdenes para que el Lord llevara á cabo sus deseos ; cambiamos algunos cumplimientos de bordo á bordo, y al retirarse preguntaron :

—¿ Á dónde van Vds. ?

—Al Callao ; y ¿ Vds. ?

—Á Cádiz. ¡ Tengan feliz viaje !

—¡ Á Dios !

De ambos barcos empezámos á saludarnos ; ellos dieron una orzada y pocos minutos después se encontraban á larga distancia á nuestra popa.

El Capitán Flandes, fué al lado de Rosa la ofreció el brazo, y cuando comenzaron á pasear, oí que la congratulaba por ser tan buen marinero.

—Lee ; dijo el piloto dirigiéndome un gesto significativo, ¡ Qué joven tan encantadora es la Srta. Maitland !

Me sorprendió oir aquel nombre ; pero haciendo memoria contesté :

—En verdad que lo es.

—Yo creo que Vds. se conocían antes de ahora ¿ no es cierto ? me preguntó sonriendo.

—Indudablemente ; contesté ; y le hice confidente de aquello que juzgué oportuno que supiera. Además, le dije que estábamos comprometidos á casarnos y que habíamos decidido hacer el viaje juntos.

—No hay nada de particular en eso, dijo Tomás pasándose la mano por la perilla. La idea no ha sido mala y lo

5

que siento, es no haber traído conmigo á mi esposa, puesto que pagando el pasaje tenía tanto derecho como cualquiera otra. Ahora recuerdo, ¿ ha olvidado Vd. haberme dicho la otra noche, que era muy duro embarcar, dejando á su amada en tierra? ¿ cómo me dice Vd. ahora que Vds. estaban de acuerdo en ello?

—¿ Le dije á Vd. que yo . . . ? ¡ Ah! eso no fué sino una manera de expresar á Vd. mí simpatía. La descripción que Vd. me hizo sobre tener que dejar sola á su esposa me afectó, y creí consolarle poniéndome en el mismo caso que Vd.

—Si, si; dijo mirando con incredulidad; cuando un hombre está enamorado es muy fácil que se contradiga; pero ese no es mi negocio. Su novia de Vd., es una preciosa muchacha y espero que la tratará bien. ¿ Sabe algo el Capitán Flandes?

—Lo que sabe de esto, es lo que la Srta. Maitland le dijo, que nosotros somos amigos desde antes de vernos aquí.

Por mi parte creí conveniente hablarle de la Srta. Maitland, pues hacía poco que nos conocíamas y pensé, que á él le parecería muy romántico que ella viajara con "colores falsos."

—Supongo que Vd. no ignora que el Capitán Flandes es viudo, ¿ eh?

—No lo sabía; le contesté; y me hubiera sorprendido saber que estaba casado. Este sarcasmo era demasiado sutil para Tomás.

—Lee, tenga Vd. mucho cuidado no vaya él á enamorarse de su novia; dijo con un gesto que hubiera sido imposible verle sin reir.

—Eso no me quitará el sueño, y estoy por decir que casi me alegraría; de ese modo ella estaría más atendida.

—Pero . . . ; continuó metiendo sus pequeñas manos en los bolsillos de la chaqueta. Al parecer un pensamiento terrible cruzó por su mente y le hizo temblar todo su esqueleto, y volvió á decir : Supóngase Lee, que él llegase á saber que Vd. era el novio y empezase á tener celos ; entonces se metería en su camarote y fraguaría algún plan diabólico para verse libre de Vd. Recuerde, que para el amor no hay nada imposible, y Vd. haría muy bien en prevenir de ello á la Srta. Maitland.

—Antes de que él pueda enamorarse, ella tiene que comenzar á creer en los espíritus ; dije mirando á Rosa que de brazo con el capitán paseaba á lo largo de la popa ; mientras que yo oía su voz ronca de regaño disimulado, y veía su brazo izquierdo subir y bajar gesticulando.

No es de suponer que me preocupase la advertencia de Tomás ; pero viendo la amabilidad con que ella le escuchaba hablar sobre espíritus y Cristianos Primitivos, era á no dudar, lo que más podía influir en él para enamorarse, y pensé que en tal caso, la posición de mi amada sería muy embarazosa.





CAPÍTULO VI

EN UN CICLÓN

El miércoles, nos encontrábamos latitud 40°, y longitud 16° 5′, como á doscientas millas al E. de las Azores; habiendo pasado el Golfo de Vizcaya sin más trabajo que el de hacer brazas de cuando en cuando.

Ya los pasajeros parecían estar bien del mareo, y todos sin excepción de Don Antonio paseaban por la cubierta. El comerciante portugués á pesar de estar más pálido que de costumbre, se encontraba casi bien, y al verle, me dirigí hacia él para hacerle una visita, como diría un marino.

—¿Cómo está Vd. Don Antonio?

—Mal, muy mal, me contestó; este mareo me tiene vuelto loco.

—No se apure Vd. por eso; trate de comer lo mejor y más posible y pronto estará bien.

El portugués comenzó á mirarme, y retorciendo la parte esférica de su garrafón, exclamó:

—¡Cuidado!

Apenas tuve tiempo para retirarme y llamé á un hombre para que limpiase. El capitán que estaba en la popa, me hizo seña de que me aproximase.

—Sr. Lee, el barómetro baja, á pesar de que el tiempo parece estar muy bueno.

—Sí, señor, así parece; pero quien sabe si aquella especie

de neblina que se vé indicará algo malo. El capitán miró por algunos momentos, y después, volviéndose hacia mí fijó sus ojos en los míos.

—Se me había olvidado preguntarle, si durante la disputa que tuvo lugar el otro día entre los marineros y el cocinero, hubo alguien que usase mal lenguaje.

—No recuerdo haber oído á nadie hablar en malos términos ; contesté.

—Así lo presumo ; exclamó mirándome de hito en hito ; porque de otro modo, supongo que Vd. me lo hubiera dicho.

—Á mis oídos, no llegó ninguna palabra fea.

—¿ Puede Vd. decirme, cuál es la disposición que Vd. ha observado entre la gente ?

—Me parecen ser buenos trabajadores y obedientes, mi capitán.

—No quiero decir en ese sentido ; ¿ es qué ellos tienen buena disposición con respecto á cosas religiosas ?

—Capitán Flandes, no puedo contestar la pregunta que Vd. me hace ; ignoro su manera de pensar en ese punto.

—He estado pensando, prosiguió, en darles algunas lecturas en materia de religión ; pero antes, viendo que Vd. es una persona delicada y sensible, he creído oportuno consultarle. Si entre ellos hay blasfemos, no quisiera perder mi tiempo ; y al hablarle á Vd. de esta manera, me remuerde la conciencia. Mi pobre corazón no ha llegado á ser tan puro y generoso, como para seguir el ejemplo de los Apóstoles. Al mismo tiempo dió un golpe con el pie y con gesto triste y resignado, esperó mi contestación.

—Yo me encuentro muy favorecido con la distinción que Vd. me hace ; pero le suplico tenga la bondad de dispensarme que le calle mi manera de pensar con respecto á eso.

—Dígame Vd. lo que piensa, contestó con seriedad ; y como Vd. es uno de mis oficiales, le mando que me dé su opinión franca y clara.

—¿ Puedo permitirme primero la libertad de preguntar á Vd. sobre que punto piensa dar sus lecturas ?

Sus ojos brillaron, é inclinó ansioso la cabeza.

—Sobre la existencia de los espíritus, me dijo. Tengo doce lecturas compuestas por mí, en las que pruebo de una manera conclusiva, que el aire que respiramos está lleno de espíritus ; pero para esto, Sr. Lee, es necesario que antes, y para comprenderlas, el corazón de esos hombres esté . . . ; vaciló como para buscar una palabra, y se retiró dos ó tres pasos.

Yo me volvía loco en pensar como estaría la imaginación de aquel hombre ; contemplaba la marcha de nuestra noble fábrica, recordaba el número de vidas que estaban en un peligro inminente si el capitán perdía la razón, y me costó un gran esfuerzo poderle contestar :

—Vd. me ha preguntado mi opinión franca, y con su permiso voy á dársela. Yo no creo que esta pobre gente puedan comprender lo que Vd. desea explicarles, puesto que, al considerar el gran trabajo que hacen, su poca instrucción y el carácter de los marineros en general, me parece que no estarían gustosos en tener que escuchar sus lecturas.

—Así lo temía yo ; y por otro lado ¿ cómo pretender tal cosa de gente tosca é ignorante, cuando los bien educados é instruidos no se prestan á ello ?

—Mi capitán, no dudo que Vd. perdería el tiempo ; la gente no aspiran á más, que á comer, dormir y trabajar.

—Sí, así es, Sr. Lee ; me contestó tristemente ; le doy á Vd. las gracias por haberme dado su opinión.

Me llevé la mano al sombrero para saludarle ; pero me detuvo diciendo :

—La Srta. Maitland, me dijo que Vds. se conocían antes de verse en este barco.

—Sí, Señor, le contesté ruborizado; tuve el placer de conocerla en casa de su tutor.

—Sí, es una joven encantadora, prosiguió con animación; parece que comprende perfectamente todo lo que la digo, y estoy seguro, que ya está convertida.

Me retiré y comencé á mirarle sorprendido por su manera de hablar. No podía comprender á aquel hombre. Hacía siete días que estábamos en la mar y no hallaba modo de darme cuenta de lo que acababa de oir. Antes de marcharme para abajo, observé que la mar, habiendo estado durante el día del oeste, después de dar una vuelta completa se puso del norte, circunstancia que nunca había notado, al mismo tiempo que el viento se puso S. O. por S., obligándonos á echar brazas; y sin embargo estábamos fuera de rumbo por algunos puntos. Poco después, ví que el barómetro seguía bajando, el viento calmaba y el buque hacía su marcha más lenta. El contramaestre Sinet, que con la gente limpiaba la cubierta, dijo acercándose á mí:

—Sr. Lee, yo no sé; pero no me gusta *er calatre der* tiempo, aquellas *refajas* que se ven, no *endican náa güeno.*

—Eso no es nada Sinet, y de todos modos tendremos que esperar algunas horas antes que sepamos qué nos traen.

—Sí, sí; pero si *usté* lo permite dejaremos *er* trabajo; yo creo que la mar limpiará más que los *bardes.*

—Haz lo que quieras, Sinet.

En aquel momento, sonó la campana anunciando la comida y fuimos para abajo. El capitán, como siempre que estaba lejos de Tomás, parecía tranquilo y razonable y nadie hubiera podido sospechar en él lo más mínimo. En la mesa nos dijo que en el término de doce horas, correríamos un fuerte temporal y dirigiéndose á Rosa la refirió, que encon-

trándose en la Bahía de Bengala, experimentó los efectos de un tifón, huracán muy común en los mares de las Indias, y entusiasmado en su descripción, decía: "Era como á la hora de la puesta del sol, y en un momento, el cielo se puso de un color rojo de sangre hacia el E.; á sus reflejos, el mar parecía llena de cochinilla, la gente toda y el barco estaban como si hubieran sido pintados con vermellón. Aquel espectáculo aterrador duró hasta cerca de la media noche, cuando se veía como una inmensa masa de fuego que con el espejismo formaba como una superficie cristalina, bajo la cual, fantásticas llamaradas de verde y blanco, corrían en todas direcciones."

Yo he presenciado una escena parecida mientras estábamos en una calma cerca de Antigua, y sabía que el capitán era fiel en su narración.

El barco comenzó á rodar de una manera fatigosa; los pasajeros empezaron á estar molestos y Rosa dijo que quería volver á la cubierta. El capitán se levantó, la ofreció el brazo y ambos desaparecieron por la escalera de popa. Poco después subí y viendo á mi amada sola, me aproximé á ella en el momento que me decía:

—Guillermo, el sol parece muy extraño esta tarde ¿no es así?

—Si vida mía; pero el panorama es imponente.

—¿Tú no sabes lo que me ha dicho el capitán?; me ha contado que un espíritu había venido á anunciarle que tendríamos una horrible tempestad.

—¡Gracia de Dios! exclamé, viéndole mirar con los ojos fijos hacia el horizonte, y continué, mira Rosa, ahora está mirando como si fuera un hombre razonable.

Las nubes, en su marcha lenta hacia el O., presentaban un espectáculo grandioso al cubrir el sol que estaba pronto á ocultarse. Sus crestas estaban separadas; pero según se

aproximaban al horizonte, se cerraban las unas con las otras, formando una masa negra y compacta, que por su aspecto, parecía ser una costa lejana. Los rayos de luz que se escapaban á través de la masa vaporosa, eran muy pálidos, y al reflejar sobre las olas, parecían formar montañas de un color verde oscuro. El contorno de las nubes, era de un rojo encendido, que cambiaba en ambar, después en perla y por fin se confundía en el negro fondo. Nunca había presenciado la puesta del sol de aquella manera, ni en mi vida contemplé una escena tan sublime é imponente á la vez; como tampoco había visto un cielo tan rico en brillantes y bien definidos colores. Á cada lado del sol las nubes que venían del N. y S. se juntaban, exhibiendo los más delicados tintes. Hasta las nubes más remotas, brillaban en magníficos colores de perla y naranja. El mar se encendió poco á poco en un rojo deslumbrador; cerca del buque era verde, y gradualmente cambiaba hasta confundirse con los rayos de sangre del poniente Febo, y la superficie quebrada de las olas figuraban ser llamaradas que venían del fondo. Era extraño, que algunos momentos antes, el capitán nos describiera fielmente el fénomeno que poco después se presentó ante nosotros. ¿Qué sería aquello? ¿serían las señales precursoras de un ciclón? No era fácil puesto que no nos encontrábamos tan al S. como para temer esa clase de tempestades, que son las más desastrosas que un barco puede encontrar.

La gente de proa miraban al sol como fascinados, cuando se oyó la voz del capitán que gritaba.

—¡Aferrad los juanetes y las reales!

Se dieron las órdenes oportunas y el capitán continuó.

—¡Arriad los foques y amarrad las vergas!

"Los espíritus parece que se están poniendo nerviosos," dije para mí.

—Una vela á estribor, gritó un marinero, desde arriba.

—¿Se ve bien? preguntó Tomás.

—Lo mismo que una gota de sangre; contestó el hombre.

—Vaya Vd. arriba con el anteojo, Sr. Lee; mandó el capitán.

Subí, y casi me fué imposible fijar el punto donde se encontraba; con toda la fuerza de mis pulmones dije lo que veía, y con precaución bajé para la cubierta. El barco rodaba de la manera más abominable y el capitán siguió dando órdenes hasta ponerlo en disposición para lo que pudiera suceder.

—Tomás, parece que el capitán comprende el negocio; le dije al piloto.

—Sí; contestó éste secamente.

—¿Le ha consultado á Vd.?

—Nó, ni una sóla palabra, contestó con abatimiento; no me habla, ni parece gustarle que me dirija á él. Este es el viaje más desagradable que he hecho en mi vida, y si por desgracia la gente llegan á comprender la indiferencia con que me trata, haré mejor de no aparecer nunca en la cubierta.

—Yo creo, que el infeliz no es responsable de sus acciones. Hoy mismo, le ha dicho á la Srta. Maitland que un espíritu le había avisado la tempestad que nos amenaza.

—¡Oh, Lee! yo soy perro viejo para que se me puedan comer los coscurros. Por mi parte, no puedo creer que habla de esas cosas con franqueza, y lo que pretende es burlarse de nosotros con los cuentos de espíritus y fantasmas. Después del tiempo que llevo sobre agua, no me dejaré engañar ni tampoco le daré gusto, ni á él ni á ningún otro capitán, que me quiera ver bailar la cuerda floja en presencia de las almicas.

Á pesar de la pena que me daba ver á nuestro primer piloto en aquella triste situación, no pude menos que reir de sus palabras, y viendo lo lejos que estaba en comprender la verdad de lo que pasaba, no quise continuar hablando por más tiempo y me retiré.

La noche había oscurecido de una manera horrible, y yendo hacia Rosa la dije :

—Mira, la noche está muy mala para que continúes aquí ; de un momento á otro, tendremos algún chubasco que no te dará tiempo para retirarte.

—Nó, déjame estar aquí á tu lado.

—No Rosa, es mejor que te retires á tu camarote.

—Sí, me iré ; pero tienes que prometerme, que mientras el buque ruede de esta manera no subirás á los palos ; antes estaba horrorizada de verte andar por las cuerdas.

Como estaba muy oscuro aproveché la ocasión para darla un beso y la prometí, aunque muy lejos de querer cumplirlo, que no volvería á subir, y tranquilamente se retiró.

Estaba mirando al compás, y al levantar la cabeza, el cielo pareció abrirse de horizonte á horizonte, dejando escapar una terrible llamarada, y el mar reflejó la intensa luz, como si de su seno hubiera salido un mundo en espectro. Cerré los ojos ; pero la luz fué tan fuerte que al abrirlos no pude distinguir el compás. Un pequeño y lejano trueno le sucedió. El capitán dijo aproximándose á mí :

—Sr. Lee, dé orden de aferrar la sobremesana mientras tenemos calma ; no me gusta el cariz del tiempo.

Dí las órdenes y la gente aferró la vela. Reinaba un silencio sepulcral ; el capitán paseaba, y de tiempo en tiempo se detenía para mirar las fantásticas visiones de las fosforescencias jugando entre las olas, que corriendo en todas direcciones, parecían serpientes á caza de animales invisibles. En aquel momento, cayeron algunas gruesas gotas tan ca-

lientes como si fueran de sangre, y me apresuré á ir y ponerme mis ropas de agua. La cámara tenía una temperatura sofocante ; pero antes de salir de ella miré al barómetro que continuaba bajando. Comencé á subir la escalera de popa, cuando una lengua de fuego cayó sobre el buque ; el aire quedó saturado con el olor de azufre, y el fluido eléctrico corrió por las cadenas y los bronces que brillaban como si fueran de fuego. Oí un terrible grito, y en seguida un trueno digno del relámpago que le precedió. El ruido fué como si nuestro planeta se hubiera roto en un millón de cascos ; rodó con terrible estruendo de horizonte á horizonte y su eco atronador chocaba y rechocaba como si no tuviera término. El capitán que estaba en lo alto de la escalera gritó :

—¡ Á proa ! ¿ Ha sido alguno lastimado ?

Hubo algunos segundos de silencio y una voz contestó :

—No, señor ; todos estamos bien.

—Sr. Lee, esto es terrible ; exclamó el capitán ; ¿ No ha oído Vd. un grito ?

—Sí, señor.

—¡ Ah ! dijo él más tranquilo. Yo creí ser el único que lo había oído.

—Alguno habrá gritado de miedo según supongo.

—Sin duda, me contestó, y quisiera que sucediese algo que cambiara este silencio y oscuridad tan horribles. Timonel ¿ cómo vamos ?

El hombre no contestó.

—¿ Te has quedado dormido ? pregunté dirigiéndome hacia la rueda. ¿ Por qué no contestas ? ¿ no has oído que el capitán te llama ?

Viendo que no contestaba, le agarré del brazo y le sacudí fuertemente.

—¿ Qué es lo que tiene ese hombre ? preguntó el capi-

tán que me había seguido. Sr. Lee, saque Vd. la lámpara de la bitácora y mírele á la cara.

La luz reflejó en la cara del hombre.

—¡ Gran Dios ! exclamé. ¡ Está muerto !

Sus labios echados para atrás habían impreso en él una sonrisa espantosa, y sus ojos desmesuradamente abiertos, no dejaban ver sino el blanco de ellos. Sin saber lo que hacía, puse la lámpara en la bitácora, cuando las nubes se rasgaron, para dejar caer sobre nosotros una manga de agua. El capitán desconcertado por la sorpresa, estaba inmóvil y silencioso. Con un hombre muerto al timón, pensé, que si el huracán se desataba súbitamente sobre nosotros estábamos perdidos, y con toda mi fuerza grité :

—¡ Á popa la gente ! ¡ á popa para salvar nuestras vidas !

Mientras venían, comencé á esforzarme para retirar los agarrotados dedos del timonel, que asidos á la rueda me costó un trabajo sobrehumano separarlos, y el cuerpo cayó desplomado sobre la cubierta. Cualquiera hubiera creído que el espíritu del deber le tenía firme en su puesto aún después de muerto.

Toda la guardia llegó corriendo y les dije :

—Lanión ha sido muerto por el rayo ; un hombre á la rueda y los demás llevad el cuerpo bajo el castillo de proa, y cubridle con una lona.

El chubasco cesó, y el capitán que parecía haberse refrescado vino junto á mí.

—Pronto tendremos el huracán encima. Mire Vd. hacia popa Sr. Lee.

Volví la vista y una vez más distinguí la rojiza luz de la tarde. Al verla sentí un escalofrío, nunca pude creer, que una cosa que al contarla parece tan simple, pudiera aterrorizarme de aquella manera. Era una ráfaga de un color

y un carácter tal, tenía . . . es imposible que pretenda describirla ; pero parecía como la cola de un cometa, ó más bien una montaña de espuma iluminada por una luz invisible.

La estrecha faja se ensanchó ; como un relámpago venía hacia nosotros y por algunos momentos antes de llegar, oíamos el ruido infernal de su bramido que en su furor revolvía hasta lo más profundo de los abismos del Océano, y apenas pude oir la voz del capitán que decía :

—¡ Aferrad las gavias !

Antes que las palabras hubieran salido de sus labios, la mar estaba cubierta de espuma y el bramido del viento nos ensordecía. La blancura de las aguas lo iluminaba todo y pude ver á nuestro jefe que caído de espaldas y sin pretender levantarse, gritaba :

—¡ Dos hombres más al timón !

La fuerza del huracán era mayor que todo lo que la imaginación puede concebir ; los hombres venían hacia nosotros, y al llegar á la escalera les arrojaba para atrás como si fueran pedazos de papel ; por fin, uno de ellos arrastrándose por la murada logró llegar. Era imposible volver la cara, el viento azotaba como si fuera una barra de hierro, y la *Sirena* empujada por aquella fuerza invisible, con el botalón casi escondido debajo del agua, se deslizaba sobre aquella superficie que parecía un campo cubierto de nieve.

¿ Sería un ciclón ? Tenía el aspecto y furia que les caracteriza. El capitán y el piloto, no habían esperado la tempestad por doce horas, y todavía no habíamos salido de la primera guardia, cuando ya estaba sobre nosotros. Íbamos para el S. ; pero el viento nos retiraba de nuestro rumbo, y el barco marchaba con una velocidad de catorce nudos, y con eso dejo al lector calcular cual sería la del viento en aquel instante. Si la tempestad llevaba un movimiento de

rotación circular, como era indudable, había dos maneras de salvarse de ella ; la una, tratando de evadir el peligrosò centro, y la otra echarse á un lado y manejarnos hasta que el viento se extinguiera. Si las teorías establecidas sobre la marcha de estas tempestades son correctas el centro del ciclón, se encontraba al E., puesto que, gradualmente el buque, cambiaba de rumbo en su marcha, tendiendo siempre á seguir en una línea de circunferencia y en aquel momento el compás marcaba S. por E. medio E. Estábamos casi fuera del radio y teniendo nuestro aparejo perpendicular al viento, hubiéramos llevado la misma marcha que un pedazo de madera al rededor de un remolino. El capitán que después de mil trabajos había conseguido ponerse de pie, miró al compás y exclamó :

—Sr. Lee, de cualquier modo tenemos que ser dueños del buque y no podemos dejarnos llevar al azar, llame Vd. toda la gente, que aferren el foque y la gavia y que larguen el estay de tope del trinquete.

El capitán parecía un fantasma, no llevaba sombrero y sus pocos cabellos formaban un mechón en el centro de la cabeza, su ropa empapada y pegada al cuerpo le hacía parecer más flaco y largo que nunca. Como pude, fuí para la proa á ejecutar sus órdenes ; la mar hasta entonces aplastada, comenzaba á levantarse y las olas al estrellarse en los costados del buque, reunían sus crestas con las que venían detrás, y se levantaban como lenguas de fuego hasta la altura de las cofas ; dí las órdenes, me retiré debajo del castillo, y para aferrar los trapos fué necesaria la fuerza reunida de todos aquellos hombres. Las vergas estaban tan duras de mover como si hubieran formado parte de una muralla de piedra ; pero al fin, á mi gran placer los hombres entonaron un coro y el trabajo se llevó a cabo.

Desde el sitio donde estaba podía distinguir el perfil del

buque que se destacaba en medio de la intensa oscuridad, donde las aguas convertidas en espuma, caían sobre él como una nube de luciérnagas y el barco se veía caminar como un espectro errante. Á cada momento, entraba una ola que cubría hasta las serviolas y lo convertía en un lago.

—¡ Acá á echar brazas ! gritó el capitán desde la popa.

Y nosotros contestando la voz de mando nos arrojámos hacia adelante haciendo silbar al viento en nuestra marcha. El timón fué echado abajo al mismo tiempo que cerrábamos las brazas, y en la maniobra embarcámos una mar tan terrible que casi hundió el barco bajo las aguas. Después la *Sirena* marchaba hacia adelante dividiendo las olas que encontraba á su paso, las que parecían montañas, y de cuando en cuando eran arponeadas por el botalón de las rastreras. No habiendo más que hacer el capitán gritó :

—¡ Muchachos los que no estén de guardia que marchen para abajo !





CAPÍTULO VII

LOS FUNERALES DE LANIÓN

Á JUZGAR por la manera con que la tempestad cayó sobre nosotros, se hubiera podido creer que el huracán había llegado á su máximun de fuerza; pero como á eso de las doce soplaba con todo su furor. La noche había comenzado á aclarar y ya no relampagueaba. El barómetro había caído de 29·80, á 27·60, ó sea un total de 2·20, y un poco después de media noche tuvo una pequeña alzada.

Entretanto, la *Sirena* á pesar de su enorme carga, hacía frente á la mar y si hubiésemos podido alijarle, estoy seguro que el barco hubiese danzado sobre las aguas sin embarcar ni una gota durante la tempestad. Sin embargo, un buque cargado de aquella manera, no podía hacer más; antes que pudiera levantar la proa delante de una mar, ésta entraba barriendo el castillo y la cubierta; á cada lado las olas parecían montañas, y sus crestas arrebatadas por el viento, volaban como densa bruma sobre el puente y á cientos de brazas más allá. Al salir de guardia, muerto de cansancio fuí abajo; á la entrada de la cámara me detuve y hablé algunas palabras con Tomás.

—Ya sube el barómetro Lee, y á juzgar por la subida tan inesperada, creo que pronto estaremos libres del viento. Nos encontramos simplemente en el extremo del radio de la tempestad.

6

—¿Qué le parece á Vd. de la manera como se ha conducido el capitán?

—Á mi modo de pensar nadie hubiera podido hacerlo mejor; dijo, y se retiró.

Tomé una botella de ron y me serví un vaso antes de marcharme á descansar. En la cámara, el ruido del buque era terrible; mientras en la cubierta la excitación y el trabajo continuo, hacían desaparecer gran parte de la impresión que causaba el choque del viento y de las olas, la soledad de la cámara invitaba á pensar en ello; el ruido de la mar al estrellarse contra los costados, el crujido de las maderas, los chirridos de las puertas, el ronco bramido del viento, y finalmente el rodar del buque, abstraían por completo la imaginación y todos aquellos ecos llenaban la reducida atmósfera con un ruido estremecedor, que aun siendo yo marinero y curtido por las aguas del mar, no me avergüenzo de decir que por momentos me sentía desmayar.

Fuertemente apoyado contra la mesa, tomé el vaso de ron y acababa de ponerle en su lugar cuando se abrió la puerta del camarote de los Madeira, el portugués salió por ella como disparado por un cañón, y dando un tremendo golpe en la mesa continuó rodando por el suelo. Temiendo que se hubiera hecho daño, lo levanté y lo llevé á la puerta del camarote del Sr. Black, donde para que no volviera á caer lo sujetaba fuertemente por los hombros. Sin duda Don Antonio había intentado ver si andaba alguien por la cámara, cuando al abrir la puerta el balance del buque lo arrojó de cabeza. Estaba vestido; pero descubierto y sin zapatos.

—Espero que Vd. no se habrá hecho daño; le dije. ¿Por qué salió Vd. de su camarote? creo que estaría mejor en él.

Miró en derredor, y me contestó en portugués; pero no pude comprenderle.

—Escúcheme, le dije gritando á su oído ; el barco no está en peligro, marchamos con un terrible huracán ; pero estamos bien cuidados por buenos marineros y si esto no le tranquiliza, Sr. Madeira no sé que puede Vd. esperar. Ahora permítame que le lleve á su camarote.

Apenas había dicho esto, cuando el Sr. Black dió vuelta al picaporte de su cabina, la que abriéndose de fuera á adentro con la fuerza que yo hacía sobre ella para sujetar al portugués, se abrió de repente y allá fuimos los dos. Don Antonio cayó debajo y para salvarse se agarró á la pierna del Sr. Black, formando un nudo que nos impedía levantarnos, y los dos pasajeros se ponían como una sopa con mi ropa de agua.

—¿ Quién diablos me agarra ? exclamó el Sr. Black aterrorizado. ¡ Dejen mi pierna quieta : ¡ Por Dios ! ese hombre me corta con unas tijeras.

El portugués había clavado las uñas en el Sr. Black quien (dispensándome decir la verdad) no llevaba más que la camiseta y un pañuelo atado á la cabeza. El buque se echó á sotavento, allá fuimos los tres rodando y de nuevo volvimos cuando el balance fué de barlovento. El Sr. Black me tenía abrazado por el cuello, de la manera más cariñosa y tenaz. Al fin, desasiéndome de ellos, con gran trabajo arranqué los dedos del portugués que los tenía clavados en el Sr. Black, que tan pronto como se vió suelto, saltó á su cama, con su camiseta convertida en girones y cubriéndose con una sábana me empezó á decir :

—¿ Qué quiere decir este asalto, Sr. Lee ? ¿ Qué negocios tienen Vd. y ese extranjero degradado en mi camarote ? y sacando su larga y ensangrentada pierna fuera de la cama parecía como si algún gato se hubiera afilado las uñas en ella.

Sofocado por la risa, casi no tenía fuerzas para contestarle ; pero al fin díje al portugués :

—Sr. Madeira me parece que Vd. no se habrá hecho el menor daño en este desagradable accidente.

—¡ Daño ! exclamó rabioso el Sr. Black ; lo que es lástima que no se haya roto la crisma por querer descarnar mis piernas. Cómo, ¿ no puede un pasajero abrir la puerta de su camarote sin exponerse á que lo crucifiquen vivo? Contésteme Vd.; Vd. Sr. Portugués : y cubierto como estaba miró al Sr. Madeira como una avispa enfurecida.

—¿ Qué tiene Vd. que hablar de mi crisma, eh ? ; gritó el portugués, al que yo creía medio muerto por el revolcón, y continuó : ¿ Quién es Vd. ? viejo, feo, condenado. Contésteme ahora ; y levantándose en un acceso de rabia, largó una bofetada que barrió la nariz del Sr. Black. Aquello era demasiado para mí y dejé á los dos pasajeros que arreglaran su disputa, fuí para mi camarote cerré la puerta y me acosté riendo hasta que me quedé dormido.

El ciclón duró poco ; pero á juzgar por lo que nos tocó no cabe duda que de habernos encontrado algunas leguas más al E. cuando cayó sobre nosotros, sin remedio hubiéramos naufragado. Que era rotatorio, lo prueban las ráfagas que sin regularidad venían á estrellarse contra el buque tan pronto del N. como del E. N. E.

Cuando volví al puente á eso de las cuatro de la mañana, había un tremendo oleaje y el huracán parecía ir retirándose poco á poco. Las nubes estaban divididas en fragmentos hacia la proa, cruzando rápidamente por el cielo, y en medio, las estrellas enviaban sobre nosotros sus brillantes rayos, haciendo ver que sobre la capa de nubes más baja, había otra blanquecina.

Aquel encuentro desesperante, puso nuestro buque en una triste situación. Con una sola noche, había quedado como si durante un mes hubiera estado rodando á merced del huracán. Los foques y gavias habían sido aferradas de

cualquier modo y amontonadas en desorden en los desarreglados tomaderos, el aparejo volante andaba de uno á otro lado, la cubierta parecía un lagunato y á cada balance el agua se precipitaba en ella por todos los sitios, llenándola de espuma ; el castillo estaba cubierto constantemente por la mar que caía como una cascada sobre el puente y como todas las velas de proa estaban aferradas, el largo y negro botalón parecía un fantasma, ya elevándose hacia el cielo ya pareciendo querer hundirse en el abismo.

Á las primeras horas de la mañana el huracán había calmado su furia, la mar fué moderándose gradualmente y pudimos desplegar algunos trapos ; se baldeó el buque, por que no hay nada que ensucie más que una tempestad, y á la hora del almuerzo todo estaba en orden á popa y proa. Un momento más tarde, ví al Sr. Black que pálido como la muerte y con los ojos asustados me preguntó :

—¿ Cómo ha pasado la noche con un trabajo tan atroz como el que Vds. tenían ?

—Pasablemente, le contesté.

Aquello me pareció mucha delicadeza después del encuentro sucedido en su camarote, y por momentos había estado esperando que el capitán me llamase para darle una explicación sobre el incidente ; pero por fortuna me equivoqué. El irlandés me dió una satisfacción por la manera con que me había tratado, y me dijo que después de las explicaciones del Sr. Madeira, comprendió que yo no fuí la causa de aquello, sino que habiéndome oído hablar, abrió su camarote para preguntarme algo sobre el tiempo. Ya se había curado los arañazos y sin sufrir ningún dolor, creía que el accidente no volvería á repetirse ; pero estaba en las suyas de que el portugués lo arañó por maldad. El Sr. Black no me dijo como habían terminado su disputa ; pero yo me figuro que después del bofetón que recibió de mano

de Don Antonio, se darían una "buena entrada de puñetazos" y satisfecho el insulto por ambas partes hicieron las paces, puesto que el rodar del buque y los bramidos del huracán, no estaban á propósito para que prolongasen la lucha por largo rato.

Fumaba tranquilo mi pipa en un lugar abrigado de la popa, mirando de cuando en cuando hacia la cámara para ver si Rosa salía de su camarote; cuando ví á Tomás ir para proa. La gente que acababan de echar rizos, bajaban tranquilamente á la cubierta. En aquel momento, vino á mi memoria el marinero muerto por el rayo y los detalles del principio de la tempestad que todo había desaparecido por completo de mi imaginación. Tal es el inveterado aturdimiento del marinero; en cinco minutos olvida impresiones que preocuparían por toda la vida la imaginación de un hombre de tierra.

No me había equivocado en pensar el motivo que llevaba á proa al primer piloto, quien me dijo cuando volvía:

—Ese pobre diablo de Lanión será arrojado al agua á las dos campanadas (las nueve), el capitán lo ha ordenado así, aunque debiera esperar hasta ocho campanadas (las doce) cuando toda la gente estuviera en la cubierta; y diciendo esto se retiró.

Los funerales son siempre una ceremonia imponente y solemne á bordo de un buque. No es porque los marinos piensen gran cosa en la muerte de un compañero; sinó porque una cara amiga ha desaparecido, en los coros habrá una voz menos, sus gracias y risas no se oirán más, y su pipa rota y apagada yace sobre la cubierta; su camarote está vacío, y solo queda su nombre grabado en una de las vigas del rancho. Lanión se fué y su guardia tiene un hombre de menos. Pertenecía á la mía y aunque nunca observé nada de particular en él; sin embargo, era un buen ma-

rinero, muy popular en el rancho, siempre de buen humor y listo á compartir con sus compañeros una pipa de tabaco ó algún harapo de los que forman el equipage del pobre hombre al servicio de buque mercante. La muerte de aquel muchacho había impresionado mucho á la gente ; á pesar de que eso no duraría más, sinó hasta el momento que su cuerpo fuera arrojado á la mar en que todos lo olvidarían.

Á las nueve de la mañana, el contramaestre dejó su pipa, el capitán vino á la cubierta y el primer piloto quedó á la popa al cuidado del barco; ninguno de los pasajeros estaba presente, y el funeral de Lanión debía llevarse á cabo solamente en presencia de marineros. El cuerpo había sido envuelto en una lona cosida, porque el infeliz no tenía otra cosa, puesto sobre uno de los enjaretados de proa y cubierto con una gran bandera. Cuatro de sus compañeres de guardia le condujeron al portalón de sotavento, donde se puso el enjaretado y dos hombres estaban allí esperando la señal para quitar la bandera y lanzar el cadáver al agua. Toda la gente se había reunido, y estaban descubiertos y con los ojos bajos. La escena era solemne y pude contemplar los sentimientos de aquella gente tosca ; unos tenían los ojos fijos en el cadáver, otros miraban hacia el enjaretado, los demás tenían en su fisonomía un aire de sorpresa y admiración y todos juntos parecían una reunión de chicuelos observando alguna escena seria y poco común. José, el marinero negro, estaba inmóvil como una estatua y con un gesto de luto impreso en su aplastada y honrada cara de ébano. Detrás de él, había algunos otros disgustados é inquietos, puesto que siendo católicos no era de su gusto tener que asistir á aquella ceremonia.

En aquel momento miré hacia el capitán que parecía estar en una agitación extraordinaria, y en vez de un libro de oraciones, traía en sus manos un rollo de papel que mi-

raba atentamente, mientras su cuerpo temblaba como si tuviera un ataque de nervios. En todos los buques ingleses, es costumbre que los funerales se lleven á cabo con el "Servicio fúnebre" que se lee en las iglesias; pero por lo que observé, descubrí que el Capitán Flandes iba á llevar aquel á su manera; lo que hizo, que el diminuto Tomás, descubierto y con los ojos encapotados como la luna nueva, estático sobre la toldilla, cambiara conmigo algunas miradas significativas. Los hombres guardaban el mayor silencio; sólo se oía el ruido de la mar al chocar á los costados del buque, y los crujidos de éste al balancearse sobre las olas, el sol nos alumbraba con sus brillantes rayos, y los palos se levantaban hacia el cielo que libre de nubes, de horizonte á horizonte, era de un azul sin mancha. Entonces el capitán con voz hueca, que por su excitación vibraba como los bordones de un arpa, comenzó diciendo:

"Hermanos: no ignoro que cuando un hombre muere en la mar, es la costumbre conducir los funerales con los ritos de la religión en la cual creen el capitán y la gente; pero yo no creo en la "Iglesia de Inglaterra," yo soy un Cristiano Apostólico y pienso como ellos. Creo, y después que me hayais oído creeréis conmigo, que la oración no puede ser aceptada sino cuando se hace bajo la inmensa bóveda construída por el Todopoderoso, y cuya techumbre; dijo alzando los ojos hacia el cielo y agitando los brazos con gesto dramático; está allá arriba, es de un azul sin mancha, y el verde piso se encuentra bajo las inmensas olas del océano. Os digo que los Cristianos Primitivos que tenían por catedral el universo, no necesitaban arzobispos, obispos, padres curas, frailes ó sacristanes que rogaran por ellos."

En esto, su excitación llegó al extremo, sus ojos moviéndose rápidamente parecían querer salir de sus órbitas,

y gesticulaba azotando el rollo de papel con tanta fuerza y frecuencia, que me figuré que lo iba á despedazar.

Los hombres se miraban unos á otros como confusos, queriendo explicarse lo que oían, aunque estoy convencido que la mayor parte de ellos sólo se impresionaban por los gestos, creían que tal era la costumbre de llevar á cabo la ceremonia y el capitán más y más excitado continuó :

"Por esa razón, al leer un servicio tan diferente al que leían nuestros antepasados, hombres cuya memoria refresca más al corazón cristiano, que las aguas de la fresca fuente del desierto los secos labios del sediento kabila ; por eso yo intento leeros un ensayo sobre los espíritus, el cual, os enseñará á no guardar luto por nuestro muerto compañero, sino á comprender y saber como yo, que aunque estamos viendo la bandera que cubre su cuerpo, por medio de la oración y la fe, podemos ver y oir hablar su espíritu invisible, que vaga por aquí entre nosotros ; aquí, allá, por todos lados, ¡ vedlo de pie entre vosotros ! ¡ ahí está ! ¡ cómo nos mira ! ! Dios mío, él es ! ¡ vedlo, vedlo ahí ! "

Con su dedo índice señalando hacia adelante, los ojos con una mirada de arrebatamiento indescribible y casi fuera de sus concavidades, su larga y estrecha cabeza sobre cuya calva reflejaban los rayos del sol, se dirigía directamente hacia el negro José, que sorprendido había escuchado atentamente aquella extraña arenga ; inclinando la cabeza para atrás y gradualmente separando los labios hasta tener la boca desmesuradamente abierta, aterrorizado por la última señal del capitán y las miradas de la gente quienes le creían el espíritu de Lanión, ó por lo menos que el fantasma estaba tras de él, dió un grito horrible, y de un salto, por en medio de la gente, se fué á colocar al pie del palo mayor. Este accidente que en cualquier otro momento, hubiera causado la mayor hilaridad entre los marineros, no sirvió

sino para aumentar la exaltación y la alarma ; se creyeron rodeados de espíritus ; se estrechaban unos contra otros y se miraban sobre sus hombros, mientras el capitán, cuya fluidez no había sido interrumpida por el incidente del negro José, hablaba de una manera incoherente, gesticulando y moviéndose como un *temblador*. Cuanto más incomprensible se hacía, sus maneras eran más enfáticas y yo pensaba si él daría ó no fin á sus locuras, cuando abrió el manuscrito y levantando la mano derecha hacia el cielo comenzó á leer. La lectura duró más de media hora y no siento haberme olvidado de sus palabras. Era una recopilación de las divagaciones de todos los escritores sobre espíritus y fantasmas ; de como se aparecían los unos y los otros, lo que revelaban, y el uso que de ellos habían hecho los primeros cristianos. Mucho antes de terminar, los hombres comenzaron á dar muestras de impaciencia, mirando de un lado para otro como cuando se oye un sermón fatigoso. Ninguno de ellos entendía una palabra y según mi parecer, el mismo capitán, no sabía de lo que trataba. Antes de leer la tercera parte del manuscrito, Tomás, con aire de disgusto se retiró para la popa, cuya acción observé había sido notada por el capitán.

Al fin terminó ; enrrolló los papeles y guardándolos en el bolsillo, exclamó con su voz ronca de costumbre :

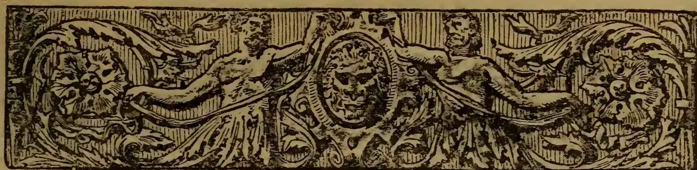
"¡ Dejadle ir en paz ! "

Esa fué la señal para dejar caer el enjaretado ; pero los hombres que lo sostenían no la entendieron, y se quedaron inmóviles obligándome á darles la señal ; á esto uno de ellos retiró la bandera, largaron el enjaretado y el cuerpo cayó.

El capitán se retiró á la cámara y yo dije á los hombres :

—¡ Ya hemos terminado, muchachos ! llevad el enjaretado á proa, plegad la bandera y ponedla en su lugar !

Tal fué la ceremonia fúnebre del desgraciado Lanión.



CAPÍTULO VIII

LA VELERA

La gente, no comentó la manera con que el Capitán Flandes había llevado á cabo los funerales de Lanión ; lo que conociéndolos, no me sorprendió. Aquella ceremonia no tenía nada de particular para ellos ; mientras no vieran al capitán mandar á aferrar los trapos con buena brisa, ó que los tendiera corriendo un temporal, no pensarían nada extraño de él. Para ellos toda la ilustración estaba á popa, y por lo tanto todo lo que procedía de ella lo aceptaban como irreprochable.

Los marineros de buque mercante son la gente más ignorante del mundo ; aún hoy, es raro encontrar en un barco dos ó tres que sepan leer mal y escribir peor. Viven como animales ; mala comida, mal trato, mala cama, y escasa paga.

Sinet, era mucho más inteligente que la mayor parte de los marineros con que yo he tratado. Aquel día estando á la proa, vino á consultarme sobre si el capitán había ó no dirigido los servicios fúnebres de una manera regular, á lo que contesté con una evasiva ; pero importunándome sobremanera, le dije que la cuestión era un mero capricho del capitán, y que cada uno hacía las ceremonias del modo que creía más natural, puesto que no quería hacerle comprender la verdad del hecho y por el contrario, estaba ansioso de que ninguno de ellos, llegase á sospechar lo más mínimo.

La tarde estaba apacible, el horizonte limpio y la suave brisa venía del E. Miré la hermosa mar, después á los palos del buque, y me parecía una ilusión aquel cambio. El espantoso bramido del huracán había sido remplazado por el delicado susurro de la brisa, que al chocar con las velas inmóviles é hinchadas, se veían como esculpidas en mármol, y á la vez, dejaban escapar las más armoniosas notas. La mar seguía un poco gruesa; pero servía para aumentar la graciosa marcha del barco, que después de elevarse á lo alto de una ola, parecía querer hacer una pequeña pausa, é inclinando majestuosamente la cabeza, hacía como si saludara á un pasante invisible. Mientras el capitán y los pasajeros permanecían en la cámara, tuve un largo rato de conversación con Rosa y le conté lo sucedido la noche anterior, la muerte de Lanión y la extraña conducta del capitán durante los funerales; pero cuando más entretenido me hallaba, un hombre que estaba en lo alto del palo de mesana, gritó:

—¡ Allá lejos, á sotavento, se ve una cosa negra!

—¿ Qué es lo que ves?

—No lo sé, Señor; puede ser que no sea nada; y tampoco puedo decir lo lejos que está.

—Continúa mirando sin apartarte de allí, le dije; ahora voy yo para arriba con los gemelos.

Salté á las jarcias de mesana, en un momento llegué al tope y le pregunté hacia donde estaba lo que él creía haber visto; me señaló con el dedo, y con dificultad después de mucho rato ví que un objeto que subía y bajaba con las olas, cayó dentro del circulo óptico de mis gemelos, y pude distinguir un pequeño bote pintado de negro; pero estaba tan distante, que el hombre para verlo debía tener una vista de águila. Me figuré que veía un punto negro á la popa, bajé, y dirigiéndome al capitán que estaba en la mesa, le dije:

—Tenemos un bote á la vista y me parece que hay gente en él; pero no estoy seguro de ello.

—¿Qué rumbo lleva?

—Á estribor, muy lejos.

Se levantó de la mesa y al llegar á la toldilla me pidió los gemelos; á lo que le contesté que era invisible desde allí. Entonces dirigiéndose al timonel, le ordenó:

—¡Muchacho, déjalo ir dos puntos á estribor!

Marchámos como veinte minutos, cuando un hombre gritó desde el castillo:

—¡Un bote á proa!

El capitán tomó los gemelos, se puso á mirar, y mientras tanto el bote apareció y desapareció dos ó tres veces, y él dijo volviéndose á mí:

—Creo ver un hombre á la popa con un remo, á cuyo extremo lleva colgado un trapo, y continuó; mire Vd. Sr. Lee si puede distinguir algo más.

Un bote abierto en plena mar es cosa poco común; todo el mundo corre á verlo y lo primero que uno piensa, si se ve gente en él es, cuales serán las privaciones que han sufrido, cómo estarán y que historia nos referirán de sus desgracias; si por el contrario, se encuentra con la quilla vuelta y las verdes aguas cruzando sobre ella, uno se imagina ver vagar los espíritus de los desgraciados que vivieron en él; cuanto tiempo vivirían, si yacen en el fondo del océano ó han servido de pasto á los monstruos marinos, y que será del buque del cual formaron parte.

Cuanto más nos aproximábamos al bote, más excitado se ponía el capitán, y al momento recordé el incidente del barco francés, la cuestión del cocinero, la muerte de Lanión y otras ocaciones cuando sus sentimientos tenían que ponerse en juego.

—Vea que un hombre esté listo para izar el bote en cuanto llegue, me dijo el capitán.

Un momento después los dos hombres que venían en él subieron á bordo. El primero era alto, flaco, con un mechón de pelo en la barbilla y vestido con traje de alpaca azul; su presencia era repulsiva y parecía ser *yanquee* desde la coronilla del sombrero, hasta la punta del zapato. Su compañero era un mulato pequeño; pero robusto y fuerte como un Hércules, de ojos negros y feroces, nariz africana, boca europea, con grandes dientes blancos que se dejaban ver entre sus rojos labios, y tenía aire de *bull-dog;* vestía un traje de listado con un cinturón de cuero, á cuyo costado se veía una especie de tahalí dispuesto á llevar cuchillo, revólver ó cualquier otra arma. Hablaron con el capitán, y en un momento este último los llevó para la cámara. Después de un rato salieron, y el mulato dirigiéndose hacia la jarcia del palo mayor, ligero como gato subió al tope; mientras el blanco tomó posición en el de mesana. Al mismo tiempo que los dos hombres miraban para divisar el objeto deseado, el Capitán Flandes, con la voz entrecortada por la agitación me decía:

—Sr. Lee; creo firmemente que la veremos, ¡sí, sí la veremos! Esos dos hombres que están arriba son el capitán y piloto de la barca americana *La Velera.* La gente se han amotinado y esta mañana en medio de la tempestad, los han puesto en ese bote, sin provisiones y con un solo remo. ¡Qué acción tan cruel! ¡Jamás he oído contar un crimen tan diabólico!

—¿El capitán estará arriba para ver si puede divisarla?

—Sí, señor; y por mi parte, si la vemos les he prometido toda la asistencia posible.

Los dos hombre estuvieron arriba toda la tarde; pero no les fué posible descubrir ninguna vela en el horizonte. Cerró la noche y la fresca brisa que reinaba nos hacía marchar diez nudos, lo que complacía en extremo al *yanquee.*

Por la mañana ambos subieron á su puesto de observación. Tomás y yo estábamos á popa, y él criticaba en los términos más duros la conducta del Capitán Flandes; cuando el americano llegó á nosotros, y después de mucho rato de conversación, le preguntámos por la causa del motín; pero él eludió la respuesta, se retiró y Tomás me dijo con voz agria:

—No es menester preguntarle nada de eso Lee; la cara de cualquiera de ellos dos, es lo suficiente para amotinar una tripulación de santos.

Pasaron varias horas, y en el momento en que estaba preparando mi sextante para tomar la altura, uno de los hombres que estaba sobre las gavias mayores, gritó:

—¡Una vela!

—¡Una vela! repitió el *yanquee.*

—Sr. Lee ¿puede Vd. ver alguna cosa? preguntó el Capitán Flandes.

—Sí, señor, una vela á babor.

El capitán estaba muy agitado; pero siendo la hora de comer bajámos, y después fuí para mi camarote donde dormí por dos horas consecutivas, desperté y al recordar la barca americana me vestí y subí á la cubierta.

Todos los ojos se dirigían á una pequeña barca que estaba como á cinco millas, iba á poca vela; pero sin embargo, marchaba más que nosotros y le sería muy fácil sostener la distancia. La gente á proa y popa estaban excitados con el interés de la caza. El americano se hallaba agitado; pero por momentos parecía tranquilizarse y nos dijo:

—¡Esa es mi *Velera!* es una verdadera perla; vean Vds. como va, jamás ha habido un barco á flote que pueda echarle talones; y en ella está hasta el último centavo que poseo en el mundo.

El Capitán Flandes, marchaba de un lado para otro,

sus ojos parecían querer salirse de las órbitas, todos los músculos de su cara estaban en constante movimiento, y las piernas le temblaban de una manera horrible. Á cada momento sacaba el pañuelo y se limpiaba la frente por la que le corría el sudor á mares. Tomás al verle, disgustado de la escena se retiró á un lado para esperar el fin de ella.

La barca americana sostenía su distancia y marchaba sobre las olas con la ligereza de un delfín y la gracia de una gaviota; sosteniéndose, difícilmente podríamos alcanzarla, y aunque pudiéramos hacerlo no sería posible abordarla, puesto que no éramos marinos de guerra ni tampoco teníamos un cañón con que obligarla á hacer alto; además, que al ver que nosotros la seguíamos, podría virar segura de que no cometeríamos la locura de irle detrás. El Capitán Flandes viendo que no solo se sostenía, sinó que iba ganando distancia, mandó largar las reales y como su excitación crecía según pasaba el tiempo, dió orden á Tomás de largar las rastreras, con las que la *Sirena* comenzó á avanzar rápidamente. La barca también empezó á largar trapos, y el americano á perder la paciencia. Viendo venir la noche perdía la única esperanza de recobrar su buque.

—Si fuera el amanecer, decía, entonces sí; pero . . . ¿querrá el Capitán Flandes seguirla?

Yo que lo observaba todo, me retiré y le dije á Tomás:

—Parece que el *yanquee* no ha tardado en adivinar el estado de la cabeza de nuestro capitán, persuadiéndole á llevar á cabo sus deseos, y si nosotros no estamos advertidos, pronto veremos la *Sirena* mandada por un loco y los dos pilotos reducidos á fantasmas. Por lo que veo, él no pretende llevar el buque al Callao, sinó dedicarse á dar caza á barcos que no puede alcanzar.

—Estoy listo á todo, y á todo lo malo, exclamó Tomás con tono cómico; pero desesperado. Le digo á Vd. Lee,

que de haber sabido lo que pasa hubiera deseado romperme una pierna antes que embarcar en la *Sirena.*

Un grito que dió el piloto negro que estaba en la cofa mayor, llamó nuestra atención; y al mirar la barca comprendí que algo extraordinario pasaba en ella.

—¡ Mirad ! gritó el *yanquee* fuera de sí : el timonel ha dejado la rueda para ir á proa y continuó diciendo: ¡ Truenos y relámpagos ! ¡ Ved la rueda que parece una voladora ! ¡ Ya vira ! ¡ Por gracia de Cristo ! ¿ Á dónde irán á parar las jarcias ? y comenzó á correr por la cubierta como un gato cuando quiere escapar de un lugar sin salida.

Con la mirada fija en la barca, la ví volver hasta ponerse frente al viento, y con todo el aparejo oscilando horriblemente, en un momento los botalones de las rastreras caen para abajo rotos como si fueran espárragos, é inmediatamente allá cae el mastelero de trinquete con toda la jarcia, el foque fué para el agua, y la barca convertida en ruinas y hundiéndose á sotavento, quedó parada sobre la mar.

Sólo el lápiz de un artista podría reproducir la desesperación que se pintaba en la cara del *yanquee*; el hombre estaba fuera de sí, y comenzó á decir frases incoherentes. El Capitán Flandes que hasta aquel momento no había pronunciado una palabra, comenzó á dar órdenes que salían de su boca como un trueno y con la rapidez del relámpago. Según nos aproximábamos se hacía más visible el pandemónium que tenían á bordo; el timón estaba abandonado y tres ó cuatro hombres iban de un lado á otro por la cubierta. Todas las cuerdas estaban colgando en desorden; unas velas flameaban, otras habían sido enrolladas en los palos, las rastreras enredadas en las jarcias, y según el barco daba vueltas, las olas chocaban en sus costados y caían á mares sobre su cubierta. El americano y su piloto gritaban y braceaban

sin cesar. Ya estábamos como á una milla de distancia, cuando dijo el Capitán Flandes :

—¡ Dejadla llegar hasta poder hablarla con la bocina !

—¡ Eh, la barca !

Esperámos algunos momentos ; pero nadie contestó. Ninguno sabíamos qué pensar cuando Tomás que estaba aparte mirando con sus gemelos, gritó :

—Veo dos hombres que tienen en las manos una tela negra con un letrero y dice, "Nat . . . . mu . . . do" ya veo bien, dice : "NATHAN MUERTO ; EL MOTÍN SOFOCADO ; VENGAN Á BORDO."

—Eso es, eso es ; gritó el *yanquee* que llevado por la ansiedad estaba al pie de los pescantes gritando : ¡ Hurra ! ¡ Hurra ! ¡ Al fin la barca es mía otra vez ! ¡ Hurra !

—¡ Á popa algunos hombres para abordar la barca ! dijo el Capitán Flandes.

Toda la gente corrió para la popa. No había á bordo ninguno que no quisiera ser el primero en subir al bote.

—Con calma muchachos ; les dije, mientras todos se codeaban por ser los primeros ; no hacen falta más que cuatro hombres.

—Salte al bote Sr. Lee, dijo el capitán ; y vea si los ganchos están listos.

Hice salir á los hombres que ya estaban amontonados en el bote, y elegí cuatro de los más fuertes ; el piloto negro tomó asiento y el capitán *yanquee*, después de saludar á la tripulación con un gesto, estrechó la mano del Capitán Flandes y saltó al bote, el que estando provisto con ganchos de última invención se quedó libre al tocar la primera ola.

La brisa que había arreciado, agitaba fuertemente la mar ; pero acostumbrado al manejo de botes, no temí por un momento llevar á cabo la empresa, y como al costado de

la *Sirena* el agua estaba más quieta, nos retirámos de ella con destreza, aunque la mar requería el mayor cuidado. Por momentos, nos encontrábamos en la cresta de una ola con la espuma que brillaba bajo nosotros y la barca parecía hundida y como si la viéramos desde el alto de una loma ; un segundo más tarde descendíamos al abismo desde donde no se distinguían más que las verdes aguas que parecían rodar sobre nuestras cabezas, y el viento nos las arrojaba como si hubiéramos estado bajo una lluvia torrencial. La barca rodaba al capricho de la mar que chocaba contra sus costados, cayendo sobre ella en fina lluvia ó bien se embarcaban como si quisieran echarla á pique. Poco después estábamos al costado ; cinco ó seis hombres desde ella nos echaron cuerdas y como todos éramos marineros no tardámos mucho en encontrarnos á bordo. El primero que subió fué el *yanquee*, después le seguí yo ; y después de asegurar el bote, se le dió bastante cuerda para que se alejara de la barca. El primer objeto que ví, fué un hombre que boca arriba yacía sobre la cubierta con las manos puestas en la cabeza y sin duda estaba muerto. Parecía un gigante caído y era el hombre más fuerte que he visto en mi vida. Su pecho estaba hundido, sus enormes brazos fuertes como de hierro, sus largas y gruesas piernas extendidas, el recio cuello, y los dedos tan gruesos como zanahorias doblados como con rabia, le daban un aire tal, que era lo bastante para detener la respiración de cualquiera. Tenía los ojos abiertos y la mandíbula inferior caída dejando ver dos hileras de blancos dientes ; y mezcladas entre sus cabellos, se veían espesas manchas de sangre. No muy lejos de allí, se hallaba otro hombre amarrado al palo de mesana, vuelta tras vuelta de cabo pasaban sobre su pecho y cintura ; las piernas y los brazos los tenía atrincados aparte, y en aquella posición debía sufrir horriblemente. Tenía tipo de italiano ; de un

color oscuro tostado por el sol, alto, flaco y con gran bigote negro: su vestido consistía en una camiseta de lana, calzoncillos blancos y los pies desnudos, los que tenía casi negros por la compresión de las cuerdas al rededor de las piernas. Había pensado que el piloto mulato parecía el hombre más criminal que existía; pero al ver á éste, comprendí que era peor que el otro. Nunca podré olvidar la cara feroz y depravada de aquel hombre. Cuando subímos á bordo, nos miró, después bajó la vista, y á pesar del martirio que parecía sufrir, no lo demostraba en lo más mínimo.

—Está bien, dijo el capitán *yanquee*, habéis convertido mi *Velera* en ruinas con vuestro condenado motín. ¿Quién ha hecho eso? continuó señalando con desprecio el cadáver que estaba sobre la cubierta.

—Yo, contestó uno de los marineros; cuando señalé aquella barca y ví que el piloto estaba á bordo, llamé á estos tres que no tuvieron nada que ver con el ruido y les he dicho que nosotros teníamos que morir al palo por lo que los otros hicieron; entonces, le he roto la cabeza con una barreta y estos han atado á Picadori al palo de mesana; y eso es todo.

—Está bien, dijo el *yanquee*, vosotros y yo seremos amigos; y dirigiéndose á los otros con una mirada feroz, continuó: ¿Qué hay, qnereis ser amigos?

—Si Vd. nos promete darnos nuestro desembarque al llegar á puerto y promete tratarnos bien, sí.

—Cumplid como es debido y os lo prometo; y volviéndose á mí me preguntó. Sr. Lee, ¿puedo disponer de su gente por algunos momentos?

—Sin duda, puede Vd. disponer por un rato; pero á la puesta del sol quiero volver á la *Sirena*, para que no me coja la noche fuera.

El *yanquee* comenzó á dar sus órdenes y en seguida com-

prendí que conocía su negocio. Entre sus hombres y los míos hacían once y pronto aclararon la cubierta. Yo me retiré á un lado, y mortificado por el sufrimiento del infeliz que estaba atado, me acerqué á él y le aflojé un poco las ligaduras, por lo que ni me dió las gracias ni hizo movimiento alguno. Â no dudar, en cuanto la *Sirena* desapareciera de su vista, darían cuenta de aquel desgraciado.

Cuando el trabajo principal quedó hecho llamé á los muchachos, en un momento halaron nuestro bote al costado y entonces el americano fué para la cámara, trajo una botella de ron para mi gente, y á mí como recuerdo de gratitud, me regaló una elegante fosforera de oro ; nos depedímos y comenzámos á remar hacia la *Sirena* que distaba como unas trescientas yardas. Por lo que dejábamos atrás, excepto dos ó tres pobres diablos que llevaban pendientes, todos los otros no valían la cuerda para colgarles ; y por mi parte, no creo que la barca llegase nunca á puerto.

Ganámos la *Sirena* cuando los últimos rayos del sol se escondían en el horizonte y parecía como si algún gran barco se quemara y empezara á irse á pique ; y todavía no habíamos izado nuestro bote en los pescantes, cuando la noche había tendido su velo y las estrellas brillaban ; siendo peculiar en esas latitudes la ligereza de la puesta del sol.

Cuando subí á la cubierta, Rosa era tan feliz de verme volver, que rompiendo la prudencia que nos habíamos ordenado, sin reparar nada se dirigió á mí ; lo que gracias á la preocupación de todos no pareció ser notado. Me fuí hacia el capitán, le dí cuenta de mi comisión y en seguida la *Sirena* á todo trapo se puso en marcha y perdimos de vista la *Velera* para jamás volverla á ver.



CAPÍTULO IX

MUERTE DEL CAPITÁN FLANDES

Comenzámos á sentir los vientos periódicos en la latitud 28° N. ; y el buque marchaba alegremente á merced de la fuerte brisa que sostenía las velas extendidas como las alas de un albatros. El capitán, permanecía la mayor parte del tiempo en su camarote, ofreciéndome de este modo muchas oportunidades para hablar con Rosa. Por la noche á la luz de la luna nueva, sentados en la toldilla, recordábamos nuestros paseos en *Burmarsh;* al mismo tiempo que tranquilos y felices, aspirábamos la brisa de la mar, y admirando la beldad del océano, nuestros corazones latían con más fuerza que nunca. Algunas veces el pequeño Tomás, se reunía con nosotros á contarnos que había comprado muebles nuevos para su casa, y también de los ahorros que había dejado en la banca á nombre de su mujer.

Aquel hombrecito se animaba al referirnos las dificultades que había pasado en sus amores, y se sentía feliz al recordar el momento en que fué á comprar el traje de novia á su mujer. Á mi gran placer, él empezó á mostrar una gran simpatía por Rosa, y ella se complacía en escuchar atentamente los cuentos del marinero escocés. Por el contrario; la Sra. Madeira, reía al oir hablar á nuestro buen piloto, lo cual el pobre hombre pagaba con desprecio; siendo así que no creía fuera justo burlarse de él, cuando

en su camarote tenía tantos chalecos de terciopelo como podían reunir todos los hombres de la tripulación. Todos los días cambiaba de traje y de chaleco, y Rosa celebrándole los colores y el gusto que había tenido su mujer al elegirlos, llenaba á aquel hombre de felicidad. Sin embargo, una nube de tristeza se hacía mayor diariamente en el alma del inocente escocés. El capitán cada día le trataba con más dureza, y parecía estar pactando con los espíritus la manera de convertir á Tomás en una ilusión. Algunos días antes, estando yo de guardia, el piloto se acercó á mí para decirme :

—Lee, ¿ sabe Vd. la causa por la qué el capitán me trata así ? Antes de habernos encontrado con la barca americana estaba serio conmigo ; pero desde que la perdimos de vista, me mira de una manera horrible. Hoy en la mesa, por casualidad mis ojos tropezaron con los suyos, y después de reprocharme la mirada, volvió la cabeza hacia el Sr. Black y le dijo que parecía que yo le estaba velando para matarle en cuanto se descuidara ; y Dios es testigo que jamás ha pasado tal cosa por mi mente. La Sra. Madeira, riendo con todas su fuerzas le dijo : "Capitán no haga caso ; un mono bien puede admirar á un rey," y el Sr. Black me miró de soslayo como si yo fuera un asesino. Esto no puede continuar así. Voy á meterme en un rincón del barco y dejar las cosas marchar hasta que lleguen días más felices.

El hombre estaba desesperado, quería adivinar la causa del odio que le tenía el capitán y veía con tristeza el daño que aquello le traería en su carrera. Yo no encontraba manera de consolarle, y lo que únicamente podía decirle, era sobre el mal estado de la razón del capitán, y eso nadie más que Rosa lo sabía. El Sr. Black y los Madeira, no tenían la más vaga sospecha, y si alguna cosa advertían la juzgaban como simple excentricidad. La gente de proa,

veían en el capitán un jefe lleno de poder sobre ellos, manejaba el buque con la prudencia de un buen marino y esto les bastaba para quererle. Una sola cosa había llamado la atención de la gente, la ceremonia de arrojar al agua los restos de Lanión ; pero los pasajeros no estuvieron presentes y nadie les había dicho una palabra sobre el particular. ¿Qué habrían pensado á bordo, si alguno hubiera osado indicar que el capitán estaba loco? Tal cosa era imposible, y lo mismo á Tomás que á los otros, decidí no hablarles sobre el asunto. Supliqué á este último que tuviera paciencia que todo pasaría ; pero él en respuesta movió la cabeza.

—No ; no pasará me dijo : ahora acabo de encontrarme con el idiota de Black, y al verme huyó para otro lado. No parece sino que el capitán les ha dicho que yo, un caballero, un piloto con certificado de capitán de la Marina Mercante Inglesa, pretendo armar un motín para hacerme dueño del barco.

Por mi parte, yo estaba seguro que nuestro capitán, tenía la cabeza en tan mal estado como para pensar que podría sucedernos lo mismo que en la barca *yanquee*. Probablemente él, al ver que Tomás no tenía sus creencias, pensaba que era capaz de todo. Finalmente, el piloto se retiró, y por aquel momento concluyó nuestra conversación sobre el asunto.

En el 23 de Julio estábamos á 3° 17′ Norte del Ecuador y era el día 27 de navegación desde nuestra salida de *Gravesend*. Esta es la latitud de las calmas. Durante el día, el barco había permanecido quieto y silencioso sobre la argentina superficie de la brillante mar. Los rayos del sol abrasador de los trópicos, parecían echar fuego sobre nosotros, y la calma adormecía nuestros espíritus lo mismo que los trapos. Los hombres de guardia buscaban un refugio de-

bajo del castillo, y la deseada noche llegó para librarnos de aquel martirio. Después de comer, todo el mundo estaba sobre la cubierta ; la gente de proa, sentados sobre el castillo guardaban el mayor silencio, hasta que los delicados acordes de una flauta, rompieron aquella melancólica monotonía. Un marinero noruego comenzó á cantar en dúo con las armoniosas notas del instrumento, las que se perdían en el silencio sepulcral de la noche. De tiempo en tiempo, un pequeño soplo de brisa hacía flamear las perezosas velas y las olas venían á morir al costado del buque, lanzando al chocar con él su último suspiro.

Yo estaba al lado de Rosa, y los dos escuchábamos atentos el canto sentimental del marinero ; á pesar de no comprender sus palabras, me parecía que aquel hombre de mar, dedicaba un recuerdo á la tierra que le vió nacer. De repente, oí la voz del capitán que me llamaba, me apresuré á ir á su lado y en voz baja me dijo :

—Sr. Lee, ese canto de los marineros me enferma, y le suplico que les haga callar en seguida ; pero sin decirles que yo lo he ordenado, puesto que no me gusta interrumpir las distracciones inocentes de los hombres.

Fuí á la proa y les dije que cesaran de cantar porque á las señoras no les gustaban oírles. Los marineros rieron de la orden ; pero guardaron silencio. Á mi vuelta, el capitán retirado de todos, me volvió á llamar y con voz casi imperceptible me preguntó :

—¿ Dónde está el Sr. Tomás ?

—Creo que está en su camarote. No le he visto desde que fué para abajo.

—Vds. son buenos amigos ; volvió á decir casi en una especie de murmullo.

—Sí, señor ; le contesté ; Tomás es un buen hombre y yo le aprecio mucho.

—¿No le habla á Vd. de mí? me volvió á preguntar en tono muy dulce.

—Sí, señor; algunas veces; le dije sorprendido por sus maneras y sin saber la intención que llevaba su pregunta.

—Algunas veces nada más, ¿eh? y ¿cuál es su manera de expresarse con respecto á mí?

—Nosotros hablamos con frecuencia; pero no puedo pretender acordarme, que es lo que ni uno ni otro hemos dicho al mencionar su nombre de Vd.

Guardó silencio por algunos momentos, y continuó diciendo:

—¿Ha notado Vd. que él hable á la gente con frecuencia?

—Nada más que para darles órdenes.

—¿Está Vd. seguro de no haberle visto cuando Vd. fué á proa hace algunos minutos?

—Sí, mi capitán; estoy seguro que él no estaba en la cubierta.

—¡Por Dios, Sr. Lee! exclamó con una voz entrecortada por la agitación; ¡contésteme con toda sinceridad, y no dude en prestarme su apoyo para deshacer cualquier plan que pueda poner el buque en peligro!

—Mi capitán; creo que Vd. me ha tratado lo suficiente para conocer mi carácter, y no apelar á esas palabras para recordarme mi deber; le contesté sin pensar que me dirigía á una persona que con toda probabilidad no era responsable de sus palabras; pero si Vd. cree que el piloto puede en algún caso obrar de esa manera, yo debo asegurarle que Vd. se engaña; el piloto es un buen hombre y un marinero honrado.

Se inclinó hacia adelante para verme bien la cara, y yo no comprendiendo su intención me eché hacia atrás al tiem-

po que él se retiraba moviendo la cabeza. Entonces, con objeto de poder saber lo que pensaba acerca de Tomás, le dije :

—¿ Me permite Vd. preguntarle cual es la causa que le induce á creer que Tomás hace traición á su deber ?

Levantó el dedo hasta la altura de la boca ; pero no me contestó. Permaneció en silencio por algunos momentos, y de repente llevándose la mano al costado izquierdo exclamó :

—Ponga Vd. su mano sobre mi costado, Sr. Lee.

Creí que era una libertad y vacilé.

—Ponga Vd. su mano sobre mi costado, como yo le mando, repitió :

La puse, y en seguida la retiré, entonces me preguntó con voz temblorosa.

—¿ Qué ha tocado Vd. ?

—Una cosa como un revólver.

—Muy bien ; y ¿ cree Vd. que sea justo que el capitán de este buque vaya armado con un revólver ? ¿ qué piensa Vd. ?

—Que no es justo.

—¿ Por qué llevo yo siempre este revólver cargado y duermo con él debajo de mi almohada ?

—No lo sé, Capitán Flandes.

—Porque, me contestó acercándose á mí y respirando con dificultad, me han avisado que piensan atentar contra mi vida, y me han dicho el nombre del asesino.

Yo me quedé tan perplejo al oírle hablar con tanta seguridad, que por un momento creí que era verdad, y le pregunté :

—Pero, ¿ es qué ciertamente cree Vd. que pueda haber alguien á bordo del buque que pretenda atentar contra su . . . ?

—Ja, ja, ja ; y comenzó á reir.

Si alguna vez una carcajada ha podido indicar la falta de sentido en un hombre, me lo hizo ver bien claro en aquel momento, en que juzgué la peligrosa manía de que estaba poseido nuestro capitán.

—Sr. Lee, guarde el mayor secreto sobre lo que acaba de pasar entre nosotros ; continuó en voz baja, y recobrando de nuevo su ánimo prosiguió : Vd. acaba de tocar el revólver debajo del cual late mi corazón, y con un pequeño movimiento de mi mano, tendré á mi disposición seis vidas. Vd. puede decir al Sr. Tomás que me han avisado y que de antemano estoy prevenido ; ¿me entiende Vd. ? muy prevenido.

Se retiró hasta el extremo de la popa y comenzó á mirar al agua. Yo estaba agitado por la manera con que había oído expresarse al capitán, quien como una sombra permanecía inmóvil contemplando la quietud de la noche. La gente sobre la cubierta reían, y yo esperaba que de un momento á otro, aquel hombre fuera de sí nos jugase alguna partida diabólica. Si el barco hubiera tenido doctor, yo hubiera encontrado un medio de contrarrestar sus locuras ; pero en el caso en que estaba, si me dirigía á los pasajeros no me creerían, y aun creyéndome, no sacaba nada ; si por otro lado me dirigía á la gente, estaba expuesto á que alguno fuera á decírselo al capitán, y éste, convencido de sus sospechas nos pondría en los hierros á Tomás y á mí, el barco quedaría desamparado, Rosa sin apoyo y mi carrera perdida ; de modo que mi situación era terrible.

El capitán permaneció por algunos minutos absorto en sus pensamientos, finalmente se dirigió hacia los pasajeros y dando su brazo á Rosa, ambos comenzaron á pasear.

El cielo estaba brillante, millares de estrellas iluminaban la azulada bóveda de los trópicos y reflejadas en la tersa

superficie de las aguas, podíamos admirar el panorama más hermoso que puede presentarse ante los ojos de un marino. Una nueva estrella hizo su aparición hacia el S. E., y apenas pude adivinar lo que era, grité :

—¡ Un vapor á proa !

—Ya lo veo : contestó el Capitán Flandes sin interrumpir su paseo.

Pasó algún tiempo y viendo que el vapor se dirigía directamente hacia nosotros, volví á gritar :

—¿ Podemos encender las luces ?

—Sí, contestó el capitán secamente y como si se disgustara al tener que interrumpir su conversación.

Hasta que aquel gigante se encontró cerca de nosotros, no me fué posible adivinar que era un buque de guerra. Marchaba silencioso rompiendo la pulida superficie, y el sólo ruido que anunciaba su presencia, era el ritmático golpe de sus máquinas, acompañado por el chasquido de los escapes de vapor sobre el agua. Aquel portento del genio humano, pasó á nuestro lado como un fantasma, y poco á poco fué alejándose hasta que dejándonos en la ignorancia sobre su nombre y nacionalidad, desapareció á nuestra vista.

El paseo de Rosa y el capitán duró largo rato ; él hacía toda especie de gesticulaciones y parecía tener su conversación sobre la manía que preocupaba su mente. Yo estaba distraído mirando el juego de las estrellas ; cuando al volver la cabeza ví que Rosa, ya sola se dirigía hacia mí, se detuvo como para pensar, retrocedió sobre sus pasos, y bajó á la cámara, puesto que acababa de sonar la campana anunciando el te. Pensativo con los extraños movimientos de mi amada, esperaba con ansiedad volverla á ver para que me dijera lo que al parecer tenía prisa en comunicarme. La cámara estaba como un horno y los pasajeros no permacieron allí mucho tiempo. El Sr. Madeira, hizo su aparición fu-

mando un cigarro puro tan largo como su brazo, después venía el Sr. Black y seguían la Sra. Madeira y Rosa. Esta última se separó de ellos y yo comprendiendo su intención, fuí á hacerme encontradizo con ella.

—¿ Está por ahí el capitán ? me pregnntó en voz muy baja.

—No, ¿ por qué me lo preguntas ?

—Porque estoy asustada : tengo que decirte muchas cosas, Guillermo. El Capitán Flandes me acaba de decir que si quiero casarme con él, y presa de la mayor agitación continuó : Sí, Guillermo, me ha dicho que siendo la única mujer que había estado de acuerdo con sus ideas religiosas, se había determinado á hacerme la proposición.

—¡ Infeliz ! ¿ Qué le has contestado ? la pregunté.

—Estaba tan asustada, que no sabía que decirle. Pensé que de hablarle con claridad, podría sospechar algo entre tú y yo, y tuve miedo ; pero después, traté de salir del paso diciéndole, que no podía contestar hasta que no me viera con mi familia en Inglaterra ; además me ha prometido por su honor, que no volverá á hablarme del asunto hasta que no estemos de vuelta en Londres.

—¿ Te ha hablado de espíritus ? ¿ te ha dicho que su vida está en peligro ?

—Sí, me contestó Rosa con voz casi ahogada. Cuando ese hombre desgraciado me habla con serenidad, me entretiene y tengo por él la mayor estimación posible ; pero si empieza á divagar, me llena el corazón de tristeza y miedo. En el momento en que le he contestado á su pregunta y le he pedido la promesa de no volverme á hablar de ello, ¡ sus maneras eran tan tristes y delicadas ! Instantáneamente me ha dejado el brazo, y dirigiéndome una mirada dolorosa, se ha retirado saludándome con la mayor dignidad.

—¡ Pobre hombre !

Ella interpretó los hechos del capitán de la manera que lo hace una mujer sensible, y yo la amaba más por su tierno corazón. ¡ Dios sabe que también yo estaba triste por el estado de aquel hombre ! ¿ Qué espectáculo más horrible puede haber sobre la tierra que ver á un hombre loco, y más aún cuando el desgraciado tiene momentos de lucidez ? entonces, es tan grande el contraste de la terrible enfermedad ; hace tan marcados y tan bruscos los cambios, que pensarlo es lo suficiente para ablandar un corazón de roca. Mis pensamientos iban más lejos, yo le veía como el jefe de un barco sobre el cual había cuarenta y cinco seres que necesitábamos de su sano juicio y perfecta discreción ; de hora en hora, se veía el terrible mal que carcomía sus facultades, y yo, el único que lo sabía, me devanaba los sesos para encontrar un medio que sin comprometer mi futuro como marinero, pudiera deponerle del mando. Su proposición á Rosa había herido mi corazón de amante ; pero al comprender que su delirio le haría aparecer como si estuviera solo en el mundo, mis simpatías hacia él crecían más y más, y pensaba sin cesar en el triste momento en que nos viéramos obligados á arrebatar de sus manos la superioridad sobre nosotros y el buque, y el efecto que ese acto produciría en su enferma imaginación. Después de marcharse Rosa, continué dando vueltas de un lado para otro, todos los pasajeros se retiraron á sus camarotes, y como empezaba á sentirse un pequeño soplo de brisa, puse el buque en marcha para vernos cuanto antes libres de aquella latitud. Los marineros empezaron á cantar su coro mientras la maniobra, y más tarde la calma y el silencio volvieron á reinar. Otelo, el perro del capitán, estaba sobre la toldilla ; me acerqué á él y le acaricié por algunos momentos. En aquel instante, oí el ruido de pisadas que subían la escalera de popa, volví la cabeza, y ví al capitán que se dirigía hacia el timón ;

miró al compás y acercándose á mí, me empezó á mirar de hito en hito como para reconocerme. Esperaba que me hablase ; pero no desplegó sus labios, y yo sabiendo lo que traía en el bolsillo, me previne para desarmarle al primer movimiento ; por fin me preguntó :

—¿ Qué hora es ?

—Acaban de sonar seis campanadas ; contesté retirándome á un lado.

Aquel hombre parecía despertar de una pesadilla ; su mirada era espantosa y penetrante, dió varias vueltas para asegurarse de que no tenía ningún enemigo cerca, y el perro que había oído su voz, se levantó y comenzó á acariciarle. Él le devolvió sus caricias ; pero de repente, alzó el animal en sus brazos y le arrojó al agua, soltando al mismo tiempo una horrible carcajada.

—Ja, ja, ja ; y dijo gritando :

—¡ Pronto te seguiré buen amigo ! ¡ Á Dios viejo compañero ! ¡ Á Dios ! ¡ Pobre Otelo, á Dios para siempre, á Dios ! Echó las manos sobre su frente, y con un gesto semisalvaje me preguntó :

—¿ Puede Vd. verle, Sr. Lee ?

No pude contestarle ; todo mi sistema había sufrido un terrible choque, no sólo por su locura, sino por la acción tan cruel que acababa de cometer ; pero un individuo que estaba cerca exclamó : "Los tiburones darán cuenta de él en seguida."

El capitán acercándose á mí, me dijo :

—Sr. Lee, es muy duro separarse de los buenos amigos ; ese infortunado animal me acompañaba desde hace cinco años, me acariciaba mucho y era para mí un fiel amigo ; pero él fué primero, después voy yo, ¡ pobre Otelo, á Dios ! volvió á mirar á la mar por encima de sus hombros, y marchando como maquinalmente, iba diciendo : "¡ Á Dios, mi

buen Otelo! ¡Á Dios para siempre amigo mío, á Dios!" y desapareció por la escalera de popa.

Me retiré de aquel sitio para no dar lugar á que el timonel me hiciera la más pequeña observación sobre lo que había visto. Nunca había tenido mi cabeza en tal estado, pensé en llamar á Tomás para consultar lo que debíamos hacer; pero la idea de que el capitán podía oírnos, me hizo decidir á esperar que llegase su hora de guardia. Creí que sería conveniente prevenir á los pasajeros y á los hombres; pero si sucedía una catástrofe, ¿no sería yo el responsable? Sabía que no podíamos seguir largo tiempo en aquella situación; y sin embargo, me veía obligado á esperar.

Tocaron ocho campanadas y fuí á llamar á Tomás. Mientras se vestía, volví á continuar mi guardia hasta su llegada para contarle lo sucedido y tomar una determinación que pusiera fin á nuestra ansiedad. El piloto llegó; pero vanamente discutímos la cuestión hasta sus más mínimos detalles. La gente no sabía nada sobre el estado del capitán, é intentar llevar á cabo cualquier cosa, era poner el buque en mayor peligro del que se encontraba; aplazámos hasta tener pruebas más convincentes y que los pasajeros llegaran por ellos mismos á indicarnos alguna sospecha. Después me retiré á mi camarote y fatigado me quedé dormido.

Escasamente habría descansado una hora, cuando desperté al ruido que hizo la puerta del camarote de Tomás; me puse en observación y oí dar vuelta á la llave, cosa que el piloto nunca acostumbraba. En la cubierta se oían pasos en todas direcciones, y seguro de que había algo de nuevo, me senté sobre el camarote esperando que me llamaran de un momento á otro. Pronto salí de dudas; el contramaestre tocando suavente á la puerta preguntó:

—¿*Puco* hablar con *usté*, Sr. Lee?

—Sí, pasa y dime lo que quieras, Sinet.

—Sr. Lee, acaba *e* haber una terrible *custión* en la cubierta, la gente está que sé yo como. El capitán ha *sacao* su pistola y quería matar *ar* Sr. Tomás; *ar* fin me ha *llamao* y me ha *icho:* "Sinet, lleve *ar* Sr. Tomás á su camarote y enciérrelo con llave, bien seguro." Yo creo Sr. Lee, que nuestro *viejo* está malo *e* la cabeza ; *cuanduè güerto* me ha *preguntao* si estaba bien seguro y además *miá dao* las gracias.

—¿ Es qué el capitán está de mal humor ?

—No *siñor ; er* está de *güen* genio. Me *paece* loco ; *ér* mira y remira por *tóo* como si tuviera *mieo,* no tengo *dua* que nuestro *viejo siá chifrao.*

—Mira, Sinet, márchate á tu puesto que no quiero que nadie te vea por aquí; haz atención á todas las acciones del capitán, y procura tener á la gente en orden ; no les digas nada, puesto que yo, te he de avisar cuando sea necesario.

—¿ Ha *sabío usté* que *er* echó su perro *alagua ?*

—Sí, pero no lo comentes con nadie.

—Yo no *siñor ;* Dios me libre *e* meterme en camisa *eonce* varas ; pero eso *der* perro me tiene la cabeza un poco pensativa ; sí, un poco, un poco.

—Bueno, ahora márchate.

Sinet me saludó y se fué murmurando entre dientes. Apenas oí los pasos del contramaestre sobre la cubierta, salí para hablar con Tomás ; estuvimos discutiendo largo rato, siempre sobre el mismo asunto, y determinámos, que si el capitán continuaba peor, aquel mismo día le aseguraríamos, y Tomás tomaría el mando del buque. Después de consolar al desgraciado escocés, volví á mi camarote. La guardia estaba para terminar, y al poco rato, oí ocho campanadas. Me puse de pie y empecé á vestirme, cuando dieron tres golpes en mi puerta, y pregunté :

—¿ Quién llama ?

—Sr. Lee, contestó el capitán ; ocho campanadas.

—Está bien mi capitán, voy al momento.

Estando ya vestido, no tardé en subir á la cubierta, y ví al capitán que estaba mirando al compás. Al verme se acercó á mí, y fijando sus ojos en los míos me preguntó de una manera extraña :

—¿ No le parece raro que el Sr. Tomás no esté aquí ?

Miré en derredor como para ver si le veía y contesté :

—No, Señor, no está por aquí, al menos no le veo.

—Ni le verá más sobre la cubierta. Ese hombre, estará encerrado en su camarote hasta que lleguemos al Callao ; es la manera mejor de librarse de un asesino. Vd. sabe lo que yo le dije anoche ; y levantando la voz continuó : Sí, Sr. Lee ; para tener paz, es menester que él quede ahí encerrado, así dormiré tranquilo, y podré retirarme la barrena terrible que taladra mi cerebro. Vd. y yo tendremos las guardias.

—Está bien, Señor ; le contesté.

—Nuestro rumbo es S. S. O., deje marchar lo más posible.

—Está bien, mi capitán.

Se retiró para su camarote, sin haber podido ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas. El infeliz me pedía protección, y yo era el primero que trataba de quitarle el mando de sus manos. Sus ojos estaban hundidos en el fondo de sus concavidades, y desde la última vez que le ví, aquel hombre había cambiado de una manera horrible. Comencé á pasear por la cubierta ; la brisa era constante, no había nada que hacer, y miles de pensamientos se aglomeraban á mi imaginación. Sólo un marino puede comprender lo que el capitán es á bordo de un buque ; él es dueño, protector, padre y juez de todo y todos ; es un ser sagrado

que por su posición causa el mayor respeto ; es más que un rey, y se hace querer como un padre cuando trata á la gente con cariño.

Yo me había criado en la mar, y mi simpatía por el Capitán Flandes no tenía límites ; pero era menester salvar nuestras vidas. Comenzaba á venir el día, y dí orden de baldear la cubierta, el contramaestre llamó la gente y todos se pusieron á trabajar. Mientras tanto observé que Sinet miraba atentamente hacia la popa, y que todos los hombres se quedaron como paralizados ; me aproximé y llamando á Sinet le dije :

—¿ Qué pasa, Sinet ?

—*Siñor, er* capitán anda corriendo por la cámara como si *arguno* le siguiera.

Entonces me acerqué, y lo primero que se presentó á mi vista fué la cara del capitán, pálido como un cadáver ; sus ojos tenían una expresión capaz de asustar á cualquier hombre que no supiera lo que había dentro de aquella cabeza. Al verme, empezó á agitarse y me hizo seña de que entrara á la cámara, á donde fuí inmediatamente.

—Venga Vd. aquí ; me dijo poniéndose un dedo en los labios, como para indicarme silencio, y me llevó á la puerta de su camarote diciéndome :

—¿ Por qué me miran todos ? ¿ Qué intenciones llevan ? ¿ Se han amotinado ? ¿ Qué quieren decir con sus miradas ? ¿ Está con ellos el Sr. Tomás ?

—No, Señor ; no hay nada que temer ; la gente no está amotinada ni piensa en tal ; Tomás está encerrado.

—Yo no tengo confianza en ellos. ¿ Me quieren matar ? ¿ Quiere Vd. jurarlo ?

—Sin duda ; su vida de Vd. está tan segura como la mía.

—¿ Cómo puede Vd. creerlo ? ; exclamó desconfiado. ¿ No ve Vd. la diabólica expresión de sus miradas ? ¡ Dios

mío, Dios mío! ¿Dónde me esconderé? ¿Quién podrá evitar que vengan aquí?

—Yo tendré cuidado de ello, dije con firmeza abriendo la puerta de su camarote; él entró, y al mismo tiempo que yo cerraba por fuera oí que por dentro daba dos vueltas á la llave.

Un poco más tranquilo, creí que se acostaría, porque debía estar terriblemente fatigado. Cuando volví á la cubierta, ví que la gente creían poder sacar algo de aquella situación, y los baldes y las escobas se le caían de las manos; entonces llamé á Sinet y le dije que á nosotros nos tocaba meter á aquellos hombres en vereda; lo cual se llevó á cabo con algunos golpes que el contramaestre y yo repartímos entre ellos. Todo continuó sin novedad hasta el fin de la guardia; sonaron ocho campanadas (las ocho de la mañana) y entonces fuí para el camarote del capitán á llamarle. Toqué diferentes veces; pero no contestó. La puerta estaba cerrada por dentro, y creyendo que dormía volví á la cubierta con intención de dejarle descansar hasta la hora de almuerzo.

El mayordomo acababa de tocar la campana y vino á decirme que el almuerzo estaba en la mesa.

—¿Has visto al capitán? le pregunté.

—No, Señor.

—Pues mira, ve á llamarle, y cuando él suba aquí, le sirves á Tomás el almuerzo en su camarote.

Los pasajeros empezaron á salir, y al ver mi cara descompuesta miraban como si quisieran adivinar algo de lo sucedido. El mayordomo llamó repetidas veces al capitán; pero inútilmente. Mi inquietud crecía por grados, y sospechaba que alguna tragedia había tenido lugar. Rosa al salir de su camarote vino hacia mí y me preguntó: "¿Qué pasa?" Los otros pasajeros empezaron á hacerme pregun-

tas sobre la ausencia del capitán, y en pocas palabras les conté lo que me era permitido decir. Al concluir de almorzar y en presencia de todos fuí de nuevo á llamar al capitán ; pero nada, no contestó.

El Sr. Black y el portugués me asediaban á preguntas, y no pudiendo por más tiempo sostener aquella situación, supliqué á la Sra. Madeira que acompañara á su marido á la cubierta, y á Rosa que hiciera lo mismo con el Sr. Black. Este último no se encontraba muy dispuesto á salir ; pero su compañía le obligó á dejarme solo. Sin ser importunado, llamé al contramaestre y mayordomo, y después de una pequeña consulta, hice venir al carpintero á abrir la puerta del camarote del capitán.

La puerta no ofreció gran resistencia contra el formón y el martillo del carpintero ; y al abrirse, un espectáculo horrible se presentó á nuestra vista. El exánime cuerpo del capitán, colgaba de una cuerda sujeta á un gancho clavado en el techo del camarote ; su expresión causaba miedo : los ojos entreabiertos y vidriosos, tenían impresa una triste mirada y parecía un espectro. La cuerda que había usado era tan corta, que su cabeza tocaba al gancho y caía como descolgada sobre el pecho.

Al verle, todos aterrorizados retrocedimos ; pero yo recobré mi sangre fría, y acercándome á él le toqué. El cuerpo estaba frío y convencido de que la vida se había extinguido hacía algunas horas, ordené que todos los hombres vinieran á verle y después cortámos la cuerda y le acostámos sobre su camarote.

Más tarde fuí para la proa donde me dirigí á la gente con estas palabras :

—Muchachos : Nuestro deber está casi terminado ; vosotros habéis visto como ha muerto nuestro capitán, y sus restos claramente os hacen ver que se ha quitado la vida en un

acto de locura ; estando loco, es indudable que la acusación hecha por él contra el Sr. Tomás, no era más que una de sus alucinaciones ; y por lo tanto, creo que sería justo le pusiéramos en libertad y le diéramos el mando del buque que por ley le corresponde. Además de que me parece que la *Sirena* no podría ser mandada por un marino más práctico que él, y que con su prudencia, buen juicio y amabilidad con la gente, llevará este barco salvo al punto de su destino.—¿Qué decís?

—Sí, sí, estamos á las órdenes del Sr. Tomás; contestaron los hombres.

Entonces, en unión de varios de ellos me dirigí hacia el camarote donde estaba encerrado el piloto. Él oyó quitar la llave, se separó á una distancia respetable para prevenirse, y como no sabía nada de lo ocurrido, al ver la gente en la cámara comenzó á dar señales de la mayor agitación ; pero yo comprendiendo lo que sufría me apresuré á decirle.

—Sr. Tomás ; el Capitán Flandes acaba de quitarse la vida ahorcándose en su propio camarote. Todas las circunstancias que puedo recordar de sus últimos días y finalmente su muerte, prueban su locura. Por eso, todos los que estamos á bordo, creemos que Vd. es inocente, y venimos á poner en sus manos el mando del buque.

—Esa es nuestra opinión ; dijo Sinet.

Tomás poniéndose excesivamente pálido al oir la trágica muerte del Capitán Flandes, estuvo algunos momentos sin contestar ; pero al fin rompió el silencio diciendo :

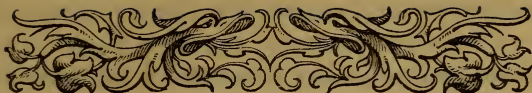
—Nunca pasó por mi mente el atentar contra la vida de nadie, y mi conciencia está tranquila por todo lo que toca á este asunto ; pero ahora ya que Vds. me devuelven la libertad y me dan el mando del buque, cumpliré mi deber como buen marinero que no tiene ninguna mancha en su hoja de servicios.

Los marineros no son hombres que tengan apego á las ceremonias ; por eso ya todo había terminado.

Tomás haciéndose cargo de su empleo, me ordenó dar cuenta de los hechos á los pasajeros. Se les comuniqué, y todos comenzaron á recordar excentricidades del Capitán Flandes ; saludaron á Tomás y le dieron una completa satisfacción por el juicio ligero que de él habían formado ; después les invité si tal era su gusto, á ver los restos que estaban en el camarote, á lo que el Sr. Black contestó : "¡ Dios me libre ! " ; y el portugués movió la cabeza con tanta fuerza, que parecía querer desprenderse de su enorme nariz ; la Sra. Madeira estaba pálida como un cadáver y Rosa al oir mi narración, quedó estática como herida por el rayo.

Tomás en muestra de respeto á la memoria del Capitán Flandes, suspendió los trabajos del barco por todo el día, y á las doce en presencia de toda la tripulación y pasajeros, el Sr. Black leyó el servicio fúnebre y el cuerpo de nuestro capitán, envuelto en una fuerte lona y con un gran peso en los pies, fué arrojado al agua donde encontró eterna sepultura.





CAPÍTULO X

EL CABO DE HORNOS

Después del funeral del Capitán Flandes, la gente fueron á comer; estaban casi despachados, todos hablaban en voz baja y se notaba el respeto que guardaban por el que había sido nuestro jefe. Â decir verdad, todos estábamos impresionados con el suceso. El Sr. Black, tenía un aire sombrío, siendo así que era tan supersticioso como el más ignorante de los marineros á proa. Durante la comida, nos dijo que consideraba la muerte del capitán como un mal presagio, y se expresaba de una manera tal, que yo le pregunté:

—¿No tiene Vd. confianza en la capacidad del Sr. Tomás?

—No es por eso, al contrario, creo que el Sr. Tomás es un buen marino.

—Entonces ¿cuál es la causa? preguntó el Sr. Madeira que lo miraba con ansiedad.

—Yo soy irlandés, y tengo las supersticiones de mi raza, las que no puedo explicar á un portugués, porque no podría comprenderme.

—Pero, Sr. Black, esas ideas generalmente producen cosas muy ridículas; exclamó Rosa.

—En ese caso Srta. Maitland, Vd. no cree en lo que llamamos corazonadas; ó sea que uno se figura ver el futuro por las cosas que pasan.

—No comprendo lo que Vd. quiere decir, contestó Rosa.

—Quiero decir, que hay cosas que á mi vista predicen el bien ó el mal.

—Yo estoy conforme con su manera de pensar ; dijo á su vez la Sra. Madeira ; yo no andaría por una escalera de palo como la de los albañiles, aunque me dieran un mundo ; y cuando sueño en bodas, estoy triste durante semanas enteras.

—Pero dígame Sr. Black ¿ qué es lo que le hace tener miedo ? dijo Don Antonio quien excitado por las observaciones del irlandés, estaba chocando diente con diente.

—Sería perder tiempo en darle mis razones ; Vd. no me entiende ; contestó este último.

El Sr. Madeira dirigió algunas frases en portugués á su esposa ; ella pareció evadir la contestación con un movimiento de cabeza, y entonces él perdiendo la paciencia, me dijo :

—¡ Válgame Dios ! Sr. Lee ¿ quiere Vd. explicarme por qué el Sr. Black tiene miedo ?

—Nada hombre, el Sr. Black es supersticioso y cree que la *Sirena,* va á tener un viaje desgraciado por el fin que ha tenido el Capitán Flandes.

—Eso es, dijo el Sr. Black.

—No sé porque piensan Vds. así, les dije algo incómodo ; tenemos á bordo un buen marino que manda el barco, la tripulación no puede ser mejor, y por lo que toca á mí creo que sé mi deber.

—Escúchenme señores, exclamó Don Antonio con la calma de la desesperación é incorporándose en la silla como si me quisiera comer con los ojos : Sr. Lee ¿ quiere Vd. decirme de una vez si hay algún peligro y por qué el Sr. Black tiene miedo ?

—No hay peligro de ningún género; nadie puede evitar que el Sr. Black crea que estamos condenados á muerte porque el capitán se haya ahorcado, eso no tiene que ver nada con el buque; y sintiéndome desesperado por aquellas tonterías me levanté é invité á Rosa para venir á la cubierta.

—De toda esa partida de cobardes, el peor es Don Antonio, le dije á mi amada cuando llegámos arriba; y si el ignorante Sr. Black dijera á proa lo que ha dicho en la mesa, estoy seguro que los hombres se escondían y no trabajarían por temor de encontrarse con algún fantasma.

Tomás vino hacia nosotros y le dí cuenta de la conversación de los pasajeros; añadiendo, que sería prudente que tratara de poner término á las habladurías del Sr. Black.

La brisa había cambiado, el tiempo y la mar estaban deliciosos y entretanto la *Sirena* hacía su marcha rápidamente y con tan poco movimiento, que parecía ser un tren. Encontrar una brisa como aquella en el sitio donde estábamos es una gran fortuna, é hicimos algunos días de viaje como si hubiéramos ido de recreo. El cielo estaba constantemente azulado, y las pocas nubes blanquecinas que veíamos, cruzaban el horizonte como si fueran de humo. La mar estaba un poco gruesa y parecía ayudar la marcha del barco que gracioso y gentil se deslizaba sobre las aguas con un movimiento tan suave, que casi era imperceptible.

Como nuestro nuevo jefe sabía lo que existía entre Rosa y yo, no tenía el menor reparo en hablar con ella cuando me parecía, y muchas veces con nuestras manos enlazadas como si fuéramos dos niños, apoyados á la baranda de popa, nos creíamos felices contemplando la tranquila mar, que pasaba con suave murmurio á nuestros pies y deseando que un viaje tan feliz no tuviera término.

—Cuando me determiné á hacer este viaje, dijo Rosa, estaba convencida que íbamos á ser muy felices.

—Sí, y aunque yo me viera contrariado al verte; sin embargo, me figuraba que tú traías la felicidad.

—Guillermo ¿crees que el Sr. Tomás podrá llevarnos salvos á puerto?

—No tengo la menor duda, la contesté, en el Callao tomaremos un piloto; pero de todos modos, yo quedaré de primero y al completar el viaje, saldré como capitán y dispuesto á mandar un buque la primera vez que embarque.

Hablar así me ponía contento; no recordando que muchas veces había visto á las gallinas cacarear á huevos de yeso, y si me hubiera podido figurar lo que me esperaba, de seguro que no me hubiera dejado llevar de ilusiones.

Tomás estaba muy contento por su buena suerte y los pasajeros, le trataban con tanta amabilidad como desprecio le habían prodigado antes. La Sra. Madeira, como los demás, había cambiado de tal manera, que ya no veía en el nuevo capitán el tipo ridículo y diminuto que antes le causaba repugnancia; sino que por el contrario, le hacía gracias, cosa que tenía á Tomás hinchado como una piel llena de vino. Según había sospechado, este último, tenía especial placer al verse celebrado por una mujer robusta, y en cuanto la Sra. Madeira empezó á mostrarle amabilidad, él no tardó en olvidar lo pasado, y aun creo, que por momentos no se acordaba que los lindos chalecos de terciopelo que le hacían un verdadero lechuguino, se los había comprado su mujer que esperaba ansiosa su vuelta. Tomás, no era un Tenorio; pero recuerdo haberle dicho un día, que su idea del cielo era sentarse en medio de muchas jóvenes altas y gruesas, estando él elegantemente vestido con terciopelo y alpaca negra. "¿Con mujeres altas?" me contestó; "lo admito; y ¿con gruesas? también; creo que Vd. me ha encontrado el flaco, Lee." Sin embargo podría ser lo que quisiera; pero jamás he viajado con ningún hombre por

quien haya tenido más simpatías que por el diminuto Abraham Tomás.

Siempre que recuerdo la *Sirena*, no puedo menos que reirme de mis ideas supersticiosas de entonces. Habíamos sacado las cartas é instrumentos necesarios del camarote del capitán y después, el carpintero clavó la puerta ; pero cuando por la noche estaba en la cámara y las luces no estaban bien encendidas, me parecía que alguien andaba tras de mí ; y aunque cada día que pasaba nos alejábamos más y más del sitio donde había sucedido la tragedia, creía que el fantasma del infortunado Capitán Flandes, tenía especial placer en seguir el buque.

Ya habíamos pasado el Ecuador y nos encontrábamos bastante al S., cuando una noche Rosa y yo mirábamos á la luna que tras la neblina tan espesa como una nube, hacía su aparición en el horizonte como si fuera un farolillo chinesco. Su luz roja reflejaba sobre la mar, y las burbujas de las olas parecían gotas de sangre, que al ponerse en contacto con las aguas, desaparecían marchándose á fondo. Las estrellas estaban cubiertas por una especie de gasa que palidecía su brillo, y el buque marchaba lentamente dejando tras él la estela iluminada por las fosforecencias que la convertían en una brillante nebulosa. El silencio era profundo é imponente, y por miedo de romperlo Rosa y yo hablábamos en voz muy baja, cuando de repente oímos un gran ruido como si viniera del aire y fué seguido por varios otros. Cualquiera hubiera creído que el viejo Neptuno había venido á dar sus quejas á Diana ; aquel sonido era tan triste como las súplicas de un enamorado. Yo sabía bien lo que era ; pero quería ver el efecto que aquello producía en Rosa. Ella miró para todos lados, como espantada levantó sus ojos hacia el espacio y nada vió, y con tono ansioso me dijo :

—Gillermo ¿ qué es eso ?

—No te asustes vida mía, porque no es el fantasma del Capitán Flandes ; la tomé de la mano y la conduje al lado opuesto de la popa.

—¿ Dónde están ? le pregunté al timonel.

—Á lo lejos á sotavento.

—Mira allí, ¿ ves aquello Rosa ?

—Sí, sí lo veo ; me dijo temblando.

Como á un tiro de piedra del buque había una enorme ballena que levantaba su lomo sobre las aguas, cual si hubiera sido un barco con la quilla vuelta para arriba ; estaba rodeada por las fosforecencias, y de tiempo en tiempo dejaba escapar un sonido como si respirara con dolor. Antes que aquella hubiera desaparecido, otra y otras muchas más, aparecieron á la superficie. La luna medio oculta entre la niebla, las pálidas estrellas reflejadas en la mar, las fosforecencias jugueteando sobre las olas, el quejido lastimero de aquellos monstruos, el chasquido de las aguas al costado del buque y el melancólico silbido de la brisa, al chocar en las jarcias ; daban un carácter tal á la escena, que no podía contemplarse sino con el majestuoso silencio de la noche.

Tuvimos un tiempo excelente y una marcha rápida, hasta que llegámos á los 33° latitud S., donde comenzaba á sentirse un frío húmedo ; ya el Sr. Madeira, no frecuentaba la cubierta y solamente hacía su aparición en ella de tiempo en tiempo. Era de esperar que después de haber pasado tantos malos ratos en la primera parte de nuestro viaje, no debíamos encontrar nada más que mereciera llamarse aventura. Durante todo el tiempo á lo largo de las costas del S. de América no avistámos sino tres velas y las costas de las islas Malvinas, que se distinguían en lontananza como una mera sombra. La mar estaba gruesa y corríamos un temporal bastante fuerte, cuando á proa divisámos una vela.

Era la hora de mi guardia y Rosa que no temía al frío, estaba conmigo y me decía :

—Guillermo ¿ no podríamos pasar cerca de ese barco para ver gente y si posible es oir su voz ?

Como era nuestro rumbo, le dije que sí ; y según nos aproximábamos podíamos apreciar sus dimensiones. El barco era muy chico ; apenas tendría cien toneladas de registro. Rodaba sobre las olas como una cáscara de nuez ; ora subía sobre la superficie de las enfurecidas aguas hasta enseñarnos su quilla, ora bajaba á esconderse casi totalmente entre las aguas, y parecía ocultarse para no volver á salir más del abismo. Cuando estábamos como á media milla de distancia, vimos á un hombre que comenzó á izar la bandera, que por algún accidente se detuvo á la mitad de su altura y me hizo exclamar :

—¡ Gran Dios algo les pasa, nos piden socorro ! y ¿ qué auxilio podremos prestarles con este tiempo ?

Tomé mis gemelos y me puse á mirar ; pero como si quisieran avergonzarnos por creer que aquella mar era mucho para él, ví que el hombre bajó la bandera é izó el metéoro. Sin embargo, me impresionó tanto ver la frágil embarcación batallar con ventaja sobre los elementos, que ahora al referir la historia la tengo tan presente como si acabara de retirar mis ojos de ella. Ya nos encontrábamos más cerca y veíamos á bordo tres hombres ; dos estaban á la pequeña rueda del timón, el tercero vestido de pieles, asido con una mano á la jarcia tenía en la otra una bocina ; y un perro corría de un lado para otro ladrando furioso según nos aproximábamos. El hombre nos preguntó nuestra latitud y longitud, y nos dimos los nombres de los barcos ; el de ellos era la goleta inglesa *Betsy* de Montevideo para Huasco.

Como el viento era muy fuerte no pudimos hablar mucho, y en pocos momentos la teníamos lejos á popa. Yo

estaba impresionado al ver aquella especie de juguete rodar sobre las líquidas é inmensas montañas formadas por el huracán; por diferentes veces la ví esconder el botalón dentro del agua y casi desaparecer por completo, para salir después airosa y sacudiéndose como un perro al salir del baño.

Aquel viento nos llevó hasta la latitud de la isla de *Staten*, y fué seguido por una pesada calma, que aunque de poca duración, fué terrible. La atmósfera era tan densa, que se hubiera podido cortar y el mar de leva del sur del Pacífico venía del O.

Para saber lo que es una calma en el mar, es menester encontrarse con ella en el cabo de Hornos. El buque rueda de tal manera, que en un momento lo pone todo en la más desesperante confusión. Todo va de un lado para otro; los pies no encuentran apoyo en el suelo, el barco cruje, la gente parecen estar ébrios y el poco trabajo que se lleva á cabo se hace á disgusto. Cuando estábamos en la mesa la Sra. Madeira y su marido rodaron al suelo en medio de un diluvio de agua fría; el depósito se vació sobre ellos y la pobre señora desesperada, gritaba que nos íbamos á pique. Poco después de comer cuando fuí al puente á relevar á Tomás, mientras él comía, comprendí que la calma no nos molestaría por mucho tiempo; puesto que, á lo largo del horizonte por donde venía la mar, se distinguía una nube blanquecina y lívida que no era menester ser muy práctico para saber que era nieve.

Tomás subió á la cubierta, y al ver la nube llamó toda la gente para cortar vela porque le pareció que era un terrible huracán. Apenas la gente habían bajado á la cubierta, cuando el buque estaba como anclado en medio de un chubasco del Cabo, y en un momento parecía estar cubierto de plumas. Todo yacía bajo la nieve; el frío era tan intenso que las lágrimas se quedaban heladas en las mejillas, y el

puente estaba más á propósito para patinar que dispuesto á las maniobras. Aunque la nieve caía como una masa compacta y el frío lo convertía todo en cuerpos tan duros como el acero ; sin embargo, esto era preferible á las dos horas que habíamos pasado encalmados. El viento no era muy fuerte ; pero la mar comenzaba á levantarse en montañas.

No es extraño que el oleaje en esa parte, sea el más fuerte del mundo ; puesto que, si por un momento se considera que saliendo de cualquier punto de la paralela 58°, y continuando por ella misma se dará la vuelta al globo, sin haber encontrado otro inconveniente que los témpanos flotantes arrancados del círculo Ártico, entonces se ve, que la mar absolutamente libre y no teniendo barreras que contrabalancéen el nivel perdido, se convierte en montañas inmensas cuya descripción no puede imaginarse sino viéndolas por uno mismo. Cuando la nieve cesó, el viento se puso ahuracanado, y por dos días marchámos casi á merced de él. La primer noche fué muy clara, las estrellas brillaban, y las pálidas nubes de Magallanes, parecían ser de polvo luminoso en medio del azul oscuro del cielo, hacia el cual, se levantaban orgullosos los mástiles de la *Sirena*. Á la parte de babor, se distinguía un inmenso témpano que en medio de la oscuridad, se veía como una nube gris pálida y se encontraba á una distancia como de siete ú ocho millas. La vista de la mar era tan sublime, que decidí llamar á Rosa para que la contemplara por un momento ; y vestida como una mujer de la Groelandia, por la primera vez en aquel día subió á la cubierta ; la llevé de la mano hasta el abrigo que habíamos levantado para el oficial de guardia, donde por temor de que el balance la pudiera arrojar al agua, la até con una cuerda á la cintura ; puesto que, yo necesitaba el mayor cuidado para sostenerme. En aquel momento, ella permaneció en el más completo silencio, causado por la

emoción y la sublimidad del grandioso panorama ; cada vez que el buque se hundía en el vacío, la ola al lado del viento, se veía tan alta como el palo de mesana, y el puente tenía un declive tal, que era lo mismo que mirar desde lo alto de una torre ; no podía hacerse más que esperar, interrumpir la respiración, y mirar asombrado. El buque estaba listo para encontrar el mundo de agua de la ola que venía hacia él ocultando las estrellas á la mitad del arco del zenit ; y rugiendo como un terrible trueno, parecía que nos separábamos más y más de ella, hasta que el buque, levantando la cabeza para subir la cuesta casi perpendicular que le presentaba la grandiosa ola, y como si un gigante le tuviera de la quilla, llegaba á ponerse sobre la cima, donde permanecía casi horizontal. Este era el momento para mirar hacia aquella oscura cavidad, llena con el bramido de las olas, cuyas chozas al romperse, hacían el ruido de miles de descargas de artillería, extendiendo la espuma por todo ; y la mar hasta el horizonte parecía ser un país montañoso en movimiento. Después, á la nueva caída del buque, inclinándose á sotavento, presentaba sus palos al viento y aumentaba más y más el rugido causado por las jarcias, hasta que, descendido en el hondo abismo formado entre la pasada y la ola por llegar, las velas flameaban en perezosa calma, mientras á lo alto de los palos, el huracán continuaba arrancando de ellos los más lúgubres sonidos. Llegando inadvertidamente á la cubierta, cualquiera de más ánimo que Rosa, se hubiera sorprendido.

Desde la cámara, sólo podía suponerse la grandiosidad del Pacífico, por el ruido atronador del buque y el crujido constante causado por la presión de su armadura en las subidas y bajadas de su marcha. Donde estábamos, la aseguré que el barco no tenía ningún peligro, y pronto perdió el miedo ; y si hubiéramos estado en el momento de irnos á

pique y la hubiese dicho que no era nada, me hubiera creído lo mismo. Su confianza en mí, era la parte más sublime de su amor, y según me tenía asido del brazo, ví los progresos que nuestro mútuo cariño hacía en aquel viaje.

Según he dicho, corrimos por dos días con aquel tiempo; al tercero, empezó á calmar y nuestra marcha continuaba el E. Tomás, quería doblar el Cabo, pasando lejos al S. de las Malvinas, y no tomar rumbo N., hasta encontrarnos á los 84°, longitud O.; puesto que según él, con eso evitaríamos los fuertes huracanes del N. N. O., y en rápida marcha, cuando el cielo estaba claro y no temíamos el encuentro de un témpano, el buque continuaba su carrera como si fuera remolcado á la cola de un cometa; gallardamente, y casi tan veloz como las olas, parecía navegar sobre las crestas de las líquidas montañas. Tomás, no contento con aquella marcha, mandó largar las gavias y echar rizos á la real, cuyo aumento de trapos, hacía temblar la *Sirena* como si todo el aparejo hubiera querido arrancarse del casco. Era un jueves por la mañana, y sentado sobre mi cama, sentía el temblor del buque y el horrible bramido de la mar á sus costados. Subí á la cubierta con el sextante en la mano para tomar la altura; todos los pasajeros estaban sobre la toldilla, y el sol, con todo su esplendor nos enviaba sus brillantes aunque fríos rayos. En realidad, el temblor del buque era tremendo, y lo veía marchar sorprendido, de que Tomás no comprendiera que llevábamos demasiada vela. Acababa de hacer mi observación, cuando mirando los mástiles de arriba á abajo, y viendo que Tomás tenía su vista en mí, hice un gesto para hacerle comprender que el buque iba muy forzado, él me contestó con otro, dándome á entender que había comprendido; pero marchándose hacia los pasajeros y frotándose las manos con aire satisfecho, les preguntó:

—¿ Qué hay de esto ?

Todos le miraron llenos de satisfacción, y hasta el mismo Don Antonio, envuelto en un inmenso sobretodo cuya capucha cayéndole sobre la cara, no dejaba ver más que su nariz color de zanahoria, y que proyectando como el botalón del barco, subía y bajaba como diciendo : " ¡ Está muy bueno Sr. Tomás ! "

Entonces, una voz gritó :

—¡ Hielo á proa !

Salté á las jarcias, y á la alzada del buque, ví á lo lejos y frente á nosotros un témpano que parecía como una nube en el horizonte.

—Â sotavento, Sr. Lee, gritó Tomás.

Mandé á un hombre subir á la gavia, para ver si divisaba alguno más ; pero sólo aquel era visible. El hombre acababa de poner los pies sobre la cubierta, cuando la amura mayor se rompió con gran estruendo, y un momento después, el foque dividiéndose en dos, estalló poniendo el barco en tremenda confusión. Antes que la guardia pudiera ponerse en pie, la real estaba convertida en mil andrajos, que flameaban azotando las jarcias con un ruido estrepitoso ; y la *Sirena*, casi con la misma velocidad, se deslizaba descansada sobre las agitadas aguas, y pasó á babor del témpano. Era el mayor y más hermoso en forma y color, que he visto en mi vida. La imaginación no puede concebir nada más grande é imponente, que aquel témpano en medio de la soledad. Cuando se ven varios juntos, después de la primera sorpresa, viene la idea de comparación entre unos y otros, y la atención no encontrando un punto donde concentrarse, no puede apreciar lo sublime de la escena.

Aquel gigante flotando majestuoso, las olas estrellándose en sus bajos medio ocultos por un velo de brillante espuma, tan grande como una isla, con relucientes picos y atrevidas

agujas que se elevaban hasta el cielo, hacía que viéramos nuestro buque á su lado como una barquilla. El sol, pasando sus rayos por entre las ligeras nubes, iluminaba la monstruosa masa como si miles de fuegos de colores ardieran entre sus flancos ; ora reflejando en el trasparente azul verdoso de sus arrecifes y sus concavidades marmóreas, ponía en relieve sus luminosas hondonadas y sus altos capiteles ; ora la grandiosa y chispeante escena, se extinguía en un segundo como si el soplo del viento hubiera apagado los fantásticos fuegos, y el témpano cubierto por la sombra de una nube, aparecía de un color ceniciento y desolado ; sus altas cimas nevadas estaban en contraste con el gris rojizo de sus bajos, que repitiendo el eco de los bramidos de las olas que se destrozaban sobre ellos, nos aturdían al pasar á su lado.

Era el sólo objeto visible en el horizonte ; y el efecto que producía al contemplarle en medio de la soledad, su parecido á una isla, sus perfiles semejantes á una vivienda humana, y pensar que era una sólida pieza de hielo, la cosa más desolada sobre la tierra, y que aquellas rocas inmensas sobre las cuales la mar se estrellaba con tremendos bramidos, un solo soplo de calor las convertiría en nada y desaparecerían sin dejar el más pequeño vestigio, traía á la mente tales pensamientos, que la más versada pluma sería impotente para expresarlos.

Según nos retirábamos, mil veces cambiaba sus matices ; unas lo veíamos de un verde pálido con tintes azules y violeta, otras de un blanco deslumbrador como torre de mármol cuya cima tocaba al cielo y la base en el fondo del mar, y finalmente, aparecía como cuando lo vimos por primera vez ; una nube blanquecina en el horizonte.



CAPÍTULO XI

EL BERGANTÍN ABANDONADO

El lunes 16 de Setiembre, nos encontrábamos latitud 35° S., longitud 97° O., habiendo sido echados como á trescientas millas fuera de nuestro rumbo por un N. E. que cayó sobre nosotros, cuando estábamos como á doscientas millas al O. de la isla de *Narborough*, haciendo camino para el Callao, á cuyo puerto pensábamos llegar el 20 de Setiembre. Aquel huracán, fué el más terrible que corrí en mi vida, y del que no haré una detallada descripción, con objeto de poder pasar á describir lo que de más cerca me tocó; sólo añadiré, que la pericia y buen juicio práctico de Tomás, pudo únicamente salvar nuestro gallardo buque de un naufragio. Por dos días con sus noches esperaba ansioso el momento que la *Sirena* hundiera su proa en el abismo, para no volverla á sacar; y durante ese tiempo, Tomás y yo, permanecimos sobre el puente sin separarnos de allí, sinó á comer lo necesario para tener el cuerpo y el alma juntos. Lo más extraordinario que noté durante aquel tiempo, fué que el cielo permaneció azulado y sin nubes, y el sol desde la mañana á la noche nos enviaba sin interrupción sus brillantes rayos.

El huracán, cesó de repente el lunes á las tres de la mañana, cuando íbamos con una pequeña vela de estay; y la mar tranquilizándose con una rapidez sorprendente, nos per-

mitió largar casi todos los trapos ; durante la madrugada hicimos limpieza, y la *Sirena* parecía tan hermosa como al salir del dique.

Sin embargo, me entristecí al ver que después de setenta y seis días de viaje, cuando salí á la cubierta á eso de las ocho de la mañana, la mar estaba en completa calma, chispeaba bajo los ardientes rayos del sol, y tenía un tinte amarillento que me hacía forjar la ilusión de que navegábamos sobre un mar de aceite. Un sentimiento de impaciencia llenaba mi alma, estaba fatigado de aquella cadena de contrariedades, siempre rodeados de agua, siempre el rodar del buque, sin otra cosa que admirar, más que jarcias, velas y palos, y ya deseaba llegar á tierra lo antes posible.

El terrible trabajo que habíamos llevado Tomás y yo, y la falta de reposo, me tenían oprimido el ánimo. Otra cosa nueva vino á contrariarme. Antes de subir á la cubierta miré al barómetro que aunque estaba subiendo ; sin embargo, se veía en el mercurio cierta tendencia á permanecer bajo, que me disgustaba, y me retiré para volver á mirarlo media hora más tarde, cuando le encontré mucho más bajo; y aunque el tiempo parecía ser lo que llamamos "Tiempo del Pacífico," no me tranquilizaba al recordar el huracán que acabábamos de correr, con el cielo y el sol en las mismas condiciones que lo teníamos en aquel momento. Á pesar de todo, entre huracán y calma, prefería lo primero con tal que pudiéramos avanzar hacia el Callao.

Después de un buen almuerzo comencé á sentirme mejor, y al subir á la toldilla, ví que Tomás explicaba á los pasajeros sobre la carta, la posición del buque. Parecía un maestro de escuela dando una lección de Geografía á los muchachos ; y me hizo reir ver la nariz del Sr. Madeira suspendida sobre la carta, y con gran satisfacción repitiendo las palabras de Tomás, como un chiquillo repite las del cura en la

"Doctrina." El Sr. Black no parecía tan satisfecho como Don Antonio y decía.

—Pero Sr. Tomás, sin contrariar su buen juicio diré á Vd., que no sé como hemos podido retirarnos trescientas millas de nuestro rumbo, y no puedo explicarme, cómo en vez de dirigir el buque hacia tierra ó sea por nuestro camino, Vd. lo ha echado en la dirección opuesta.

—Por la razón, de que el huracán venía justamente á proa y en directa oposición á nuestra marcha, contestó Tomás.

—Está bien ; pero respetando su juicio como dije antes, prosiguió diciendo el Sr. Black ; le expreso mi humilde opinión de que, estando el barco construido de tal modo que pueda marchar en ángulo recto con el viento, si Vd. hubiera dirigido la proa hacia tierra, sin duda que en vez de retroceder hubiéramos avanzado.

—Muy bien ; pero supóngase Sr. Black, replicó Tomás, que estando sus piernas construidas de tal modo, que pueden marchar contra el viento, Vd. empieza á andar en dirección opuesta á él, éste le hace perder el equilibrio, lo tumba por tierra y lo cubre después con los faldones de su levita. ¿ Qué haría Vd. entonces con la teoría de la construcción de sus piernas ?

—Repito que únicamente he dicho esto respetando su buen juicio de Vd. ; dijo el obstinado irlandés moviendo la cabeza para hacer ver que no estaba convencido.

Por mi parte, confieso que la práctica de Tomás salvó á la *Sirena ;* y que bajo mi mando ó el de cualquier otro marino más experimentado que yo, quizás nos hubiéramos perdido ó echado á quinientas millas más allá. Rosa que se había separado del grupo, apoyada sobre el pasamanos, parecía estar admirando la superficie argentina sobre las cimas de las olas, y sus concavidades barnizadas de violeta ; entonces volviéndose hacia mí, me llamó á su lado.

—Oye Guillermo, ¿ puedes ver alguna cosa allá lejos ?

Dirigí la mirada hacia el punto que me indicaba ; pero como mis ojos estaban fatigados de tantas guardias y tan poco dormir, no pude distinguir nada, y la pregunté :

—Rosa, ¿ qué es lo que ves ?

En aquel momento, me pareció ver una línea levantarse sobre la superficie de las aguas, y parecida á un mástil ; volví á mirar, no ví nada, y creyendo que era una ilusión de Rosa dejé de pensar en ello. Á la proa, la gente habían tendido toda su ropa al sol, dándonos una idea del tamaño de cada uno de los hombres ; llamé á algunos de ellos, y les hice tender el toldo que daba al buque un aire muy elegante. El Sr. Madeira, aspiraba deleitado el perfume de una breva hablando con su esposa que estaba sentada á su lado ; el Sr. Black paseaba por la cubierta muy entretenido tomando apuntes, y Rosa resguardada del ardiente sol se entretenía en leer una novela. Por mi parte, languidecía paseándome forzosamente de un lado para otro, con el espíritu abatido y lleno de una ansiedad, de la que no podía darme cuenta. Pensaba si iría á caer enfermo, y trataba de buscar una explicación á la tristeza que me molestaba.

La mañana se deslizó pausadamente ; como á eso de las once, hacia el S. la mar comenzó á oscurecerse, y parecía venir un soplo de brisa por aquella parte ; llegó rápidamente hasta nosotros poniendo en movimiento la pulida superficie de verde y gris que teníamos á proa, convirtiéndola en azul oscuro ; mandé echar brazas y las olas comenzaron á rodar á nuestros pies. Habíamos marchado como veinte minutos, cuando un hombre que trabajaba sobre el mastelero de trinquete, gritó :

—¡ Un buque á pique *pallá* á lo lejos !

Entonces Rosa dejó el libro, y viniendo á mi lado, miró por algunos segundos y exclamó :

—Guillermo, allá se vé; es lo mismo que yo ví hace un rato, parece un palo que sale fuera de las aguas.

Me pasé la mano por los ojos; pero no descubriendo nada, fuí en busca de mis gemelos, y entonces se presentó á mi vista con toda claridad. Tenía dos mástiles que salían sobre el agua, ambos con vergas redondas; pero me pareció que al trinquete le faltaba la mitad del mastelero de tope, que tenía las jarcias y cordaje esparcidos sobre él en confusión, y que el palo mayor estaba completo hasta las reales.

—¿Puedes ver el casco? grité al hombre que estaba en el trinquete.

—No *siñor; paece* estar con el *costao hundío pacia* este *lao.*

—De seguro que no tiene todo el casco bajo del agua; le dije á Rosa mientras volvía á mirar con los gemelos.

—¿Qué es eso Sr. Lee? me preguntó el Sr. Madeira.

—Parece ser un buque perdido, le contesté; pero pronto podremos verle claro.

La brisa era tan ligera, que pasó más de media hora antes que la *Sirena* pudiera ponerse á distancia á propósito para poder distinguirlo bien. Entonces se veía un bergantín con casi todo el casco sumergido, y á la popa se levantaba una casa pintada de blanco, mientras entre los dos palos, se veía la cocina del mismo color; había perdido los foques, y el mastelero de trinquete estaba roto á la mitad y suspendido cabeza abajo por las jarcias.

Después de tomar la altura, fuí para abajo y mi inquietud crecía de una manera tal, que por un momento y achacándolo al trabajo que habíamos llevado, me avergoncé de que un hombrecillo pequeño y flaco como Tomás, pudiera resistir la fatiga; y que yo, fuerte y buen mozo me encontrase en tan mala disposición. Me acosté; pero no pudiendo dormir, al oir la primera campanada anunciando la comi-

da fuí para la mesa. Los pasajeros no hablaban sinó del naufragio y Rosa se dirigió á mí diciendo :

—Sr. Lee (porque así me llamaba cuando podíamos ser oídos) no puedo dejar de pensar en ese barco, y he rogado al Sr. Tomás, que si la calma continúa debiera mandar un bote á él ; quizás en la cámara haya algún moribundo extenuado por la fatiga, el hambre y la desesperación ; y mirándome de una manera suplicante, pareció decirme : "¡ Guillermo, debes mandar un bote ; puede ser que tenga razón !"

—La única objeción que yo pongo, dijo el Sr. Black, es que si por eso perdemos tiempo . . . .

—Pero ¿ qué importan algunas horas, ó aunque fueran días si podemos salvar la vida de un hombre ? dijo Rosa.

—Es verdad, Srta. Maitland, eso debe ponerse en consideración ; volvió á decir el Sr. Black.

—Pero ¿ es que no estarán muertos ? preguntó la Sra. Madeira ; y en ese caso, creo que Vds. no pretendan traerlos á bordo.

—¡ Ya hemos tenido dos muertos en el barco ! gritó espantado el Sr. Madeira ; y mi esposa tiene razón en decirles que no les traigan ; ya tenemos bastante con lo que nos ha caído encima.

La discusión continuó, y Rosa seguía argumentando tan animada, que todos estábamos curiosos de saber lo que había á bordo del bergantín. Al concluir el almuerzo, subímos á la toldilla. Tomás en cuanto me vió voló á comer, y aunque no era glotón, jamás he visto á nadie que se complaciera más cuando estaba comiendo.

El bergantín distaba como milla y media de nosotros, y al mirar de nuevo con los gemelos, le ví sumergido hasta una ó dos pulgadas más arriba de los imbornales, y que gran parte de su cubierta estaba cargada de madera hasta los baluartes ; entonces Rosa me preguntó :

—¿ Hay alguna señal de vida en el bergantín ?

—No ; si es que hay gente á bordo, tienen que estar dentro de esa casa, fuera no se ve un alma.

—Pero ¿ Vd. cree que haya alguien vivo allí ? me preguntó el Sr. Black.

—No puedo contestarle, para eso sería necesario verlo ; pero la opinión de la Srta. Maitland es, que puede haber gente adentro, y en tan mal estado que no puedan salir fuera á hacerse ver. Por mi parte, les diré que ese bergantín parece ser muy fuerte, y quien sabe si hará dos ó tres semanas que anda en la misma disposición ; en cuyo caso si hay alguno vivo á bordo, lo más probable es que se encuentre batallando entre la vida y la muerte por la fatiga, el hambre y la sed ; aunque mi parecer es, que hay cien probabilidades contra una para que se encuentre gente.

—En tal caso dejaríamos de obrar como cristianos sinó se enviase un bote ; dijo la Sra. Madeira, y tal era la opinión general cuando Tomás llegó á la cubierta.

Rosa empezó á repetirle toda cspecie de argumentos y él mirándola, me dijo con aire complaciente.

—¿ Cree Vd. Lee que vale la pena de enviar un bote ?

—Por satisfacer á estas señoras, puedo con dos hombres saltar á un bote y en un momento saldremos de dudas; dije, sonriendo á Rosa.

Tomás llamó al contramaestre para que enviase dos hombres á acompañarme, y mientras se arreglaban, Rosa que había desaparecido, llegó corriendo y me echó en el bolsillo una botella llena de *cognac*, que al parecer le había pedido al mayordomo :

—Si Vd. encuentra algún desgraciado á bordo, me dijo, tendrá necesidad de esto para revivirlo ; y al ver que los marineros se hacían señas se ruborizó ; pero el Sr. Black vino en su auxilio diciendo :

—Muy bien, Srta. Maitland, creo que hay pocas señoras, cuya imaginación pueda sugerirles la generosa idea que Vd. ha tenido para contribuir á salvar la vida de algún desgraciado marinero.

El bote ya sobre el agua, los muchachos comenzaron á remar y cuando apenas estábamos á cien varas de distancia del buque, uno de los hombres exclamó como hablando consigo mismo :

—¡ Qué barco tan hermoso !

Al oírle volví la cabeza, y ví la *Sirena* que gallarda se levantaba sobre la pulida superficie, como si estuviera incrustada en un espejo ; la miré con placer por algunos momentos, y después mirando hacia el bergantín, ví que de aquella parte el horizonte parecía oscurecerse, y que una ráfaga de brisa avanzaba hacia nosotros poniendo la mar en movimiento, entonces dije :

—¡ Ánimo muchachos, tenemos la brisa encima y quien sabe si le dará la gana de volverse huracán !

—No lo crea Vd. ; dijo uno de los hombres ; eso *nues* sino una *zarpaa e* gato.

—Después del viento que hemos *tenío* estos días, dudo que haya *quedao* un solo *sopro* por muchas millas ; dijo el otro.

Entonces, volviéndome hacia la *Sirena*, ví á Tomás encaramado en las jarcias, gritando, y su voz sobre la ya inquieta superficie llegó á nosotros como un suspiro :

—¡ No pierdan tiempo !

Según avanzábamos, los hombres tenían que ir haciendo más fuerzas para sobreponerse á la brisa, y por algunos momentos tuve la idea de virar ; pero como estábamos cerca del begantín, el gran deseo de Rosa para que llegáramos á él, y creer que podíamos salvar á alguien, me determinaron á continuar hacia adelante ; y con los ojos fijos en el

sumergido barco, no podía menos que admirar su hermosa construcción y lo fuerte que era. Á su costado había un bote que todavía sujeto á los pescantes, estaba sumergido también, lo que indicaba que al querer echarlo al agua, alguna ola lo había llenado antes que pudieran largarlo de los pescantes. Bajo los bancos había un cadáver, y sujeto por ellos le impedía salir á flote. El agua estaba tan clara, que el cuerpo se perfilaba á través de ella como si se hubiera encontrado tras un vidrio; y á sus movimientos, la cara tomaba expresiones tan diferentes y marcadas, que me parecía que el hombre estaba vivo y esperaba oírlo hablar. La brisa, continuaba ganando en fuerza, y por precaución salté á bordo del bergantín con un cabo en la mano y lo aseguré á una cabilla; al mismo tiempo, les dí orden á los hombres de que estuvieran en el bote.

Al saltar sobre la cubierta, ví que el barco estaba cargado con pino blanco de Nueva Zelandia, del cual una gran cantidad estaba apilado hasta la altura de los baluartes; las muradas eran excesivamente altas y fuertes para un buque de su tamaño, y á la proa estaban un poco maltratadas por la mar. Á popa y como á dos varas de distancia del montón de tablas, estaba la cámara con la puerta cerrada. Al abrirla, no lo hice sin una mezcla de miedo y curiosidad; la idea de que podía encontrar hombres muertos ó moribundos, y la vista del cadáver en el bote, no habían hecho sinó avivar más la impresión natural que yo sentía. La cámara, estaba dividida por una gruesa separación de madera, que la cruzaba en toda su longitud; á un lado habían tres camarotes con las puertas cerradas, y tan pequeñas que tuve que bajarme para poder mirar á ellos. En los dos primeros, estaban las camas y en el tercero una hamaca; pero no se veía á nadie ni vivo ni muerto. Salí de allí y me dirigí á ver la cocina y el rancho.

La cocina estaba perfectamente cerrada, la abrí; pero sin mejor resultado que antes, y continué para el rancho cuya escotilla estaba casi cubierta por las tablas.

El viento aumentaba constantemente; pero como la *Sirena* estaba en la misma dirección, no tenía el menor temor, y sin hacer caso de los remos, en un momento podíamos ponernos á su costado. Cuando abrí la escotilla del rancho, con mayor impresión que la que había sentido al entrar en la cámara, me disponía á bajar, cuando el ruido del agua que llegaba hasta unos tres pies abajo de la cubierta me detuvo, y pregunté:

—¿Hay alguno abajo?

Nadie contestó, y por tres veces repetí la misma pregunta; pero sólo era contestada por el eco; entonces, imaginándome que tal vez pudiera haber algún desgraciado sin fuerzas suficientes para exhalar un suspiro, bajé hasta el nivel del agua; llamé, escuché, pero en aquel oscuro agujero sólo reinaba un silencio sepulcral. Pensé en extender la mano; pero por temor de tropezar con algún cadáver frío tendido en la hamaca, salí precipitadamente á la cubierta.

El viento soplaba ahuracanado, y mi primer idea fué ir hacia la cabilla donde había amarrado el bote para halarlo y marchar; pero el cabo parecía haberse corrido, y saltando sobre la jarcia, ví el bote que yacía como á cincuenta pies del bergantín; uno de los hombres estaba sentado á la popa, y el otro en el centro, parecía estar aspirando el perfume de una cosa que se aproximaba á las narices.

Les grité con todas mis fuerzas, me miraron, y al ver que el cabo estaba suelto, alarmados se echaron sobre los remos. El viento lo tenían directamente á proa y veía los grandes esfuerzos que hacían para aproximarse; pero por momentos se alejaban más y más. Los hombres remaban

con todo su vigor, cuando ví que uno cayó de espaldas al fondo del bote ; se levantó, y echando los brazos al aire, observé que no llevaba en la mano más que un trozo de remo. En aquel momento, me convencí de que si mi salvación dependía de ellos, estaba perdido. Sin embargo, mi terror se había aplacado un poco, y les grité que ganaran la *Sirena* lo antes posible ; pero los pobres muchachos se esforzaban como dos Hércules en llegar hasta el bergantín lo que era de todo punto irrealizable Furioso de impaciencia les volví á gritar que ganaran la *Sirena ;* pero su buena voluntad les hacía continuar sosteniéndose en abierta batalla con el huracán ; y me gritaban :

—¡ No desespere, pronto llegaremos á Vd. !

Para aumentar el mal, por la parte de donde venía el viento, hacía su aparición una montaña de nubes que rápidamente se elevaba en el horizonte, y arrastrada por el viento según avanzaba, hacía mayor mi desesperación.

Los muchachos, continuaron luchando con las aguas por un gran rato ; pero convencidos que se retiraban más del bergantín, extenuados por la fatiga, ó bien porque pensaran que iban á perder de vista á la *Sirena,* á mi inexplicable consuelo viraron, y ayudados por el viento comenzaron á marchar hacia el buque. En aquel momento, toda mi atención se dirigía hacia la *Sirena,* y esperaba ansioso ver echar al agua un bote con gente suficiente para venir á buscarme ; pero mis esperanzas eran vanas. ¿ Creían que yo había encontrado á bordo del bergantín alguna cosa que me obligara á permanecer en él ? ¿ esperaban á que los hombres llegasen para saber lo que sucedía ?

Las nubes que hacía un instante aparecieron en el horizonte, cubrían ya por completo la azulada bóveda ; un terrible chubasco se veía venir avanzando sobre nosotros con la velocidad del rayo, el viento silbaba furioso en las jarcias,

la mar estaba convertida en un inmenso campo de espuma, y las olas comenzaban á romperse dentro de la cubierta del casi sumergido casco que me servía de abrigo. El bote, desaparecía á mi vista, y de cuando en cuando, lo descubría como una sombra, rodando sobre las crestas de las rugientes olas.

En la *Sirena*, el viento había comenzado á sentirse, y con una sola gavia se levantaba de tal manera, que ponía visible la mitad de su casco. Aferraron las velas y sólo se veían las negras líneas proyectadas por el aparejo. La mar, estaba tan gruesa, que hubiera sido imposible á cualquiera bote marchar en dirección del viento, y el sólo recurso que me quedaba, era ver venir el buque hacia mí para salvarme; que á mi parecer podía llevarlo á cabo echando brazas, venir por el lado del viento hasta corta distancia del bergantín, largar un bote, y después dejarse correr para recogerlo cuando me hubieran sacado de mi peligrosa situación. Bien sea por la gran confianza que tenía en Tomás, ó porque todo se había presentado con tanta rapidez que no me diera tiempo para pensar en la realidad; el caso es, que tenía más sangre fría de la que pudiera esperarse en tales momentos.

Al fin, como yo había pensado, ví que la *Sirena* hizo rodar sus vergas, y haciendo brazas comenzó á marchar en una línea que formaba un ángulo agudo con el bergantín; pero poco después, al ver que halaba la mayor y largaba las gavias de mesana, me sorprendió, y volví la cabeza hacia el viento para ver el cielo tan negro como la tinta, y antes que mi pensamiento se hubiera fijado en ello, llegó un terrible chubasco que dejaba caer el agua á cántaros. La mar comenzó á hervir movida por la fuerza de aquel diluvio, el huracán rugía furioso, y las nubes se abrieron de un lado á otro del horizonte, para dar paso á una culebrina seguida por un tremendo y espantoso trueno. La lluvia parecía

levantar nubes de bruma de la superficie del mar, y empapado hasta los huesos, miraba como anonadado su marcha hacia la *Sirena*, cuando recordé la bajada que había observado en el barómetro y que desgraciadamente había olvidado al salir de nuestro buque. ¿Seguiría bajando? ¿había llegado la realidad de su predicción?

Las olas entraban á estrellarse en la cubierta del sumergido casco, como si fuera sobre una roca, la lluvia y el rugido del viento trajeron á mi mente mi situación en plenos colores, y pensaba en el tiempo de angustia que tendría que pasar en tan horrible estado. Para escapar del peligro en que estaba sobre la cubierta, expuesto á ser arrastrado por las olas que furiosas entraban al rodar del barco, subí sobre la casilla de la cámara donde podría estar seguro, á pesar de exponerme más al furor del viento y la lluvia. Todo parecía indicar un nuevo y horrible temporal; lo que no es difícil en esas latitudes tan conocidas por sus tempestades repentinas y violentas. Cuando pensaba que aquello podría ser el principio de un temporal como el que acabábamos de experimentar en la *Sirena*, que ésta sería arrojada lejos de mí, y que entre mi cuerpo y el fondo del abismo no había más, sinó aquel casco casi oculto ya por las aguas, mi corazón cesaba de latir, y mi situación se presentaba ante mi mente como el espectro de los más grandes horrores. Pensé en mi adorada Rosa, y en mi desesperación oculté la cara entre mis manos y me sentí tan débil como si fuera una mujer.

Sin embargo, como marinero curtido en los peligros y joven todavía, no podía permanecer largo tiempo sin ser consolado por la esperanza; luché contra mi desesperación, la vencí, y acordándome del *cognac* que Rosa había puesto en mi bolsillo, tomé un trago que me alivió del frío causado por el viento al azotar mi empapada ropa.

Saqué mi reloj, eran las cuatro ; maquinalmente le dí cuerda, y al pensar que tenía la noche tan cerca y que ésta no podía traerme más que una tumba dispuesta á recibirme ; sólo Dios sabe lo que me horroricé.

El chubasco duró por media hora ; durante ese tiempo la lluvia cayó á torrentes, apenas podía distinguir la proa del bergantín, y la *Sirena* desapareció por completo de mi vista. En un momento comenzó á aclarar, como por mágia se presentó el azulado cielo hacia la parte de donde venía el viento, y la *Sirena* como á unas cinco millas á sotavento, parecía haberse puesto á la capa para recibir el chubasco sin perder camino. No podía ver las maniobras que hacían ; pero creí verle avanzar lentamente, y estaba seguro que si no hacía más vela, llegaría la noche durante la cual perdería de vista el bergantín y después ¿ quién sabe lo que vendría ? Con los ojos clavados en la *Sirena*, cada momento me parecía un siglo ; el huracán arreciaba, y me ví precisado á rodearme un cabo á la cintura para tener alguna seguridad. En aquel momento, quiso Dios que saliera de mi abstracción, y volviendo la cabeza, ví que como á un cuarto de milla avanzaba una ola que parecía una montaña, y cuya negra y enteriza cresta, veloz como el pensamiento se dirigía hacia el bergantín ; solté la cuerda que tenía rodeada á la cintura, dejé escapar un grito involuntario, y saltando sobre las jarcias, me encontré en la cofa en el momento en que la mar caía con terrible estruendo sobre la cubierta, como si fuera á convertir el barco en un millon de piezas, sumergiéndole hasta casi la mitad del palo ; pero había escapado á tiempo, y mi vida, al menos por aquel instante se había salvado. Miré hacia abajo esperando el fatal momento, y ví que casi la mitad de las tablas que había en la cubierta flotaban esparcidas sobre las aguas, el bote que colgaba de los pescantes había sido arrancado, y el casco

rodaba de tal modo que las vergas se hundían en la mar hasta algunos pies de los estribos. El tiempo corría, y la *Sirena* parecía alejarse en vez de avanzar. Por momentos la razón me abandonaba y creí estar á punto de volverme loco; sumido en los más tristes pensamientos languidecía en la esperanza, y mirando hacia nuestro buque, veía que poco á poco sus perfiles se desvanecían, y como una pálida nube le divisaba en lontananza, seguro de que no podría llegar á mí y tendría que pasar la noche en el abandonado casco.

Al fin perdí toda esperanza. El sol enrojeciendo las nubes con sus rayos de fuego, comenzaba á ocultarse en el poniente, su vívida luz encendía las hirvientes olas, y las pálidas velas de la *Sirena*, parecían teñidas de sangre. Un momento después, la claridad se desvanecía para dar lugar á las sombras; poco á poco el horizonte se confundía con el cielo, dejé de ver el único objeto que podía salvar mi vida, y mientras el rugido de las aguas mezclado con el bramido del viento, ensordecía mis oídos y entristecía mi alma, todo quedó sumido en la más completa oscuridad, y mis pesados ojos no veían más que los inciertos perfiles del bergantín, iluminado por la fosforescente espuma de la agitada mar.





CAPÍTULO XII

EN LA SOLEDAD MÁS PROFUNDA

Cuando las primeras sombras de la noche oscurecieron la mar, y la imagen de la *Sirena* desapareció de mi vista, me sentí como anonadado ; no podía creer que mi situación era realmente la que veía, y me decía á mí mismo : "Todo pasará, y cuando lo recuerde diré : ¡ Aquella vida, me parecía un sueño !" Felizmente mis divagaciones no duraron largo tiempo ; eran locuras, y de haberse prolongado, hubiera sido víctima del *delirium tremens ;* y creo firmemente que mi imaginación halló la claridad con lo que pocas veces he hecho en mi vida ; rezar. Hincando mis rodillas en el tope del mástil, la mar rugiendo bajo mis pies, y el bramido del viento sobre mi cabeza, oyeron la plegaria que dirigí á Dios, no sólo para que salvara mi vida y mi razón, sinó también por mi amada, que tranquila y confiada esperase el momento de reunirnos. Después de hacer oración, me sentí con más calma y menos solo ; y si el marinero ó gente de tierra que leyera esto, se encontrara en situación de peligro tan inminente, ruegue á Dios de todo corazón, convénzase de que Él lo ha oído, y se sentirá bien : os lo digo por experiencia propia. Comencé á pensar en las probabilidades que tendría de que el bergantín resistiera la furia de la tempestad, y me convencí de ello ; puesto que cargado y cubierto de madera, presentaba á la mar un cuerpo móvil, que con dificultad podría ser hecho pedazos. Sin

embargo, tendría que permanecer sobre el tope hasta que la mar se calmara. Por el momento, las aguas eran dueñas de la cubierta y no me presentaban ningún abrigo ; las olas se estrellaban sobre ella, y fantásticas líneas fosforescentes, giraban en todas direcciones. El *cognac* que Rosa había puesto en mi bolsillo, me revivió. No puedo explicar el horrible efecto que producía en mis oídos, el silbido del huracán, la mar que subía hasta las crucetas, el movimiento del mástil que era como el de un péndulo en marcha, y no regular, puesto que de tiempo en tiempo se detenía súbitamente, y de no haberme ligado bien, no dudo que perdiendo el equilibrio hubiera caído á la mar. Con frecuencia dirigía mis pesados ojos hacia el sitio donde había desaparecido la *Sirena;* pero la oscuridad lo absorbía todo, y hasta la blanca espuma, parecía ocultarse entre las negras aguas. Finalmente, sin saber á que hora, mi cabeza cayó para adelante y me quedé dormido. Muchas veces he hecho lo mismo en el tope del palo ó sentado sobre la verga ; pero eso era cuando la mar estaba tranquila, la brisa firme y continua, y el movimiento del buque como el de una cuna ; y en aquel momento que todo á mi al rededor era una *Babilonia* de horrores, dormí tan profundamente, y tan pacífico, que jamás un niño colgado del pecho de su madre, pudo gozar de tan solemne calma.

Desperté, comencé á mirar á todos lados, nada veía, y me froté los ojos ; mi memoria parecía haberme abandonado por completo, y casi no podía moverme. Traté de levantarme ; pero en vano, mis piernas parecían ser de madera, frías como el mármol por la acción del viento y el agua, y además por tenerlas en la misma posición durante mi largo sueño. Poco después, comencé á recordar donde estaba y porqué, me froté las piernas por algunos minutos, y la sangre empezó á circular.

Mi primer pensamiento fué para la *Sirena*, y quise descubrir entre la vaga luz de la naciente aurora, algún objeto, alguna sombra que me indicara su presencia ; pero pronto me convencí, que por muchas millas, sólo flotaba sobre las aguas el anegado bergantín que me servía de abrigo. Sin embargo, por otro lado pensaba que la *Sirena* tenía que estar dentro de mi foco visual, y con esperanza de divisarla, subí hasta las gavias, lo que realizé con indecible trabajo y dolor, y hasta que el sol hizo su aparición en el horizonte, permanecí buscando inútilmente con la vista.

La viva luz del naciente día, reflejaba sobre las aguas que parecían de plata, y con el oscuro azul del oeste y los rosados tintes del saliente, formaban un golpe de vista grandioso ; pero no se veía ningún buque en todo el horizonte. Pasé un gran rato antes de convencerme de la amarga realidad. Probablemente, mi imaginación debilitada por los sufrimientos, no se encontraba dispuesta á retener las ideas ; pero cuando por fin me convencí de mi desgracia casi insensible exclamé : "¡ Dios mío, Dios mío ! " Un sudor copioso comenzó á correr por todo mi cuerpo, la sangre me abrasaba como si hubiera sido picado por mil reptiles venenosos, y sintiéndome desfallecer, enlacé mis piernas en las crucetas y metí mis brazos entre las cuerdas del aparejo ; entonces, la mar, el buque, el sol y el cielo, parecían correr en estrecho círculo al rededor de mis ojos con una velocidad vertiginosa, y por un momento, perdí el sentido.

Aquello pasó, tomé un poco de *cognac*, subí más arriba del palo, reflexioné por algunos momentos, y después viendo que la brisa era suave, y que la cubierta estaba casi seca, me decidí á bajar. Desde que desperté, comencé á sentir una terrible sed que cuanto más pensaba en ella, más dolorosa se me hacía la necesidad de beber agua. Al mirar hacia adelante, observé que fuertemente enlazados, había dos

grandes cubos sujetos al costado de la cocina. Con gran dificultad, comencé á bajar por las jarcias, y cuando llegué á ellas, tembloroso por el miedo que me producía la creencia de no encontrar lo que anhelaba, busqué con indecible ansiedad las bocas de los cascos, las que estaban abiertas ; pero siendo muy estrechas, no tenía nada con que sacar agua, si la que había era buena. Fuí para la cocina, y entonces me acordé de la botella que llevaba en el bolsillo ; la vacié, até una hilaza á su cuello y haciéndola entrar en la cubeta, esperé intranquilo el momento en que se llenara. Á mi gran felicidad, al poner la botella en mis labios, el líquido fresco y cristalino tuvo para mi paladar el gusto más agradable y delicado, que jamás había experimentado en mi vida. Los dos cascos estaban llenos, y usándola con prudencia, podría disfrutar de ella por meses enteros ; pero aquel descubrimiento no era suficiente, necesitaba comer y empecé á buscar.

El agua me dió tanta vida, que me sentí ágil y animoso, y no podía comprender, como me había adaptado á aquella situación ; mi sólo pensamiento, era encontrar que comer y después pensaría tranquilamente.

Abrí la cocina, allí había una especie de alacena con muchos cajones y perfectamente cerrados ; fuí abriéndolos todos uno por uno, y en el segundo encontré algunas galletas, carne cocinada y lista para comer, algunas libras de harina, y otras frioleras, que no tardé en ponerles el diente, y pronto consumí gran parte de ellas con el mejor apetito. Como marinero, el instinto me guiaba á donde podía encontrar las cosas, y con el mejor éxito terminé la inspección de la cocina, donde finalmente encontré un saco de arroz, vino, aceite, vinagre, algunas latas de carne en conserva, macarrones y otras cosas que aunque en pequeña cantidad, me durarían varios días. Toda la batería de cocina andaba de

un lado para otro en gran confusión ; pero en buen estado, y por la carne cocinada que comí, estaba seguro no haría cuarenta y ocho horas que el barco había sido abandonado ; y parecía que en la precipitación de la huída, no habían pensado en la comida que tenían preparada.

Terminado que hube de buscar, fuerte ya y con más esperanza en mi futuro, guardé cuidadosamente las provisiones, y me marché para la popa á continuar buscando de nuevo.

Todo parecía anunciar buen tiempo ; el cielo estaba sin una nube, la mar se tranquilizaba rápidamente, ya comenzaba á secarse la cubierta, y como me había vigorizado, antes de entrar en la cámara salté á la jarcia y subí hasta el tope del mastelero de gavia, desde cuya altura, paseé cuidadosamente la vista por todo el horizonte ; pero no pude divisar ninguna vela. Recordaba que cuando perdí de vista á la *Sirena*, se encontraba al N. E., y como el viento permaneció firme del lado que había comenzado, Tomás después de haberse echado hacia el N. E. por algunas millas, habría virado, y á no dudar pasaría cerca del bergantín durante mi sueño, y en aquel momento debía encontrarse al S. O. Miré fijamente en la dirección que yo creí debería estar el buque, la mar brillaba al reflejo de los rayos del ascendiente sol, á cuya luz, el cielo tenía un hermoso color azul y plata y el horizonte estaba tan distinto, que cualquier objeto hubiera llamado mi atención ; pero como ya he dicho, por leguas y leguas sólo el bergantín estaba á flote sobre las aguas.

Comencé á bajar lentamente, oprimido por la tristeza que en vano pretendía desechar de mí, y reflexionaba que no tenía que temer. Tomás sabía la posición del bergantín, y con poca diferencia rodaría por aquellas aguas hasta encontrarme. Tal era mi manera de pensar ; pero sin querer

me decía : "La mayor parte de la gente á bordo de la *Sirena*, después de haber visto que el bergantín estaba casi sumergido, estarán en la más plena convicción de que yo habré sido arrastrado por la mar ; y mucho más, habiendo pasado cerca de mí durante la noche, al no ver el barco, Tomás se habrá asegurado de que me he ahogado, y con toda probabilidad, en este momento habrá decidido continuar su rumbo."

Las dudas que yo tenía en los sentimientos humanitarios de mi compañero y amigo, no me hacen gran favor ; puesto que lo creí capaz de abandonarme por la simple suposición de que me hubiera ahogado ; lo que era tan malo, como creerle dispuesto á llevar á cabo el mayor y más cruel de todos los crímenes, y sin andar en más reflexiones me decía : "Me creen ahogado y no pasarán su tiempo en buscar el bergantín para no encontrarme en él." Esta idea se había arraigado en mi mente, mientras que la de que Tomás cruzaría y volvería á cruzar hasta hallarme, la desechaba como improbable. Tales pensamientos se habían apoderado de mí, y me consideraba el hombre más infortunado de la tierra. Así, llegado que hube á la cubierta, me senté sobre una pila de tablas, y con la cabeza entre las manos, empecé de nuevo á divagar en aquellas ideas sombrías ; la probable y casi segura separación entre Rosa y yo, el fin de todos mis sueños de felicidad, y la intolerable idea de morir abandonado en medio de aquella terrible soledad, destrozaban mi mente. Sin embargo, ¡ Loado sea Dios ! que no permite que el hombre pierda la esperanza ; y á la verdad, no puedo concebir un signo más seguro de la inmortalidad del alma, cuando Él en sus Altos Juicios, hace que siendo tan pequeños, nos hagamos superiores á todo en las difíciles circunstancias ; y conforme con mi suerte, comencé á pensar, que aunque en la *Sirena* no se ocupasen de mí, como el bergan-

tín podía verse á diez millas, otros buques pasarían por allí y podría ser salvado. Mirando para arriba, pensé en distraerme poniendo el buque en marcha; pero me pasó por la mente, que en primer lugar retirándome de allí, tendría que perder toda esperanza sobre la *Sirena*; y además, cualquier capitán de barco que me viera marchar á la vela, pasaría por mi lado sin hacerme caso; por eso resolví continuar como estaba. Esta misma idea, me sugirió la de buscar alguna cosa é izarla pidiendo socorro, y de nuevo comencé á ver si encontraba las banderas, el nombre y nacionalidad del bergantín, puesto que el que tenía á popa estaba bajo la línea de agua y no lo veía. Pronto satisfice mi deseo. En la cámara, encontré una pequeña caja con dos banderas inglesas; tomé la mayor y la izé al mastelero real donde pudiera flotar al viento con toda libertad. Después recordé que de los dos botes que estaban suspendidos en los pescantes, uno solo había sido arrastrado por la mar; fuí para el otro, lo puse en orden, y comencé á buscar algún remo, de los que hallé varios; los amarré fuertemente en el bote y teniendo asegurado mi escape, mi curiosidad me llevó á la cámara determinado á escudriñar hasta el último rincón.

Como puede recordarse, á mi llegada de la *Sirena* hice una ligera descripción de la cámara; pero en este momento en que empecé á mirar todo desde otro punto de vista que el de ver si había algún cadáver, observé que el bergantín era un buque de primera clase en su género, y completamente nuevo. La cámara estaba elegantemente amueblada, y las maderas finas que le adornaban, estaban pulidas con el mayor gusto. Todo parecía haber sido hecho con gran gasto, y desde las jarcias hasta la parte del rancho que no estaba oculto por las aguas, indicaban que los dueños jamás habían pensado que pudiera servir para cargar madera.

El primer camarote que abrí, era indudablemente el del carpintero, quien en un barco tan pequeño, debía de desempeñar los oficios de carpintero, velero y contramaestre. Á la puerta, en una gran caja, había sierras, martillos, hachas y demás utensilios ; trozos de vela nuevos, agujas, cuerdas é hilaza ; y en una gran caja dentro del camarote, había muchas velas sin estrenar. Pasé al próximo que parecía ser el ocupado por el piloto : allí entre otras muchas cosas encontré libros, la mayor parte obras de náutica, almanaques viejos, mapas, cartas y una cajita de caoba, en donde había doscientos setenta y ocho soberanos de Australia, que estaban tan limpios, como si acabaran de salir del cuño. En algunos de los libros, se veía escrito el nombre Tomás Fulton, y sobre un magnífico telescopio se encontraba grabado el mismo nombre. Finalmente, hallé algunas frazadas y zapatos nuevos y viejos.

Al salir de aquel camarote, observé que á la cabecera de la mesa había una puerta de corredera, cuya cerradura estaba en el suelo ; corrí la puerta, y entré en una pequeña despensa, donde mi felicidad fué completa. Había provisiones en gran cantidad y en el mejor estado ; poco á poco, me deleité haciendo la inspección de todo, y comiendo alguno que otro bocado, á la vez que me refresqué con un trago de vino delicado del que había varias docenas de botellas, una caja de tabaco y muchos cigarros puros ; pero á pesar de mi satisfacción, no me sentía tan feliz como al hacer mi primer encuentro en la cocina.

Después entré en el camarote del capitán, donde había un sin número de efectos, todos nuevos ; joyas en bastante cantidad, y unas cuatrocientas libras esterlinas en oro y plata, y el valor que se podía sacar del resto, á mi cálculo ascendía á más de seiscientas libras ; además una porción de cajas de cigarros de la Habana y ropas. Una cajita do

metal llamó mi atención, y al abrirla, encontré que eran los papeles del buque, de los que obtuve todos los informes que podía requerir mi curiosidad.

El bergantín, se llamaba *La Estrella de la Mañana;* fué construido en *Brest* en 1856 ; tenía 198 toneladas de registro, y estaba matriculado en *Puerto Otogo*, Nueva Zelandia, é iba consignado para Valparaíso, con carga de pino blanco.

Sin embargo, yo deseaba encontrar otra cosa que me era de más importancia, y que inútilmente busqué : era un sextante con el que pudiera averiguar la posición en que me encontraba, y ver si el bergantín se movía y hacia que parte ; pero únicamente encontré dos cronómetros que estaban parados. El objeto que tanto hubiera querido en aquel momento, no se presentó á mi vista ; y contrariado, tomé el telescopio y me dirigí para la cubierta desde donde me puse á inspeccionar minuciosamente todo el horizonte. Después, lo primero que hice fué mirar mi reloj, y marcaba las diez, había empleado hora y media en mi inspección.

Corría una suave brisa, la bandera ondeaba lánguidamente sobre las crucetas, la mar estaba tranquila y el delicado perfume del pino que se secaba, me adormecía llevando mis pensamientos á tierra. Fatigado, y para librarme de los ardientes rayos del sol, saqué una silla de la cámara, y me senté cómodamente al pie del palo mayor, donde quedé sumido en la más profunda meditación. El recuerdo de mi Rosa y el sufrimiento que tendría al ver que ella había sido la causa de que yo saliera de la *Sirena*, caían como un gran peso sobre mi corazón. Entonces, mi memoria retrocedió á la última noche que juntos habíamos paseado en *Burmarsh*, la calma del Canal de la Mancha, el tranquilo Támesis, la dulce expresión de mi bien amada cuando juntos íbamos en la frágil barquilla por el río, y el efecto que

en su cara producía la luz de la luna. Pensé en su amor que animosa la decidió á afrontar los peligros de aquel desdichado viaje por estar á mi lado, la felicidad y el orgullo que me causó verla junto á mí en el buque, nuestros planes de casarnos en el Callao, y muchas otras cosas más ; por ventura ¿ habría terminado todo ? ¿ la volvería á ver ? ¿ estaría á las puertas de la horrible muerte del marinero, en el momento que la vida me era más querida, y el futuro más halagüeño ? La sóla contestación á mis preguntas, era el chasquido de la ola sobre el casco, y el sordo y lúgubre sonido que salía de la bodega del bergantín, cuando subía y bajaba sobre la mar.

Una lágrima ardiente, corrió por mis mejillas ; si no hubiera conocido á Rosa, fuera necesario mucho más que la terrible soledad para hacerme desfallecer ; pero ¿ cómo podría recordarla y pensar que nunca la volvería á ver, y mirar á la despiadada mar que sólo me daba como abrigo, un casco que casi estaba completamente sumergido ?

Nadie me veía, y por eso no me avergoncé ; pero por más que riáis al leerlo, os diré que las lágrimas me fortalecieron para recibir con ánimo lo que Dios quisiera enviarme.

Había pasado algún tiempo de esa manera, y al fin me quedé dormido por largo rato. Cuando abrí los ojos, no pasaron por mi mente los tristes pensamientos que me habían turbado cuando desperté por la mañana en el tope del palo mayor. En aquel momento, familiarizado ya con mi situación, lo primero que hice, fué ascender á lo más alto y con el telescopio en la mano miré á todos los puntos del compás, y aunque no ví nada, determiné hacer lo mismo de tiempo en tiempo, por vía de distracción ; bajé para la cubierta, comí algunas galletas y carne, y tomé un poco de vino.

El mero acto de comer solo, me hizo caer de nuevo en

mis locuras; no estaba acostumbrado á la soledad, la odiaba y me daba miedo pensar, que ya fuera á proa ó á popa, no encontraría ningún ser humano á quien hablar; y mi inquietud exaltaba tanto mi imaginación, que temía ir para la proa, por el horror que me causaría encontrar algún cadáver en el rancho.

No hay prueba mayor que la soledad, y nadie puede apreciar la sociedad de los otros hombres, hasta que se encuentra en una situación en que no depende de su voluntad el estar solo, sinó que tiene que estarlo por fuerza. Entonces, para tener alguna ocupación en que pasar el tiempo, determiné arrojar madera al agua, que además de que haría flotar el barco, tendría la ventaja de poder andar libremente por la cubierta; y en el caso de que viniera otra tempestad, las muradas me prestarían abrigo contra las olas.

Las tablas eran de diferente tamaño, las más pequeñas, las colocaba de modo que descansaran sobre la murada, y después las empujaba poco á poco, hasta que caían al agua; las mayores las elevaba por medio de un aparejo, y después las descendía para ponerlas en posición conveniente, y á la mar con ellas. Pasé más de una hora en aquella ocupación; la mar parecía como si el bergantín se hubiera abierto en mil piezas, y ya fatigado, dejé el trabajo que por lo menos, había distraído mi imaginación. Me sentía ligero y lleno de vida por aquel ejercicio y me dió el deseo de encender un cigarro, mientras me sentaba á descansar. Pero, ¿cómo encender sinó tenía fósforos, ni sabía donde encontrarles? Entonces destornillé uno de los lentes del telescopio, y exponiéndolo á los abrasadores rayos del sol, en un momento conseguí mi objeto.

Me disponía á subir de nuevo á los palos para echar una mirada al horizonte; pero, ¿para qué?; mientras había estado arrojando madera, la brisa había cesado, la mar esta-

ba como si fuera una plancha de plata, y no tenía necesidad de pensar nada, hasta que no viera el humo de algún vapor que se aproximara, seguro de que un barco de vela no podría hacerlo.

Después de fumar un cigarro, me puse de nuevo á arrojar madera á la mar ; y al acordarme del sextante, extrañado de que no hubiera ninguno á bordo, fuí para la cámara. Busqué y rebusqué por todo y nada encontré que se pareciera al objeto que tanta ansiedad me causaba ; siendo así que me atormentaba el deseo de saber mi posición, y tratar de cualquier manera de hacer algún cálculo que pudiera salvarme. El día anterior, la tierra más próxima era la isla de Juan Fernández que se hallaba al N. E. por E., y creía muy fácil que si venía un soplo de viento del O., haría vela y poco á poco me dirigiría hacia ella. No creo que lo hubiera puesto en ejecución de momento ; puesto que no quería persuadirme de que los de la *Sirena* me hubiesen abandonado por completo.

Sin embargo, tarde ó temprano me vería obligado á hacer vela, y como Dios me ayudase, me dirigiría hacia el camino de los buques, ó bien á puerto. Sabía que un sextante, por el que hubiera dado cualquier cosa en el mundo, me sería de extrema necesidad ; puesto que cálculos inciertos, no me servirían sinó para hacerme trabajar y quizás no conseguir nada.

Busqué y rebusqué sin encontrar lo que deseaba ; pero mi trabajo fué recompensado. Encontré una gran cantidad de cajas de fósforos todos secos y en perfecta condición : no podía quejarme por falta de conveniencias, aunque todas las hubiera dado por un viejo sextante. Los dos cronómetros cayeron de nuevo bajo mi vista, y por temor de que mi reloj fuera á pararse, los monté, los puse en hora, y como no hacía más que un día que había puesto el mío con la última

observación que hice en la *Sirena*, el error dependía de algunos minutos.

La única cosa que daba solución á mi duda de que no hubiera un sextante á bordo, era que el capitán y el piloto los echaran en el bote en el momento de abandonar el bergantín, con el objeto de dirigirse hacia la *Isla de Selkirk* que era mi sólo pensamiento.

La determinación de abandonar el buque debió ser tomada rápidamente, á juzgar por la manera en que yo había encontrado todas las cosas ; más, la carne recien cocinada que habían dejado y que á no dudar, era la comida que no tuvieron lugar de saborear ; pero no pasé mucho tiempo en pensar en ello, dado caso, que no puede uno soñar lo que ha sucedido á un buque, juzgando por lo que se encuentra.

Mientras los rayos del sol alumbraban la mar, me encontraba tranquilo. Había matado una gran parte del tiempo en arrojar madera al agua ; pero según el astro del día se aproximaba al horizonte, mi espíritu comenzó á abatirse y el horror y la soledad de mi triste situación, estaban ante mí con la perspectiva de una noche oscura y silenciosa.

Antes que la luz del día se extinguiese, fuí á la despensa y arreglé las lámparas : la de la cámara y otra que daba una luz verde ; la roja no pude hallarla en ningún sitio, y prontas ya, descendí la bandera, é izé la luz verde á lo alto del mastelero real. Al verla tan alta, me enorgullecí de mi buen juicio, porque cualquiera que la viera sería atraído hacia ella, aunque no fuera más que por la curiosidad de saber lo que era.

El sol empezó á ocultarse, y en su majestuosa calma, se semejaba á una bola de fuego, y bajo ella, la mar parecía de sangre y dispuesta á recibirla. Antes que la luz se desvaneciera por completo, subí de nuevo al palo, miré, y dejé caer los gemelos con un quejido involuntario.

11

Un cuarto de hora después, el cielo estaba lleno de luminosas estrellas reflejadas en la superficie de azabache que les presentaba la mar. No se sentía un soplo de brisa, y la noche cerró con el silencio de la muerte. Maquinalmente, comencé á marchar por la desolada y tétrica cubierta y la soledad me asustaba. Sentí hincharse mis venas, mis mejillas echaban fuego, y mis pies los tenía fríos como el hielo. En un momento, creí ver una sombra y empezé á temblar; pero reprochándome mi extremada cobardía, fuí para la proa, y me convencí que era la verga que agitada por el movimiente del buque, parecía un espectro que me miraba. Después de eso, mil visiones se aglomeraban á mi imaginación; y aunque estaba seguro de que nadie había en el barco, me figuraba que en el rancho yacía algun cadáver, y no podía desechar el horror que me causaba aquella parte del buque.

Recordé los libros que había visto en los camarotes, y haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, pensé sustituir con uno de ellos la anhelada compañía que me hacía falta. Tomé la lámpara de la cámara, y me dirigí para el camarote del piloto; pero al ver la cama, las frazadas, y todo lo que había servido para otro hombre, tenía tan horrible significado para mí, que de haber permanecido allí un segundo más, hubiera arrojado los libros y escapado hacia la cubierta dando gritos; y Dios sabe, que si no me volví loco, por dos ó tres veces estuve bien cerca. Puse los libros sobre la mesa, y no pude conseguir la más pequeña distracción. Al ver las letras, mis sienes latían con tanta fuerza, como si me hubieran dado de martillazos. Creí que sería mejor salir de allí; pero el temor de ver visiones y fantasmas sobre la cubierta, me tenía como clavado en la silla. Tras la claraboya, veía la luz izada á lo alto del palo mayor, la que continuaba brillando y extendiendo sus luminosos

rayos en medio de la intensa oscuridad, y me parecía ser un compañero fiel que velaba por mí. De tiempo en tiempo, cuando el agua que llenaba la bodega rodaba bajo mis pies ; se dejaba oir un ruido sordo y lúgubre que ponía mis nervios en un estado indescribible. Traté de comparar mi situación con la de la noche anterior, haciéndome vanas ilusiones sobre mi buena suerte ; pero la ausencia de Rosa por un lado, y por otro, la ingratitud de Tomás al dejarme morir de aquella manera tan miserable, me desesperaban por completo. Por fin, con el espíritu y el cuerpo fatigados, me invitó el sueño, y entregado en sus dulces brazos, debí dormir profundamente algunas horas, puesto que al despertar, el sol ya estaba alto en el horizonte.





CAPÍTULO XIII

LA BALSA INCENDIADA

El sueño me sentó tan bien y entonó de tal manera mi sistema, que recordando las visiones y locuras de la noche anterior, no podía creer que hubiera sido víctima de aquella cobardía propia de mujer. Mi primera ocupación, fué subir al palo con el telescopio ; ninguna vela se veía en el horizonte, la esperanza que tenía en la *Sirena* desapareció por completo de mi mente, y estaba convencido, que de salvarme, sería por algún buque extraño. Arrié la linterna, izé la bandera á medio mástil y fuí á prepararme el almuerzo. Una buena taza de te fuerte y caliente, supuse que me sentaría muy bien y me dispuse á hacerlo. Corté algunos palos, eché varios carbones á la hornilla de la cocina, y enseguida ví que por la chimenea ascendía una negra columna de humo, que al contemplarla me llenó de alegría.

Corría una fresca brisa, la mar rodaba en pequeñas olas coronadas por delicadas crestas espumosas, y el cielo estaba lleno de nubes blancas, que templando los ardorosos rayos del sol, me prometían una mañana feliz ; además, la brisa acariciaba mis más dulces pensamientos, y sería fácil, que durante el largo día trajera algún buque á la vista.

La cacerola que puse á la candela empezó á hervir, me hice un te delicioso, y con la marmita, fuí para la cámara donde me deleité tomando la primera cosa caliente desde

que había salido de la *Sirena*. Mi almuerzo consistió en un pedazo de cecina y carne en conserva; lo saboreé y creyéndome feliz, encendí un cigarro y me fuí á la cubierta con intención de continuar mi trabajo del día anterior.

Las tablas que había arrojado á la mar, estaban como á dos millas de distancia, y como no había habido viento durante la noche, deducía que me encontraba sobre una corriente, que marchaba hacia el N., y las tablas más ligeras que el barco, habían flotado á mayor distancia. De cualquier modo, estaba convencido, que dejando la cubierta libre de carga, aumentaría el flote del bergantín; pero antes de comenzar mi trabajo, me fuí hacia el camarote del capitán donde tomé una carta del sur del Pacífico, y tendiéndola comencé á calcular. Marqué sobre ella el sitio donde el bergantín había sido avistado por la *Sirena*, y suponiendo que la corriente marchaba próximamente milla y media por hora con dirección norte, y dando algo por el derribe del bergantín durante la tempestad del día anterior, llegué al resultado de que me encontraba como á diez millas más hacia el N., con relación al sitio donde divisámos el barco dos días antes. El cálculo, hubiera sido más satisfactorio, si la corriente fuera hacia la costa chilena, donde aumentaría las probabilidades de ser recogido por algún buque.

Con mis fuerzas ya recuperadas, mi espíritu se fortaleció; aunque por eso no podía sentirme alegre. Creía que mi esperanza, dependía únicamente en algún buque que la casualidad lo trajera por allí, así es, que podían pasar días y más días en la misma situación; pero también podía ser fácil, que en un minuto, una vela hiciera su aparición en el horizonte, y de esta suerte, mi vida consistía solamente en el tiempo en que el bergantín quisiera sostenerse á flote. En este punto era donde mi esperanza se fortalecía más; á juzgar por la parte que flotaba, parecía un buque de guerra,

y por su fuerte construcción, creo que fué hecho á la antigua ; no un barco para sostenerse á flote, sinó para que durara mucho tiempo. ¿Cuál era la causa por la que estaba lleno de agua? no podía imaginarla ; pero me inclinaba á creer, que sería algún agujero fácil de reparar en algunas horas, y que con poco trabajo, estaría listo para resistir algunas tempestades, siendo como era uno de los más lindos barcos en su género.

Perseverante en mi intención de dejar libre de carga la cubierta, y como algunas tablas eran demasiado pesadas para mis fuerzas, el trabajo progresaba lentamente. No había duda que el barco estaba más ligero, y al acercarme á la murada, observé que se encontraba más alta que el día anterior, por más que no podía apreciarlo con exactitud, porque no había tomado ninguna nota sobre la altura del agua al comenzar mi trabajo; y como cada pulgada de flote ofrecería más seguridad contra la mar, no tenía la menor razón para desistir de mi propósito. Continué trabajando casi sin cesar durante la mañana, y la mar al costado del bergantín, estaba cubierta de tablas que unidas, parecían formar una enorme balsa. Entonces cesé, me refresqué por un momento, me puse á hacer mi comida, y después de haberla saboreado y encendido un cigarro excelente, fuí para las crucetas con el telescopio. Comencé mi escrutinio acostumbrado por el horizonte, y cuando casi había dado la vuelta, cayó en el círculo visual del anteojo, una de las velas altas de un buque, cuyo casco, estaba más abajo de la línea de agua. La vista de aquellas velas me hizo comenzar á temblar ; estaba tan acostumbrado á mirar sin ver nada, que en aquel momento mi respiración casi cesó. Retiré el telescopio ; pero apenas se notaba una pequeña mancha casi imperceptible, y á mi simple vista, estoy seguro que nunca hubiera podido señalarla. Estaba encalmado á sotavento,

pero no podía saber el rumbo que llevaba, ni aún siquiera su aparejo, puesto que se hallaba muy distante. Sin quitar el instrumento de aquella dirección, observé, que aunque despacio, llevaba rumbo E., por lo que saqué en consecuencia que su rumbo debía ser N. E., y que viniendo del O. había pasado á la popa del bergantín. La miré con la mayor atención, hasta el momento en que parecía como una burbuja de espuma en el lejano horizonte, y cuando desapareció por completo, descendí para la cubierta.

Cosa bien extraña ; el ver desaparecer aquella vela, no me causó gran impresión, y ni aún siquiera pretendí hacerme cargos por no haber tenido más cuidado ; dado caso que aunque la hubiera visto cuando estaba al O., hubiera sido imposible hacerme notar por el buque. Sin embargo, la vista de ella me sugerió una idea que podría contribuir á mi salvación ; y era, construir una gran balsa con la madera que flotaba al costado del bergantín, preparar una hoguera procurando hacerla bastante grande para que durara por algunas horas, y de esa manera con sus reflejos, estaba seguro de ser notado por cualquier barco que acertara á pasar en la oscuridad. Esta idea me halagó sobremanera, é instantáneamente puse manos á la obra. Yendo hacia la proa, recogí trozos de cuerdas que caían de las jarcias, y con ellos y con un cuchillo que había encontrado en la cocina, era todo lo que necesitaba para llevar á cabo mi trabajo. Fuí al bote, lo arrié y lo coloqué entre las tablas flotantes, las que como la mar estaba perfectamente en calma, no había peligro de que lo estropeasen. Poco rato después, ya había ligado algunas maderas, lo bastante para sostenerme sobre ellas, y saltando desde mi bote, comencé á cruzarlas unas sobre otras puestas en buen orden para que cupieran muchas ; con lo cual conseguí que la balsa que ya se levantaba algunos pies sobre el agua, fuera lo suficiente para sostener una gran carga.

Estaba tan animado, que mi obra avanzaba de una manera prodigiosa ; y como ya lo indiqué, algunas piezas eran tan grandes que me costaba un esfuerzo indecible colocarlas bien ; pero la esperanza de ver brillar aquella hoguera durante la oscuridad, y más las probabilidades de que atrajera algún barco que me salvara, me hubieran hecho comenzar un trabajo diez veces mayor que el de hacerla. Mi ocupación me llevó cerca de tres horas ; entonces aproximé la balsa al bergantín y salté á bordo á descansar un rato. Cuando volví la cabeza, me quedé mirando lo que acababa de hacer con tanto orgullo, como si hubiera acabado un buque que marchara sin máquina y sin viento. Durante este tiempo, había un pequeño soplo de brisa, y el cielo estaba nublado ; pero las nubes eran blancas y como estaban muy altas, templaban el calor del sol.

Eran como las tres de la tarde, tenía tiempo suficiente para hacer astillas con que prender fuego. En el camarote del capitán tomé un cigarro, saqué una silla y el telescopio, y cargué con ellos para encima del techo de la cámara.

Habiendo recobrado mis fuerzas y fortalecido con el trabajo que había hecho, determiné no permitir que me volvieran á asaltar las locuras del día anterior, y á mirar mi situación por el lado más halagüeño, á la vez que tener fe y esperanza en la Providencia. Cuando recordaba algunas de las historias que yo he leído sobre los sufrimientos de marineros que habían naufragado, y comparaba la situación de ellos con la mía, mi corazón se henchía de gratitud, y casi me remordía la conciencia por el miedo y la superstición que me habían hecho tan desgraciado desde que estaba allí. Sin embargo, no podía consolarme cuando me acordaba de mi Rosa, de las tristezas que ella pasaría sin saber si yo estaba vivo ó muerto, y aún entonces me decía : " ¡ Gracias á Dios, vivo y no sufro ! y no debo dudar que el Todo-

poderoso, que me ha cuidado y guardado hasta aquí, traerá también un buque para que me salve ; de modo, que si Rosa y yo estamos separados por un mes ó un año, todo terminará bien, y tan grande como es nuestra desgracia ahora, mayor será la felicidad futura. Esto nos ayudará á descubrir nuestro mútuo amor, y tendremos que convenir, que aunque sea muy duro ; sin embargo, una mano de Infinita grandeza lo ha hecho, y es menester llevarlo con paciencia."

Todas estas reflexiones me hacían sostener el ánimo, y creo que el espíritu de profecía, jamás estuvo conmigo con tanto acierto. Cualquier hombre que por uno ú otro lado anda errante, ya pierda la fortuna, los hijos y todo lo que le es más querido sobre la tierra ; cuando mira al pasado, se tranquiliza al pensar que de cualquier manera que hubiera obrado, las cosas siempre seguirían su marcha natural é inevitable.

Espero que el amable lector me perdonará que le haga moral de este modo ; pero considerando que estaba solo en medio del Pacífico, sin tener á nadie con quien hablar, necesitaba sostener mi espíritu, y no hago sino contarle lo que pasaba por mi imaginación.

Me puse á trabajar para terminar la balsa ; determinado á que se viera á quince millas, y aunque no obtuviera ningún resultado de mis afanes, por lo menos la luz que arrojara sobre las aguas, contribuiría á que la noche no fuera tan solitaria, y tendría más probabilidad de ser recogido que teniendo la linterna sóla.

Bajo el castillo de proa había visto un balde casi lleno de agua ; pero que me parecía tener alquitrán, fuí para allá y me encontré que más de la mitad estaba lleno de ese combustible tan á propósito para llevar á cabo mis deseos. Hice algunas astillas, las unté perfectamente con él, y fuí á colocarlas en el sitio más conveniente de la balsa. Salté á la

cubierta y con gran energía continué amontonando madera; saltaba á ella, hacía la distribución, y volvía á la cubierta, hasta que llegué á ponerla del alto de una casa. Entonces, me fué imposible seguir mi trabajo, porque estando solo ya no podía elevar las tablas á más altura. Si bien no podía hacer mayor la balsa; sin embargo, era lo suficiente para que durara algunas horas, y de un lado ya estaba limpia la cubierta.

Era como media hora antes de ponerse el sol, el día lo había pasado trabajando, y cuando miraba lo que había hecho, venía á mi imaginación lo que el Sr. Madeira diría si la viera "para ser quemada sin provecho." Pensaba que aquello aumentaría las probabilidades de ser visto, pero era difícil que por allí pasase algún barco; sin embargo, aunque poco fuera, al llegar la noche, hubiera empezado á reprocharme el no haberlo hecho y durante todo el día, habría estado constantemente mortificado sin hacer nada. Lo que me disgustaba sobre manera, era pensar que la brisa estaba casi muerta. Por la posición que tenía, no esperaba nada de los vapores, y estando en calma, muy poco de los raros buques de vela que andan por aquellas latitudes.

Durante el día conservé encendido el fuego de la cocina, tenía te caliente, y después de refrescarme y hacer una buena comida, subí á echar mi última ojeada al horizonte; y á pesar de que no tenía la menor esperanza de divisar ningún buque, cuando me convencí de ello, comencé á sentir la más amarga melancolía. Por casualidad, mis ojos se dirigieron al mastelero de trinquete y como yo había perdido toda esperanza sobre la *Sirena*, en poco rato con mi cuchillo, podría limpiar todas aquellas jarcias esparcidas; y ¿no sería mejor que tratara de ponerme en el camino de los buques? Limpiando bien, podría arriar las estays de las vergas de trinquete, la gavia mayor, é izar un foque; de esa manera

el barco marcharía y aunque no llevara rumbo, siquiera sería mejor ir de un lado á otro, que no permanecer como anclado en el mismo sitio. Si del incendio de mi balsa no resultaba nada bueno, por la mañana temprano me haría á la vela en el pequeño bergantín *La Estrella de la Mañana*, para que me llevara á donde quisiera.

El sol se puso con gran esplendor. Todo el día el cielo estuvo cubierto de ligeras y altas nubecillas, que parecían de perla, y algunas continuaban dejándose ver. Los rosados rayos de Febo encontraron mil objetos que refractaban su luz en millares de delicados tintes, que en diferente sentido, se repetían como los ecos de un gran sonido, teniendo cada vez diferente tono. El cielo parecía un hermoso trabajo de mosáico ; cuando la luz roja del poniente se repartió en él, entonces el rojo y el rosado, el amarillo oro con el violeta, se destacaban en los filetes de las nubes, y el mar que parecía de ambar, se reflejaba en un fondo de rico oro rosado, que cambiaba en verde al suave movimiento de las olas. Todo aquel cuadro encantador desapareció, y cuando iba á izar la linterna me decía : "¿ Cuántas veces veré al sol ponerse en medio de esta soledad ?"

No tenía prisa en incendiar la balsa, puesto que, aunque un buque hubiera hecho su aparición en el horizonte, con la brisa tan débil, tardaría algún tiempo antes de ponerse dentro del círculo donde pudiera señalar el fuego. Hice lo que había olvidado la tarde anterior, y fué, arreglar la lámpara de la bitácora, porque quién sabe si tendría que hacer uso de ella durante la noche ; encendí un cigarro y como no tenía que hacer, me senté tranquilamente en la cubierta. Ya no me atormentaban las visiones : la familiaridad con que comenzaba á ver el bergantín y mi salud recuperada, hacían imposible tanta debilidad de espíritu. Sin embargo, en medio de la oscuridad, el recuerdo de verme tan solo me empezó

á pesar sobre el corazón, y tenía deseos de cantar para percibir el eco de una voz humana. Hablé en voz alta, y en verdad no puedo pensar como me determiné á hacerlo ; pero eran tan grandes mis deseos, que tomé el primer pensamiento y exclamé : "Guillermo, ¿ estás tan mal como tú crees ?" Aquello no fué cantar ; mi voz me pareció extraña, me sorprendió, pedía respuesta y como no venía, realizé lo triste de la soledad de una manera alarmante. Resolví no hacer más experimentos de aquella especie, y no quise pensar sino en la hoguera y si no tenía ningún resultado bueno de ella, por la mañana me haría á la vela.

La brisa no era muy fuerte ; pero corría un poco más que lo que yo esperaba á la puesta del sol. Estaba tan oscura la noche, que creo que era mucho más que la anterior ; las nubes interceptaban la luz de las estrellas y sus sombras se dejaban ver sobre las inquietas aguas. La luz de mi linterna resplandecía ; pero era demasiado pequeña para tan extensa escena. Como el viento se sostenía, á eso de las nueve y media fuí á prender fuego á la balsa, puesto que entonces era el momento oportuno : primero, porque la mar podría destruirla y además, si caía algún chubasco sería trabajo perdido porque no ardería. Me eché al bolsillo un puñado de fósforos, até una cuerda á la balsa y la remolqué á una distancia suficiente para que el buque estuviera libre de las llamas. Cuando lo hube remolcado al lugar conveniente, eché mi remo en el bote y la dejé marchar ; siguiendo junto á ella la dí fuego, y viendo que comenzaban á salir las llamas, empecé á remar de vuelta al bergantín, puse el bote en las amarras de los pescantes y lo izé. Pasó un rato y la balsa estaba cubierta de llamas, el humo se elevaba á gran altura, y en tan gran cantidad y tan negro como si fuera una casa ardiendo. Las llamas rugían como un huracán ; según tomaban incremento, las capas más bajas de la

balsa parecían de ambar, y la mar, por más de media milla se veía de un color rojo encendido, como si las aguas hubieran tomado fuego. Las ráfagas que parecían salir del océano, se elevaban en la esfera convirtiéndose á lo alto en un amarillo pálido ; mientras que las cuerdas y jarcias, brillantemente iluminadas, se destacaban del negro fondo del cielo, como si fueran de oro, y sus sombras en la cubierta, se veían como un delicado trabajo de malla en seda negra.

Por más de media hora estuve contemplando el incendio, según las maderas se secaban era mayor y mayor ; la base ardía también, y la montaña de fuego salía sobre la superficie líquida, como la boca de un volcán submarino en ignición que tratara de establecer su cráter en aquel sitio.

Entusiasmado por aquel panorama, tardé mucho rato en observar que un soplo de viento venía de la parte de la balsa, y llenaba de chispas y humo el bergantín. No hice gran caso de ello, hasta que yéndome para la popa con objeto de evadir la humareda, alarmado, ví que las chispas caían como una lluvia sobre las jarcias y la cubierta, y temía que el bergantín pudiera incendiarse también. Además, las llamas que servían como de velas, hacían avanzar la balsa cinco pies, mientras el buque no marchaba más que uno.

Mi primer idea fué saltar en el bote y remolcar la balsa donde no hubiera peligro ; pero aquella masa de fuego despedía un calor tan intenso, que no podría acercarme á muchos pies de distancia, y además perdería un tiempo precioso. Viendo que si no quitaba el bergantín del paso tendría necesariamente que arder, salté á las jarcias del trinquete y á toda prisa empecé á cortar el cordaje con una rapidez indecible, favorecido como estaba por la claridad que sobre ellos arrojaban las llamas. Corté lo que me incomodaba, arrié la gavia y aunque no podía izar la verga, al menos la vela daría algún movimiento al buque. Bajé corriendo

como una chispa eléctrica, eché brazas hasta donde me lo permitía el estado del mastelero, corrí para el timón y me puse á esperar lo que llegara. Durante este tiempo, la encendida balsa se acercaba más y más y el denso humo que arrojaba, cruzaba á lo largo del bergantín. De cuando en cuando, una lluvia de chispas descendía sobre él, y esperaba el fatal momento de verlo incendiado.

El tiempo pasaba y no veía el buque moverse, me pasó por la imaginación echarme al bote y remolcarlo ; pero tal idea no me dió mucha esperanza. De ninguna manera mis pocas fuerzas podrían hacer caminar una yarda al casco lleno de doscientas toneladas de agua. No puedo expresar el horror que me causaba ver avanzar las llamas hacia mí, y el barco parecía clavado. Podía ponerme al abrigo en el bote, pero ¿qué podría esperar perdido en una cáscara de huevo en medio del Océano? Me reprochaba mil y mil veces la locura de haber incendiado la balsa, que en vez de salvarme, estaba á punto de destruir mi abrigo y mi esperanza. Aquel casco abandonado que cuarenta y ocho horas antes lo veía como mi desgracia, en ese momento me parecía ser lo más precioso que jamás pudiera alcanzar ; y en verdadera agonía, golpeaba la cubierta con los pies para dar alivio á mi desesperación. El viento que era tan fuerte como para poner en movimiento la balsa, no podía hacer avanzar un solo paso al bergantín. Mi desconcierto tocaba ya á su término ; estaba á punto de retirarme del timón, llenar el bote de agua y provisiones y disponerme á escapar, cuando ví que la balsa comenzó á brillar horriblemente. Sentí mis mejillas azotadas por la brisa, en un instante la balsa había cambiado de rumbo, y por el flamear de las velas del bergantín, comprendí que iba para adelante retirándose del camino que seguía el fuego, del cual apenas me separaban ocho ó diez varas de distancia. Transportado de

alegría lancé un grito, comencé á bailar y no hay palabras que pudieran expresar mi gozo.

Sin embargo, el peligro no se había pasado todavía, el mismo viento que impelía el buque, hacía mover rápidamente la balsa y estaba casi tocando al costado ; las llamaradas se levantaban á treinta ó cuarenta pies de altura, y aunque estaba seguro de poder librarme de ellas, mi alegría quedó contrarrestada por un momento, puesto que la popa del buque estaba en gran peligro. Dios sabe lo que hubiera sucedido ; pero en el instante en que el fuego se encontraba más cerca, por el mismo movimiento de la balsa, la tremenda pila vino abajo, y algunas de las tablas encendidas que cayeron al agua, rompieron la superficie con grandes chirridos. Las llamas descendieron dando paso á una inmensa nube de humo, que parecía como si la popa hubiera comenzado á arder. Algunos minutos después volvieron á aparecer, y como serpientes furiosas que han perdido su presa, elevaban sus ígneas cabezas á muchos pies de altura sobre el nivel del mar, con tales vueltas y revueltas, que le daban cierto aire de instinto, suficiente para aterrorizar al hombre más valiente.

El peligro había pasado. La balsa se retiraba hacia la popa, y el viento empezaba á dejar el bergantín libre de humo. Mi vista no se retiró de ella hasta que se encontraba á media milla de distancia, y á pesar de que mucha parte de la madera se había hundido en las aguas, las llamas comenzaron á salir y formaban un excelente faro. Las chispas se arremolinaban á gran altura, enrojecían el aire á su al rededor, é iluminaban una gran área del mar, de modo que, percibiéndolas súbitamente, cualquiera las tomara por un buque incendiado y no pequeño ; puesto que las llamas saliendo de la misma superficie de las aguas, parecían encontrarse á cinco ó seis millas de distancia, y aunque sabía

que no podía estar más de media milla; sin embargo, lo veía como si en lontananza ardiera un barco de mil toneladas.

Cuando ví que el bergantín estaba libre por completo, creí que sería locura el dejarle marchar, destruir el objeto que me había propuesto al hacer la balsa, y después en el mejor momento separarme de ella. Por eso, yendo hacia la proa, aferré las velas lo mejor que pude, eché abajo el timón, y me preparé á hacerme á la vela por la mañana; dado caso, que mi faro no atrajera ningún buque durante la noche. Estaba atrozmente fatigado por el excesivo trabajo del día, y la excitación que me había causado el terror de ver el fuego, todo había contribuido á extenuarme por completo; pero me sentía ansioso de saber hasta cuando ardería la balsa. Determiné estar mirándola por un rato, y para estar despierto tomé una copa de *cognac*, encendí un cigarro y me senté en una silla en el techo de la cámara. El bergantín estaba quieto como si hubiera estado al ancla, sin embargo de que la brisa era fresca y agradable. El cielo comenzaba á limpiarse de nubes, las estrellas resplandecían con un hermoso color verde azulado y de cuando en cuando se veía una lluvia de pequeños meteoros; la superficie de la mar, negra como la tinta, dejaba ver infinidad de puntos fosforescentes que corrían de un lado á otro, y las frágiles burbujas rompíanse con suave murmurio é iluminando un pequeño espacio á su lado, causaban la impresión más poética.

Por las apariencias, la brisa parecía ser duradera; en cuyo caso, no tenía la más pequeña probabilidad para dirigirme hacia la isla de Juan Fernández. Dado caso que al anegado bergantín le diera la gana de marchar, no sería acertado dejarme correr porque estaba muy al S., y la primera tierra que encontraría por aquella parte sería la Nueva Ze-

landia. En otros términos, con proa al O., la primer tierra se hallaba á una distancia de cinco mil millas ; por eso, era mucho mejor continuar en aquel estado hasta que un viento favorable me llevase á tierra, ó me pusiera cerca de la ruta de los buques ; pero, ¿ cuánto tiempo tendría que esperar por un viento favorable ? Mi resolución estaba tomada y por la mañana arreglaría las jarcias de trinquete, arriaría las velas, bracearía lo más posible y correría la suerte con rumbo norte hacia donde la casualidad me llevase.

Tales eran mis pensamientos cuando veía arder los restos de la balsa, que continuaba esparciendo sus luminosos rayos, y parecía que iba á sostenerse por mucho tiempo ; pero las necesidades de la naturaleza no pueden ser negadas ; mi cabeza cayó sobre mi pecho y desperté á la caída de la caja de fósforos que tenía entre mis manos. Con los ojos medio cerrados la recogí y comprendí que era inevitable pasar sin dormir, viniera lo que viniera.

El relente de la noche era muy fuerte, y mi salud y mis fuerzas eran demasiado importantes para quedarme dormido en la cubierta sin protegerme de la intemperie ; pero antes de entrar en el camarote, arrié la linterna, la arreglé y de nuevo la izé, y eché otra ojeada hacia la ya consumida balsa que parecía un bola de fuego sobre el agua. Entré en la cámara, y ya libre, ó mejor dicho muy cansado para mortificarme con supersticiones, fantasmas, ni espíritus, cargué un colchón y la almohada, y me acosté á la puerta para estar listo á afrontar cualquier cosa que pudiera suceder.



CAPÍTULO XIV

LOS NÁUFRAGOS DE LA SIRENA

INSTANTANEAMENTE me quedé dormido; y debí dormir por algunas horas, cuando tuve un sueño.

Soñaba que estaba viendo el incendio de la balsa, y á mi gran desconsuelo, su luz se extinguía poco á poco, á la vez que se iba alejando. En un instante, desapareció por completo de mi vista, ocultándose tras la sombra de un buque que pasaba y el que reflejado con los débiles rayos del fuego de la balsa, me parecía ser negro como el carbón. Trataba inútilmente de hacerme oir por la gente que venía á bordo de él; pero mi lengua no vibraba y mi garganta parecía de hierro. Lo único que pude hacer, fué exhalar un ronco sonido como el de una persona á quien están estrangulando. Obligado á mirar la visión del buque que se alejaba, y víctima de una angustia insufrible, no podía articular un sonido que pudiera oírse desde él. En un segundo la balsa apareció inmensa, las llamas llegaban hasta el cielo, negro humo llenaba la atmósfera y millones de chispas subían y bajaban como estrellas. La mar parecía arder como las grandes hierbas de la pradera, y el fuego extendiéndose con rapidez vertiginosa, lanzaba sus lenguas ígneas á través del bergantín, y en medio de ellas, ví un bote lleno de hombres armados hasta los dientes, y que me amenazaban. Las olas encendidas chocaban al costado del buque,

y reflejándose en las brillantes armas y en los ojos de aquella gente, me parecían una tropa infernal, que con la rapidez del pensamiento se aproximában á mí. Los ví venir ; oía el chisporroteo de las llamas al incendiar el agua ; sentí el fuego tostar mi cara, y en la agonía del terror, me levanté y corrí dispuesto á arrojarme á la mar. Subo ligeramente al castillo de proa, y bien despierto y bañado en sudor, temblaba como un azogado. Ví dos sombras á la puerta de la cámara ; un hombre y una mujer, que parecían estar clavados. Primero los miré con silenciósa admiración, y después, con horror mudo.

Como he tenido la suerte de vivir para contarlo, creo que en aquel momento estuve loco ; mi alma parecía estar separada de mi cuerpo y lo que veía, eran como espectros de otra vida.

Un grito rasgado ; pero con un tono que hubiera conocido entre un millón de voces, hizo eco en la cámara y me obligó á ver la realidad. Poniéndome de pie, vacilé, corrí hacia ellos y un momento después, estrechaba entre mis brazos á mi amada que parecía estar en el desmayo de la muerte.

—¡ Agua, agua, Sr. Lee ! ¡ Por Dios, agua, agua ! ¡ Agua para ella y para nosotros ! exclamó un voz casi apagada.

—Toma esta luz, contesté, al costado de la cocina encontrarás la cuba y una botella para sacar el agua, bebe con precaución porque de ello depende tu vida. Después traes una cafetera llena ; pero pronto.

El que me hablaba era Sinet, contramaestre de la *Sirena* y sin mirar á ningún sitio sino á la cara de Rosa, oí los vacilantes pasos de tres hombres que se dirigían á proa.

Sostenía á mi amada en mis brazos, la recliné sobre el colchón en que yo había dormido y después la cubrí con una frazada ; fuí á por *cognac*, mezclé algunas gotas con

agua, le mojaba cuidadosamente los labios, y por momentos dejaba penetrar un poco de líquido en su seca garganta. Abrió los ojos, me miró sonriendo y le supliqué que no hablase. Dejándola apoyada en el almohadón, traje galletas y carne en conserva. Los hombres al verlas, se echaron sobre ellas, é instantáneamente las comían ó más bien con una expresión feroz las devoraban entre sus dientes. Les dije que se cuidaran á sí mismos, mientras yo atendía á Rosa, la que incorporándose, comió y volvió á beber agua.

Como no éramos marineros franceses ni alemanes, teníamos por excusado perder el tiempo en explicaciones. Todo estaba entendido y los hombres comían como lobos hambrientos.

—¿ Cuántos sois ? fué la sóla pregunta que dirigí á Sinet.

—Cuatro ; contestó saludando á Rosa y dándome á comprender que la incluía también.

Mi amada no tenía nada sobre la cabeza ; pero el resto estaba bien vestida. La cara y las manos parecían las de un moribundo, y siempre que levantaba sus ojos hacia mí, sonreía y su sonrisa era tan dulce, tan alegre, y con una expresión de sorpresa tan encantadora y triste, que sólo puedo compararla á la cara de un niño que acariciado por su tierna madre, muere en sus brazos sin dolor. Comprendiendo que lo que más necesitaba era dormir, la levanté en mis brazos y dirigiéndome hacia el camarote del capitán, acostándola, la dije :

—Mi bien, el sueño te es más necesario que nada, ¡ duerme feliz y bendita seas ! ; la dí un beso en su helada mejilla, la cubrí bien, y salí cerrando la puerta.

—¡ Dios sea *luado* por *encontrale austé* aquí, exclamó Sinet estrechándome fuertemente la mano y siguió diciendo ; un día más y esa pobre *siñorita hubiá cerrao* los ojos, y seguro de que no pasaba esta noche.

—¿Á dónde habéis dejado á la *Sirena?* le pregunté.

—Está en *er* fondo *der* mar, *siñor;* exclamó Sinet reprimiendo la respiración.

—¿Qué?, dije sorprendido y mirando á mi al rededor, ví á los dos hombres que me saludaron al mirarles.

—Sí *siñor,* continuó diciendo Sinet; *ar* poco rato que nosotros *novíamos er* bergantín *la Sirena* fué *pabajo* de cabeza y no se *pué* ver *na, too* está *ocurto* bajo *er agua. Ibamos* á cinco *nuos,* cuando encajó la quilla en una peña y oí *er rugío* de las aguas, cuando se estrujaban unas *contra-otras paentrar* en la *boega* con grande *estronío.* La *Proviencia e* Dios, sabe lo que pasó; y el Sr. Tomás *miacababa e ecir* que á cinco cientos millas á la *reonda* no había *arricifes puallí.*

Viendo el triste estado de aquellos hombres, les dije que se fueran á descansar indicándoles el sitio donde podían hacerlo; y yo que había dormido bien, empecé á pasearme por la cubierta y dirigiéndome á Sinet le dije:

—Cuando hayas dormido, me contarás todo lo que habéis pasado; ahora, buenos días.

Nunca había puesto mis ojos sobre seres humanos tan extenuados como aquellos, y únicamente viéndolo, puede uno explicarse el efecto que producen en un hombre, dos días con dos noches en la mar, sin comer ni beber, y expuesto á la intemperie. Antes de salir á la cubierta, abrí con cuidado la puerta del camarote donde estaba Rosa; ella dormía profundamente, la bendije, la dí un beso y salí.

El marinero acostumbrado á toda clase de peligros y de extraños contrastes, pronto se familiariza con todo, y paseando por la cubierta, ya no tenía miedo: me parecía que siempre había estado con aquella compañía en el bergantín y los sucesos de media hora antes, los recordaba como en lejano sueño. Comencé á pasear, la noche continuaba os-

cura, la brisa fresca y agradable, la mar tranquila y las llamas de la balsa se habían extinguido. Al oir un sonido peculiar que las aguas hacían al costado del bergantín, fuí para allá y ví que las olas se rompían contra el bote de la *Sirena ;* lo remolqué al lado de barlovento y lo aseguré á una cabilla hasta que por la mañana, lo pudiéramos izar á los pescantes, en lugar del otro que había sido arrastrado por la tempestad. Hasta el amanecer, estuve vagando sobre la cubierta ; unas veces pensando en la suerte de mis compañeros, otras en los sufrimientos que mi amada y los otros habían pasado en el bote. Cuando el sol hizo su aparición en el saliente, convirtiendo la mar como en una inmensa masa de fundida plata, subí al palo mayor para ver si podía señalar alguna vela, y creyendo que alguno de los botes de la *Sirena* pudiera estar á la vista, rogué á Dios que el casco que me sirvió de abrigo, también salvara la vida á otros de mis compañeros. Entonces, oí á Sinet que desde la puerta de la cámara me decía :

—Sr. Lee, *¿pué usté* ver *argo der* bote grande ?

—Nó, no hay nada á la vista ; y al momento comencé á bajar hacia la cubierta, donde seguí diciendo : Sinet, todavía no estamos fuera de peligro y necesitaremos nuestras fuerzas y mucho más, antes que podamos creernos libres. Ahora dime lo que ha sido de la *Sirena.*

El contramaestre estaba muy agitado y aunque su lenguaje era tosco, relató todos los incidentes de una manera expresiva y poética, con gestos y movimientos que parecían la realidad ; pero como no puedo recordarlo bien, voy á dar á mis lectores una ligera reseña de lo sucedido :

—Cuando salí de la *Sirena,* toda la gente á bordo de ella me miraban ; pronto vieron la tempestad que venía de la parte del viento y se extrañaron sobremanera que Tomás no me ordenara que volviese. Después, viendo á los hom-

bres bogar en el bote, Tomás parecía intranquilo ; pero esperó hasta que llegaron para saber lo que sucedía. Uno de ellos le contó la causa por la que yo había quedado allí, y Tomás ordenó en seguida hacer brazas, para en una orzada venir á ponerse cerca del bergantín por el lado del viento. En aquel momento el huracán atronador cayó sobre ellos y se vieron obligados á correr el viento para salvar el aparejo, y cuando pudieron volver á hacer brazas, el bergantín ya se veía muy lejos. Ellos seguían avanzando poco á poco ; pero el viento empezó á soplar con gran violencia y tuvieron que echar rizos, porque el buque no hubiera podido resistir tanto trapo. Entonces comenzaron á marchar con rumbo S. O., y como el viento aumentaba en fuerza, rizaron la gavia y arriaron el foque. Tomás le dijo á Sinet que había tomado la posición del bergantín y que por la mañana temprano estarían al su costado.

Acababan de tocar cuatro campanadas (las dos de la mañana) cuando Sinet que á la sazón dormía, despertó al oir un horrible crujido y en seguida muchas voces que gritaban : " ¡ Nos vamos á pique ! Subió á la cubierta y allí todos creían que la *Sirena* había chocado con el bergantín. En un momento, el barco estaba convertido en una Babilonia. La noche era muy oscura, el huracán bramaba y podían distinguir aterrorizados el espantoso ruido de las aguas que llenaban la bodega. Tomás permanecía tranquilo á la popa y mandó á los hombres arreglar el bote largo ; pero en un momento, todos ellos saltaron á él, lo arriaron y Sinet creía que en el bote habían marchado todos los pasajeros. Si Tomás salió en él ó nó, no se sabe ; pero pronto el bote desapareció entre las turbulentas olas. Viendo Sinet que todos se habían marchado, fué á arriar un bote cuando encontró que dos marineros estaban ocupados en ello y que Rosa tranquila les esperaba ; él la levantó y la puso dentro

del bote; uno de los hombres saltó también y Sinet y el otro lo arriaron y se dejaron correr por las amarras.

Empezaron á remar cuando la *Sirena* desapareció por completo de la superficie, y vieron dos ó tres botes que yacían con la quilla vuelta para arriba, lo que hacía suponer, que algunos de los hombres se habían ahogado. Cuando el sol salió, la mar quedó calma, Rosa y los tres hombres parecían estar contentos; pero más tarde se tostaban bajo sus ardientes rayos. Sinet viendo la imposibilidad de poder remar, la inmensa distancia que los separaba de tierra y lo poco frecuentado de aquellos mares, dice que por dos ó tres veces estuvo para saltar al agua. Rosa, según él, permanecía serena y valiente; les daba ánimo, y les sugirió la idea de dirigirse hacia el bergantín donde podrían encontrarme. Con sus preguntas, su animación y buen juicio de marinero, dice Sinet, que le había obligado á pensar y tener valor suficiente para sufrir tranquilo lo que una mujer sobrellevaba casi con indiferencia. Calcularon la posición del bergantín y con el mayor ánimo comenzaron á remar; pero por intérvalos tenían que interrumpir su tarea por la fatiga y la sed. No pudiendo más, esperaron la noche para avanzar, lo que hicieron aun estando ya completamente extenuados.

Cuando al amanecer del siguiente día el horizonte apareció limpio y el anhelado bergantín no se veía, la desesperación de los desgraciados náufragos era horrible. Pasaron el día con los mayores sufrimientos, y aunque Rosa ya no podía articular; sin embargo, continuaba animando los hombres con sus gestos y sus miradas. Por la tarde, uno de los hombres saltó al agua; pero Sinet lo sacó. El hombre le dijo que el baño le había mitigado la sed y los otros dos imitaron su ejemplo, lo que les dió algunas fuerzas. Finalmente la noche llegó; y como á eso de las diez y me-

dia, divisaron la luz del incendio de la balsa que la creyeron un buque en fuego. Con la esperanza de poder reunirse á otros botes, perseveraron en remar con gran trabajo, hasta que ya estaban cerca; observaron que no era el incendio de un barco, y en aquel momento, encontraron algunas de las maderas que yo había echado al agua; lo que les hizo creer, que probablemente había hecho aquel fuego para atraer la atención. Apenas habían pensado eso, cuando Rosa levantando la mano, les enseñó la luz verde que ardía en lo alto del palo y haciendo el último esfuerzo abordaron el bergantín, en el momento que yo huía de las terribles visiones que se presentaban ante mí, por el fantástico sueño.

Después de contar su historia, Sinet me miraba atentamente.

—Sí *siñor*, me dijo, la *barsa* nos ha *sarvao;* pero creo que si no *hubia sío* por esa *siñorita* que nos daba ánimo nunca *hubiamos llegao* hasta aquí.

—Está bien Sinet, tú la salvaste al echarla en el bote, le dije, y si lo sabías ó nó, ella es mi amada; ¡ Dame tu mano, recibe las gracias que te dá mi corazón, y que Dios te bendiga !

Con los ojos bañados en lágrimas nos abrazámos y después de un momento le dije :

—Sinet, vamos á hacer fuego en la cocina, preparemos el almuerzo, y más tarde limpiaremos el trinquete, para ver como podemos hacerle marchar, aún de la manera que lo ves.

En poco rato teníamos preparado un delicioso almuerzo y á mi gran placer, trataba de obsequiar á Rosa y mis compañeros con lo mejor que pudiera encontrar. Mi larga soledad había puesto mi corazón en tal estado, que todo me parecía poco para ellos, y les hablaba de mil cosas, tan sólo

por oir sus voces. Hubo momentos, en que sin saber por qué, comenzaba á reir á carcajadas y mis pies se encontraban tan ligeros, que en contra de mi voluntad comenzaba á bailar y no sentía la cubierta bajo mis talones. Cuando estábamos preparando el almuerzo, los dos hombres entraban en la cámara, dejé los platos y dirigiéndome á ellos, de todo corazón nos dimos un fuerte apretón de manos.

Eran Roberto Cardeno y Mateo Suárez, ambos de mi guardia en la *Sirena.*

—Nosotros hemos sido de una guardia y ahora, lo seremos otra vez, les dije ; y como ya nos conocemos estaremos también como en la *Sirena.* ¿ Os ha hecho bien el descanso ?

—¡ Oh ! Sí *siñor* ya *semos* hombres otra vez contestaron ; y Mateo continuó diciendo :

—Nosotros estamos contentos de *quiusté* esté *güeno,* y no había un hombre en nuestra guardia que no *hubiá dao* la *metá e* la ración y la *metá e* la paga y navegar por meses y meses, con *tar* de verlo *austé güerver.*

—Sí, contestó Roberto ; ese *habra* como *er ivangelio,* y lo que pensé mal negocio *diunprencipio,* ha *salío* resultando una *güena* cosa *quiusté* se *queara embarrancao* en este barco, y nosotros *habramos* por nosotros ; porque esa *siñora* que está *entro* que Dios la bendiga Sr. Lee ; con sus palabras *durces tenimos* bastante *arma* y ánimo *pa* llegar hasta aquí y nos ha *sarvao* la vida.

—¡ Ahí está ella ! exclamó Sinet.

En aquel instante, Rosa abría la puerta de su camarote, estaba pálida y descompuesta ; pero su mirada no era la misma de hacía algunas horas. Al verla venir, me dirigí hacia ella y cogiéndola de las manos la dije algunas palabras en voz baja. Aunque yo tenía grandes deseos de hablar con ella, sin embargo, aquel no era el momento oportu-

no. Los hombres permanecían de pie y mirándola con respeto la saludaron ; ella les contestó cariñosamente, después todos nos sentámos en la mesa y les hice reír diciendo algunos chascarrillos que de improviso llegaron á mi mente.

En la mesa había en abundancia, carne salada, latas de carne en conserva, galletas, galleticas, azúcar, te, y algunos potes de dulce de membrillo. Yo estaba ansioso de ver comer á mis huéspedes y no anduve desacertado en ello, puesto que Sinet, tomando un tenedor y un cuchillo, comenzó á partir un trozo de carne, lo que los hombres imitaron de momento ; pero Sinet, me dijo deteniéndose :

—Sr. Lee, nosotros no sabemos las provisiones que *usté* tiene *puaquí* y si son pocas, los hombres y yo no queremos *naa*, y no comemos hasta *quiusté* conteste.

—Sí, está como *ebe ecirse*, contestaron Roberto y Mateo.

—No tenemos que reparar en eso, les dije ; he visto la despensa y para cinco que somos, las provisiones nos durarán algunos meses ; además, hoy es el primer día y desde este momento propongo que la Srta. Maitland, vea lo que tenemos, y nos dé según crea conveniente.

—Lo haré con el mayor placer y buen juicio ; me contestó ella.

—Durante el almuerzo no hablámos sino de la *Sirena* y Rosa decía :

—Cuando el buque chocó, acababa yo de bajar de la cubierta donde había estado esperando á ver si se veía el bergantín, y estaba sentada en el camarote ; cuando al oir aquel horrible ruido, subí para la popa. Un segundo después el Sr. Sinet, fué tan bueno que me puso en el bote en que hemos venido.

—Desde aquí ví ayer un buque, ¿ no le vieron Vds. ? les pregunté.

—No *siñor*, no vimos *naa*, contestó Sinet.

—El bote grande ¿ tenía velas ? ¿ llevaban provisiones y agua ? volví á preguntar.

—Sí ; dijo Sinet ; apenas se separaron de la *Sirena* yo ví *quizaron* una vela, y llevaban dos barriles ; pero sólo Dios sabe si estarían llenos *diagua* ó no, *aemás* había más de veinte gentes *entro er* bote.

—¡ Veinte ! exclamé con tristeza ; figurándome oir el pandemonium que en un bote tan pequeño armarían veinte personas prensadas como sardinas. Á pesar de que Sinet no había visto aprovisionar el bote ; sin embargo, consideraba que Tomás era un marinero de gran experiencia y que no lo habría dejado marchar sin provisiones. Pensaba en lo que sufrirían y si habrían sido recogidos por el buque que yo había visto ; pero no quise pensar mucho en ello, dado caso, que nosotros estábamos en un estado bien triste y era menester que con cuerpo y alma trabajáramos sin descanso para salvarnos. Después de almorzar, les dí tabaco á los hombres y los tres salieron fuera. En aquel momento me acerqué á Rosa, la abracé contra mi corazón y al recordar que sufría por estar á mi lado fué tal la emoción, que por un rato no pude hablarla.

—Guillermo, me dijo con los ojos bañados en lágrimas ; Dios quiere que nosotros estemos siempre juntos. El otro día cuando el bote volvió sin tí, creí morirme, las lágrimas me ahogaban ; pero no quería que me vieran llorar en la cubierta. Fuí á mi camarote y un rato después oí á Tomás que le decía al Sr. Black que te habías ahogado. Él decía haber visto la mar pasar mil veces por encima del bergantín. Entonces mi corazón se puso duro como la piedra, ya no pude llorar y no deseaba más que morir. Más tarde cuando el barco chocó, subí para la cubierta y no hice nada para salvarme ; sin tí para nada me servía la vida. Dios

quiso que te separaras de mí para volvernos á encontrar, y ahora no nos debemos separar jamás.

—Nó, vida mía, no nos volveremos á separar, la dije; ¡ Dios querrá que estemos unidos hasta la muerte !

Ella tenía todavía los ojos muy hundidos y estaba excesivamente pálida ; le dije que se fuera á descansar y dándola un abrazo me fuí para la cubierta donde estaban los hombres esperándome.

—¿ No *sabiusté* Sr. Lee *queste* barco es *maníñco ?* por lo fuerte *paece* un barco *e* guerra y debe caminar *común pajaro ?*

—Sí, pero yo cambiaría su buena construcción y su elegancia por un casco sano. Ahora voy á deciros cuales son mis planes. La tierra que más cerca tenemos, es la isla de Juan Fernández ; pero ni el viento que sopla ni ningún otro á sotavento podrá hacernos llegar á allá ni al Continente Americano ; así es, que pienso dejarlo correr al N. para ponernos en el camino de los buques, y si nos asiste un buen tiempo, podré llegar á cualquier punto.

—Eso es lo mejor *queusté pue* hacer ; contestó Sinet.

—Entonces á trabajar.

Los dos marineros subieron á los palos y poco después nos encontrábamos trabajando con el mejor ánimo ; echámos para abajo el mastelero roto, arreglámos las jarcias con la mayor seguridad posible y en el trabajo, no nos guiámos sino en despachar pronto y hacerlo fuerte. Durante la mañana nos despachámos bien y un poco cansados y dispuestos á hacernos á la vela, fuimos á comer. Llamé á Rosa y al salir me dijo que ya no le gustaba estar encerrada ; el descanso la había repuesto y yo la prometí que después de comer le arreglaría un sitio cómodo sobre la cubierta. Nos sentámos á la mesa y no sé porque coincidencia, aquella escena quedó tan impresa en mi memoria. Á la cabecera es-

taba sentado el autor de este cuento, á su derecha su amada, junto á ella Sinet y al frente de éste los dos marineros. El puerco cocido estaba excelente, las galletas deliciosas, el carnero en conserva sabrosísimo, y si comimos (los hombres digo) cebolla picada con sal, es porque los marineros no somos afectos á gustos fastidiosos. Sinet que sabía el respeto debido á las señoras, antes de sentarse se bajó las mangas de la camisa; pero los hombres, se sentaron en la misma disposición que habían dejado el trabajo: los brazos desnudos hasta más arriba del codo, el pecho completamente descubierto y las manos y la cara llenas de alquitrán. Sin embargo, puedo asegurar que hubiera sentido en el alma ver sus sitios ocupados por dos lechuguinos elegantemente vestidos. Después de comer, y que lo hicimos con el mejor apetito, les dí tabaco, les dije en el sitio donde encontrarían pipas, y haciendo un pequeño saludo con la cabeza salieron.

—¿Qué te parece de esos hombres Rosa? la dije.

—Me hacen la impresión de ser muy honrados. Durante el tiempo que hemos pasado en el bote, lo único que hacían los infelices, era darme lástima al pedir agua; pero no han proferido una palabra ofensiva y cuando Roberto se arrojó al mar, el pobrecito nos miró á todos, miró al cielo por un momento y sin decir nada, juntó sus manos y saltó. Rosa, al terminar su cuento comenzó á llorar.

—No pienses más en eso vida mía, recuérdalo como un sueño; la dije acariciándola tiernamente.

—Sí, me dijo sollozando, y si al salir de *Burmarsh* me hubieran dicho lo que iba á sucederme, hubiera embarcado con el mismo placer que lo hice creyendo que íbamos á tener un viaje feliz. Yo debo estar contigo y nunca me separaré de tí; y puesto que Dios lo quiere, seamos felices.

Como teníamos que trabajar mucho, salímos á la cubier-

ta donde llevé una silla para ella y al sentarse, poniendo el telescopio en su falda, la dije :

—Puesto que quieres servir de algo, entretente en servir de viola con el telescopio, á ver si nos señalas alguna vela.

Nuestro trabajo consistía en ponernos en marcha ; izámos el foque, y largámos la gavia de trinquete con un solo rizo ; izámos el estay mayor, arriámos la otra gavia y yo me fuí al timón. La brisa continuaba fresca, y con aquella vela el bergantín comenzó á marchar con la proa N. N. O.

—¿ Cómo vas Sinet ? le pregunté.

—Me *paece* que hacemos dos *nuos* á sotavento y uno á proa.

Saqué una carta á la cubierta y me puse á hacer mis cálculos.

—No es posible que dejemos al barco ir por donde quiera sin que le impongamos nuestra voluntad, aunque sea en poco, les dije. De otro modo sería mejor estar quietos y esperar lo que sucediera. ¡ Muchachos, haced brazas todo lo que se pueda !

Las vergas comenzaron á girar y observé que el bergantín volvía la cabeza rumbo N. O. por O., lo que nos ponía bien al viento.

—Hacemos tres nudos al N. O. Sinet, pero no podemos hacer más ; si el viento virara del O., en ese caso, podríamos hacer rumbo para la isla de Juan Fernández.

—Sí, *peruahora* tenemos que marchar así y gracias ; contestó.

Aunque el lector haya oído hablar de buques anegados, no puede explicarse lo que es, sinó cuando se encuentra á bordo de uno de ellos. Después de arrojar la mayor parte de la carga que había sobre la cubierta, conseguí hacerle flotar de seis á siete pulgadas y con la más pequeña ola, nos entraba el agua por todos lados. Á cada momento consi-

deraba la poca distancia que nos separaba del fondo del Océano y no podía dejar de sufrir un escalofrío. Además, el sordo murmurio que el agua producía al chocar dentro de la bodega, me causaba una sensación de terror, que inútilmente trataba de combatir. Llevándome á Sinet aparte donde Rosa no pudiera oírnos, le dije la disposición en que yo había pasado la primera noche á bordo del bergantín, y como constantemente cruzaba la mar sobre el casco ; de modo, que si por desgracia teníamos otra tempestad, nosotros podíamos salvarnos en las jarcias ; pero aquella criatura, estaría expuesta á ser arrastrada con cámara y todo ; por eso le dije que debíamos asegurar la casa, para ponerla á salvo. Sinet se puso de acuerdo conmigo y llamando á los hombres, en un rato la aseguramos de tal modo, que de ninguna manera podría desprenderse del buque sin que éste fuese hecho pedazos.

Marchábamos y era necesario dividirnos en guardias, para que un hombre estuviera al timón ; y nos arreglámos de modo, que Sinet y Mateo permanecieran en la cubierta de ocho á doce, á cuya hora les remplazaríamos Roberto y yo. Después hicimos el reparto de los camarotes, disponiendo : el del capitán para Rosa, el del piloto para Sinet y yo, y el del carpintero sería alternativamente ocupado por Mateo y Roberto. Todo así arreglado á satisfacción de los cuatro, Mateo se fué á fumar y yo relevé á Roberto al timón mientras éste fué á comer.

Yo estaba contento de ver las velas hinchadas por el viento y aunque era muy poca cosa, la comparaba con la soledad del día anterior ; mi excitación durante el incendio de la balsa y todo lo demás, y me deleitaba al ver ahora, que el casco abandonado que yo había visto como la causa de mi desgracia, servía de abrigo á mi bien amada y había librado á ella y á tres compañeros más de los horrores de un

naufragio, y de perecer en un bote abierto en medio del Océano. Levanté la cabeza y al encontrar con mis ojos los de Rosa, ví que los tenía humedecidos y que su pensamiento rodaba sobre lo pasado ; entonces me dijo aproximándose á mí.

—Guillermo ¿ quieres enseñarme á llevar el timón ? Me acuerdo que á bordo de la *Sirena* veía á los hombres y creo que no es difícil.

—No hay cosa más fácil amada mía, la contesté ; ven y ponte aquí ; toma la rueda. Ahora la primera cosa que tienes que recordar es ponerte siempre al lado por donde viene el viento.

—Sí, lo sé.

—La rueda, seguí diciendo ; va en sentido opuesto á la caña del timón, de tal modo, que si es menester echar el buque á estribor, tienes que echar la caña á la derecha y la cabeza del buque vuelve para la izquierda.

—Sí, lo entiendo, si tú mandas ¡ Á babor ! entonces tengo que hacer girar la rueda á estribor.

—Justamente, mi amado marinero. Ahora, cuando yo te dé el rumbo, verás este punto negro del compás que está en línea recta con el botalón y á cualquier lado que va la proa, la marca siempre continúa en la misma posición. Si yo te digo, rumbo N. O. ; para tomar rumbo tienes que hacer, que las letras N. O. se hallen justamente debajo del punto negro ; y para hacer venir las letras, no tienes más que girar la rueda en sentido inverso de la posición que ellas tienen con respecto al punto negro que te sirve de guía. ¿ Me has entendido ?

—Perfectamente.

Entonces la hice hacer la prueba, y á mi gran placer manejaba el timón, sinó con ligereza al menos con el conocimiento que es necesario. Después dejando escapar un suspiro me preguntó :

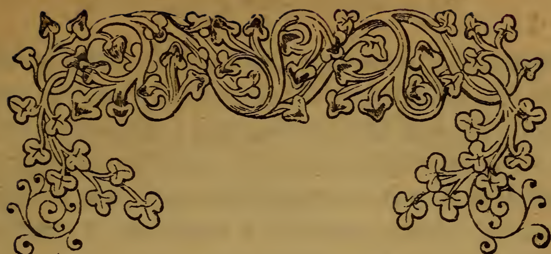
—Guillermo ¿ crées que volveremos á *Burmarsh?*

—No lo dudes vida mía, ¿ no tienes confianza en el Querubín que vela por el pobre marinero y por su novia también? ¡ Plegue á Dios que mi compañero Tomás y todos los de la *Sirena* se encuentren tan bien como nosotros ! Me iba á contestar ; pero la interrumpió la llegada de Roberto.

En este momento, el sol se ponía y presentaba un panorama encantador. Las nubes del E. corrían presurosas hacia el O. y viendo sus perfiles de ámbar en delicado contraste con el oscuro azul del cielo, me puse á admirarlas y exclamé :

—¡ Rosa, anoche observé atentamente la puesta del astro del día y desde aquel instante, todo ha cambiado, y colmados de felicidades, pidamos á Dios que la próxima vez que la veamos hayan aumentado las que tenemos ahora.





CAPÍTULO XV

¡ TIERRA !

La llegada de la noche en la mar, es siempre solemne. En tierra, pueden verse las cosas familiares ; la casa, el molino de viento y la luz que sale de la ventana del cuarto de la novia, están á la mano para desvanecer las visiones causadas por las sombras ; pero en la mar, es como mirar con los ojos cerrados, nada se vé. Las fosforescencias de las olas y la ligera espuma á lo largo del buque, no son bastante para destruir la impresión de la horrible oscuridad que parece llegar hasta las estrellas, y la movible superficie de ébano que se siente bajo los pies, es como un mar de tinta.

Sin embargo, sólo el hombre que ha estado perdido en medio de la mar, sabe el desmayo y terror que la noche con sus sombras trae consigo. La fuerza que hace mover el enorme buque de guerra cargado con toda una armada con la ligereza que se mueve un corcho sobre las aguas, parece ser un misterio ; las distancias son imaginarias, y sino fuera por los cuerpos celestes que están cerca del horizonte, no podría definirse. Á pesar de haber tratado de contentar á Rosa con palabras de dulce esperanza, cuando los últimos rayos de sol se ocultaron tras de la inmensidad, el horizonte quedó envuelto en oscura neblina, las jarcias parecían delicadas telas de araña desapareciendo de la vista á la mitad del alto de los mástiles, la superficie de la mar se sentía

por el murmurio de las olas y la movible masa parecía entrelazada con azuladas fosforescencias ; el pálido brillar de la estela tras la casi sumergida popa, y los costados del bergantín como queriendo irse para el abismo, trajeron á mi mente los horrores de la oscuridad en las dos noches anteriores, tuve miedo, y mandé á encender la luz de la cámara.

En un momento, tuve que poner en juego mis fuerzas contra mi sensibilidad y después de ordenar que encendieran la luz y la colocaran á lo alto del palo, acompañé á Rosa hasta la puerta de su camarote donde la dí las "buenas noches." Salí para la cubierta y me puse á hablar con Sinet de los asuntos de "*La Estrella de la Mañana.*" Le conté lo que había encontrado y al oir su voz me decía : ¡ Qué feliz hubiera sido yo de haber oído hablar así anoche !

—Á Dios Sinet, ten mucho cuidado por si ves algún barco, y si la brisa no cambia, déjale ir como quiera ; de otro modo llámame. Le dejé un trozo de papel para marcar la velocidad é hice la primer entrada en los libros ; siendo importante tener una idea por errónea que fuese del sitio donde nos hallábamos. Fuí para mi camarote y en seguida me quedé dormido.

Á las ocho campanadas (las doce), Sinet me llamó, y en seguida subí. La brisa había refrescado y con eso la cubierta estaba constantemente como un lagunato ; lo que no me sorprendió. De ninguna manera podía esperar que tuviéramos la cubierta de un buque anegado en buena condición. Roberto fué á la rueda, lo até con una cuerda á la cintura y lo aseguré á las jarcias. Subí sobre la cámara para tener mejor idea del tiempo, puesto que si la mar comenzaba á estar picada, nuestra situación sería extremadamente peligrosa siendo muy fácil que nos arrastraran las olas ; y si por azar perdíamos el timón por un momento, los palos

no tardarían en venir abajo, y no creyendo poder hacer nada mejor, le dejé marchar con los trapos que llevaba.

Después de haber permanecido media hora sobre el techo de la cámara, unas veces creyendo que el viento aumentaba, las otras que disminuía ; ora mirando la negra ola cuya cresta marcada por la espuma parecía elevarse sobre todo lo demás, hasta que al llegar al barco, encorvaba la cabeza con la fuerza del viento, caía desplomada como una catarata, inundaba la cubierta haciendo un ruido infernal y ponía á flote todo lo que no estaba bien sujeto en ella. Entonces mi vista fué atraída hacia una especie de sombra que se veía al S. O.

—Una vela ; le dije á Roberto y como el telescopio estaba en la cubierta lo tomé y empecé á mirar.

Pude divisar una enorme barca cuyo rumbo era N. N. E., formando ángulo con el nuestro ; y por lo que podía ver, iba libre con las dos reales y marchaba sobre las aguas como una nube. Nuestra linterna brillaba ; pero si la veían, no podían pensar por ella nuestra situación. Entonces fuí á despertar á Sinet y le dije, que teniendo un barco á la vista, era menester pensar como hacer ver que necesitábamos socorro ; además que en veinte minutos dejaríamos de verle por completo.

Él era un verdadero marinero : dos minutos después ya sobre la cubierta y antes que yo le dijera donde estaba, había visto la barca que debía pasar por nuestro costado.

Sinet y yo que sabíamos las circunstancias en que nos encontrábamos y que de un momento á otro podíamos perder los mástiles, creíamos que la vista de aquella barca era una gran suerte que por semanas no volveríamos á tener.

—¿ Qué haremos para hacernos ver ? En este momento ellos ven nuestra luz verde.

—Hagamos fuego á proa, ¡ mira como vá ! ¡ Dios nos proteja ! estamos como *anclaos.*

Mateo que nos oía, salió corriendo y le dije que ayudara á Sinet á buscar con que hacer fuego á proa, lo que en seguida hizo comprendiendo que teníamos una vela á la vista. Mientras ellos buscaban, yo subía y bajaba la linterna y como nosotros veíamos la barca, á no dudar éramos vistos. En nuestra señal tenían que interpretar la intención con que la hacíamos. Con la oscuridad, no podía distinguir si acortaba vela ó no ; pero en la desconfianza de la desgracia, me parecía ver que pasaba sin hacer caso. Mientras estaba ocupado en subir y bajar la linterna, por dos ó tres veces las olas entraron sobre la cubierta y á no haber saltado á la jarcia, hubiera sido arrastrado por ellas. Oyendo que Sinet daba hachazos, comprendí que estaba cortando madera y que desesperado decía : " La *condenaa*, está tan *mojáa*, que no querrá *encendese.*"

Salté á la cubierta, y como era cuestión de vida ó muerte, corrí para la cámara y traje un brazado de pedazos de vela é hilaza. Al dirigirme hacia Sinet, mis pies marchaban bajo del agua, y no sabiendo donde poder encender por estar todo mojado, subí sobre la cocina y con su auxilio, preparámos un buen fuego cuando la barca estaba frente por frente á nosotros. El alquitrán se prendió en seguida y las llamas comenzaban á elevarse, cuando una ola cae sobre nosotros, arrastra con ella á Sinet que va de cabeza al pie de la puerta de la cocina, Mateo fué á dar contra la cámara, y yo medio ahogado y sin saber si estaba en el mar ó en la cubierta, ví la vela que se movía sobre mi cabeza y pregunté :

—Sinet, ¿ qué ha sido ?

—*Naa*, se me ha *llevao ;* pero no *mia* hecho *mar.*

Mateo nos habló desde el techo de la cámara y Roberto

nos dijo que el agua le había llegado hasta la cintura ; pero sin hacerle daño. Afortunadamente, la rueda del timón estaba más alta que la cubierta y protegida por la casa de la cámara. No teníamos modo de hacer fuego, sinó encendíamos el aparejo ; y medio ahogados, dando diente con diente, el agua corriéndonos de pies á cabeza y el corazón abatido, no podíamos hacer más que agarrarnos á la murada y ver la barca marchar.

Desde que llegué al bergantín, sufrí mucho ; pero nada es comparable á la amarga desesperación que me atormentó en aquel momento. Con el instinto de marinero, sabía que habían tenido que vernos y que aun no habiendo ningún oficial sobre la cubierta, el hombre del timón habría avisado ; pero como éramos un buque pequeño, pasaron sin hacer caso. No estaba á más de media milla, y un hombre con los gemelos podía haber visto que estábamos anegados. Continuó marchando, cruzó delante de nosotros y empezó á perderse de vista ; luego se veía como una ligera sombra y al fin se perdió en la oscuridad.

¿ Qué *lemos diacer ?* dijo Sinet limpiándose el agua de los ojos.

Yo estaba desesperado y no podía hablar. Pensé en mi bien amada, en un momento nos hubieran salvado sin quisieran, y en mi loca pasión, amenacé con el puño cerrado al buque, según desaparecía de nuestra vista.

—Sr. Lee, *austé liabro,* dijo Sinet ; es necesario que *usté galafatée* su corazón, la *siñora* que está allá abajo solo mira en *usté pa sarvarle* la *vía* y *pa* salir de un *enreo comueste ;* un hombre tiene que tener corazón.

Me quedé avergonzado porque un hombre que él mismo se hubiera llamado mi inferior, pensara bien y yo nó.

—Me has hecho avergonzar, le dije : ¿ Debemos sostener el bergantín á la vela, ó dejamos que la brisa se pase ?

—Yo *luejaría* ir como va, me contestó después de un momento de reflexión ; aunque pierda los palos no *pué* irse á pique.

—Pero ¿ si por casualidad tira también las muradas ?

—Á pesar *e too* yo estoy por *ejalo* ir así.

—No hay tanto viento como había antes ; dijo Mateo que detrás de mí se limpiaba los ojos.

Indudablemente había disminuido, y aunque las olas entraban en la cubierta, apenas había agua en la parte de adelante ; pero en el timón era horrible, el pobre Roberto estaba bañado hasta las rodillas.

—¿ Cómo vamos ? le pregunté.

—Bastante bien *po* lo que toca á la *vía ;* contestó con tono de buen humor.

Convencido de que el viento iba á menos, le dije á Mateo que nos trajera un poco de ron, y que buscara alguna ropa seca para Roberto. Á pesar de que no temíamos al agua salada ; sin embargo, estar cuatro horas mojado de pies á cabeza es casi irresistible.

El viento estaba poco más ó menos lo mismo que cuando nos hicimos á la vela y el peligro había pasado ya ; pero no podía pensar, que si un tiempo que permite á una barca cargar las reales nos tenía desconcertados ¿ qué haríamos si encontrábamos un huracán ?

Era muy triste considerar que la brisa continuaba del E. siendo así que el viento que nos podría salvar y el más común en esos mares, debía venir del O. Cuando la gente después de cambiarse la ropa, volvieron á la cubierta, eché la corredera, y ví que llevábamos de $3\frac{1}{2}$ á $3\frac{3}{4}$ nudos por hora y los mismos puntos que antes fuera de rumbo. Como Sinet y Mateo habían estado arriba casi todo el tiempo que debían haber descansado, les mandé bajar y acostarse hasta las cinco. Á pesar de todo, mi cansancio no era tanto que impe-

riosamente pidiera el sueño ; era más bien el resultado del sufrimiento moral, parecido al que se experimenta cuando uno está en vela al lado de una madre ó esposa querida, esperando verla exhalar el último suspiro.

Á pesar del agua que había entrado en la cubierta, la cámara estaba seca como coscurro en morral de mendigo ; lo que me hizo admirar más la solidez de nuestro casco viejo. Me fuí á dormir, y no desperté hasta que los rayos del sol penetrando por la ventana del camarote, me daban ya en la cara.

Me es imposible explicar la felicidad que sentí, al ver el astro del día que glorioso iluminaba la mar, y contemplándole, hice una oración y pedí á Dios que no cayeran las sombras otra vez sobre la mar, antes que estuviéramos á salvo. Dejé el camarote, y al llegar á la salida de la cubierta, me encantó ver salir el humo de la chimenea de la cocina, á un costado de la cual, estaba Rosa con un pañuelo en la cabeza, ayudando á Mateo á tender nuestras ropas al sol. Jamás me pareció tan hermosa ; sus faldas recogidas con gracia y con los brazos levantados extendiendo los trapos, me pareció la mujer que había nacido para ser la esposa de un marinero soñador. Mateo la habló, ella en seguida vino corriendo hacia mí, y me dijo, después de saludarnos :

—Guillermo, estoy en la cubierta desde las seis ; he ayudado á Mateo á encender el fuego de la cocina, y en cuanto concluyamos de tender la ropa, entonces os haré el almuerzo. Dicho esto, se diponía á marchar, cuando mirándome de pies á cabeza, soltó una tremenda carcajada, mis ojos siguieron los suyos y á mi vez reí también.

El caso no era para menos ; cuando por la noche me cambié la ropa mojada, lo hice por otra que encontré en el camarote del capitán. Mi vestido consistía en un chaleco de satín verde que casi me llegaba á las rodillas y muy abierto

del pecho, por donde se veía la camiseta colorada; pantalones azules con franjas rojas y que por lo largos y anchos hubieran podido ajustar á un molinero grande y barrigón, y una levita azul cuyos botones dorados parecían tapas de cubo, y los de la parte de atrás casi cubrían mi espalda. Con la cara tiznada, me hubiera convertido en negro ministril. Volviéndome para poder verme lo mejor posible, exclamé:

—Rosa, el capitán de este barco, tenía que ser un gigante, y de seguro que había preparado estos lujos para ir á bailar el fandango con las muchachas de Valparaíso.

No estaba dispuesto á hacer reir á mis compañeros, de momento, me fuí á cambiar por algo que me sentara mejor, y sobre la marcha fuí al timón á ver como marchábamos. Sinet estaba en él, y me preguntó:

—Sr. Lee, ¿por qué no *despregamos* más vela?

—No veo la necesidad de ello, le contesté; no podemos soñar en ir á las islas del Sur y debemos dirigirnos todo lo que podamos hacia el E., donde encontraremos la costa, ó bien algún buque que nos preste auxilio.

—*Usté* tiene razón Sr. Lee, me dijo, no sacaríamos *náa* con ir cabeza *ancia er sueste* sin avanzar *par* Norte. Yo he *pensao* hacer *argo*, que no *eje* entrar *er* agua *entro e* la cubierta.

—No podemos hacer nada, he pensado en todo; pero he llegado á la conclusión que lo mejor es sostenernos como podamos, hasta ver un buque.

—Eso me *paece ques lúnico* que tenemos *quiacer;* dijo Sinet desconcertado.

Me marché á ayudar á Rosa; pero ya la ropa estaba tendida y la cubierta parecía el corral de una lavandera; aunque es necesario añadir aquí, que aquella vista, daba un aire de civilización y seguridad á nuestro barco.

—Rosa, ten cuidado no te vayas á fatigar mucho; la dije.

—No tengas la menor pena sobre eso, me contestó; mira, estoy muy contenta en poder serviros de algo, además, que cuando lleguemos á tierra, también quiero compartir tus glorias. Tengo buena vista y puedo señalaros una vela y á la vez hacer de timonel; me encuentro dispuesta á tirar de las cuerdas y á ser vuestra cocinera. ¿Te parece bien Guillermo mío?

—Haz lo que quieras, dulce bien de mi vida; pero ¿puedes esperar más gloria que la de haber salvado tres hombres al darles ánimo para encontrar este barco, y además salvarme á mí también, que á no dudar hubiera muerto de tristeza?

—Eso lo dices porque me quieres, contestó sonriendo; lo del bote ya pasó, y lo que quiero es trabajar aquí y que si tú no me buscas ocupación, entonces yo la encontraré.

—Está bien, te prometo ocuparte en algo, la dije; y para después de almuerzo, te tengo listo un trabajo muy importante; y ahora dime ¿cómo has pasado la noche?

—Si no hubiera tenido miedo de mi terrible amante, hubiera venido á la cubierta, me dijo mirándome graciosamente, mientras el sol convertía sus cabellos en una madeja de hilos de oro, y su blanco cuello como el de un cisne, contrastaba con el de su vestido; sus manos entrelazadas delante del pecho y en uno de sus dedos brillando el anillo que yo le había regalado, parecía como una escultura en marfil; y á cada movimiento, con el lánguido balanceo del buque, hacía ondear su gracioso cuerpo. Después, me dijo cambiando la voz y mirando con expresión de afectuosa ansiedad:

—Guillermo, sé que habéis pasado una noche horrible, como lo veo en tu cara. Por largo tiempo, estuve oyendo

el rugido del agua al chocar contra el camarote, y esperaba que tú entraras á decirme que el bergantín se había hecho pedazos; te oí que llamabas al contramaestre y le dijiste que hiciera una hoguera. Eso era lo que oía y aunque hubiera dado cualquier cosa por venir á la cubierta; sin embargo, no me moví de mi camarote. Dime ahora, ¿ soy obediente y digna de que confíes en mí?

Yo estaba conmovido al oírla decir que había estado despierta por la noche y que escuchó lo que pasaba en la cubierta. No me podía ocultar el estado de su imaginación perturbada con nuestros gritos desesperados, unidos al ruido de las olas al convertirse en espuma sobre la cubierta y que eran lo suficiente para aterrorizar al hombre más fuerte. Encerrada en un pequeño y oscuro camarote, no pudiendo juzgar del peligro sino por los siniestros ruidos que llegaban á sus oídos, no puedo concebir un acto de heroicidad tan grande como aquel, y que me hubiera admirado más. Según antes indiqué, la imaginación del hombre más valiente se hubiera hundido en una agonía de horror y miedo. Me acordé de la descripción que me hizo Sinet á propósito de los gritos y locura de la Sra. Madeira cuando la *Sirena* se fué á pique; y vinieron á mi mente otras muchas historias de naufragios, contadas por testigos oculares. Mi corazón latía de amor por aquel angel, que paciente había sufrido tantas horas de horrible martirio, sin exhalar la más pequeña queja. Ella entró en la cocina para arreglarnos el almuerzo y aunque no me gustaba verla en aquel sitio tan sucio; sin embargo, lo mejor era dejarla hacer su gusto.

En seguida, empecé á inspeccionar el aparejo para ver si había sufrido algo durante la noche; pero afortunadamente, todo se encontraba en el mejor estado y con Mateo, arreglé algunas cosas que se habían aflojado un poco. Después fuí al botalón para ver si por los costados había em-

barcado agua, lo que me fué imposible descubrir, puesto que calaba tanto que no podía verse nada. Cuando empecé á comparar la diferencia de altura entre la mar y la cubierta y de nuevo ví que el bergantín parecía una caja vacía sobre el agua, protegida únicamente por los costados y que la cubierta y la cámara estaban á perfecto nivel con el mar, me era imposible mirarle sin experimentar una impresión de desmayo y tristeza ; y me parecía que cada vez que el barco bajaba la cabeza era para hundirse irremisiblemente en el abismo. En aquel momento, no me sorprendí de que la mar entrara con tanta frecuencia durante la noche ; estaba tan cerca que la ola más pequeña hacía caer su cresta por encima de la murada y nunca hubiera creído, que un casco en tan mala disposición hubiera podido sostenerse á flote.

Á las ocho de la mañana fuimos á almorzar ; Roberto relevó á Sinet en el timón y Mateo trajo á la cámara el te y algunos pasteles hechos por Rosa, los que comimos con gran placer. En aquel momento y delante de los otros, le entregué la llave del lazareto y le expliqué la manera de desempeñar el importante trabajo que le encargaba, que en suma era lo siguiente : debía sacar una lista de las provisiones, del alcohol y el agua que teníamos á bordo, y calcular que aquello nos durase el mayor tiempo posible, y que todos los días nos diera la cantidad que ella creyera justa con arreglo á su juicio y mientras tuviéramos que permanecer en el bergantín. Á no dudar era un asunto de vida ó muerte, y después de almorzar nos fuimos á llevar á cabo el trabajo ; pero antes, aprovechando la oportunidad de que ella no estuviera en su camarote, fuí allí en busca de otra ropa que me sentara mejor, lo que afortunadamente encontré y parecía que la habían hecho á mi medida. Al mismo tiempo, por si nos veíamos obligados á abandonar el

bergantín, reuní en un paquete todo el dinero que había encontrado y en otro, puse todas las joyas y efectos de valor que había esparcido por todo. Cuando hube concluído, encontré á mi amada que no sabía como averiguar la cantidad de agua que había en las cubas. La miré y me encontré perplejo como ella ; no podía imaginar una manera de poder llevar á cabo la operación. Rosa me propuso que las vaciásemos en otras cubas, y después, por medio de la botella de soda medirla. Aunque yo no hallaba otra manera ; sin embargo, como no había una gran cantidad, tenía miedo de que una ola la fuera á mezclar con agua salada ó bien de que me remordiera la conciencia si se vertía una sola jícara, puesto que mientras hubiera una gota, había un soplo de vida.

Una idea me vino á la cabeza ; midiendo la profundidad de las cubas, podría fácilmente saber el número de pulgadas cúbicas de agua que cada una contenía ; y sacando las pulgadas de una pinta, mi cálculo estaría reducido á una simple división. Á pesar de que en cálculos marítimos estaba muy aventajado, no era así en cuestiones como la que tenía delante ; pero al fin, llegué al resultado por el que ví que teníamos próximamente setenta y dos galones y Rosa se puso á calcular cuanto tiempo nos duraría dándonos pinta y media diaria *per cápita.*

Por temor de que la mar fuese á arrebatar las cubas, llenámos las vasijas útiles que encontrámos por allí, las almacenámos en la cámara donde pudieran estar perfectamente seguras, y como ya eran cerca de las diez, le dije á Rosa que tratara de concluir pronto la lista, porque yo tenía que relevar á Roberto á la rueda del timón. Antes de hacerlo se me ocurrió subir al palo y echar una ojeada por el horizonte.

Hacía un tiempo delicioso, la mar estaba tranquila, el

horizonte claro y limpio y por la pureza de la atmósfera podía ver á una enorme distancia. Al subir allí, sólo me llevaba una esperanza ; la de divisar un buque y en ese caso, nos arreglaríamos de modo que con la madera que todavía quedaba sobre la cubierta, hiciéramos un tremendo fuego ayudándolo con todos los desperdicios que recogiéramos por el barco ; además, pensé que sería prudente guardar algunos trozos donde se conservaran secos, para echar mano de ellos en el momento necesario ; y recordaba con odio la barca que nos había pasado, puesto que no era posible que dejaran de ver nuestra luz, y de haber logrado hacer fuego, nos hubiera dejado en el mismo caso poniendo la excusa de que no sabían lo que era. Subí á la mayor altura desde la cual podía observar ; recliné mi espalda sobre el mástil y empecé á mirar. Había inspeccionado pulgada por pulgada todo lo que me daba la vista por aquel lado, y entonces me volví al otro para continuar. Apenas comencé, que como á tres puntos á barlovento, se veía una sombra de un azul delicado, que en lontananza parecía ser del tamaño de un garbanzo, y que suspendida sobre las aguas, entre ellas y el horizonte se notaba como un punto vacilante. Creyendo que era una nubecilla, miré hacia ella con deseos de descubrir si se movía ó no. Viendo que permanecía en el mismo sitio, mi corazón comenzó á latir rápidamente y mis mejillas echaban fuego, á pesar de serme imposible saber si era ó no un barco ; además no me explicaba que un buque fuera de aquel color, puesto que el sol dando directamente sobre él tenía que hacer ver el blanco de sus velas. Me retiré el telescopio de los ojos, para ver si cuando volviera á mirar encontraba la diminuta sombra en el mismo sitio. Permanecía allí mismo y de no ser tierra, ¿ qué podía ser ? No era fácil saberlo ; me parecía el pico de una montaña que se levantaba sobre las aguas y que se veía como dislocada por

la refracción, de tal manera, que estaba como flotante en el vacío y un espacio blanquecino que brillaba entre el punto visible y la mar. No quería separarme de allí, sin estar seguro de que lo que había visto continuaba visible y quieto en aquel sitio.

Á pesar de que pudiera haberme equivocado en mis cálculos ; sin embargo, no creía que podía haber más de veinte millas y las cartas no señalaban tierra sino á más de cuatrocientas al N. y O. Cuando volví á mirar y ví que el punto permanecía allí, eché el telescopio á mi espalda y temblando de pies á cabeza, bajé las jarcias volando y fuí para la cámara.

Rosa continuaba tan ocupada haciendo sus cálculos sobre las provisiones, que apenas levantó la cabeza para mirarme y sin detenerme, fuí al camarote en el que Sinet estaba durmiendo y extendí la carta ; pero según yo había dicho, la tierra más cerca eran las islas de Mas-á-fuera y Juan Fernández al N. E., y las que estaban en las paralelas 25° y 26° S. que con respecto del buque se encontraban N. y N. O. Puse la mano sobre la espalda de Sinet quien instantáneamente abrió los ojos, y le dije:

—Se vé una sombra en el horizonte como á tres puntos á babor ; y no queriendo ser oído por Rosa, continué en voz baja, y me parece que es tierra.

—¡ Tierra ! exclamó abriendo desmesuradamente los ojos, que brillaban como si reflejasen una luz que estuviera á mi espalda.

—¡ Silencio ! le dije poniendo mi dedo en los labios ; puesto que temía engañarles en el caso que yo me equivocara, y seguí diciendo ; sube con el telescopio y dime lo que ves.

Echó el telescopio sobre sus espaldas, y rápido como el pensamiento, subió á la cubierta. Me acerqué á Rosa

quien en una hoja de papel tenía escrita la lista de las provisiones y el tiempo que nos durarían á tanto *per cápita.* Había arreglado todo admirablemente y al aproximarme, levantó la cabeza y me dirigió una mirada llena de cariño y alegría.

Al verla trabajar con la mejilla apoyada sobre su mano al mismo tiempo que el sol penetrando por la claraboya extendía su brillante luz por todo, no podía creer que nos encontrásemos en un buque anegado, náufragos y sin saber cual sería nuestro destino en el próximo minuto. Puse mis labios sobre su frente y me marché á la cubierta. Roberto que estaba al timón, sospechó que se veía alguna cosa y miraba con avidez á Sinet que subía rápidamente por las jarcias. Por mi parte, estaba seguro que el punto era visible, al ver que Sinet sostenía el telescopio fijo en aquella dirección. Finalmente dejó de mirar y echando sus brazos al aire, gritó como un loco:

—¡ Tierra, tierra !

—¡ Tierra ! exclamó Roberto soltando la rueda del timón y comenzando á trepar aparejo arriba.

—¿ Estás seguro que es tierra ? pregunté á mi vez.

—Sí, sí, contestó Sinet ; tan seguro como veo *er* cielo *pallárriba.*

—¡ Hurra ! ¡ Hurra ! grité dejándome llevar por la alegría. ¡ Rosa, tierra ! dije poniendo mi cara junto á la claraboya. ¡ Ven mi vida á la cubierta ! ¡ Ven, tenemos tierra á la vista !

Rosa vino volando y al indicarle la dirección hacia donde estaba, la dije que no era visible sino desde arriba. Ella comprendió que yo no estaba equivocado y con los ojos fijos en la mar, respirando con dificultad, se puso pálida como si fuera de yeso.

Mateo que había despertado, á mis gritos venía corriendo y gritando le preguntaba á Roberto :

—¿ *Queés* lo que se ve? ¿ tierra?

Roberto le contestó:

—¡ Mateo! ¡ chico *tuavía nuasecho túrtimo* viaje compañero!

Mateo replicó con un hurra y como un gato se encaramó en las jarcias para ver por él mismo la tierra.

—Sinet dale el telescopio á ese, grité, y así nos dirá lo que ve.

Apenas el muchacho dirigió el instrumento en la dirección indicada, gritó:

—¡ *Esues* tierra! lo tengo por bien seguro.

Estando todos de acuerdo, Rosa se puso á la rueda del timón, Roberto y yo largámos la vela y los dos hombres que estaban arriba echaron rizos á las rastreras. Las velas subían y bajaban sobre el aparejo bajo, y en dos minutos las izámos. Estos trapos eran lo suficiente para cubrir el pequeño bergantín y echando la corredera, ví que hacíamos poco más de cuatro nudos.





CAPÍTULO XVI

EL CAYO DESCONOCIDO

El viento que teníamos no permitía hacer más vela, y para que trabajaran las rastreras, me ví obligado á dejar el bergantín correr dos puntos ; de tal modo, que la isla nos quedaba á uno á barlovento. Como en aquella disposición el barco no podía caminar sinó con el viento casi, ó en popa, de desplegar más trapos, jamás hubiéramos podido hacerle llegar á la isla. El viento E. que tanto me había mortificado desde un principio, la casualidad hacía que en aquel momento le viésemos como el único recurso de salvación, y rogaba porque continuase soplando. Le dije á Mateo que estuviera arriba, y que llevase el barco un poco á barlovento ; pero que le dejara derribar según nos aproximábamos á tierra. Entonces, me fuí para la cámara, registré todas las cartas que allí había y no ví en ninguna la isla que teníamos á la vista. Saqué una sobre la cubierta, é indicando en ella el sitio aproximado donde nos encontrábamos, le hice ver á Sinet, que á gran distancia en los cuatro puntos del compás, todo estaba en blanco. Él me preguntó si no nos habíamos equivocado al hacer la última observación en la *Sirena* ; y le contesté, que no podía ser, puesto que los cálculos de Tomás y los míos, estaban de acuerdo. Medímos nuestra marcha con la corredera y estaba conforme, á lo que él repuso que podríamos haber derribado con una corriente ;

pero eso no era posible, dado caso que hubiéramos corrido diez millas á la hora, no podríamos encontrarnos cerca de tierra en tan poco tiempo.

—De *cuarquier* manera, *esues* tierra *nues* barco ; tampoco es nube, y siendo tierra aunque *nuesté marcáa* es lo sólo que nos *enteresa.*

Para satifacer á Rosa que escuchaba nuestra conversación con la mayor ansiedad, subí á la cofa, y á la simple vista ví la delicada mancha que parecía del tamaño de una uña, y flotaba en el vacío como el humo después de tirar un cañonazo.

—Mateo, tráeme el telescopio ; dije al muchacho que estaba sobre la verga más arriba de donde yo me hallaba y seguí diciendo ; ahora se puede ver bien desde aquí.

—No hay que dudar que es tierra, le dije á Rosa cuando hube llegado á la cubierta ; plegue á Dios que el viento continúe por algunas horas más.

—Guillermo mío, no creo que te puedas equivocar, exclamó Rosa dejando escapar un suspiro de esperanza ; quizás nos salvemos y volviendo á *Burmarsh* contemos á Ana y á su padre nuestra aventura.

No sabiendo que clase de tiera era, no podía calcular la distancia á que nos encontrábamos de ella, si era un pico muy elevado, podíamos estar á cincuenta millas ; pero si era una isla pequeña, calculaba que estaríamos á catorce ó diez y seis. Nadie puede figurarse la ansiedad que todos teníamos. Á bordo de un buque que hubiera marchado bien, la falta del viento hubiera sido una gran desgracia ; pero en el que nosotros íbamos que apenas podía marchar, si el viento cesaba, no sabiendo donde nos encontrábamos, perderíamos de vista la isla y probablemente para jamás volverla á ver. En semejante situación, la tierra había encendido en nuestra alma el deseo de llegar á ella ; pero no era

que creyésemos estar salvos, aunque á su vista la vida parecía reanimarse, y con los corazones angustiados, temíamos una nueva contrariedad. Por un momento, me había dejado llevar demasiado lejos por la esperanza ; pero recordando que era el jefe del barco, traté de rehacerme y hacerles ver, que tomaba con frialdad aquel nuevo misterio que nos aguardaba ; y después de algún esfuerzo, pude conseguirlo, y les dije :

—Que veamos tierra no es razón para que nos dejemos morir de hambre. Sinet, ve para la cocina y arregla la comida ; y dirigiéndome á Mateo le pregunté : ¿ Puedes ver bien la tierra ?

—Está quieta como una *igresia*, y *cáa* momento *paece* ser más grande ; me contestó.

Con objeto de buscar á Rosa la distracción que necesitaba, la dije que fuera á reemplazar á Sinet, para que tuviésemos pronto el almuerzo. Después llamé á Mateo y á Sinet y les dije :

—Esa isla no está marcada en la carta, así es, que no debemos esperar encontrar ningún viviente en ella ; nosotros tenemos que ser los prácticos y cuanto antes comencemos á preparar las anclas, será mejor.

Dí estrictas órdenes á Roberto sobre la manera con que debía guiar y nosotros tres fuimos á proa para arreglar las anclas, cuyo trabajo nos costó más de una hora, al cabo de la cual la tierra comenzaba á verse en línea recta con el botalón. Dirigiéndome á Rosa, le señalé con el dedo para que viera por ella misma la tierra ; pero la pobre, no podía hablar de emoción ; comenzó á respirar de prisa, sus ojos se quedaron como clavados sobre aquel punto y su pecho se levantaba y deprimía con rapidez. Con objeto de poder apoyar bien el telescopio, puse una rodilla sobre la cubierta, comencé á mirar, y pude ver algunos perfiles de la isla. Á

la izquierda se veía el alto pico de una roca; en el centro, una especie de valle como la entrada de una ensenada y á la derecha, una costa baja que parecía ser las laderas de un cráter, á cuya espalda, se levantaba una pequeña loma que se extendía hacia el O. Era un islote, cuya base tendría escasamente un tercio de milla de ancho y no se veía bien desde la cubierta; pero desde la real, estaba plenamente visible, y calculando por el alto de la cubierta sobre la mar, no podía encontrarse más de doce millas de distancia y el pico más alto, no excedería más que el palo mayor del bergantín.

La brisa que había cesado hacía que las rastreras colgaran perezosas, y la idea de que pudiéramos encalmar me desesperaba. Si así sucedía, quien sabe si jamás llegaríamos á la isla, y aunque hubiera una corriente que nos separara de ella, todavía no debíamos quejarnos, dado caso que el bergantín dejaba su estela bien visible, y seguía marchando como á dos millas por hora. Tal era nuestra ansiedad, que temiendo perder de vista el cayo en el caso que nos fuéramos á comer á la cámara, decidímos hacerlo en la cubierta, á cuyo fin, Roberto trajo la comida y una silla para Rosa. El sol se dejaba caer sobre nosotros con gran fuerza; pero estábamos tan preocupados, que si hubiera sido diez veces más fuerte, no lo habríamos notado. Durante el tiempo que estuve en el bergantín, no pasé momentos tan desesperantes como aquellos que pasábamos á la vista de tierra. La mar se movía únicamente por el débil soplo de la brisa, que aunque poca nos hacía avanzar; y sobre las verdes aguas, refractaba el cielo azul sin mancha que nos cubría. Eran como las tres de la tarde, y el islote se veía perfectamente; con el telescopio, se notaban los hilos de plata que formaban las olas al estrellarse contra su base, y su costa se abría en una pequeña garganta, que se extendía

hacia atrás y en el interior, se veían pequeñas lomas cuyas cimas brillaban con el sol. Por momentos, al ver lo lento de nuestra marcha, el calor del sol y que el viento estaba ya casi extinguido, perdía la paciencia, me desesperaba, y comenzaba á caminar por la cubierta como un loco. Como á las cuatro de la tarde veíamos la tierra á cinco millas; pero el viento había cesado por completo, las velas colgaban sin movimiento alguno, y la superficie de la mar parecía de satín azul pálido y tan quieta, qne la isla se veía refractada en sus más delicados perfiles.

—Sinet, le dije, tenemos que remolcarle, no hay otro remedio, de quedarnos aquí, la perderemos de vista.

—Está bien *siñor*. Roberto, *sarta* y pon un cabo *ebajo er* botalón.

—Arriemos el bote y pongamos cuatro remos en él. Rosa, vamos á remolcar el bergantín, ponte á la rueda vida mía, y llévalo directamente hacia la tierra.

Los cuatro saltámos dentro del bote, como á unos treinta pies delante del bergantín, comenzámos á remar, y al ver lo sumergido que estaba, nos causó una impresión de desmayo. Las aguas eran tan claras, que veíamos el reflejo del cobre del casco; los hermosos perfiles del buque, venían graciosamente á terminar en el mascarón de proa, que consistía en una bola, en medio de la cual, se veía una estrella como emblema de su nombre. Remábamos con indecible animación, sabiendo, que llegar á la isla era cuestión de vida ó muerte; de tal manera, que por más de una hora y sudando á mares, nos encontrábamos todavía como á tres millas y media de ella, que reflejada en la mar, nos parecía estar á un tiro de piedra.

—Descansaremos, dije, echando mi remo en el bote; si continúo algo más, voy á caer extenuado por la fatiga, y entonces comencé á retirarme la mar de sudor que cubría mi cara.

—Sr. Lee, me *paece* que tenemos brisa á popa, me dijo Sinet en aqnel momento ; no le *paece* á *usté* por esa *refaja* negra que se vé *ar costao der* bergantín.

Mirando fijamente, exclamé :

—¡ Bendición del cielo ! tenemos la suficiente para llegar hasta el islote.

En un momento, arriámos el cabo y saltámos á bordo del bergantín. La mar se veía del color verde oscuro que la prestaba la brisa que soplaba formando una media luna, cuyos dos cuernos se extendían á gran distancia de nosotros, y las azuladas ondas, parecían como enlazadas con cintas de plata. Las velas comenzaron á hincharse, y el bergantín marchaba cuatro veces más que cuando nosotros lo remolcábamos. Sinet se puso al timón, y yo me fuí á cuidar por las rocas que teníamos á proa.

Era un pequeño islote de coral, ó por mejor decir, una simple roca cuyo punto más alto, á penas se elevaba arriba de treinta pies sobre el agua. Parecía ser circular, y el centro presentaba una pequeña entrada en forma de ensenada, que se extendía hacia el interior, rodeada al oeste por un peñón blanquecino entre quince y veinte pies de altura. Nunca había estado en islas de este género ; su color, era el de una pipa de espuma de mar con la que se ha fumado algunas veces ; hubiera servido de verdadero adorno para un lago artificial y parecía ser de origen volcánico. Con frecuencia he oído decir que al rededor de estos depósitos de coral no hay sonda ; sin embargo, tenía el mayor cuidado por las rocas y arrecifes, porque estaba ansioso de botar el ancla sin injuriar el casco. La entrada de la pequeña ensenada y su base, parecían ser la parte más escabrosa, y se internaba como por un cuarto de milla. Ésta se encontraba á estribor ; ordené que los dos marineros estuvieran listos para largar el ancla, y Sinet al timón, entonces grité :

—¡ Á babor todo ! Al mismo tiempo caen las velas de cabeza ; fuí á popa con Roberto para aplastar la maricangalla, Mateo largó las brazas, las velas se hincharon, y las vergas viraron por si solas. La maniobra echó á popa la presión, la proa volvió suavemente formando un arco ; no con demasiada ligereza, porque el extremo del botalón, casi tocaba las rocas y yo esperaba oir un *crak*, y verlo caer destrozado como una zanahoria. Habíamos entrado, el viento silbaba á lo alto de los palos ; pero sobre la cubierta, nada se sentía. No creímos conveniente hacer ancla allí, porque el bergantín quedaría expuesto á la mar del S. O., y arriando el bote lo remolcámos hasta un sitio más conveniente.

Aquella pequeña ensenada tenía como sesenta brazas y se estrechaba gradualmente, hasta donde echándose hacia la izquierda y como á media milla de su entrada, escasamente tendría ochenta pies de ancho. Era extraño mirar á ambos lados, ver aquella masa de coral sin la más pequeña muestra de vegetación, y donde apenas podía percibirse un tinte verduzco. Cualquiera creería, que una tempestad podía arrancar aquellos picos, y arrojarlos á gran distancia en la mar. Por la apariencia de los bajos de la roca, observé quc había marea ; y que en aquel momento, remolcábamos el bergantín con más ligereza que yo hubiera podido creer. Rosa estaba al timón y yo desde el bote, miraba al cristalino fondo, hasta encontrar el sitio mejor para botar el ancla. Al llegar á la curvatura de la pequeña ensenada, vimos que se extendía al frente por una distancia de cincuenta brazas, cuyo plano inclinado, formaba la base que por su brillante color blanquecino, me hizo creer que era arena. Este plano subía gradualmente hasta que saliendo del agua, terminaba en lo más alto del depósito de coral ; el ancho en este punto, era de treinta á cuarenta pies y su figura ovalada. Allí grité : "¡ Timonel á estribor ! " y al

mismo tiempo remando fuertemente, el barco volvió la cabeza, dimos la vuelta, y mirando hacia el fondo pregunté :

—¿ Qué clase de fondo es ese ? ¿ es roca ó arena ?

—Aquí no hay arena ; me contestó Mateo que había navegado por aquellos mares y sabía algo sobre las formaciones de coral.

Fuera lo que quisiera, aquel fondo, con la delicada trasparencia de las verdes aguas, parecía como si fuera de plata; y era imposible conjeturar, si estaba á una ó á diez brazas.

—*Paece* como la *parma e* mi *mesma* mano ; dijo Sinet, y lo mejor será amarrar en esos pedruscos.

Â no dudar, cualquier aspereza hubiera sido notada y en aquel momento, les dije que no remasen más, puesto que se veía una roca que se levantaba al frente de nosotros.

—Me *paece* que ni siquiera nos *meniámos* ni un poquito ; dijo Roberto.

—¡ Es claro ! *er* bergantín está *encallao*, contestó Mateo.

No podíamos dudarlo, la roca se elevaba sin notarse y al mismo tiempo Sinet que seguía remando, tropezó con su remo en ella.

—¡ Bueno, bueno ! dije ; el casco parece estar tan horizontal como si estuviera á flote ; y si así fuera, en ese caso nos evitaría el gran trabajo de llegar á donde tiene el agujero ; de todos modos, para arreglarlo hubiéramos tenido que encallar y eso, nos "ha venido como de perillas." Sinet y yo subímos á bordo, los hombres echaron las amarras fuertemente aseguradas á las rocas, y en la cubierta las enlazámos al molinete con objeto de hacer subir el bergantín en el caso que la marea fuera más arriba.

Entre tanto, el sol se había ocultado tras de la roca y el casco yacía en la sombra, mientras que los últimos rayos se reflejaban en los picos y en los topes de los mástiles. Pocos minutos después, aquellos brillantes destellos desaparecie-

ron y los negros perfiles se destacaron en los cielos, á donde todavía vacilaban los últimos rayos de luz ; y finalmente, la noche tendió su velo de sombras sobre todo el hemisferio, y las estrellas brillaron sobre nuestras cabezas. El quejido del viento que silbaba en las rocas y en lo alto de los palos de nuestro pequeño buque, las olas que se rompían con suave murmurio sobre los arrecifes, y el eco de nuestras voces, era todo lo que oíamos.

Fatigados por el inmenso trabajo que habíamos tenido durante el día, nos sentámos ; y como teníamos hambre, Rosa y Mateo fueron á preparar la cena, Roberto arregló las luces é izámos la linterna verde sobre el palo mayor, desde cuyo sitio se vería como un faro á gran distancia en el océano. Cuando terminámos la cena, mirando á los hombres con los brazos desnudos, los cabellos esparcidos de un lado para otro, y las caras brillantes al resplandor de la luz, exclamé :

—¡ Compañeros, demos gracias á Dios ! Esta noche podremos dormir más tranquilos que las noches anteriores. Yo no sé donde estamos ; pero estoy seguro que debe ser á 33° 30′ lat. N. y 98° long. O. ; y sea lo que quiera, esta isla ha caído delante de nosotros para tranquilizarnos en el momento en que la desesperación era completa ; nuestros corazones deben estar llenos de gratitud, y si por un momento recordamos lo pasado, veremos que hemos estado mejor que la mayor parte de los náufragos. ¡ Dios ha sido bondadoso y le debemos las gracias !

—No tengo *nãa* que *añair ;* dijo Sinet ; *nesta* cosa tan melancólica *habido argo* extraño y creo que Dios nos ha *protegío.*

—Lo *mesmo piensa* uno *puaquí,* murmuró Mateo ; á la vez qne Roberto dejaba escapar un bostezo, en muestra de aprobación.

—Me parece necesario que tengamos guardia sobre la cubierta ; yo estaré hasta las once, Sinet hasta la una, Roberto hasta las tres y Mateo hasta las cinco.

—Está *prefetamente ;* exclamó Sinet.

Rosa nos sirvió una gota, los hombres encendieron sus pipas, se marcharon para sus camarotes, y ella y yo nos fuimos para la cubierta.

El sonido del viento sobre las jarcias, era tan lastimero que me alarmó ; y poniendo mi mano sobre el brazo de Rosa para imponerla silencio, hubiera asegurado que debajo del bergantín, habían mujeres y niños que se lamentaban tristemente. Aquellas rocas inhospitalarias que hacían ver sus negros y ásperos perfiles en medio de la ténue luz de la noche, eran para nosotros un lugar de refugio incomparable ; y á pesar del incierto futuro, mi corazón alzaba plegarias de gratitud al cielo, por la protección que nos dispensaba. No podía mirar á aquellas rocas casi imperceptibles y cuya base se distinguía apenas por el débil centellear de las aguas en el límite de los pequeños arrecifes, ni oir el lúgubre sonido del viento imitando quejidos en medio de aquel silencio sepulcral, sin sentirme agoviado de funestos presagios. ¿ Cuánto tiempo tenía de existencia la isla ? Probablemente horas, y nuestras voces serían los únicos tonos humanos que rompieran el silencio de aquellos desolados picos. El aire era extremadamente cálido ; sentado á los pies de Rosa, recliné mi cabeza en su falda, y ora hablando en voz baja, ora escuchando los silbidos del viento ó el chasquido de la onda al otro lado de la isla, pasámos un largo rato. Á pesar de lo feliz que era al lado de mi amada, la dije que se retirara á descansar, y en aquel momento, sentí la soledad como nunca en mi vida.

Las dos primeras noches que pasé á bordo del bergantín, sufrí tanto de verme solo, que sería inexplicable ; pero no

veía en el barco el insondable misterio de que estaban rodeadas las rocas de aquel islote, lanzado fuera de la superficie del Pacífico por una de tantas catástrofes incomprensibles al hombre. He leído novelas, en las que se relata la vida de marineros arrojados en esta clase de islas, que no son como la de *Defoe;* con sus frescas sabanas, sus deliciosos frutos y cristalinos arroyuelos ; sinó rocas desnudas, duras como el pedernal, sin agua, sin hierba y que niegan la vida al ser que pretende guarecerse en ellas. No es posible formarse la más remota idea del estado en que el hombre se encuentra en tal situación ; desde el casco inservible miraba al horizonte para ver una vela que nunca llegaba, sólo el ruido de las ondas ó el silbar del viento rompían la quietud de la silenciosa morada. La imaginación ve á lo lejos mil buques que pasan y cruzan por todos los puntos del compás, sin que en ninguno se imaginen la angustia del solitario náufrago ; pero lo más triste, es pensar en la casa en que le vió nacer y que no le verá reaparecer entre sus muros : entonces, el corazón llora y sus quejas son el llanto del alma. Y entretanto, ¿ cuál era nuestra condición ? ¿ Podríamos hacer servible el bergantín ? ¿ Sería imposible que éste nos llevase á una tierra habitada ?

Cuando miré la luz que esparcía nuestra linterna, no pude evitar el desmayo que me causó pensar en la inmensidad del mar en medio del cual nos encontrábamos perdidos. " Si estuviéramos más al N. " me decía ; " todos los días veríamos algún buque que nos pudiera socorrer ; pero aquí, fuera del camino de todos los cruceros, sólo podremos esperar el que de Australia cruce hacia el Sur de América, quizás algún desgraciado que como nosotros sea arrojado por la adversa fortuna, ó bien algún costero de los mares del S. " Eran las once ; llamé á Sinet, cambiámos algunas palabras y fuí á enterrar en la almo-

lıada todos aquellos pensamientos. Un minuto después dormía.

Más tarde, sentí que alguien me tiraba del brazo, y al volverme entre dormido y mi vista eclipsada por la fuerte luz de la linterna, creí ver la cara de un hombre ahogado que me alucinaba con sus fascinadores ojos. Lo miré con terror; pero me tranquilizó oir la voz de Mateo que me decía:

—Quisiera *quiusté* viniera *parriba;* yo creo *quiusté* tiene *quescuchar* un *ruío.*

—¿ Qué es lo que pasa Mateo ? ¿ llegó ya la hora de mi guardia ? todavía no hace diez minutos que me acosté.

—¡ Oh que sí ! Son las cuatro y media y empieza á amanecer; pero venga pronto *quiusté* hace *farta* arriba.

Ya despierto, salté del camarote y tuve que asirme de Mateo para no caer. El barco estaba tan inclinado como si marchara con una fuerte brisa.

—¡ Hurra ; estamos en seco ! grité : ¿ no es eso ? es lo mejor que pudiera ocurrirnos ; y salí dejando á Sinet rascándose la punta de la nariz y medio despierto por mi exclamación.

En el cielo se veía el gris pálido de la aurora ; pero las rocas y el barco permanecían en la oscuridad. El bergantín estaba casi completamente acostado á babor, y el primer ruido que llegó á mis oídos, era el chorro de agua que caía por la proa. Tomé la linterna que tenía Mateo y me fuí para estribor ; pero no ví nada. Después pasé á babor y atando la linterna con un cabo apenas la había bajado un pie de la línea del cobre, cuando ví que sus rayos hacían centellear á una cascada de agua que salía como lanzada de un surtidor.

—Aquí tenemos la quiebra, Mateo, y con la bendición del cielo, antes que hayamos envejecido de algunas horas más, habremos convertido en corcho este pesado casco.

Busqué con la vista alguna otra salida ; pero no encontrándola me convencí que bajo la línea de cobre, el barco estaba completamente sano. Por la caída del agua era consecuencia precisa que la marea bajaba y no habiendo llegado al mínimum de descenso, tendríamos á la vista una gran parte del casco para reparar las averías. En seguida, empecé á tener ánimo, mandé á Mateo que despertara á Sinet y á Roberto, y esperaba impaciente su llegada, porque el naciente día, comenzaba á prestarnos suficiente luz para dar un vistazo al rededor del bergantín.

Cuando los hombres llegaron á la cubierta, se veía con claridad que la mar estaba como doce pies más abajo del sitio donde yo la había visto por la noche, dejando en seco el fin de la pequeña ensenada, que en forma de cuchara y suave como una pieza de mármol labrada, descendía en rampa hasta perderse de vista en la profundidad de las aguas. El cayo era indudablemente de formación volcánica y la constante batida de las aguas lo habían pulido ; los pocos depósitos de coral que se veían en las rocas, parecían haber sido arrancados del fondo, y yacían incrustados en la lava arrojada por un volcán submarino. El agua continuaba saliendo por un agujero á dos pulgadas más arriba del cobre, y como á un pie de las serviolas.

—¿ Puedes ver cuál es el daño ? pregunté á Sinet que estaba en el bote.

—Sí, *siñor, nues* más que un *aujero* y de aquí en poco *luabrêmos arreglao.*

Mandé poner el bote bajo los pescantes y me dejé caer por la amarra. El casco estaba sano y el cobre parecía nuevo y perfectamente limpio ; lo que me hizo creer, que hacía poco lo habían carenado.

—¿ Cómo *poemos* saber *siay* más *aujeros ?* me preguntó Sinet.

—Fácilmente ; dejando salir el agua hasta el último momento, ponemos un fuerte tapón al agujero (por el que cabía un puño) y después de bien calafateado, mediremos el agua en la bodega y esta tarde cuando la marea esté alta, medimos otra vez y tendremos la contestación. Dimos la vuelta al rededor del casco mirando minuciosamente para ver si encontrábamos otra salida ; pero felizmente no vimos ninguna.

El sol enviaba sus rayos sobre los brillantes picos que parecían de plata las cristalinas olas reflejaban en su superficie el azulado cielo, y á pesar de haber nueve pies de agua, la quilla del bergantín se veía como á través de un delicado cristal, y estaba tan limpio y sano como á la parte superior. El casco soportado por la roca, se veía como si la quilla estuviera encallada en la arena.

—Sr. Lee, es una lástima que la marea no baje hasta *ejar er* casco en seco ; pero ¿no *viusté* que lindo barco ? *Mejo* cortar *er pescueso siestas pranchas nuan salío* de un *arsenar. Usté* cree que *La Estrella e la Mañana, luicieron pá* barca *e* llevar *maera ?* pues mire, *er fuecho* tanto *paese* servicio como un *servior diusté.* Y cuando se le ve *er costao*, es bastante *pacer* pensar *queste* fué ó pudiera ser un barco *e ricreación.*

Como lo único que teníamos que hacer era dejar que el agua saliera libremente por el agujero, hasta que cesase y le pusiéramos un tapón, subí á bordo y miré á través de la escotilla del rancho, le dije á Roberto que me trajera la linterna, y bajé la escalera hasta que mi pie estaba á nivel con el agua.

Mirando á mi al rededor, ví dos hamacas mohosas y empapadas, y seis camarotes, tres á cada lado, todos ellos estaban vacíos ; el agua bajo mis pies era negra como tinta, dejaba escapar una especie de sonido lúgubre, y los rayos de

luz de la linterna reflejaban sobre ella con espantosa brillantez. Contemplando aquel antro oscuro, donde los camarotes y las hamacas, eran las únicas reliquias de la humana existencia, un sentimiento de horror se despertó en mí y su vista me hacía temblar ; frío como si hubiera estado en el fondo de un pozo, volví para atrás y cuando salí fuera y comencé á respirar el aire libre de aquella deliciosa mañana, me creí feliz.

Comprendiendo que no tendríamos mucho tiempo que esperar para ver que saliera toda el agua posible de la bodega, la que estando llena de madera no dejaba ningún espacio vacío ; le dije á Roberto que arreglara el almuerzo, puesto que mi intención era pasar el día trabajando. En el entretiempo, los otros y yo, nos pusimos á serrar madera para hacer una plataforma, desde la cual pudiéramos trabajar fácilmente en el agujero. Cuando estábamos ocupados en este trabajo, llegó Rosa alarmada de ver el barco acostado ; la expliqué lo felices que éramos al encontrarnos de aquel modo, y me alegré de ver los ojos de mi amada, brillar con tal animación, que robaba el esplendor á los rayos del sol que nos alumbraba.

Desde que las últimas sombras de los arrecifes de la *Isla de Wight* desaparecieron á nuestros ojos á la salida del Canal, y el vago perfil de las Malvinas se dejó vislumbrar desde la *Sirena*, no habíamos divisado tierra ; y la vista de aquella isla, causó á Rosa una gran alegría. Aunque esta roca desnuda, pálida y envuelta en el misterio del inmenso océano que la rodeaba, traía á la imaginación tristes pensamientos ; sin embargo, no dejaba de tener sus encantos, porque además de la extremada delicadeza de los granos de coral que la cubrían, los desiguales picos, los suaves declives, los diminutos valles, las pequeñas cortadas que se veían aquí y allá, los charcos de agua cristalina que refleja-

ban el sol convirtiéndose como en plata fundida, y á lo lejos la verde mar que tranquila se extendía hasta confundirse con el azulado cielo, daban á la solitaria mole un aire fantástico y majestuoso, que hubiera sido imposible verla sin contemplarla admirado.

Concluido que hubimos el almuerzo, fuí á ver si todavía salía agua del casco y encontré que continuaba con gran fuerza. Entonces, con el deseo de ver la isla que nos servía de abrigo, invité á Rosa á dar un paseo sobre las rocas, y dejando á los hombres en el trabajo, la ayudé á bajar al bote que dirigí al extremo de aquella ensenada en miniatura. Salté en tierra y dí la mano á Rosa quien al poner su pequeño pie sobre la piedra, exclamó con indecible alegría :

—¡ Ay Guillermo mío ; qué sitio tan hermoso para una romería !

La exclamación me hizo reir. ¡ La palabra "romería" trajo á mi imaginación tales ideas y tan extraños contrastes ! : lechuguinos enamorados, viejas mamás, muchachas encantadoras, viejos ramplones haciendo filosofía sobre el juego de los barquillos, vino, música, baile, y alegre paseo de vuelta á casa á la luz de la luna ; y, ¿ qué teníamos delante ? un buque náufrago en este cayo rodeado por cientos de millas con los insondables abismos del Pacífico, el bergantín lleno de agua y con un futuro que amenazaba nuestras vidas ; entonces la dije :

—¿ Cómo vienen á tu imaginación ideas tan alegres cuando tu alma reboza de tristeza ?

Dios sabe que ella hubiera más bien llorado que otra cosa ; la exclamación del angel de mi vida, hizo brotar las lágrimas de mis ojos, y como estaba entre dos pasiones, no sabía cual de ellas tenía más derecho á mis lágrimas. Como es de imaginarse, no había gran cosa que ver en la isla ; su circunferencia apenas tendría una milla y tres cuartos. La

parte N. estaba cubierta por una especie de corteza negra, lo que indicaba que la mar la batía con gran fuerza y que una tempestad podría arrancarla. Estábamos en el punto más alto, y los topes de los mástiles del bergantín se elevaban á gran altura sobre él. La brisa que soplaba del N. E. presentaba á nuestra vista el majestuoso océano, que por leguas y leguas su inmensa superficie se movía temblorosa, entrecortada aquí y allá por ráfagas chispeantes ; todo era de un azul verde pálido, interrumpido por la sombra de las nubes que parecían manchas plomizas. No se veían arrecifes, por lo menos en esta parte, las rocas parecían cortadas á cuchillo y se perdían entre la mar á una profundidad imaginaria. Las aguas tenían el mismo color al pie de la roca que á cinco millas de distancia. Por intervalos, venía la hinchada onda y sin romperse, el enorme volumen se elevaba á diez ó doce pies, y en su rápido descenso, dejaba las rocas convertidas en centelleantes cascadas, y sus espumas al caer á la mar, parecían copos de blanca nieve. Viendo la subida de las aguas en tan buen tiempo, no dudaba que la isla toda, quedaría oculta bajo las olas cuando el huracán agitase la mar.

La vista del sol aquella mañana no me era muy agradable ; sus rayos quemaban como si fueran de fuego y tenía cierto cerco á su al rededor, que profetizaba tempestad. Ví que las amarras estaban sólidamente atadas y no teniendo más que hacer allí, volvimos á bordo del bergantín. Los hombres tenían terminado su trabajo, y como el agua continuaba saliendo no nos ocupámos de tapar el agujero.

Estando en el cayo con Rosa, había observado que los mástiles proyectaban sobre él, y temiendo que en caso de mal tiempo pudieran forzar las amarras, mandé á Roberto y á Mateo que subieran á los palos y bajasen las vergas reales y las de gavias, lo que nos ocupó toda la mañana.

El agua salía ya con poca fuerza por el agujero, y como era de mucha importancia poner un tapón antes que la marea llegara á su mayor altura, nos pusimos á la bomba, y en media hora conseguímos que cesara de salir.

Era cerca de la una de la tarde y aunque teníamos hambre y estábamos cansados ; sin embargo, decidimos no dejar el trabajo, hasta arreglar el barco. Sinet y yo provistos con dos martillos pesados, saltámos sobre las tablas preparadas al efecto, y comenzámos nuestra obra que no presentaba gran dificultad. El barco hacía agua por el espacio que dejaba una tabla que por algún golpe desde el interior se había salido de su empotramiento. En el camarote del carpintero, habíamos encontrado una enorme cantidad de clavos como de dos pies de largo, los que nos sirvieron al efecto. Después de varios minutos, Sinet había hecho pasar un clavo á través de la tabla, y ésta bien asegurada en su puesto, la calafateamos con el mayor cuidado, y entonces embreamos las costuras.

Estando el casco ya arreglado, fuimos á comer, y aunque el tiempo era precioso y yo debía sostener la disciplina de la pequeña tripulación, decidí darles tabaco á los hombres y que descansaran fumando por media hora.

Todo lo que veía me parecía presagiar viento, y entonces traté de ver la manera de asegurar el bergantín, que estaba protegido por todos los lados, excepto hacia la boca de la pequeña ensenada, de cuyo lado, la mar podría romper las amarras y estrellar el buque. Pero, ¿cómo echar las amarras á las rocas? Las anclas eran muy pesadas y no podíamos pensar en sacarlas á tierra, como tampoco arriarlas donde no podrían agarrar. Después de unos momentos de deliberación, pensámos que sacando dos tablas y empotrándolas de la parte atrás de los picos, podríamos fácilmente asegurar á ella los cables. La idea era excelente

y poniéndola en ejecución, forzámos las maderas entre las sinuosidades de los picos, de tal modo, que antes que safarse saltaran las rocas en las que estaban empotradas.

Cuando el bergantín quedó amarrado, eran ya las tres de la tarde, la marea comenzaba á subir rápidamente y el nivel del agua se veía elevarse por pulgadas.

Por una hora estuvimos dándole á la bomba; cuando termináraos, el barco tenía ocho pies de agua, y aprovechámos un momento para cenar. Apenas estuve cinco minutos en la mesa, cuando sin poderme contener salí para la cubierta á observar la subida de la marea y por la altura en que se encontraba en las rocas, creí que el barco debía estar á flote; pero no estaba seguro.

Rosa vino en seguida, la hice partícipe de mis temores y esperanzas, y afortunadamente los primeros se desvanecieron, cuando al aflojar las amarras vimos que el bergantín estaba á flote. Tenía ocho pies de agua, y á un buque de sus dimensiones era lo suficiente para hacerle calar demasiado; sin embargo, al mirar á la mar desde la cubierta, comparándolo á como estábamos algunas horas antes, me creía en el alto de una montaña. El barco continuaba flotando y de nuevo picámos la bomba por media hora más, eché la sonda otra vez y mi corazón latía por saber á que altura estaba el agua. Rosa y los otros estaban á mi lado y con el mayor silencio, esperaban el resultado de la medida.

—¡ Cinco pies ! exclamé al sacar la sonda.

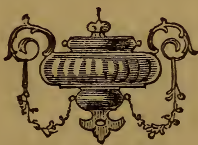
Al decir esto, de todas las bocas salió un hurra; el casco no hacía agua y nuestra alegría sobrepasaba á todo. Ya no éramos náufragos, con nuestro bergantín podíamos dar la vuelta al mundo; y en solidez y seguridad para la mar, competía con el mejor casco de mil toneladas. Á nuestra vista, el islote perdió el aspecto desolado é inhospitalario con que lo veíamos al llegar á él, y en aquel momento, era

como puerto seguro donde encontrarían abrigo los buques que necesitaban reparos. Era tanta mi alegría, que estuve á punto de estrechar á Rosa contra mi pecho; todos nos congratulámos, y Roberto que parecía loco, descalzo empezó á bailar un zapateo y con el ruido de sus pies en la cubierta, entusiasmó de tal manera á los otros dos, que todos tres comenzaron la festiva danza.

Como habíamos trabajado bárbaramente durante el día, creí conveniente que tuviéramos una buena noche de descanso y á la mañana siguiente, concluiríamos por echar fuera el agua que había en la bodega. Antes de terminar el trabajo, dimos una mano á las amarras, lo arreglámos todo y tuve la idea de echar abajo el mastelero de gavia; pero el aire fatigado de los hombres, me hizo desistir de ello y dí por terminado el día.

Ocupados como estábamos no me había cuidado del tiempo, y cuando por casualidad levanté mis ojos y ví el color rojizo que se reflejaba en el cielo, subí hasta las crucetas, desde donde observé el mal cariz de la tarde. Hacia el poniente, todo estaba cubierto por gruesos y negros nubarrones, y entre sus intersticios, se descubría el firmamento como iluminado por un incendio, cuya luz ponía en relieve los perfiles de las nubes, haciéndolos brillar con vívidos colores. Apenas se sentía el soplo de la brisa, y las ondas rodaban en confusión; lo que me hizo pensar, que el ligero soplo de viento que se sentía, era causado por el mar que venía del sur, al encontrarse con el que venía del norte. La marea estaba alta, y de cuando en cuando observaba que un arrecife, límite de la isla hacia el S. O., quedaba oculto bajo las aguas; y en la misma boca de la pequeña ensenada, comenzaba una faja de color verde oscuro, terminada en el poniente con un núcleo tan rojo como la sangre. Cuando la rugiente ola, chocaba sobre los bajos de las rocas

cubriéndolas con su espuma de deslumbradora blancura, me parecía ser el encuentro de dos horribles corrientes, ó bien la formación de una tromba marina. Las olas que venían á estrellarse contra las rocas, el bramido de la mar en su ascenso y descenso á los costados E. y O. de la isla, el ceño rojizo y amenazador del poniente Febo, la completa calma de la atmósfera y el aire inquieto del majestuoso océano, completaban aquella escena de tenebrosa grandeza.





CAPÍTULO XVII

MUERTE DE SINET

Cuando llegué á la cubierta, dije á Sinet, que antes del amanecer tendríamos mal tiempo; echámos otra ojeada á las amarras y nos lavámos para refrescarnos un poco.

—Roberto *miá icho,* que si yo *cría quiusté* pondría *mar fuño,* si los hombres tenían un momentico *e estración,* antes *e* marcharse á *escansar,* me dijo Sinet; *usté* sabe Sr. Lee como son los marineros. Ellos *quien* tener su poquito *e* canto, *jorgorio,* echar un bostezo y fumar la pipa.

Lejos de oponerme, me puse de acuerdo con la idea. ¿Por qué no celebrar la buena fortuna con un canto? Llamé á los hombres y les dije:

—No solo estaré contento de escucharos, sinó que también yo voy á cantar, además os serviré yo mismo una gota y os daré un cigarro; pero con la expresa condición, de que nadie pida más de lo que yo le dé.

Ya de acuerdo, viendo que la cámara estaba como un horno, tendimos un toldo sobre la cubierta, traje una botella de aguardiente, una caja de puros, y lo arreglé todo para proporcionar á Rosa un momento de distracción. Sabía que los hombres apreciarían sobremanera que ella estuviera con nosotros, y como eran honrados y quietos, mientras yo fuera dueño del aguardiente, no había nada que temer de

ellos. Estábamos bajo las velas, las lámparas hacían brillar nuestras curtidas caras, y en medio de aquellos picos bañados por las ondas, creo que jamás pudo iluminarse una escena con contrastes más pintorescos. Sinet, vestía el traje de gala que había encontrado en el camarote del piloto; con las patillas bien peinadas, su cara bronceada y sus alegres ojos, parecía el prototipo del marinero inglés, que no se arredra delante del trabajo; hombre que afronta los peligros con cara de palo, y chalán de mar, en quien podía ponerse toda confianza. Á cada lado de él, estaban Roberto y Mateo, vigorosos y fuertes, marineros desde el cabello hasta las uñas de los pies; de tez brillante como de cuero, y sus grandes manos, tenían los dedos encorvados como si estuvieran asiendo un calabrote.

Cuando mi vista se retiraba de ellos para dirigirse hacia Rosa, apreciaba los contrastes que la naturaleza presenta en su creación. En oposición al tipo rudo y fuerte del marinero, se veían las delicadas formas, la tez blanca y fina, la mirada dulce y encantadora, las pequeñas manos y el gracioso sonreir de mi amada; la que hacía ver, que encontraba en aquella escena algo de alegría y felicidad. Nos habíamos reunido para tener fiesta; pero nos costaba trabajo comenzarla. La ausencia de Rosa, hubiera sido sentida por los hombres, y su presencia, los tenía como aturdidos. Rosa al fin dijo dirigiéndose á Sinet:

—Sr. Sinet, déjenos escuchar su canto.

—*Siñorita*, en mis tiempos, no tenía *mieo* á *naide;* pero ahora, ¡ Dios mío! ¿ qué cantaré yo? no sé *mas que* cantos *e* marineros; contestó Sinet, haciendo mil contorsiones é interrumpiéndose con su propia tos.

—Está bien, dijo Rosa; un canto de marinero es lo que nos hace falta.

Sinet se pasó la mano por la frente, miró á todos, dió un

bostezo y empezó. Cuando llegó al fin de la primer copla, exclamó echando sus brazos al aire :

—¡ Coro !

Todos cantámos y el eco de nuestras voces que parecía despertar la alegría de las rocas, tenía por acompañamiento el trueno de la ola en su movimiento de subida y bajada. Nosotros creíamos estar muertos de fatiga ; pero la gota, el tabaco y el canto, nos animaron de tal modo, que dudo si cinco náufragos, jamás se reunieron en tan alegre coro. Todos cantámos y á cada copla seguía el coro ; sin el cual, no hubiera tenido gracia y después, pedímos que Rosa cantara á su vez. Ella cantó una linda balada sobre una flor, y al escuchar su dulce voz, mi pensamiento, me llevó á *Burmarsh* y al día antes de decirla "á Dios."

Aunque el corazón del pobre marinero no comprende nada sobre flores ; sin embargo, cuando ella hubo terminado, los hombres empezaron á batir palmas, golpeaban el suelo, levantaban los jarros, bebían á la salud de Rosa, y tal era el entusiasmo de Mateo, que creía que no iba á terminar. En este alegre é inocente entretenimiento, habíamos pasado más de una hora, y Sinet cantaba, cuando á la sazón un ruido extraño llegó á mis oídos.

—¡ Escuchemos ! exclamé.

—*Paece quiay poray arguna cardera* que *gierve ;* dijo Mateo que de ningún modo podía haber expresado mejor lo que se oía.

Me puse de pie, y saliendo de la parte cubierta por el toldo, ví que la noche era oscura "como boca de lobo," no se veía ninguna estrella y no se sentía ni un soplo de brisa.

—¿ Qué puede causar ese ruido ? pregunté á Sinet que estaba á mi lado. Inclinó la cabeza como para escuchar y contestó :

—*Ués* un huracán que viene *esturbiando* la mar, *ués* que está cayendo *argún* chubasco *puaquí* cerca.

—¡ Echemos esas velas abajo, antes que las arranque el viento ! grité, al mismo tiempo que por mi indicación Rosa entraba en la cámara.

—¿ *Ancia* qué *lao* viene *er* viento ?, me preguntó Sinet quien probando el agua que comenzaba á caer, continuó diciendo : Sr. Lee, *estues* agua *salaa.*

Apenas habían salido las últimas palabras de la boca de Sinet, cuando rompiéndose la calma de que estábamos rodeados, el huracán comenzó á bramar sobre nuestras cabezas, con terribles rugidos ; y mirando para arriba, se veían columnas de blanca espuma, que lanzadas por encima del islote, cubrían el negro cielo con una claridad cenicienta, que brillaba débilmente como si una capa de nieve se hallara suspendida en la atmósfera. El huracán venía barriendo del O., y por lo tanto, la protección que teníamos, era simplemente la baja loma que por este lado servía de límite á la isla. Aunque sólo una parte del tope y los masteleros de gavia, estaban expuestos ; el viento hacía tanta fuerza sobre ellos, que de no verlo por mí mismo, nunca hubiera creído, que un casco con cinco pies de agua y perfectamente amarrado, pudiera ser agitado por el furioso huracán, presentándole tan reducida superficie de resistencia. Mientras el casco se encontraba al abrigo de las rocas, por encima de él, el viento retorciéndose en un torbellino de densas nubes de espuma, hacía salir de los masteleros ecos que llegaban á nuestros oídos, como espantosas quejas de mujeres puestas al tormento ; al mismo tiempo que las estrelladas olas, al ser arremolinadas en las rocas, caían como fina lluvia sobre nosotros. La tempestad parecía haber querido tomar venganza, haciendo terminar de aquella manera nuestra fiesta, y yo me reprochaba no haber echado abajo los masteleros,

lo que en aquel momento, era imposible. Además de la oscuridad, nadie era capaz de sostener el viento, sus bramidos eran aterradores y su velocidad tan tremenda, que cada vez que mis ojos se dirigían hacia el pico que teníamos á babor, esperaba verlo vacilar, y con horrible estruendo, caer de su base para hundirse en el abismo de donde había salido.

Lo primero que hicimos, fué echar brazas y poner las vergas en la dirección del viento ; y le dije á Sinet que era necesario echar una fuerte amarra á babor, porque si el huracán no cesaba en seguida, por aquella parte las rocas no tenían más de quince pies de altura. Olas como montañas se rompían en ellas y haciendo pedazos el sólo cable que por aquella parte teníamos, el bergantín sería irremisiblemente estrellado contra las rocas del lado opuesto. Este era un trabajo fácil de idear ; pero horrible para llevar á cabo, porque no tan sólo, no podíamos vernos los dedos de las manos, sinó que tendríamos que sacar una madera á tierra, y dado caso que pudiéramos hacerlo y encontrar un pico á propósito para empotrarla ¿ cómo podríamos llegar á lo alto y exponernos al furor del huracán ?

Sin embargo, no había tiempo que gastar en discutir, de un momento á otro, la mar comenzaría á inundar las rocas y no podríamos hacer nada. Tomando la linterna de la cámara y la verde, en siete minutos, habíamos puesto listo un madero. Bajámos al bote llevando las linternas con nosotros, saltámos en tierra, cayendo, golpeándonos y con indecible trabajo, encontrámos una roca detrás de la que lo aseguramos fuertemente y enlazámos el cable. Entre tanto la tempestad continuaba, la lluvia y las olas caían sobre nosotros constantemente, y oíamos el ruido causado por la mar en las rompientes al estrellarse furiosa sobre ellas.

Las luces verde y blanca de las linternas que llevábamos en las manos, arrojaban sus pálidos rayos sobre las caras de

los marineros cuando trabajaban para ajustar las amarras que se habían aflojado, y la calma que allí había, era solamente interrumpida por la lluvia, y de cuando en cuando, por la cresta de alguna ola que rota en las rocas, caía desplomada sobre la cubierta del bergantín.

Apenas habíamos arriado el bote al agua para asegurar los extremos de los tres gruesos cables con que el barco estaba amarrado, cuando un inmenso volumen de agua que saltó por cima de las rocas, cayó sobre nosotros y chocó contra el costado del barco, causando un estruendo tal, que pareció la detonación de un cañonazo. Después de ajustar los cables, volvimos á bordo, asegurámos todo lo que pudiera ser roto ó arrastrado y en una palabra, pusimos nuestro barco con todas las seguridades posibles en aquellos momentos. Levantámos un pequeño abrigo para el hombre que quedase de guardia, y aunque estaba ansioso de irme á la cámara ; sin embargo, mi deber no me dejaba separar de la cubierta, y les dije á los hombres, que se acostasen vestidos y listos para la primera voz de alarma.

La noche estaba intensamente oscura y capaz de asustar al hombre de más nervio ; si no hubiera sido por los pocos rayos de luz que salían de la cámara, mis ojos no encontraran ningún sitio donde posarse. Todo esto era malo ; pero el tronido del huracán y la caída de las olas desde lo alto de las rocas, hacían que la oscuridad fuera horrible y mi pensamiento comenzó á correr en un campo de visiones que parecían presagiar una gran desgracia ; ¿qué sucedería? Las olas empezaron á volar por cima de las rocas, nada se veía y por intervalos todo un océano se desplomaba á lo largo del bergantín, chocando como si hubiera querido hacerlo pedazos ; y las aguas por veinte brazas á proa y popa, parecían subir como llamaradas al tremendo golpe, para perderse luego en la oscuridad infernal que todo lo absorbía.

Como á treinta pies de altura, en los palos, el huracán azotaba, rugía y se retorcía como furioso gato que estuviera poseído de un espíritu infernal. En aquel momento, observé que el bergantín comenzaba á caer hacia la popa ; y aunque debía haberlo precavido porque el movimiento de la mar tenía que causar la elevación de las aguas de la pequeña ensenada ; fuera como quisiera, el peligro que de nuevo nos amenazaba, me tenía confuso y no sabía que determinación tomar. Si espiaba el barco en las bolinas y lo echaba hacia el extremo, ¿ vendría después bastante agua para ponerlo á flote ? y dejándolo como estaba, ¿ no podría abrirse por la popa ? Me decidí á consultarlo con Sinet, cuando apenas había cerrado la escotilla, cae sobre la cubierta tan inmenso volumen de agua, que el barco tiembla y retiembla de proa á popa como si vacilara en hundirse, y al terrible trueno que lanzó el agua en su caída, me pareció que la roca se había desplomado sobre nosotros.

Al entrar en la cámara, encontré á Sinet, que me dijo le era imposible conciliar el sueño con aquellos ruidos que le parecían ser cientos de rayos cayendo sobre el barco, y que de continuar acostado, sería para levantarse con el cabello cano. Le consulté sobre el asunto, y él era de parecer, que el buque no correría peligro si le dejábamos correrse á popa; pero yo no me convencí, sino después que probámos la sonda. Decidido á sondear y temiendo romperme el alma buscando á tientas una sonda por el castillo, dije á Sinet que cerrara la escotilla á mi salida, y como un relámpago salí á la cubierta y desaté una driza. El agua me llegaba á las rodillas, los imbornales hacían el ruido de enormes cascadas y la espuma volaba en el aire como si fuera granizo ; pero en la cubierta, había una calma completa, y el contraste entre la tranquilidad de abajo con el torbellino atronador de treinta pies más arriba, donde uno podría ser arrebatado

por el viento como si fuera una leve paja, me producían una sensación tal que ninguna pluma llegaría á describir.

Volví tan pronto, que durante los pocos segundos que permanecí fuera, no cayó ninguna ola sobre la cubierta; pero era necesario afrontar de nuevo la despiadada mar, y tan grande era el peligro, que sólo mi deseo de preservar el bergantín en todo lo posible, me decidió á ello, sucediérame lo que me sucediera. Entonces, le dije á Sinet, que me esperase mientras yo echaba la sonda, para lo que no necesitaba ayuda; pero me contestó, que le dejara ir solo ó vendría conmigo para correr juntos el peligro; y no habiendo tiempo que gastar en razonamientos, salímos á la cubierta, él con la linterna y yo con la línea.

Las altas muradas del bergantín, nos ofrecían un pequeño refugio, y casi á gatas llegámos á poder echar el plomo; cuando éste tocó el fondo, hice un nudo á la línea, justo al nivel de la baranda, recogí la cuerda y esperámos la oportunidad para escapar.

Todos habréis visto como baten las aguas las murallas de un puerto en un día de viento; unas veces, chocan por intervalos mesurados, y repentinamente y á su capricho, tiemblan, se agitan, y se estrellan cien veces en un minuto, llenando el aire de fina lluvia que brilla á los cambios de luz de las verdes aguas. Nosotros teníamos que esperar sus caprichos también; pero aquellas eran las monstruosas olas del océano, y teníamos que mirar por nuestras vidas: el agua no caía en delicada llovizna, sinó en inmensos mares cuyo peso era suficiente para convertir el bergantín en astillas. Habiendo luz, la protección nos la hubiéramos buscado al ver venir aquellos mundos de agua; pero en su absoluta carencia, no podíamos pensar que venía hasta oir el trueno aterrador de su caída, y como el bramido del viento nos ensordecía, no nos dejaba percibir el chasquido

de las rompientes, que hubiera podido prevenirnos del peligro.

No nos habíamos retirado del sitio donde echámos la sonda, cuando cayó una inmensa mar que sólo pudimos apreciar su volumen, por el espantoso estruendo que produjo al desplomarse, y porque hizo levantar el bergantín una braza sobre el nivel á que se encontraba. El agua arrebató la linterna de la mano de Sinet, y quedámos á oscuras.

—¡ Sálvate Sinet ! le grité. ¡ Ahora es el momento !

Yo comencé á correr para meterme en la cámara ; pero con el agua al pecho y sin ver, caminé á tientas por un minuto dándome golpes, y por temor de no poder encontrar la escotilla ó ser estrellado en el momento de tantear para abrirla, volví á ponerme al abrigo de la murada. Esperé como tres minutos que me parecieron tres siglos, y viendo que no caía más agua, corrí y afortunadamente tropecé con la puerta de la cámara, la abrí ; pero no pude cerrarla á tiempo para impedir que una mar entrase convirtiéndola en un pantano. La lámpara verde ardía sobre la mesa, y su pálida luz reflejaba en las caras de los hombres y en todos los objetos que allí había, dando á la escena un carácter tétrico y aterrador. Allí estaba Sinet sentado, con la cabeza apoyada en sus manos, los cabellos esparcidos por entre sus dedos, y con el agua que le corría de cabeza á pies ; Rosa á su lado, tenía en la mano una botella y un vaso de *cognac*, y los dos marineros estaban silenciosos al extremo opuesto de la mesa.

—¿ Qué tienes Sinet ? ¿ te has hecho daño ? pregunté sacudiéndome el agua de que estaba empapado.

—Cuando ha *llegao e* la cubierta, fué *par* suelo como si estuviera *esmayao*, porque *er* no *tropiezó* en *nenguna* cosa, contestó Roberto.

Dí vuelta á la linterna y la abrí para que nos diera luz

blanca, y al hacerlo, Sinet levantó la cabeza y dijo en voz baja :

—Esa ola ha *tenío quiacerme* mucho *año.* Estaba *güeno ;* pero *ar* entrar aquí *entro,* las *roíllas* se *mian doblao* y caí *par* suelo, Sr. Lee.

Tomó el vaso de *cognac* que le presentaba Rosa, y lo apuró ; pero temblaba de pies á cabeza y le costó gran trabajo abrir la boca para beber. Entonces mandé á Roberto y Mateo que se lo llevasen al camarote, lo desnudasen y cubrieran con ropa seca.

Cuando delicadamente le cogieron del brazo, Sinet marchaba tambaleándose y uno de ellos le decía : "Tenga *usté* ánimo compañero, en cuantico *usté* se encuentre *acostao,* se pondrá mejor, eso *nues naa.*" La manera de andar de Sinet me asustó ; estaba seguro que había recibido alguna lesión interna y volviéndome á Rosa la dije :

—¡ Quiera Dios que no sea nada, vida mía ! ¡ Sinet es mi mano derecha ! ¿ Estabas tú aquí cuando entró ?

—Sí ; después que Vds. fueron á la cubierta llegué yo aquí, porque no podía estar en el camarote. Sinet entró y cayó de la manera que ha dicho Roberto ; yo le traje *cognac* y los dos marineros lo levantaron y sentaron junto á la mesa, donde estuvo quejándose por algunos minutos ; dijo Rosa, y mirándome, exclamó :

—¡ Guillermo mío cómo estás ! quítate esa ropa y toma un poco de *cognac.* ¿ Por qué sales fuera ? Diciendo esto vertió el licor en un vaso y teniendo gran necesidad de él, lo apuré.

—El bergantín tiene que cuidarse, Rosa, la contesté.

Entonces el barco dió una corta pero tremenda sacudida, y recordándome el trabajo que tenía entre manos, medí la sonda y deduciendo la altura de la baranda hasta el agua, ví que teníamos cuatro brazas y media á los costados, y

cinco á popa, lo que me satisfizo. El buque no tenía peligro de tocar en las rocas. Contento por la grata nueva, fuí hacia el camarote donde estaban los marineros acompañando á Sinet, y se les dije para que gozasen como yo.

—Mi *contramestre* dijo Mateo dirigiéndose á Sinet con cariño; *¿nuá oío usteso?* á lo que el último contestó con una especie de quejido.

Esperé hasta que los marineros lo habían secado bien y traté de saber donde se sentía dolor; pero á mis preguntas, contestaba vagamente y su débil voz, era apagada por el ronco estertor que se oía dentro de su pecho. Salí de allí excesivamente impresionado, y Mateo me dijo, que de la manera que se apretaba las sienes, tenía que haber recibido el golpe en la cabeza. Á no dudar, el inmenso volumen de agua, le había hecho el daño en la caída, ó bien le había arrastrado golpeándole contra algún hierro en la cubierta.

Era bastante que aquel valiente y honrado marinero estuviera en tal estado, para que yo me sintiera triste de lo que pudiera sucederle. Entre tanto, Rosa me buscó ropa seca, y al mismo tiempo me preguntó :

—Guillermo mío, ¿quieres permitirme que cuide al infortunado Sinet?

Tal era el cariño que hacia Sinet había nacido en mí durante nuestras horas de infortunio, y tan tierna y delicada la manera con que Rosa me habló, que no era posible pensar en negárselo.

—Sí, y ¡que Dios premie tu buen corazón!

Ella se fué, y al quedarme solo, podía oir que el huracán bramaba con más furia que antes, y las mares se desplomaban sobre la cubierta con espantosa frecuencia; nada teníamos que hacer arriba y por otro lado, de abrir la escotilla, nuestras provisiones peligraban en el caso que la cámara se inundase. Roberto y Mateo estaban levantados y no pare-

cían dispuestos á acostarse. Á la verdad, el ruido del viento intimidaba hasta tal extremo, que ninguna descripción podría hacer concebir. Los hombres me dijeron que preferían acompañarme, y de tiempo en tiempo el tema de su conversación era sobre Sinet. Hablaban con tanta terneza, que parecían mujeres ; y nunca hubiera podido imaginarme, que aquellos hombres tan rudos, pudieran tener pensamientos tan delicados por un compañero.

Por diferentes veces fuí á ver á Sinet. El camarote estaba alumbrado por la ténue luz de una vela de sebo puesta en una botella, y desde que lo habían acostado, ni abrió los ojos, ni cambió de posición. Curioso por ver sus facciones, me aproximé á él : tenía la cabeza apoyada sobre la dura almohada, los cabellos caían en desorden por su cobriza frente, la cara escorchada como la roca que por años sufre las batidas del tiempo y la mar, sus fuertes brazos que impotentes yacían sobre la manta que lo cubría, y el pecho sólido y robusto que tostado por el sol era de un color moreno prieto, en contraste con la extremada blancura de mujer que se veía expuesta por la abertura de su camiseta, me impresionaron tanto, que obligado á decir algo para ahogar la emoción que me estrangulaba, dirigiéndome á Rosa, la dije :

—¡ Tengo la esperanza que no sea cosa seria !

Ella levantó los ojos, me miró y movió la cabeza de una manera triste. La desgracia común, las penalidades que habíamos pasado juntos, y el ver sufrir al honrado marinero inglés, sin acordarnos de lo terrible que la pérdida de su ayuda pudiera ser para nosotros, entristecía nuestros corazones ; además, él había salvado la vida de mi Rosa en el naufragio de la *Sirena*, y cuando recordaba sus alegres cantos de algunas horas antes, remplazados ahora por una respiración ronca y profunda, y sus músculos de hierro con-

vertidos en masas inertes, que le hacían más impotente que un niño : al contemplarle mi corazón pesaba dentro de mi pecho como si fuera una bola de plomo.

Más de una hora estuve paseando por la pequeña cámara ; los dos marineros, estaban sentados con los brazos cruzados, é inmóviles como si fueran estatuas, escuchaban el ruido aterrador de la diabólica escena que tenía lugar sobre nosotros, y el pequeño casco acompañaba á su vez dando terribles sacudidas. Me puse á mirar por una de las ventanillas, cuando rasgándose el cielo, dejó vomitar una horrible llamarada, como si el sol hubiera caído á la tierra y su luz fuera extinguida por un soplo. Las rocas y todo lo que ví, me parecieron la horrible pintura de un monstruoso incendio, seguido de un trueno tal, que la mera detonación me dejó inmóvil y suspendió mi aliento.

—¿ *Quées* esto ? exclamó Roberto saltando sobre sus pies y alzando sus manos hacia el cielo ¡ Dios *Bondaoso*, la isla se va á pique !

En medio del espantoso trueno que se alejaba, empezó á oírse un ruido aterrador parecido al que causaran mil cajas de hierro despeñadas ; duró como diez segundos, y en seguida oímos que un océano de agua caía sobre el bergantín y la luz de la linterna que salía á través de la ventanilla en que yo miraba, se vió reflejada entre las oscuras aguas á gran distancia. Todos guardábamos el más profundo silencio ; ignorábamos lo que había sucedido, y no podíamos imaginarnos lo que vendría un minuto después. Yo, como petrificado por el relámpago, el trueno y los gritos de Roberto, no había tenido tiempo para recuperar mi serenidad, el sudor me corría á mares, y respiraba difícilmente ; entonces me pareció que llovía, y Mateo preguntó :

—¿ Llueve ?

—Así *paece*, contestó Roberto.

—¿ Qué habrá sucedido ? les pregunté á mi vez ; ¿ qué sería el extraño ruido que oímos ? ¿ habrá desaparecido la isla ?

—Dios tenga *piedá destos probes maineros!* exclamó Roberto ; *estués pior* que estar en *metá e* la mar con *er* barco *anegao.*

El bergantín subía y bajaba como antes, yo empecé á respirar con libertad, y silenciosos oyendo la lluvia caer, esperámos ; pero temblábamos de llegar á ver otro relámpago. Entonces Mateo se levantó y viniendo hacia donde yo estaba me preguntó :

—Sr. Lee ¿ qué luces son esas ?

Abrí la ventanilla y ví que las estrellas brillaban como linternas recién despabiladas ; cayeron algunas gotas de agua, escuché y no se oía otra cosa que el ruido de las olas al chocar contra las rocas.

—¡ Muchachos, la tempestad ya pasó y el cielo está lleno de estrellas !

Los dos hombres comenzaron á gritar de alegría ; pero Rosa que llegaba del camarote donde estaba Sinet, con la mano levantada les impuso silencio, y dijo en voz baja :

—¡ Guillermo, me parece que se está muriendo ! vengan á ver.

Había visto algunos en la agonía y á pesar de la débil luz que iluminaba la cara de aquel valiente, pronto comprendí que la muerte estaba cerca. Se había estirado de tal manera, que su cabeza casi estaba debajo de la almohada, la barba dirigida hacia arriba y con las manos entrelazadas. Los pálidos rayos de la luz hacían brillar las gotas de sudor que corrían por su honrada frente y al oir mis pasos entreabrió sus ojos y los dirigió hacia mí.

—¿ Quiere Vd. hablar ? ¿ qué es lo que desea para dárselo ? le preguntó Rosa con extremada dulzura, inclinando la cabeza hasta casi tocar la de Sinet.

Sus labios se movieron, pero no pudo articular; tomé un poco de agua con *cognac* y levantando suavemente su cabeza, con el mayor cuidado le humedecí la boca.

—¿Dónde tienes el dolor? le pregunté. Compañero ¿en qué parte has recibido el golpe?

Trató de mover un brazo; pero no pudo, y una apagada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sr. . . . Lee; dijo en un tono de voz que hacía agonizar el oírle; re . . . ce por un . . . y su voz se apagó.

Como de arrodillarme no hubiera podido verle, apoyé la cabeza entre mis manos y recé en alta voz: "Dios mío ten piedad de este pobre marinero, y si tu voluntad es que muera, perdónale los pecados que haya cometido, y admítelo en tu seno de amor y gracia."

Cuando hube terminado, sus labios se movían, y sus ojos fijos hacia el cielo, se ponían rápidamente cristalinos y sin expresión. Rosa no podía hacer nada allí y considerando lo que sufriría al ver la cara del infeliz agonizante, y haciéndole ver que ya no nos amenazaba el peligro, la dije que se fuera á dormir, que pronto con la bendición del cielo, pondríamos nuestros pies sobre el Continente Americano y volví al lado de Sinet, donde estaban los dos marineros.

—*Paece* que *nuay* esperanza; dijo Roberto con un murmullo.

—¡Esperanza! contesté en el mismo tono; ¿no ves, que en pocos minutos habrá dejado de existir? Esto es tan terrible para él como doloroso para nosotros, com . . . pa . . . ñ . . ., la emoción cerró mi garganta y no pude continuar.

Permaneció en aquel estado por diez minutos, su respiración fué extinguiéndose poco á poco hasta casi hacerse imperceptible y creyéndole ya muerto iba á cubrirle la cara,

cuando como si contestase á alguien que le llamara, levantó las manos, y dijo en voz muy baja :

—¡ *Siñor*, ya voy !

Murió, y sus brazos poco á poco se extendieron á lo largo del inerte cuerpo. Cubrí su cara, y salí del camarote tan emocionado y el espíritu tan abatido, que comencé á llorar como si hubiera sido una niña. La terrible situación en que nos encontrábamos, no daba lugar á dejarnos arrastrar por el sentimiento, su muerte nos hizo olvidar el peligro en que habíamos estado ; pero el recuerdo de los extraños ruidos que oímos, vino á mi mente y salí para la cubierta. Eran como las dos, todo estaba sereno y las estrellas brillaban ; pero la noche continuaba oscura como una tumba, ya no había agua sobre cl barco, y la ensenada parecía como una masa negra bajo las sombras. El bergantín nada había sufrido, los masteleros se veían proyectar por entre las brillantes estrellas, y era una gran felicidad que no hubieran sido heridos por el rayo. Las amarras estaban seguras escepto la de proa, que colgaba libremente, la izámos y había sido rota como si se hubiera quebrado por la tirantez.

Como el tiempo se había serenado y teníamos suficientes amarras para no correr peligro, les dije á los hombres que me dejaran dormir hasta las seis de la mañana, y que no me llamaran sinó en caso de necesidad. Fuí al camarote donde yacía Sinet, tomé la hamaca y me acosté en el otro, y á los pocos minutos me quedé dormido.





CAPÍTULO XVIII

LOS DOS COMPASES

Los hombres me dejaron descansar hasta las seis de la mañana, á cuya hora vino Mateo á despertarme, con una ansiedad tal, que creí notarla antes de estar bien despierto, y me decía :

— *Usté pué* ver ahora el *rúio* tan infernal que nos hizo *tembrar* anoche.

Habiéndome acostado vestido, de momento me puse de pie y salí á la cubierta. Como á dos brazas del pico del botalón, yacía una enorme piedra más grande que la mitad de nuestro bergantín, y que dejaba ver como nueve pies sobre la superficie del agua. Era una roca, que cuando estuve con Rosa sobre la isla, la ví levantada como á cien pies de distancia en el interior, y en la cima de la rampa que comenzaba al fin de la ensenada. Debía haberse derrumbado por el choque de algún rayo ó bien por alguna conmoción submarina. Estaba en el mismo sitio donde yo había pretendido amarrar el barco, y de haberlo puesto, lo hubiera hecho pedazos ; mientras el único daño, consistió en la rotura de uno de los cables. Después subí hasta las crucetas para ver la apariencia de la mar. La mañana era clara y hermosa, y la brisa soplaba del S. O. La onda subía y bajaba tranquilamente á los costados de las rocas y hacia la entrada de la ensenada, y me pareció que la isla no había sufrido ninguna alteración.

Con las experiencias de la noche anterior y con nuestro barco á flote ; pensé que debíamos hacernos á la mar lo antes posible, donde tendríamos más seguridad que en el cayo. Cuando bajé á la cubierta, propuse á los marineros llevar á cabo el último deber con nuestro compañero, cuyo cuerpo después de coserlo en una hamaca lo dejaríamos caer hacia la boca de la ensenada. Quería terminar lo antes posible aquel sagrado deber. No puedo expresar la impresión que nos producía nuestro estado ; ver que los inmóviles brazos que fríos como el hielo yacían en el camarote, no podrían ayudarnos, y que sus fuerzas, su juicio y buena voluntad nos faltarían en todo lo que hiciésemos, me ahogaba de tristeza. Le dije á Roberto que me ayudara á coser el cuerpo ; pero á la vista de él, pareció aterrorizarse, y Mateo se ofreció á hacerlo. Estuve á punto de reprender al primero por su cobardía ante el cadáver de un amigo ; pero me acordé de los horrores que yo había sufrido la primera noche que pasé en el bergantín, y le dije que se fuera á la cocina para poder arreglar pronto el almuerzo.

Una vez cosida la hamaca arriámos uno de los botes, y cuidadosamente por no alarmar á Rosa, pusimos el cuerpo en él, embarcámos una gruesa piedra, la amarrámos á los pies del fúnebre envoltorio y entonces, subí á decir á mi amada que marchábamos á dar una tumba á los restos de nuestro compañero. Lo hice así, porque de otro modo, ella podía salir y aterrorizarse si no nos encontraba á bordo. Hecho esto, comenzámos á remar hacia la salida de la ensenada.

El sol brillaba, y el agua sobre la cual remábamos, era de una trasparencia extraordinaria. Jamás hombres tuvieron el deber de llevar á cabo una comisión tan triste como aquella ; no solo era un compañero, sinó un amigo cuyo juicio y fuerza, lo había hecho para nosotros tan querido como nues-

tras propias individualidades. En diez minutos llegámos á la boca de la ensenada, y protegidos de la gruesa mar por una roca que salía hacia el O., veíamos la onda que lavaba la ligera playa, mientras los rayos del sol reflejaban chispeantes en las rocas de coral, y cuando el agua que las batía retrocedía para avanzar de nuevo, las convertía en deslumbradoras cascadas. Allí los hombres levantaron el cuerpo, hice una corta oración, lo bajaron y le dejaron ir. Tal fué el fin de Sinet ; sólo quedábamos tres hombres para manejar el bergantín, y eso, cuando pudiéramos hacernos á la vela.

Silenciosos volvímos á bordo ; en seguida fuí para la despensa, y mientras Rosa nos preparaba el almuerzo, sacámos á la cubierta las provisiones que pudieran dañarse con la humedad, y las pusimos á orear al sol. Eran las siete y media, el almuerzo estaba listo y nos sentámos á la mesa. No éramos más que cuatro, y la tarde anterior nos sentámos cinco. Al mirarlos, recordé la cara tosca y franca, las maneras y hombría de bien, los graciosos cantos de la velada, la triste posición que tenía cuando sentado allí mismo se apretaba las sienes ; ya todo había terminado, Sinet se había ido ; pero su memoria quedaba grabada en el corazón de sus tristes compañeros. Al concluir de almorzar, les dije :

—Compañeros ; nuestro primer trabajo es sacar el agua que tenemos en la bodega, buscaremos pez para darles á las costuras del casco, y en seguida, saldremos de aquí y nos dirigiremos hacia Valparaíso, que es el puerto más próximo que tenemos ; al cual, si el bergantín tiene buena marcha y nos favorece el tiempo, llegaremos en dos semanas. Es verdad que es una desgracia no tener sextante, y que somos pocos para manejar el barco ; pero encontraremos algún buque que nos dé la altura, y con esperanza y buena voluntad para trabajar, nos salvaremos. Sonreí á Rosa, y los

tres salímos para picar la bomba, que es el trabajo más fatigoso que se hace á bordo de un barco. Nos arreglámos de modo, que siempre había uno descansando diez minutos y remplazaba al otro.

Á las tres de la tarde la bomba no daba más agua, y al oir el sonido ronco del pistón, tal fué nuestro entusiasmo que lanzámos un grito de alegría. Tomámos un poco de agua con *cognac*, y después de veinte minutos de descanso, estábamos frescos y listos para volver al trabajo. Entonces le dije á Mateo que encendiera la lámpara, y me siguió al rancho á buscar la pez y algunas cosas que necesitaba. Al entrar allí, se sentía un fuerte olor á agua salada, y un hombre de tierra, sólo hubiera echado de ver la humedad y falta de luz ; pero para nosotros marineros, cada objeto que veíamos parecía hablar representando el espíritu del infeliz náufrago que lo usó ; y como el explorador en las ruinas de Pompeya y Nínive, pretende oir el eco melancólico de las musas, cuando desentierra el arco de algún templo sagrado ; así nosotros á la vista de aquellos camarotes vacíos, creíamos oir el último suspiro de los hombres que los habitaron, cuando el agua remplazó el aire en sus pulmones. Encontrámos latas de pintura, pez y otras cosas, subímos á la cubierta y en pocos momentos dejámos el remiendo de tal modo, que hubiera llenado la escrupulosa satisfacción de un capataz de arsenal.

El agua trasparente que rodeaba el barco y que apenas subía á dos pulgadas más arriba del cobre, nos permitió inspeccionarlo bien, y parecía que acababa de salir del dique. La sóla cosa que era de sentir y que destruía la belleza del bergantín, era el mal estado del trinquete ; pero decidí dejarlo como estaba, porque tres hombres no podíamos atender á más en caso de alguna borrasca.

Cuando subímos á la cubierta mandé á abrir las escoti-

llas para orear la bodega, y lo primero que ví, fueron dos pipas : la una casi vacía, y la otra llena de agua dulce y deliciosa, y eso me sugerió la idea de buscar más provisiones en el lazareto, de las que encontrámos en gran cantidad ; casi había diez veces más que las encontradas en la despensa. Sacámos la carne y el puerco en latas y como no teníamos necesidad del resto, lo dejámos allí para cuando estuviéramos más descansados. Aquel encuentro, me hizo pensar que al estar el buque tan bien aprovisionado, el capitán que lo mandaba, debía tener la intención de continuar su viaje más allá del puerto que decía el manifiesto.

Entrámos en la cámara, la cena nos esperaba sobre la mesa y Rosa estaba sentada en su sitio de costumbre ; me senté á su lado y los dos hombres ocuparon el extremo opuesto. Hablando entre ellos, oí á Roberto hacer mención de Sinet, y parecía avergonzarse del miedo que había mostrado por la mañana, cuando le dije que me ayudara á coser la lona. Por mi parte, conté á Rosa lo que habíamos hecho durante el día, y después en voz baja, hablámos de todas nuestras desgracias, mi salida de la *Sirena*, el naufragio, Tomás y todos nuestros compañeros, Sinet, nuestra situación en aquel momento, y las probabilidades que teníamos de salvarnos.

La única marca visible en Rosa después de tantos días de angustias, eran dos arcos morados que medio rodeaban sus ojos. Su manera de hablar, su voz, el trabajo que llevaba como sin darse cuenta de lo que hacía, y su mirada que aunque un poco triste sin embargo conservaba el brillo y la animación que tenía en *Burmarsh*, me obligaron á preguntarla :

—¿ Cómo es posible que después de todo lo que has pasado, siendo una niña delicada como eres, puedas encontrarte tan bien ?

—Acuérdate, me dijo con una dulce sonrisa; que estoy á tu lado, y eso es lo suficiente.

—Ya lo sé vida mía, y te creo de todo corazón, la dije; pero sin embargo, tu ánimo es maravilloso, y desde ahora te aseguro que nadie me hará creer que las mujeres no pueden sobrellevar los sufrimientos tan bien ó mejor que los hombres.

Hablámos sobre Ana y su padre, y del trabajo que nos costaría hacerles creer nuestra historia.

—De todos modos, creo Rosa que éste será tu último viaje; la dije.

—Allá veremos, Guillermo mío; me contestó sonriendo.

En aquel instante levantando la cabeza, me llamó la atención ver el compás que para uso de los oficiales estaba suspendido sobre la mesa, y pensando en ella y en *Burmarsh* veía la dificultad en que estaría de guiar el buque sin tener sextante. Comprendiendo la importancia de saber si mi compás estaría bien ó mal, quise cotejar los dos, llamé á Roberto, y le dije:

—Sube al puente y dime desde allí como está la cabeza del barco.

Subió, y de momento gritó:

—*¿ Mioye usté ?*

—Sí.

—Norte medio Oeste.

El compás que tenía á la vista estaba N. por E. La desviación de punto y medio sería considerable, y la cuestión era averiguar cual de los dos estaba bien. Si no había alguna atracción local, uno de ellos estaba malo; y para saberlo determiné ir á tierra. Teníamos dos horas más de sol; pero como el viento era E. S. E. justo lo que necesitábamos para salir de la ensenada, me pareció oportuno dar la vuelta al buque, hacernos á la mar antes de llevar á cabo mis observaciones, y mientras destornillaba el compás, dije:

—Muchachos, ¿no os parece que salgamos de aquí esta noche? los dos compases están discordes y es menester saber cual es el bueno; pero eso, podremos hacerlo después de sacar el bergantín á la mar.

—Sí, sí; *sargamos cuantuantes diaquí*; me contestaron; ya tenemos *e* sobrante con esta tierra.

—Tenéis razón, porque llegada la noche sería difícil hacerlo, y si la brisa cambia entonces no podremos salir.

El bergantín estaba sostenido por cinco amarras, una en cada cuadra, dos á proa, y una al portalón: pues bien; yo me proponía darle la vuelta al buque, que como debe recordarse estaba con la proa hacia el fondo de la bahía. Para esto, pasé el cable que amarraba de la cuadra de estribor á proa y á babor, donde después de pasar el extremo por una polea, lo amarré al molinete; después, el cable de babor á proa lo pasé del mismo modo á la cuadra de estribor, y amarrando también al molinete, dándole vueltas á éste y largando las otras amarras el buque debía de girar sobre su quilla.

Como las maderas á que estaban amarrados los cables no eran de ningún valor para nosotros, Roberto fué en el bote y en un momento largó las amarras, hicimos rodar al molinete y sin oleaje ni viento que se opusiera á nuestra voluntad, en diez minutos, habíamos logrado nuestro intento, y la proa estaba dirigida hacia la boca de la ensenada. Mandé á los hombres que prepararan la gavia y mayor de trinquete, para largarlas en el momento que les diera la orden, y con los dos compases salté al bote, y empecé á buscar un sitio á propósito para llevar á cabo mi experimento. Encontré una roca que á su parte alta presentaba un plano horizontal. Las cartas estaban puestas en los compases con tanta delicadeza, que pasaron dos minutos antes que ninguno se moviera; pero por fin el compás de la bitácora marcaba S. exacto y el otro S. tres cuartos de punto.

Me hallé sorprendido al ver que á bordo la variación era de punto y medio, mientras que allí sólo discrepaban en tres cuartos de punto. Estaba absorto pensando en los compases, cuando oí una voz que decía :

—¡ Una vela !

Volví la cabeza, y uno de los hombres desde las crucetas me volvió á gritar :

—¡ Sr. Lee ! *güerva* pronto á bordo que se ve un gran barco ; *peruende uste* está no lo *puee* ver.

Entusiasmado por la noticia y pensar que un buque grande podía prestarme gente, ó al menos darme un sextante ; eché á correr, salté al bote y al mismo tiempo Mateo me gritaba que fuera listo, que era un gran barco y estaba cerca. Llegué al costado del bergantín, y en un momento desde el tope del mayor y pudiendo ver perfectamente el océano sobre las rocas del O., observé que el buque estaba como á seis millas de nosotros. Me puse á mirarle con el telescopio, y distinguí con precisión casi hasta la línea de agua. El sol se ponía, y las velas hacia este lado parecían sombras ; pero el telescopio me lo hacía ver con toda claridad. Por el tamaño, era un buque por lo menos de mil quinientas toneladas, iba echándose á estribor y con rumbo N., y á juzgar por su fuerte aparejo y gran desplegue de velas, se hubiera fácilmente tomado por una fragata de guerra. Á su vista, la excitación casi me había vuelto loco ; porque aunque no me prestase gente, al menos Rosa podría marcharse en él ; además yo conseguiría un sextante y poner mis cronómetros en hora ; puesto que no era mi intención, dejar podrir mi hermoso bergantín entre aquellas rocas, y á toda costa quería hacerme señalar por el barco. Se movía lentamente ; la brisa apenas le era suficiente para hinchar las velas más ligeras, y hacia la parte N., presentaba una hermosa vista por el poniente sol que enrojecía el

océano sobre el que se deslizaba majestuoso, y todos sus trapos se veían como envueltos por caprichosas sombras. Estaba seguro que en aquel momento, la gente á bordo estarían con los ojos fijos en la pequeña isla, y con los gemelos, tendrían que ver los palos de nuestro bergantín; pero ¿cómo habían de figurarse que éramos náufragos?

Llamé á Mateo y le dije que izara la bandera vuelta del revés y lo más alta posible, y aunque así lo hizo, fué perder tiempo; puesto que estaba mojada y la brisa no podía hacerla ondear. Miraba atentamente al buque para ver si habían notado la señal; pero no ví ni tocar una braza ni desviarlo un solo punto del rumbo que llevaba. Era imposible dejarlo ir sin hacernos ver; llamé á los muchachos y todos tres nos pusimos á cortar leña para hacer una hoguera. En aquel momento recordé que era inútil que hiciéramos fuego á bordo, porque las rocas impedirían la vista y lo mejor sería llevar la madera á la parte O. de la isla que daba frente al buque, y allí prenderle fuego; además les decía que podríamos obtener ayuda de hombres é instrumentos que nos hacían falta, en cuyo caso nos habríamos salvado por completo.

Mis palabras les animaban; según hacíamos astillas las poníamos sobre el bote, y cuando lo tuvimos lleno, las llevámos á las rocas. Con la prisa que nos dábamos no tardámos en trasbordar cantidad suficiente para hacer una gran hoguera. Mientras estábamos ocupados en ello, sin que yo me apercibiera, la brisa refrescó; pero en el momento en que la columna de humo comenzó á elevarse, ví que se retorcía é inclinaba como el extremo de una larga pluma, y el barco aumentaba su velocidad aprovechándose del viento. Mirando fijamente con el telescopio para ver si daban alguna señal que me indicara nos habían señalado, me pasó por la mente la idea de que al ver las llamas, probable-

mente las creerían procedentes de la boca de algún volcán, y en tal caso pasarían sin ni siquiera tomarse la pena de mirar.

Ningún ser humano que no se haya encontrado en tales circunstancias, puede llegar á imaginarse cuan terrible es la ansiedad de los hombres que estando perdidos, ven de cerca su salvación, y con los mayores esfuerzos no la pueden alcanzar. Es verdad que en aquel momento, me encontraba como dueño y jefe de un bergantín sólido, con las mejores condiciones para la mar, bien aprovisionado y con mucha agua, y que en aquellas circunstancias podíamos considerarnos más felices que la mayor parte de los desgraciados náufragos que ruedan de un lado para otro en la inmensidad de los mares ; pero todos los bienes que la Providencia nos había dispensado, no eran suficientes para consolarme, al ver que el buque continuaba su marcha, estando convencido de obtener de él un sextante que era lo que más falta me hacía y deseaba ansiosamente.

El sol estaba casi puesto : se veía la marcha del buque á medida que se alejaba del punto donde brillaban sus últimos rayos, y en el momento en que los hombres iban á traer más leña, les dije :

—Ó aquella gente no quieren ver el fuego, ó lo creen otra cosa ; por eso lo mejor es que nos echemos á seguirles y probablemente virarán cuando vean nuestra bandera á la mitad del palo.

Los hombres convinieron en que era la mejor idea, y empecé á sentir el precioso tiempo que habíamos perdido en encender el fuego. Sin embargo, aunque el sol habría desaparecido por completo antes que estuviésemos en la mar, tenía la esperanza de hacernos ver subiendo y bajando la linterna, y encendiendo fuego sobre el castillo. Todo estaba listo para marchar ; los hombres largaron las velas,

en un momento izaron las vergas y el estay mayor, y el bergantín comenzó á forzar la amarra solitaria que lo sugetaba ; los trapos se redondearon al soplo de la brisa, largué el cable y comenzámos á deslizarnos sobre la líquida superficie de la pequeña ensenada, que en aquel momento empezaba á ocultarse entre las sombras. Ya nos aproximábamos á la salida, cuando dirigiendo la vista hacia la bitácora, recordé que había dejado los compases en tierra, y exclamé golpeando la cubierta con los pies :

—¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ he dejado los compases en tierra ! ¡ qué fatalidad !

Era lo bastante para arrojarse á la mar y terminar de una vez. El extremo O. de las rocas estaban en la cuadra de estribor, y veía el buque que como una sombra marchaba rápidamente alejándose más y más ; y entre él y nosotros el fuego que habíamos encendido en las rocas, enviaba sus rojizos rayos sobre la mar, y convertía como en llamas la hinchada onda que venía á morir bajo él. Los hombres que me oyeron gritar corrieron hacia donde yo estaba, y les dije :

—No podemos hacernos á la mar sin compás, y es mejor perder de vista al buque que no obrar como locos : saltad al bote de momento y ya sabéis el sitio donde están ; no tendréis dificultad en encontrarles, y volved en seguida.

Echamos atrás las vergas y abajo el timón, á cuya rueda se puso Rosa, mientras yo largué las brazas de estribor. Los hombres saltaron al bote sin la menor queja, y comenzaron á remar. Desesperado por mi olvido imperdonable, estaba fuera de mí, cuando Rosa me llamó á su lado para darme ánimo, y me dijo :

—¿ Crees que el buque hubiese hecho más caso al fuego que pensabas encender sobre el castillo, que al que está ardiendo en las rocas ?

—Casi te doy la razón, la dije ; pero se me había puesto en la cabeza hacerme señalar ; quizás lo hubiera conseguido en este momento, y pensar que mi olvido ha traído esta nueva desgracia, me desespera.

Viendo que el buque se alejaba rápidamente y que había cargado sus trapos á la brisa, me empezó á consolar la idea de que mi esperanza de hacerme señalar ó darle caza, era simple ilusión ; y me puse á escuchar el chasquido de los remos sobre el agua.

Hacía más de un cuarto de hora que el bote había marchado y aún se podía distinguir el perfil de las rocas ; pero la oscuridad era tan densa que me era imposible determinar la boca de la ensenada, aumentando más mi incertidumbre los deslumbradores rayos que la hoguera hacía reflejar sobre las aguas ; entonces le dije á Rosa :

—Creo que los muchachos no tendrán dificultad en encontrar los compases, puesto que les he explicado bien el sitio donde están.

—En pocos minutos volveremos á oir los remos ; me contestó ella.

Con los ojos clavados hacia el sitio donde estaba la boca de la ensenada, aprestaba el oído para percibir el menor ruido que viniera de aquella parte. Hacía poco más de veinte minutos que los hombres se habían ido ; pero me era imposible saber á la distancia que el bergantín había sido separado por la corriente ; la isla me parecía una pequeña roca, y la hoguera no se veía sino como una simple chispa.

—¡ Escucha ! dijo Rosa, uno de los muchachos llama.

Escuché, y en pocos momentos oí un eco apagado ; fuí para la cuadra y poniendo las manos en forma de caracol, les grité con toda la fuerza de mis pulmones, y me quedé escuchando. Un momento más tarde, creí oir las dos voces juntas, y llamé á Rosa para que escuchase. Repetidas veces

llegaron á nuestros oídos los apagados é indistintos gritos de los hombres.

—¿ Qué les habrá sucedido ? ¿ por qué no vienen á bordo ? Ellos saben que yo no puedo hacer nada y sino vuelven listos corren peligro de que perdamos de vista la isla.

—¿ Habrán tenido algún contratiempo ?, exclamó Rosa alarmada.

Las desgracias porque habíamos pasado, la hacían comprender la situación horrible en la que aquellos infelices podían encontrarse en la desolada roca, sin provisiones ni agua. Yo miraba con el telescopio ; pero no veía más que una sombra sin forma ni perfiles. Una vez más, y un sonido que parecían ser las voces, llegó á nuestros oídos ; pero tan débil, que más bien era una ilusión. Dios nos había protegido en todas nuestras desgracias inevitables ; pero aquí teníamos una nueva que caía sobre todos de la manera más horrible. Si triste era para nosotros quedar en el barco sin brújula, é imposibilitados de ir por ningún lado ¿ qué no sería para aquellos infelices que no tenían por abrigo más que la desnuda roca, sin nada con que calmar su hambre y ni una gota de agua para apagar su sed ? Si perdíamos de vista la isla, no pudiendo saber su posición sería imposible volver á ella. ¡ Qué muerte tan espantosa tendrían aquellos desgraciados ! ¡ Qué horas de desesperante angustia debían precederla ! ¡ Qué horrible golpe caía sobre nosotros en el momento que teníamos todas las probabilidades de salvarnos ! Como anonadado, el espíritu abatido y sin esperanza, me dejé caer sobre la cubierta creyéndome el hombre más miserable del mundo. Entonces Rosa vino á mí, y me dijo poniéndome sus manos en mi frente :

—¡ Ten ánimo Guillermo mío ! ¡ no pierdas la esperanza en Dios ! ¿ Crees que Él nos ha olvidado ?

—¡ Ah ! Rosa, la contesté ; ¿ qué será de esos dos infortunados ?

—Guillermo no temas. ¿ No estábamos peor en el bote los cuatro, sin agua, sin comer y Dios quiso que te encontrásemos para salvarnos ?

—¿ Cómo podremos socorrerles ? Cada minuto que pasa nos separemos más y más. Mira la isla, apenas se divisa y en pocos momentos habrá quedado envuelta entre las sombras, y jamás la volveremos á ver. ¡ Oh Rosa, Rosa, éste es el golpe más cruel de todos !

—¡Guillermo ! me dijo ¡ no desesperes, es menester que tengamos fe y esperanza en la Providencia ! En todas nuestras desgracias has tenido esperanza ¿ puedes perderla ahora cuando más que nunca tenemos necesidad de tu calma y sano juicio ?

Era imposible escuchar su dulce y animada voz, sin inspirarse en ella. No contesté ; la dí un tierno beso, y esperando oir el chasquido de los remos en el agua, escuché por diez minutos y me fuí para el timón seguido por Rosa.





CAPÍTULO XIX

OTRA VEZ EN EL MAR

No sé lo que sucede en tierra; pero en la mar, lo más terrible es cuando se mira en derredor y no puede hacerse nada. Los más grandes temores, se mitigan con hacer esfuerzos para escapar de ellos; pero si nada se puede hacer, el más pequeño peligro angustia al marinero de una manera horrible. No puede decirse que los hombres que estaban en la isla ni nosotros estuviéramos amenazados por una desgracia inminente; y sin embargo, la imaginación me atormentaba viéndome impotente de poderlo remediar. Quizás habiendo echado brazas, hubiera evitado que nos separáramos; pero no teniendo compás ¿cómo podíamos saber si nos alejábamos más ó menos? Perdiendo de vista la isla que apenas se notaba en lontananza, no tenía modo de salvar los hombres, y todo dependía de un soplo de brisa. Calculé que para dejar de verla, tendrían que pasar seis horas más, y entonces arrié las velas, puesto que cuantos menos trapos colgaran, menor sería el derribe; después no podía hacer nada sino esperar una ráfaga de viento favorable.

Jamás dos corazones amantes pudieron verse en tan terrible prueba; rodeados por el misterio del inmenso Pacífico, todo sumido en la oscuridad, el bergantín se elevaba y hundía al paso de la onda; y sentados sobre el enjaretado

que cubría la cadena del timón, sin pronunciar una palabra, escuchábamos el murmullo de las aguas bajo el casco. Aunque la noche estaba serena, no me hacía tener la menor esperanza, al recordar el huracán que habíamos corrido en la *Sirena* con un cielo tan limpio y estrellado como aquel.

El recuerdo de los pobres hombres abandonados en la isla, estaba latente en mi imaginación; veía sus caras que me miraban desde el lejano horizonte, los contemplaba correr de aquí para allá entre las rocas, buscando agua, dando gritos y pidiendo ayuda que no podía darles; todo lo sufrían por mi imperdonable olvido, y mis nervios padecían atrozmente. Observé que el bergantín derribaba más lentamente que antes, y aquello, empezó á aclarar mi mente en la esperanza de no perder de vista la isla. Hablábamos de la *Sirena* y Tomás, de las probabilidades que tendrían de haberse salvado, y pensaba lo desesperado de su situación durante la noche en el bote largo.

—¿Crees que hayan podido llegar á tierra? me preguntó Rosa.

—No, el viento que tenían los llevaba para el O. por donde no podían encontrar tierra; y de haberse salvado, han tenido que ser recogidos por algún buque.

Tenía mucha jaqueca y apoyado en Rosa me quedé dormido. Cuando desperté me encontré entre sus brazos, y con todo mi corazón le dí las gracias por su gran cariño hacia mí, á la vez que me reproché el egoismo de haberla tenido allí durante mi sueño. Eran las doce menos veinte y con las dos horas de descanso me encontraba bien, cuatro horas más me hubieran repuesto por completo; pero los marineros con poco que durmamos es lo suficiente. Bajé á la cámara y preparé nuestra cena; pero al recordar los infelices que habían quedado en la isla, hubiera dado diez años de vida porque comiesen, lo que por mi parte no pude

hacer. Cuando Rosa terminó de comer, la dije que se acostara, á lo que consintió con mi promesa de llamarla en dos horas para tener guardia mientras yo durmiera; y para tranquilizarla la hablé de que por la mañana llegaríamos á la isla, y que en quince ó veinte días estaríamos en Valparaíso. Con tan buen argumento se tranquilizó, me dió un beso y desapareció tras la puerta de su pequeño camarote.

No hacía más que una semana que me encontraba á bordo del bergantín y me parecían siglos de existencia. No podía comprender el sin número de desgracias, incidentes y trabajo que había llevado á cabo en tan corto tiempo; y á pesar de que mi situación había mejorado ¿cuántos esfuerzos físicos y morales me había costado? Si los dos hombres que estaban en las rocas, pudieran tener abrigo debajo de una piedra, un árbol ó una cueva, y para saciar su sed y hambre les fuera posible encontrar un arroyuelo y algo que comer, entonces todo lo hubiera sobrellevado bien; pero ¿qué podían encontrar aquellos desgraciados? ¡nada! Era menester esperar una gran fortuna, puesto que en aquel casco sin gente para manejarlo y sin sextante, el diablo parecía haber elegido en él, la manera de ponernos en el mayor martirio. Sin embargo, con la compañera que el cielo me había deparado, trataría de hacer alguna cosa, y aunque en vez de contar con un marinero fuerte y robusto, tenía una niña fina y delicada; ella sabía llevar el timón, con sus palabras de consuelo podría servirme de mucho, y de no haberse encontrado á mi lado, hubiera pedido á Dios que terminase mis días, porque la vida se me había ya hecho insoportable. Medí la velocidad del derribe del bergantín, que no excedía una milla por hora, y por la mañanita, la isla estaría visible; pero ¿qué podía hacer yo si continuaba aquella brisa ó tenía calma?, estaría un día ó probablemen-

te más á la vista de la isla sin poder llegar á ella, y después un soplo de viento me la haría desaparecer para siempre.

La noche era tan hermosa, que el peligro de los pobres hombres y el nuestro, lo veíamos como un sueño. La luna nueva estaba cerca del poniente, y parecía ser una pequeña rosa ; mientras los cielos estaban llenos de esplendor con los millares de estrellas que iluminaban su bóveda y se veían como polvo luminoso esparcido en la atmósfera. La brisa sostenía el aparejo en la misma posición, y nada llegaba á mis oídos, excepto el suave murmullo del viento sobre las jarcias, y el ronco sonido peculiar de la hinchada onda al pasar por debajo del casco. No temía recaer en los sueños de superstición y delirio que había sufrido en los primeros días que estuve en el bergantín ; pero rodeado por aquel profundo silencio, mi pensamiento quería averiguar el paradero de la tripulación del bergantín ; después, pensé en la muerte de Sinet y por fin, creía oir las casi apagadas voces de los desgraciados, que solos, esperaban la muerte en las desoladas rocas, que sus quejas no eran escuchadas y morirían en horrible agonía. Todos aquellos pensamientos, me hacían ver el bergantín como un buque condenado, y donde todo viviente que se guarecía en él, no tenía más remedio que morir. Cuando solo en aquel barco, mi imaginación se había ya acostumbrado á la soledad, me reanimó la llegada de Rosa y los hombres en el bote ; pero ahora, el deseo de tener compañeros conmigo se me presentaba como la mayor necesidad ; y mirar sobre la cubierta sin ver á nadie, y si necesitaba ayuda, sólo Rosa contestaría mi voz, me desesperaba. Cuando por azar mis ojos se dirigían hacia la bitácora, donde no había ni compás ni luz, mis nervios se crispaban de horror, y creía que me había vuelto ciego.

Comencé á pensar que haría si perdía de vista la isla

con la brisa que soplaba ; y al ver que la dirección de ésta, sólo podía juzgarla por la posición del sol, mi imaginación se extraviaba. Es cierto que tenía la esperanza de ver algún buque ; pero á contar por los chascos que en este particular había llevado, perdía todo mi ánimo. Sin compás ni sextante, caminaría como ciego que ha perdido su camino, y no puede decir hacia donde está el punto á que se dirige. Tal era mi intranquilidad que no podía estar sentado ; encendí un cigarro creyendo que el humo me daría distracción, y con los ojos fijos en la negra mar, si alguno me hubiera preguntado qué veía, le hubiese contestado "nada."

La brisa continuaba y no sabía hacia que cuarto del compás caía la isla donde mis infortunados compañeros esperaban por mí. Como á las tres de la mañana no se sentía un soplo de viento ; y al convencerme de ello, todo mi sistema se reanimó. Después de la calma, podía venir una brisa favorable, que me permitiera llegar á la isla, y teniéndola á la vista, como á mi parecer estaba, la esperanza me hizo recuperar mi abatido espíritu. Puesto de pie sobre la baranda, quería saber hacia que lado estaría la tierra, cuando una mano me tocó y preocupado como estaba por la profunda soledad, estuve á punto de caer al agua ; pero al reconocer á Rosa, salté á la cubierta y dirigiéndome la palabra, me dijo en tono de reproche :

—¿ Por qué no me llamaste como me habías prometido ?

—No te incomodes por eso, vida mía ; estoy muerto de impaciencia porque llegue el amanecer, para asegurarnos de que la isla está á la vista.

—Ya no tendremos que esperar el día más que tres cuartos de hora, me contestó Rosa.

—Sí, y que Dios nos traiga con él un viento favorable para salvar á esos muchachos ; la contesté.

—Yo quisiera, Guillermo, que no te martirizaras de ese

modo. ¿No sabes que tu voz tiene un eco tan extraño que apenas podría reconocerla? Con lo que he visto de la mar puedo decirte, que la suerte cambia constantemente de una manera tan brusca, que ningún hombre debe perder la esperanza.

—¡Ah Rosa! haces bien en consolarme; pero al recordar á esos infelices, pierdo el juicio; además que ni tengo tu ánimo, ni tu fe, y á no dudar no me faltaría tanto, si hubiera sufrido menos.

—Es verdad que sufres y has sufrido mucho, me dijo acariciándome tiernamente; pero gracias á Dios todavía vivimos y quien sabe si el sol que está pronto á alumbrarnos, nos traerá con su luz la felicidad que ansías. ¿Cómo es posible que el marinero que en *Burmarsh* me reprochaba que cantase cuando él estaba triste, tenga yo que animarle en este momento?

Aun encontrándome á punto de ahogarme, su manera de hablar me hubiera obligado á sonreir, y como tenía razón en sus palabras, la dije:

—Sí, Rosa; yo sé que soy un poco cobarde.

—No, nada de eso Guillermo; pero tú te haces más desgraciado de lo que eres. Ahora, acuéstate y prometo llamarte al romper la aurora.

—Si fuera una hora antes, te complacería; pero ahora es ya tarde, y no puedo hacerlo.

—En ese caso siéntate, cuando caminas tus piernas parecen pesarte como si fueran de hierro, me dijo aproximándome una silla; después, me trajo un poco de licor con que reanimarme y se sentó á mi lado; me hablaba con tanta naturalidad, y me fortalecía de tal manera con sus caricias, que de no haberlo experimentado, era imposible comprender hasta donde llegaba el sacrificio de su amor.

Cuando hacía un rato que estábamos sentados, comenzó

á amanecer, me puse de pie y miré con avidez el horizonte, en la dudosa luz de los primeros albores de la mañana.

—Nuestros compañeros están allí Rosa ; la dije dirigiendo la mano hacia el lado de estribor. Tomé el telescopio, y subí al tope del palo, para buscar la isla deseada en el momento que aclarara un poco más.

La luz aumentaba poco á poco, la mar se ponía plomiza, las estrellas al oriente palidecían, y al occidente, el negro velo de la noche, se veía tan denso como si nunca fuera á romperse. El horizonte empezó á verse en lontananza como una línea oscura é incierta, y apunté mi anteojo ; pero tenía que sugetar mi impaciencia. Por fin, el rojo heraldo del saliente sol, brillaba al oriente ; pero hasta que los rayos del glorioso Febo extendieron sus rosados tintes sobre la mar, las aguas no se separaron del pálido azul del cielo.

—¡ Rosa, allí está ! ¡ allí está la isla ! la dije en el momento que la ví. Parece como á diez millas de distancia, y con la claridad que tenemos la hubiera divisado á cinco millas más.

Miré en derredor, el cielo estaba perfectamente limpio y del azul más brillante y hermoso ; la mar estaba tan plana como un espejo y los rayos del sol reflejaban sobre la tersa superficie con tanta fuerza, que me era imposible mirar á ella. No había el menor signo de brisa, y como la noche anterior había tomado la precaución de dejarle las velas de la manera más fácil, para poder con la poca ayuda de Rosa, prepararme en caso que tuviera viento favorable para llegar á la isla, subí al palo, y con un trabajo sobrehumano, conseguí arriar algunos trapos que caían perezosos y sin movimiento sobre las vergas.

Consolado por la idea de que los hombres divisarían el bergantín, bajé ; Rosa me llamó á almorzar, y después volví á subir para asegurarme de que la isla continuaba á la

vista. Mi gran ansiedad, consistía en el terrible sufrimiento de aquellos desgraciados que expuestos á los ardientes rayos del sol, no tendrían una gota de agua con que mitigar la sed. Como traíamos el bote á remolque, mi primer pensamiento fué remar hasta la isla, para lo que tenía tiempo : calculando que la calma durase todo el día, en seis horas podría llegar, dos y media para volver, eran ocho y media, de esta suerte, antes del anochecer, estaría de vuelta.

Empecé á decírselo á Rosa, cuando ví lo descabellado de mi plan ; ella tendría que venir también, y con un soplo de brisa contraria y todos en el bote, nuestra salvación sería imposible. Eran como las diez de la mañana, cuando Rosa me llamó con un tono que indicaba su ansiedad, y me dijo :

—Guillermo ¿ es viento esa sombra que se ve ?

Salí á la cubierta y descubrí una faja violeta que dividía la mar en dos brillantes mitades. No se veían nubes para causar la sombra ; pero como estaba á gran distancia, creí que podría ser alguna corriente, ó bien una causa local que rompiera la tersa superficie. Al fin, aquella faja oscura se aproximaba, ví que teníamos viento, y me dispuse á prepararlo todo.

La brisa era E. S. E. ; para asegurarme de la posición de la isla, subí á los palos, Rosa se puso al timón y yo esperaba que aquella ráfaga nos conduciría al sitio deseado ; las velas comenzaron á hincharse, y el bergantín contestó al timón como si fuera un pez. Largué las brazas del tiempo y el viento favoreció el movimiento de las vergas ; solo como estaba, arreglé todo lo mejor posible, y felices comenzámos á marchar hacia la isla. Permanecí arriba por un rato ; la esperanza de salvar los hombres me había excitado de tal manera, que me sentía como con fiebre, y pensé, que si la brisa duraba y me ponía á distancia conveniente para

remar hasta la isla, en este caso no teníamos que temer. Bajé por algunos momentos, y dije :

—Rosa, voy arriba con objeto de no perder de vista la isla, y decirte como has de llevar el timón. No bajaré, hasta que las rocas se vean desde la cubierta.

Aunque la esperanza sostenía mi ánimo, al ver que el bergantín se deslizaba sobre el agua como un delfín ; sin embargo, me sentía muy fatigado, y en el momento de poner el pie en las jarcias de trinquete, al hacer impulso para agarrarme á un estay, se me enredó no sé como en la baranda, y cayendo de espaldas fuí al agua con un tremendo *splash.*

Cuando un hombre cae al agua, en el momento en que se encuentra debajo de ella, vienen á la imaginación los más extraños pensamientos, y á pesar de sentir la realidad, parece ser un sueño ; pero yo, ni me admiré, ni tuve miedo. Los pocos segundos que estuve sumergido, miles de pensamientos pasaron como relámpagos por mi mente ; pero cuando saqué la cabeza y respiré, ví mi posición y me creí perdido. Estaba tan seguro de que mi fin había llegado, que dudaba si nadar ó dejarme ir á fondo ; aunque por fortuna, no me había lastimado en la caída. Estuve como veinte segundos debajo del agua, y al abrir los ojos y ver que el bergantín se alejaba rápidamente, sufrí la más horrible agonía ; tenía que morir á la vista de mi amada y dejarla sola en un buque que no podía manejar. "¡ Dios mío ! " dije ; "¡ déjame salvar esos dos hombres y moriré gustoso ! " Las reflexiones más tristes se aglomeraban en mi cabeza, mi cerebro parecía querer estallar, y pensé en continuar nadando para matarme de fatiga antes que me ahogara.

El bergantín que me parecía haber marchado varias millas, estaba á poco más de cien varas de distancia, cuando

ví, que Rosa dejó caer al agua una de las tablas que había sobre la cubierta, y con un esfuerzo sobre humano, traté de sostenerme á flote hasta alcanzar el trozo de madera. Á medida que nadaba, la tabla la veía más y más distante, y el peso de la ropa empapada, parecía quererme hundir. Nadaba de espaldas para poder descansar ; pero mi desesperación era tal que no podía sotenerme sin agitar los brazos. Ya con las ansias de la muerte, me pareció que la tabla estaba apenas treinta pies de distancia, levanté la cabeza, y ví á Rosa desesperada echando los brazos al aire como si quisiera animarme, hice el último esfuerzo, y por fin, pude asirme de la madera ; puse el pecho encima de ella para descansar, y como era grande me sostuve sin dificultad. Nunca pude explicarme como Rosa tuvo fuerza suficiente para arrojarla. Con la vista fija en mi amada y mi atención absorta en admirar su presencia de espíritu, no había visto el bote que ella había arriado y que distaba de mí como doscientas varas ; entonces comencé á servirme de mis brazos como remos, y dirigiendo el extremo de la tabla hacia él, conseguí alcanzarlo ; pero tal era mi fatiga que caí en su fondo sin fuerzas, y parecía que jamás podría ponerme de pie. El bergantín se encontraba como á dos tercios de milla y no había avanzado más, porque al dejar Rosa el timón había virado ; pero no sé porque coincidencia, de nuevo comenzó á deslizarse rápidamente sobre las aguas.

La atmósfera estaba tan limpia y pura, que podía distinguir á Rosa de pie en la popa, y comprendiendo que era inútil gritar, la hacía señas para que echase abajo el timón. En un momento, la ví desaparecer, volvió y creí que miraba con el telescopio ; aprovechando la ocasión la repetí los gestos que indicaban lo que debía hacer, y en pocos segundos ví que había hecho virar al bergantín que suspendió su marcha.

Con la imaginación embrutecida por completo y viendo que no podía manejar los pesados remos, tomé uno de ellos y comencé á bogar. El movimiento puramente mecánico de mis brazos, creo que era un bien para mí; siendo así, que casi estúpido, no podía pensar en la fatiga, y continué bogando como si mis músculos derivaran sus movimientos de un mecanismo de reloj, y mi insensibilidad respondía á ellos, sin conocimiento de causa. Afortunadamente, iba favorecido por el viento; pero el agua salada que había tragado me estrangulaba y el sol con sus rayos de fuego, parecía encender mis empapadas ropas, y abrasaba mis carnes. El ánimo me había abandonado por completo, é inconscientemente, continuaba avanzando hasta que cerca ya del bergantín, ví distintamente á Rosa y comprendía sus gestos. Por ellos veía la desesperada ansiedad de mi angel adorado, y rehecho algún tanto, creí verla sola en medio de la mar, y más lejos, á los hombres que yacían en la isla sin esperanza. Esforzándome de nuevo, llegué al fin de mi jornada, me así fuertemente á la línea que Rosa me arrojó, y pronto, y sin saber como, estaba sobre la cubierta.

La alegría de Rosa fué tal, que jamás los ojos de un amante pudieron ver en su amada; vino á mí con una pasión indescribible, levantó mi cabeza hasta ponerla sobre su falda, lloraba, gritaba, reía, me alisaba los cabellos, volvía á reir y gritaba de nuevo; sus carcajadas se mezclaban con sus lágrimas y por un momento parecía delirar. Sus maneras para conmigo eran tan conmovedoras, que mi alma, jamás podría haber adivinado tanta verdad y amor, en el ser adorado que me acababa de salvar la vida.

Media hora más tarde, reanimado por completo, vestido con ropa seca y habiendo ya tomado un poco de licor que Rosa me preparó, pensé en los hombres; y aunque muy débil, era necesario que de cualquier modo llegase á la isla.

Fuí á la rueda del gobernallo y la eché toda á babor ; con las mayores precauciones subí al tope, bajé y eché el bergantín un punto á estribor que me ponía en directo rumbo.

Rosa se puso á la rueda, y á pesar de sus esfuerzos para contener su emoción, sus ojos estaban inundados en lágrimas. Conmovido como ella, de la manera que me fué posible, le expresé mi gratitud por su devoción hacia mí, su presencia de espíritu y la inteligencia que había demostrado con todas sus acciones ; pero haciéndome dueño de mí mismo, ví la necesidad que había en tranquilizarla, la prodigué las más tiernas caricias y un millón de veces, mis abrasados labios besaron aquella pura y delicada frente, al fin la dije :

—Rosa mía, el marinero de más experiencia no hubiera podido hacer más que tú y aunque conozco lo fuerte que eres, no puedo dejar de admirar tu presencia de ánimo y tu inteligencia sin igual.

—Sin embargo, Guillermo mío, me contestó ; después de largar el bote, perdí por completo la razón y de no haber comprendido tus gestos para que virara el bergantín, en mi excitación, te hubiera dejado morir, puesto que no me acordaba de lo que felizmente tú me indicaste que hiciera.

¿ Cómo era posible que una joven que jamás se había embarcado hasta que puso sus pies á bordo de la *Sirena* comprendiera que con sólo un movimiento del timón podía detener la marcha del barco ?

—Rosa, la dije ; con el mero hecho de haber arrojado la tabla y mirarme con el anteojo, me prueba que conservabas tu razón. ¿ Pesaba mucho la tabla ?

—No recuerdo, me contestó sonriendo ; pero me encontré tan fuerte, que ningún peso podía haber contrarrestado el impulso de mi voluntad. Cuando oí el ruido de tu caída, por un momento perdí la imaginación ; pero volviendo en mí, sólo pensé en salvarte.

—Felizmente, vida mía, no empezaste con desmayos, como es natural entre las señoritas que hacen ver gran sangre fría, talento y buen juicio en los salones.

—En ese caso, no deben pretender ser novias de marineros ; replicó Rosa.

Entretanto, el bergantín marchaba sobre las aguas con la gentileza y velocidad de un vapor. La brisa estaba deliciosa y á pesar de lo que me disgustaba ver á Rosa trabajar ; sin embargo, como era necesario reponerme un tanto del mal efecto que me había producido la caída y por la gran importancia de conservar mis fuerzas ; subí al techo de la cámara, hice una almohada de algunas cuerdas, Rosa continuó al timón y con la isla á la vista, traté de descansar mientras entretenía á mi amada, contándola las impresiones que había experimentado con el accidente.

Aunque es peculiar entre los marineros, olvidarlo todo en el momento que ha terminado la acción ; sin embargo, yo pasaba y repasaba lo sucedido y la parte que Rosa había tomado en la escena ; siendo á no dudar la causa de que milagrosamente hubiera escapado de la muerte. Estábamos como á cuatro ó cinco millas de la isla, y de cuando en cuando, me dirigía al timón para asegurar el rumbo ; la brisa había refrescado un poco y el inmenso océano estaba tan azulado como el cielo ; cada ola traía su cresta coronada de blanca espuma, y la hermosa escena, resplandecía con el brillante y caprichoso juego de las aguas. Me levanté, halé el bote al costado, puse en él agua, galletas y *cognac*, y lo dejé ir de nuevo remolcado á varias varas de distancia; fuí para el timón y le dije á Rosa que hiciera algo que comer.

Comimos un bocado, el bergantín continuaba su rápida marcha y apenas distábamos dos millas ; tomé el telescopio en la mano y examinando cuidadosamente toda la isla, le

dije á Rosa que no podía divisar más que un hombre, que de pie, se veía sobre el pico más alto. El bergantín parecía tener alas y ya podía distinguir los menores detalles de las rocas; reconocí á Mateo, que permanecía en ellas inmóvil como una estatua, fuí para el timón, lo eché á estribor, y le dije á Rosa que lo sostuviera en la misma posición; arrié el foque, dí vueltas á las vergas de trinquete y dejando las mayores hacia popa, eché la gavia para atrás y el bergantín comenzó á querer detener su marcha. Después, aseguré la rueda del timón con una cuerda, y disponiéndome á saltar al bote, dije:

—Ahora Rosa, te voy á dejar sola por algunos minutos, no hay peligro de que el bergantín pueda retirarse; pero no toques la rueda del gobernallo.

Bajé al bote, comencé á bogar con todas mis fuerzas hacia la roca donde estaba Mateo, que en su ansiedad el infeliz, había bajado hasta un punto donde el agua bañaba sus pies. No viendo á Roberto aparecer por ningún sitio, mi desconsuelo era terrible. Á medida que avanzaba cautelosamente, veía al pobre Mateo cuyas gesticulaciones y mirada no olvidaré mientras viva. Echaba sus brazos al aire y movía sus piernas como si le doliera sostenerse sobre ellas. Me hablaba; pero el ruido del remo y lo ronco de su voz me impedían comprenderle. Su cara tenía una expresión cadavérica y horrible; su mirada era tal, que no es posible imaginarse nada más lastimero. Llegué con el bote al extremo del arrecife sobre el que Mateo estaba, eché el remo adentro para mirar á los costados; pero la impaciencia de aquel infeliz era tanta, que había bajado hasta que el agua le llegaba al cuello y se asió del bote en cuyo momento tuve que hacer un esfuerzo horrible para subirlo. Como la onda subía y bajaba constantemente, puse el remo en la chumacera para retirarnos del arrecife; mientras él

permanecía echado en el fondo, vertí un poco de agua y licor en un jarro y al presentárselo lo apuró hasta la última gota. La bebida actuó en él como por mágia, é incorporándose, se asió de mi cuello gritando y sollozando como un niño, é invocando un millón de bendiciones para mí, exclamó :

—¡ Dios mío ! ¡ Sr. Lee, qué horas he *pasao !* ¡ Ya *micría* hombre muerto !

Le dí una galleta y la mordía con tanta avidez que parecía que iba á comerse la lengua. En la sien, tenía una gran herida, que se extendía hasta debajo del ojo derecho, y que parecía haber sangrado en abundancia ; sobre ella le quedaba una especie de parche negro, lo que añadido al agitado movimiento con que las arterias pulsaban en su frente, su cara demacrada, los cabellos tendidos y la mirada salvaje que arrojaban sus ojos desmesuradamente abiertos, le hacían aparecer tan repugnante, que sólo la compasión que me inspiraba hubiera podido no hacerme huir de él.

—¿ Dónde está Roberto ? le pregunté.

—Está muerto, me contestó. ¿ Ve *ustesto*, Sr. Lee ? dijo señalando la herida. *Á metá e* la noche se me *güervió* loco *diatar*, y por treinta *menutos mestuvo pegando. Empués* echó á correr y *sartó* á *lagua* yo no le *poía sarvar.* Á poco más da fin conmigo á *gorpes.*

Con gran esfuerzo pude sobreponerme al horror que me causaban sus palabras, y le pregunté :

—¿ Están por ahí los compases ? no podemos pasar mucho tiempo aquí.

—Yo voy á enseñarlos á *usté ;* pero *eme* un poco más *diagua.*

Parece que los pobres, con mi consejo de remar á lo largo de la ensenada, y ansiosos por despachar pronto y salir de la isla, todo les fué bien, hasta que llegaron á la mi-

tad del camino; cuando Roberto, más fuerte que Mateo, hizo virar el bote, entonces, al impulso de los dos remos el bote pasó sobre una roca que estaba casi á la superficie, la proa tocó á tierra, y la popa quedó apoyada sobre la roca que estaba á flor de agua. Creyéndolo seguro allí, fueron en busca de los compases; un minuto después volvieron, y por su desgracia observaron que el bote tenía un gran agujero cerca de la quilla. Dejando los compases sobre las rocas, probaron si flotaba; pero en el momento que sacó la quilla de la roca se llenó de agua. En su desesperación, fueron á los picos para gritarme que volviera á buscarlos; empleando tanto tiempo que ya no vieron el bergantín sino como una sombra á larga distancia de la isla. Cuando Mateo llegó á este punto de su cuento, cesó de repente y mirando al agua dió un grito de terror. Mis ojos siguieron á los suyos, y bajo del cristalino líquido, ví la cara de Roberto. Era imposible congeturar á la profundidad que se encontraba; el agua que lo cubría era tan limpia y trasparente, que se distinguían todos los detalles del cuerpo con tanta precisión, que parecía encontrarse al lado opuesto de un lente. El cadáver de nuestro infortunado compañero yacía boca arriba; los cabellos flotaban sobre su cara, sus brazos en parte inclinados, y una de sus manos oculta por el cuerpo; lo representaban en una posición tan tranquila, que respondía á la frase tan común de "Descanse en paz." Á pocas varas de allí, se veía el bote lleno de agua; ambos habían ido para abajo con la marea, y por la marea volvían á subir juntos. Retiré la vista de aquella desconsoladora escena, pusimos los compases dentro del bote y comenzámos á bogar cautelosamente para evitar la roca que había destrozado el otro bote; y casi sin poder sostener el remo en mis manos, dije:

—Mateo ¿tienes fuerzas para ayudarme con un remo?

—Sí *siñor,* me contestó ; y ambos comenzámos á remar.

Mientras el bote se deslizaba dejando atrás la ensenada que nos había abrigado, recorrí en mi imaginación todo lo que habíamos sufrido en ella, y que de cinco, quedábamos tres, y sólo dos para manejar el bergantín : entonces exclamé como Mateo :

—¡ Dios mío ! ¡ qué horas hemos pasado ! ¿ Habremos apurado ya la última gota del cáliz de amargura ?

Apenas habíamos pasado allí quince minutos, cuando dábamos la vuelta á la boca de la ensenada ; el bergantín había derribado como un cuarto de milla y Mateo apenas podía ya remar. Cuando llegámos al barco, tuve que ayudarle á subir á la cubierta, y Rosa me preguntó :

—¿ Dónde está Roberto ?

—¡ Murió !

—¡ Ah Guillermo mío ! exclamó ; y levantando los brazos al cielo, guardó silencio.

En el momento Rosa condujo á Mateo para la cámara y cariñosamente le lavó y curó la herida. Mi primer ocupación fué poner el compás en la bitácora, y á cuya vista, el desconsuelo que me causaba la ausencia del instrumento fué remplazado por una intensa alegría. Ya no teníamos que hacer nada cerca de la isla que había sido la tumba de dos marineros, y á cuyo recuerdo mi corazón lloraba. Miraba á las rocas y sus picos que brillaban al sol, llamaban mi atención con una tristeza indecible. ¡ Cuán preciosa hubiera sido para nosotros la vida de aquellos dos hombres al empezar el nuevo viaje ! pero Dios lo había ordenado de otro modo. Entonces, antes de poner el bergantín en marcha, discutí conmigo mismo el punto á donde debiera conducir mi rumbo, si á la isla de Juan Fernández ó á Valparaíso ; pero la dificultad de encontrar marineros en la primera, y el exponerme á las degradaciones de los prisioneros

feroces que la pueblan, me decidieron por hacer rumbo á Valparaíso ; además que desde allí, podría tomar pasaje en algún gran barco que fuera para Inglaterra.

Después de tomar mi resolución y hacer una marca sobre la carta, miré al reloj para saber la hora de marcha ; pero estaba parado á consecuencia de mi caída al agua, aunque por fortuna los dos cronómetros que había puesto en hora con la última observación de la *Sirena*, seguían marchando. Mateo estaba sentado á la mesa, y al preguntarle como se sentía, me contestó que se hallaba mejor y que gracias á la delicadeza de la Señorita ya no sentía ningún dolor. Me senté mientras Mateo comía lo que Rosa le preparó, y le dije que marchábamos á Valparaíso ; desde cuyo puerto, podríamos embarcar para Inglaterra y llevaríamos por nosotros la historia de nuestras desgracias.

—¿ Cuánto tiempo *poemos* tardar en llegar *pallá* Sr. Lee ? ; me preguntó Mateo.

—Por la marcha del bergantín que no hace menos de siete nudos en bolina, tardaremos dos semanas ; y ahora puedes venir á darme una mano y alejarnos de aquí cuanto antes.

—Yo ya estoy *güeno ;* contestó y á mi gran placer ví que se mejoraba rápidamente.

Todos tres salímos á la cubierta y Rosa fué para el timón, desató la rueda con la mayor ligereza, y esperaba mis órdenes cuando Mateo mirándola me dijo :

—Sr. Lee, esa *siñorita* es una *creatura maavillosa.* El corazón que tiene es más grande *quer* de las otras *presonas.* ¡ Qué Dios *Ornipotente* le *é* mil bendiciones por su *arma* generosa ! eso lo *igo* yo.

—Lo mismo la deseo por mi parte, exclamé.

Echámos las vergas al viento, hicimos brazas y el bergantín respondió al timón ; continuámos poniendo el apare-

jo en orden y cuando mis ojos se dirigieron á la isla de la que velozmente nos separábamos, y que resplandeciente levantaba sus picos en medio de la mar; la miraba como atónito, y me parecía imposible que nos separáramos de ella para siempre. Los tres dirigíamos atentamente nuestros ojos hacia aquella tierra que había sido la tumba de nuestros compañeros. Mateo que de ordinario tenía una fisonomía dura y sin expresión, en aquel momento parecía verse en sus facciones la imagen de los intensos sufrimientos que había pasado en una sola noche; y sus ojos como sus movimientos, me hicieron convencer de que los pesares refinan al hombre y elevan su inteligencia tanto como el estudio. No teníamos nada más que hacer, el bergantín resbalaba sobre las aguas como una anguila, le dije á Mateo que trajera sillas, nos sentámos, y yo guiaba á la vez, y ansioso de oir la historia de los dos muchachos en la isla, dije:

—Mateo, cuéntanos lo que os sucedió anoche.

—"*Empués e* ver la *quiebraura der* bote, comenzó Mateo; y pensando que *entantico quer* viento venía *e* tierra, *nuera* posible *quiusté* viniera á *secorrenos; víamos er* bergantín que *paecía* una *simpre* sombra, y apuntamos nuestras orejas en esta *ireción paver* si se *vía argún ruío* llegar *puarguna* parte; y *sentaos* en los *peñuscos*, quedámos quietos como palos, pensando en la *escuridá quiabía.*"

—"¿Qué hacemos? me *ijo* Roberto; aquí *nuay* ni un coscurro *e* pan, ni una *bocanáa diagua* y ni tan solo tenemos tabaco *pa* pasar *er* tiempo." "¿Qué *quies quiagamos?*"

—"*¡Náa!* le *ije*, debemos esperar que el Sr. Lee venga á *secorrenos, queso* será por la mañanica *trempano*, poco más ó menos."

—"Sí; pero si el Sr. Lee pierde la isla *e* sus ojos, como no tiene compás no tiene la manera *e* poder verla otra vez."

"Esta *reflesión* cayó como un *roejo* sobre mi cabeza, *miasenté* otra vez, y con *er* corazón que *paecía* gritar *entro er* pecho, los sesos me corrían *diuna* parte *paotra*, y estaba cerca *e güerverme* de cabeza."

—"Mira Roberto más vale que *tiasientes* aquí, y *habrando* pasaremos mejor *er* rato."

—"No quiero, me *ijo*, y se fué á caminar."

"*Espués diun* momentico, Roberto con una voz *e sarvaje*, me sacó *e* mis tristes ensueños é *iciendo* un juramento me *ijo:*"

—"Vámonos *páa* la orilla *paver* que *poemos* hacer con *er* bote."

"Nos pusimos á buscar por *too*, pero *er* bote *nuestaba*, y Roberto juraba y *ecía* juramentos y corría y venía, iba por *too* corriendo y dando *sartos* que me asustó *e tar* manera, que solo me fuí á los picos *páa ocutarme der*, que me llamaba con gritos rechinantes; pero como yo le cojí *mieo*, no quería *habrar*." "*Ar* fin *escramó* como si veinte gentes rugieran *ar* mismo tiempo."

—"Mateo vente *puacá*."

"Yo no quise ir, y con las *framas der* fuego que *sesparcían* por aquellos *pericuetos*, lo *vía* caminar echando los brazos *ar* viento, se paraba, daba *horribres bramíos;* pero nunca se apartaba *e* cierta *estancia e lagua*."

"*Er probe emente*, por *enstinto mia largaba der*." "*Espués dargún* tiempo, empezó á llamarme con rabia y furia, pero *espués* no se ocupó más *deso; er* fuego *siapagó*, y la noche se puso *escura* como boca *diun* lobo."

"Ya *cría* yo que estaba *tranquilizao*, y me fuí *ar* pico más *arto e* las peñas, *measenté* otra vez, y mirando en la *ireción der* barco *horribres* pensamientos andaban por mi cabeza," y *ecía:* "*Sier* bergantín no llega, *nuay* más remisión, *quechar* la cabeza *patrás* y morir." Y cuando *vía*

aquella muerte que poco á poco vendría á echarme las garras *ar* cuello. "*Güen* Dios," *ije*, y comencé á rezar y rezar y *er* pensamiento que tenía *dechame pa lagua pá* terminar *diun gorpe* se fué y me vino la esperanza."

"Había *pasao* así mucho rato cuando *e* repente oí unas *patáas etrás e* la roca, me *güerví pa* ver á Roberto *quiantes* que yo fuera á escapar *mechó* garra *ar* pescuezo, *miabraba* pero tanta fuerza hacía con sus uñas que estaba *sortando er gañate* y las palabras no salían por mi *guargüero*. *Mechaba pa* matarme contra las peñas, y como estaba con las ansias *e* la muerte *forcejiaba pa sortarme*, pero *miagarraba* en otra *vuerta* y dale y machaca con la lucha ; ya no me *poía efender*. *Ar* fin de la *metá diunahora*, y cuando casi ya no me *meniaba*, *mechó* contra una peña y *miabrió* la cabeza ; pero por buena suerte escapé con las *úrtimas* fuerzas y Roberto no *mechó* garra. Entonces *er sechó* á correr *ancia lagua* y *pataplúm*, *luí* caer como si fuera una piedra."

"Dios *mialargó* fuerzas y fuí *pa sarvarlo ;* pero, *¡ er probe* Roberto ya no se *vía !*"

"Arrastrándome *puer* suelo fuí *par* picacho más *arto*, me quité la chaqueta y *meché* tranquilo *pa* esperar que Dios viniera á buscar mi *arma*."

"No sé cuando *miagarró er* sueño ; pero esta mañana cuando ví *quer* barco *vinía*, recé otra vez y Dios *medió* esperanza."

Cuando Mateo terminó, las lágrimas corrían por sus mejillas, y yo ahogado por los sollozos apenas pude comprenderlo. Es imposible calcular el efecto que sus palabras y sus gestos produgeron en mí, y con la expresión de sus ojos representaba las escenas con tanta naturalidad, que en un momento me excitó hasta el extremo de levantarme para defenderlo.

Repuesto de la impresión que me causó el cuento, le dije

que nuestra vida estaba en nuestras manos ; y que desde aquel momento estaríamos en guardia constante y que dormiríamos en un colchón sobre la cubierta, para estar listos á lo que pudiera suceder, hasta que llegásemos á tierra.

Mateo se acostó bajo la sombra del palo mayor, Rosa fué para la cocina, y yo me puse al timón.





CAPÍTULO XX

HACIA VALPARAÍSO

Á pesar de que mi intención era guiar el bergantín hacia Valparaíso ; sin embargo, con el rumbo que llevábamos, si continuábamos por mucho tiempo, terminaría por meternos en la Zona Polar Antártica. Nosotros dos podíamos mal que bien manejar el bergantín ; pero en caso de tener un tiempo borrascoso, nuestra situación sería en extremo difícil. Cuanto más nos dirigiéramos hacia el E., mayores serían nuestras probabilidades de encontrar algún buque que nos prestase el auxilio que tanta falta nos hacía. Rosa no tenía más ropa que la que llevaba encima, y era menester que nos procurásemos algo para ella, dado caso que fueran mujeres en el barco que tuviéramos la suerte de encontrar.

Mientras Mateo dormía, le dije á Rosa que se hiciera cargo del timón, me procuré algunas hojas de papel y las puse en orden para llevar la cuenta más exacta posible de nuestro derrotero. Marchábamos como siete nudos á la hora, y la brisa había refrescado un poco. Libre ya de todos los pensamientos que antes me atormentaban, no me sentía en lo más mínimo los resultados de la inmersión matinal ; repuesto ya, los nervios no tenían la tirantez horrible que me atormentaba algunas horas antes, y mi pensamiento libre vagaba sobre el futuro. El bergantín, se des-

lizaba gallardo sobre el terso rizado de las olas, y cortándolas con su proa las convertía en espuma. Lo veía marchar deleitado, y con las pocas, pero blancas é hinchadas velas que lo cubrían, me parecía un cisne con sus alas desplegadas.

Como á eso de las cinco el bergantín se salió dos puntos de su rumbo, y llevaba S. por E., lo que era inclinarnos mucho para el S.; llamé á Mateo y le dije que tenía intención de virar. Con los ojos espantados se puso de pie, y como queriendo escapar, exclamó:

—¡ Dios *Bondaoso*, eso *nuera* más que un *ensueño!*

—Mateo ¿estabas soñando?

—Sí *siñor*, me contestó; y sentía las garras de Roberto que *miapretaba* el *guargüero.*

—No tengas cuidado de eso, le dije; pronto estarás curado de espanto.

Largámos las brazas, Rosa echó abajo el timón, el barco volvió la cabeza, y en pocos minutos rompía las olas sacando humo de sus crestas. Era la hora de comer, y Rosa fué para la linda cocina de *La Estrella de la Mañana*, que parecía un pequeño paraíso, donde ella confeccionaba nuestras comidas.

Espero queridas lectoras que no diréis "Vaya un regalo que nos hace con su Rosa;" pero aunque me tengáis por loco, os deseo que os amen tanto como el piloto de la *Sirena* la quería, y que vosotras os lo merezcáis como ella; y podéis pensar que no hay ningún hombre que deje de encontrar un algo de que enamorarse; vosotras que conocéis á Rosa ¿creéis que yo tenía bastante razón para amarla?

Sea cualquiera vuestro juicio y dándoos las gracias de antemano, puesto que supongo que será bueno; continuaré mi narración virando de bordo como acaba de hacerlo *La Estrella de la Mañana.* La brisa impelía el bergantín que

marchaba casi inmóvil sobre las aguas. Algunas nubes blanquecinas rodaban por el cielo que se veía de un brillante azul; pero tan deliciosa como aparecía la tarde, no estaba seguro de que la brisa le diera la gana de convertirse en huracán. Mateo ayudó á Rosa á traer la comida, nos sentámos y yo comía al mismo tiempo que atendía al timón. El bergantín comenzó á balancear y en cuanto concluímos le dije á Mateo las dificultades que encontraríamos si la brisa refrescaba un poco, y le expliqué porque yo quería cortar vela.

—Sí *siñor*, me dijo; lo *queusté* dice está *güeno.*

Él se disponía á comenzar el trabajo; pero yo le indiqué, que era mejor aprovechar el tiempo para separarnos lo más pronto posible, de la isla que había sido tumba de nuestros compañeros.

—No se imagine *usté* que yo *quio güelver pallá*, por *naa* de este mundo, dijo Mateo palideciendo como por encanto; es mejor que nos larguemos *cuantuantes destas latetudes.*

Cuando acortámos vela, el bergantín empezó á marchar más tranquilo; pero sosteniendo su graciosa carrera y cada hora que pasaba nos aproximábamos siete millas á Valparaíso. Como había observado por diferentes veces la puesta del sol en aquellos mares, esa tarde comencé á estudiarla con bastante ansiedad, para ver si podía descubrir algo sobre el tiempo. El rosado del cielo era fuerte y brillante; pero no tenía mal cariz, le faltaban los tintes de escarlata que le dan un carácter maligno y aterrador. Las rojizas nubes que seguían á los últimos rayos del astro del día, aparecían como vapores reflejados en un mar de oro fundido; pero la rosada neblina que observé la noche anterior al huracán que sufrimos en la *Sirena*, no se veía Al N. y E., el cielo era de un azul pálido, y oscuro hacia el S.; donde la

mar se dirigía impelida por el viento y presentaba las crestas de las olas como entrelazadas por cintas de color naranja, y en armoniosa oposición á él, formaba un contraste maravilloso y delicado.

—No puedo descubrir nada malo en la puesta del sol, les dije á Rosa y á Mateo que me miraban silenciosos, mientras yo estaba absorto mirando al cielo ; el viento con toda probabilidad continuará poco más ó menos como está ahora y pronto Dios querrá que lleguemos á puerto.

—Yo estoy *conformao* á hacer *cuarquier* cosa que esté en las manos *diun* cristiano ; pero le *iré questoy cansao deste* viaje, y si no fuera porque *paná* sirvo en tierra, no sería Mateo quien se *güerviera* á embarcar.

—No tengas cuidado por eso, que si llevamos esta perla á puerto, ya tendrás conque comprarte un buen petate y gastar algunos reales para quitarte el miedo que tienes en la cabeza ; y volviéndome hacia Rosa la dije en voz baja ; y á tí, te compraré un anillo mejor que el que te regalé en *Burmarsh.*

Rosa sonrió, y nuestra conversación concluyó por ponernos contentos ; arreglámos las luces, izámos la linterna verde en el palo mayor y arriámos la bandera. Por un momento á pesar de que diferentes veces me había horrorizado de encontrarme en aquel barco ; sin embargo comenzaba á querer *La Estrella de la Mañana.*

Ya no era el buque anegado, sino que á flote iba sobre las aguas con la ligereza de un delfín, y las cortaba abriéndose libre paso entre ellas. Cuando metía la cabeza, convertía en lloviznas la onda que encontraba al paso, y al sacarla, se sacudía como el noble perro de Terranova cuando sale del baño ; y de nuevo comenzaba una y mil veces su juguetona marcha, avanzando con extremada gracia y gallardía hacia el puerto de salvación. Enloquecido de ale-

gría al pensar que pronto estaríamos libres y mi Rosa sana y salva en tierra, la dije :

—Rosa, ¿ tienes agua caliente en la cocina ?

—Sí, ¿ por qué me lo preguntas ?

—Porque quiero hacer un ponche y vamos á brindar por *La Estrella de la Mañana* y por nuestro pronto rescate.

Fuimos para la cocina, Mateo quedó á la rueda y pocos momentos después volvíamos con una gran cantidad de ponche delicioso. Nos sentámos y comenzámos á hablar alegremente ; pero la manera conque yo había empezado la fiesta y el buen humor que la había inspirado, no duró largo tiempo ; ninguno de los tres podía levantar los ojos, ver la intensa oscuridad que cubría el inmenso océano sobre cuyo seno se deslizaba nuestro pequeño buque, sin que el pensamiento se nublase con los terribles recuerdos de pocos días, que aunque los veíamos como sueños casi olvidados ; sin embargo, eran tantos los horrores que habíamos experimentado, que ante ellos, nuestro espíritu se vestía de llanto y luto. Encontrábamos más en armonía con nuestros espíritus hablar de lo pasado, que no entregarnos á una alegría que estábamos lejos de sentir. Me acuerdo, que sentados á la popa, los silbidos del viento en las jarcias parecían imponernos silencio de una manera grave y majestuosa, al mismo tiempo que la fosforescente estela que dejaba el bergantín, se veía como lejana procesión de inmenso gentío alumbrados por millones de lámparas verdes.

—La gente de tierra, nos dijo Rosa ; creen que la mar no encierra poesía y encantos ; y al hablar de ella, no creen ver sino naufragios, tiburones y huracanes. Por mi parte, á pesar de lo sucedido, he encontrado tanto que ha llenado mi alma y ha elevado mi ser á las regiones del infinito . . .

—¿ Qué la mar carece de interés ? la dije ; Rosa, el hombre de tierra continuará pensando así, hasta que una

raza de poetas se levante, y oyendo en el suave murmurio de las olas el delicado canto de las musas, cuyo templo tiene por bóveda los cielos y cuyas lámparas son el sol y las estrellas ; inspirado en la verdad, cuente todo lo sublime que ha visto y oído, y no exalte la imaginación sólo con horrores, monstruos y desgracias.

Eran cerca de las nueve, y temeroso de que la fatiga pudiera contrabalancear la salud de mi amada, la dije que se fuera á acostar y la supliqué de no aparecer por la cubierta, hasta tanto que la llamase. Me dió las buenas noches y se retiró prometiendo obedecer mi súplica. Durante la noche no sucedió ningún incidente digno de hacer mención ; el bergantín corría y la brisa se sostenía favorable, por lo que calculé que al siguiente día á las doce estaríamos como á ciento cincuenta millas de la isla. Á las cinco de la mañana la claridad plomiza del naciente día, comenzaba á hacer palidecer el brillo de las estrellas, llamé á Mateo para descansar una hora y que después él descansara otra antes de almorzar.

Apenas haría veinte minutos que me había acostado, cuando me desperté á un grito que dió Mateo ; señalaba para proa y decía :

—Vela á la vista, Sr. Lee, *paece questá par* S.

Instantáneamente me levanté, y tomando el telescopio subí al palo para descubrir su rumbo. Pude ver una barca á todo aparejo que llevaba rumbo hacia el N. E., y me preguntaba. ¿Podrá marchar tan veloz que cruce antes que nosotros nos encontremos á suficiente distancia para hacerles ver que necesitamos socorro ? Arriámos la linterna y en seguida izámos la bandera á medio mástil. Fuí á la cámara, llamé á Rosa y la dije que teníamos un buque á la vista, que subiera pronto á la cubierta. Poco después ella estaba á la rueda ; nosotros nos preparábamos para en el caso

que fuera menester largar más trapo y á toda costa ponernos á buena distancia del barco, y que no pasara sin vernos. No queriendo dejarme llevar por el entusiasmo que me volvió medio loco á la vista de los otros buques, me dispuse á recibir un desengaño y con ese objeto hablé á Rosa y á Mateo para que no se desesperasen si no llegábamos á lograr nuestro fin. Tomé el telescopio y dirigiéndolo hacia el barco, ví ó que venía con gran rapidez ó que nuestro bergantín bajo las gavias se dirigía veloz al punto de emergencia de las líneas que marcaban el rumbo de los dos veleros.

La barca traía una nube de velas : los tres foques, la real y media docena de estáis entre sus palos, y bajo la luz del sol, parecía un buque de perla ; pero á pesar de tanto trapo, se veía inmóvil al compararla con *La Estrella de la Mañana*, que era como el caballo de carrera que enloquecido, va hacia la marca para ganar la corrida.

Mateo fué á hacer fuego en la cocina y Rosa á prepararnos el almuerzo, cuando ya el casco de la barca estaba visible desde la cubierta, y por algunos momentos, la miraba como confuso, porque no podía comprender que calase de aquella manera ; puesto que se hallaba casi tan sumergida como nuestro bergantín cuando estaba anegado.

Almorzámos y ya la barca se veía como á cinco millas de distancia, no podía saber cual era su nacionalidad ; pero me parecía americana. Sobre la cubierta andaban algunos hombres y me sorprendió en extremo como podían haber hallado gente para un buque que iba excesivamente cargado y que parecía una caja sobre el agua. Acababa de retirar mi anteojo de ella cuando Rosa gritó :

—Guillermo, ahora han izado una bandera.

—¡ Por Neptuno, es inglesa ! exclamé.

Poco rato después podía ver las letras de la proa ; pero no me era posible leer su nombre, y los dos buques estaban

para llegar al punto de convergencia hacia el que nuestro bergantín avanzaba casi con doble velocidad que la barca.

—Rosa, hay una mujer á bordo y ya pueden ver que no somos más que tres aquí.

Varios hombres que nos miraban desde el castillo, saltaron á la cubierta y en seguida aferraron la real y echaron brazas á las vergas, y al ver la maniobra exclamé :

—¡ Rosa, echa abajo el timón ! y Mateo y yo comenzámos á trabajar para detener la marcha de nuestro cisne, lo que era difícil, porque no éramos más que dos, y nos habíamos aproximado tanto, que apenas estábamos á media milla. Aunque no hubieran visto nuestra bandera, á medio mástil, al ver á Rosa en el timón, no les cabía la menor duda sobre nuestro estado. En seguida arriaron un bote de los pescantes, y media docena de marineros entraron en él, que pintado de blanco y veloz como una saeta, parecía un pájaro sobre las aguas, y los seis remos hacían espumar las olas según se aproximaban. Echámos la escalera, y Mateo fué para proa á largarles un cabo en el momento de su llegada. No puedo explicar la emoción de que estaba poseído, cuando el bote se acercaba ; mi corazón latía como si quisiera salirse del pecho, y la vista de aquella gente que venían animados, me parecía que profetizaba el fin de nuestras desgracias. Me estremecí de pies á cabeza y tuve necesidad de hacer un esfuerzo sobre humano, para no dejarme vencer por la excitación.

El hombre que gobernaba el bote, era un joven grave, de tez tostada, y vestido con traje azul ; los marineros remaban como si fueran de un buque de guerra, y bajaban y subían los remos con admirable precisión. El que venía á la proa, asió la cuerda arrojada por Mateo, y el joven piloto de la barca subió al bergantín. Se tocó ligeramente el sombrero y mirando á Rosa y á Mateo, me preguntó :

—¿ Ésta es toda la tripulación que Vd. lleva ?

—Tres por todo ; le contesté. Entonces, mandé á Mateo al timón y Rosa vino á mi lado.

—Veo que Vds. se encuentran bastante mal ; me dijo el piloto. ¿ Cómo se llama este bergantín ?

—*La Estrella de la Mañana,* de Puerto Otago. Yo era segundo piloto en la *Sirena* que iba de Londres al Callao, vimos este bergantín anegado y fuí para él, quedando abandonado porque una tempestad se llevó el bote con los muchachos que venían conmigo. Al día siguiente, la *Sirena* se fué á pique. Esta Señorita y tres hombres más, por casualidad encontraron el bergantín, y nos dirigímos á un cayo desconocido ; allí arreglámos el agujero que tenía el casco, un hombre murió de un golpe, otro se volvió loco y se arrojó al agua y los sobrevivientes de tanta catástrofe estamos aquí para llevar el buque á Valparaíso.

—Conocí la *Sirena* ¡ lindo barco ! ¡ Cuánto siento saber que se ha ido á pique ! ¿ En qué podemos ayudarles ?

—Como Vd. ve, no somos más que dos para manejar el buque ¿ podrían prestarme dos hombres ?

—Creo que no, me contestó el piloto ; Vd. ve el tamaño de nuestro buque y no traemos más que diez y seis.

—¿ Podrían prestarme uno ? volví á preguntarle.

—El capitán, parece estar de mal humor por la poca gente que llevamos ; pero podíamos recibir á Vds. tres á bordo.

—Siento mucho no poder hacerlo ; sería una lástima abandonar este casco, después del trabajo que nos ha costado ponerlo así, por eso le doy las gracias ; no puedo aceptar.

—Si fuéramos á Valparaíso todo se podría arreglar ; pero vamos á San Francisco y creo que no podemos deshacernos de un solo hombre.

—Ya has oído la oferta de este Señor, Rosa, ¿ quieres marcharte en ese barco ?

—Sin tí, nó ; no puedo abandonarte Guillermo.

Pidiendo permiso al piloto, me retiré con ella á un lado y traté de convencerla ; pero era inflexible y me contestaba : "sin tí de ninguna manera."

Convencido de su resolución, volví, y al decírselo al piloto sonrió ; llamé á Mateo ; pero dijo al saber el parecer de Rosa y mío :

—Muchas gracias ; éste *questá aquí* no *pué ejar* solo al Sr. Lee y á esta *siñorita.*

—En ese caso, dijo el piloto ; ¿ podemos serles útiles en alguna otra cosa ?

—Yo deseo un sextante y tener el tiempo del meridiano en mis cronómetros ; además si hay una Sra. á bordo le suplicaría que nos vendiera alguna ropa para esta Srta., que no tiene más que la puesta, puesto que todo lo perdió en la *Sirena*, y tomando el cronómetro que yo le daba, me preguntó :

—¿ Necesitan algo más ? ¿ Quiere Vd. acompañarme á bordo ?

—Gracias, no puedo dejar el bergantín por un momento, por lo demás tenemos bastante.

Dió sus órdenes á la gente y el bote comenzó á alejarse en la dirección á la gran barca, que parecía clavada en la superficie de las aguas, y desde la cual, toda la tripulación nos miraban ; á no dudar, el ver á Rosa al timón les había interesado mucho más que la señal de socorro.

De nuevo traté de convencer á Rosa, pero mis esfuerzos fueron inútiles. Entonces vimos que el bote acababa de llegar y el piloto hablaba con un hombre de barba rubia y una Sra. Permanecieron algunos minutos allí, uno de los marineros daba mi cronómetro y todos desaparecieron. Encantado por las maneras delicadas del piloto, fuí á la cámara, tomé unas cajas de tabacos, dos hermosas pipas de es-

puma de mar y seis botellas de Jerez para dárselas por vía de recuerdo. Cuando volví á la cubierta, el bote acababa de separarse de la barca ; en pocos minutos llegó al bergantín y el piloto subió á bordo.

—Le traigo todo lo que Vd. desea, me dijo, con una sonrisa amigable, á la vez que uno de los hombres subía á bordo y tomaba de las manos de otro un sextante, ropa para Rosa, mi cronómetro con la hora de *Greenwich* y un almanaque náutico.

—¿ Puede Vd. decirme cuanto vale todo ?

—Siento en el alma tener que hacer de vendedor judío con un hombre que se encuentra como Vd., me dijo confuso ; pero el dueño del sextante es el segundo y dice que vale quince chelines ; es un hombre que se dejaría ahorcar por ese dinero ; la Sra. del capitán otra de la misma marca, quiere una guinea.

—No haga caso de eso, le dije satisfecho de su franqueza y buenos sentimientos ; el sextante y la ropa, tienen tanto valor para mí, que hubiera pagado gustoso diez veces más de lo que Vd. dice ; y ahora vamos á tomar un vaso de vino á la cámara.

Fuimos para allá y ambos brindámos á la salud de Rosa y por la prosperidad de todos.

—Ahora tenga la bondad de aceptar estas cajas de cigarros y esta pipa ; la otra pipa y las botellas son para el capitán y estos gemelos de teatro para esa Sra.

—¿ Cómo es posible que Vd. regale esto á esa mujer, después de venderle á una infeliz náufraga, valor de media corona por una guinea ? Por mi parte le doy las más expresivas gracias por su recuerdo, y aquí tiene Vd. la latitud y longitud de hoy, y con su permiso me retiro deseándoles las mayores felicidades.

Mateo llevó dos botellas de aguardiente y tabaco para

los marineros, y repitiéndonos las mayores y más francas protestas de gratitud y buenos deseos de parte de todos, el bote comenzó á retirarse. Esperé hasta que llegó á la barca, y en el momento que los hombres estaban en la cubierta, izaron la bandera y la arriaron por tres veces; cuyo cumplimiento que indica, no sólo el deseo de un buen viaje sinó las gracias por los regalos recibidos, lo contesté á mi vez. Tan pronto como echaron brazas á las vergas mayores, todos los marineros subieron á las jarcias y en coro saludaron al bergantín. Sus voces, vibrando sobre las aguas llegaron hasta nosotros para henchir de gozo nuestros corazones; y yo contesté el saludo con mi sombrero. Subímos á las jarcias, pusimos las velas al tiempo, el bergantín pareció animarse por una fuerza extraña, los trapos se hincharon y con la gracia de una gaviota y la velocidad de un pez, comenzó á deslizarse sobre la superficie líquida; rompe la primera onda conviertiéndola en un mar de espuma, se alza, se sacude y vuelve á meter la nariz bajo las inquietas aguas y cortándolas como con cierto instinto de entusiasmo, se deja resbalar sobre ellas como si fuera un queche de regata. La barca tardó mucho rato antes que empezara á moverse, en un momento la inmensa torre de lona se inclinó majestuosa al viento y comenzó su lenta marcha.

Á pesar de la poca vela que llevábamos, media hora más tarde, la barca se veía con su casco cubierto por la espuma, casi sumergido y las blancas lonas se confundían con el puro azul de los cielos: ya nos habíamos fatigado de hablar de nuestro encuentro y como teníamos hambre, Rosa y Mateo fueron á la cocina á preparar la comida, entretanto yo me hice cargo del timón.

Con el sextante que teníamos á bordo, un buque que marchaba con la ligereza de un dorado y provisiones en abundancia, recobré de tal modo mi buen humor que llegué

á olvidar que éramos náufragos ; y si bien es verdad que era penoso para dos hombres llevar el barco á Valparaíso, con la ayuda de Dios no dudé que lo conseguiríamos. Además estaba entusiasmado, porque al divulgarse la noticia de mis desgracias y sin contar lo que me dieran por salvar el bergantín, tendría adquirida la mejor reputación á que puede aspirar un marino. También observé que mi Rosa estaba contenta con su adquisición, que por lo que consistía, sólo hubiera podido recibirlo de parte de una mujer acostumbraba á la mar ; siendo así que desde que la *Sirena* se fué á pique no se había podido cambiar de ropa. Por lo que tocaba al exterior tenía un traje negro de merino, que además de tener buena vista prometía durar algún tiempo, y ella lo preservaba por medio de mandiles de lona. Sus botinas, no parecían haberse familiarizado con el agua salada; y aquella misma tarde, Mateo al ver que uno de los dedos proyectaba fuera de ellas, la suplicó que se las dejara arreglar, y en pocos minutos las trajo admirablemente reparadas y si bien no estaban tan bonitas como al sacarlas de la zapatería, por lo menos eran casi tan fuertes.

Al relatar estos detalles lo hago porque son peculiares á los náufragos ; y además, para decir al lector que á pesar de tanto como sufrió mi amada, jamás le oí la más pequeña queja.

Como yo me había figurado, la brisa nos llevó hasta la línea de los vientos alíseos que del N. O., soplan en aquellos mares. Al anochecer el viento viró á la cuadra, y las ligeras nubes que cruzan el cielo como signo cierto de ellos, comenzaron á hacerse ver en numerosas procesiones. Si bien es verdad que aquellos vientos no nos llevarían tan directamente como yo hubiera deseado ; sin embargo, eran de incomparable valor para nosotros, puesto que con el sólo trabajo de echar brazas de cuando en cuando, llegaríamos á

Valparaíso. Durante tres días consecutivos, desde la aurora al anochecer, no sucedió nada que rompiera la monotonía de nuestra vida solitaria. Por el día, flotaba la bandera á medio mástil, y por la noche izábamos la linterna verde á lo alto del palo mayor. El tiempo estaba delicioso, el sol templaba un poco la fresca brisa y cuando desaparecía al poniente, la fantástica luna dejaba caer sobre la mar sus rayos de plata.

Al siguiente día de haber hablado con el *Águila*, era miércoles y nos encontrábamos á 91° 12′ O. y 33° 15′ S.; el jueves corríamos en los 88° O. y 33° 2′ S. y el viernes en los 84° 50′ O. y 29°′ 28′ S.; cuya marcha, si no podía igualarse con la de un vapor, por lo menos, era muy satisfactoria para un buque de vela que como *La Estrella de la Mañana*, se encontraba medio desarbolado. El viernes después de tomar la altura, como era mi costumbre, fuí á anunciar á Rosa nuestros progresos del día, y como no teníamos nada que hacer, estaba dispuesto á entretenerla con un rato de distracción; entonces la dije:

—Rosa, desde el momento en que me sorprendiste en la cámara de la *Sirena* tenía intención de decirte; pero no me mires así adorada, que cuando llegásemos al Callao quería que nos casáramos allí, y como hemos cambiado de rumbo, si tal es tu gusto, quiero que nos casemos en Valparaíso. Al oírme se ruborizó un poco y con la cabeza baja me contestó:

—Guillermo mío; de haber sabido como iba á terminar este viaje, te hubiera propuesto casamiento antes de salir de *Burmarsh;* pero no podemos evitar esta cadena de aventuras.

—No, ni tampoco tenemos razón para quejarnos de ellas; y en ese caso cuando salgamos de Valparaíso seremos uno.

—Si Dios quiere que lleguemos, estoy dispuesta á que nos casemos y seamos felices.

En aquel momento, Mateo que estaba en el timón me llamó, y sacando la cabeza por la puerta de la cocina, le pregunté :

—¿ Qué pasa ?

—Una vela á proa, me contestó.

Tomé el telescopio y yendo para el castillo, ví un punto blanco en el horizonte ; pero no podía saber ni su tamaño ni su rumbo. Cuando volví encontré á Rosa con los ojos bañados en lágrimas y la dije :

—¿ Qué tienes Rosa ?

—¡ Ah Guillermo mío ! no te molestes por eso.

—¿ Cómo quieres que me disguste ? lo único que siento, es ser yo probablemente la causa de tus lágrimas.

—No es nada porque te puedas disgustar ; solamente que pensando en que nos vamos á casar, después de todo por lo que hemos pasado. ¡ Oh adorado mío ! me dijo dándome un beso ; no sé por qué lloraba.

—Yo te voy á decir Rosa, exclamé asiéndola las manos; todo el mal tiempo que hemos pasado, no ha sido bastante para curarte de ser mujer, y no creo que haya existido una muchacha que al hablar de casamiento dejara de verter lágrimas.

Poco después comimos en la cubierta, como buenos marineros ; la comida consistió en un trozo de carne salada y vaca en conserva ; pero no de la mala clase que venden los provisionistas de Londres, y en especial, aquellos que han tenido el honor de ser concejales del ayuntamiento, cuyo alto puesto, les ha enseñado las funciones paternales de vender al pobre, malo y caro ; sinó que aquella era buena carne vendida por hombres de conciencia. Entre tanto no quitábamos los ojos de la vela que teníamos á la vista, y obser-

vando que dirigía su rumbo en la misma dirección que nosotros, no quise molestarme en estar mirando con el telescopio. Ya veíamos el casco desde la cubierta y era un pequeño buque armado de bergantín y de marcha más lenta que la nuestra. No tenía interés en darle caza, creyéndole algún pequeño barco de Australia para Valparaíso, con menos marineros de los que necesitaban y por tanto nada teníamos que esperar de ellos. Sin embargo *La Estrella de la Mañana*, como animado por su vista, marchaba de vez en más y pronto estaríamos á distancia suficiente, para hablarles con la bocina.

Me encontraba al timón, cuando Mateo que había estado mirando al buque con el telescopio dijo volviéndose á mí:

—Sr. Lee, yo creo, *quese* barco que se vé *pualla* lejos, es un barco *e* guerra, y aunque no *pueo* ver la *chiminera* me *paece e* vapor, pues un barco *cuarquiera* no tiene tan *güen* aparejo *comuese*; á más *pa* velero no lleva bastante trapo, pues como caminamos pronto nos echamos encima *der*.

—Mira Mateo, dame el telescopio y toma la rueda; voy á ver lo que es.

Estuve mirando por un rato y comencé á pensar que Mateo tenía razón. Calaba mucho, era muy ancho de manga, de aparejo bajo, pero fuerte y rodaba como una barcaza. Lo miraba con extremada ansiedad, puesto que entre un buque mercante y uno de guerra había una diferencia inmensamente ventajosa para mí, si era lo segundo. Finalmente, distinguí el gallardete que ondeaba en el palo mayor, y mi apatía desde el momento en que lo ví quedó remplazada por una gran excitación. "Si es barco de guerra," me decía; "no me cabe la menor duda que puede prestarme la asistencia que necesito"; y subiendo á las jarcias desenredé nuestra bandera para que pudieran verla bien. Apenas acababa de dejarla libre, cuando ví que el buque dejó flotar al

viento, la Cruz Roja de San Jorge; pocos momentos después acortaba vela y no podía ver lo que hacían á bordo, encontrándose casi en línea recta con nuestro rumbo; y no quise hablar hasta que veinte minutos más tarde, veía que la gente de á bordo vestían uniforme.

—¡ Un cañonero inglés! grité.

—¡ Hurra! exclamó Mateo con un tono de voz que me recordó al pobre Sinet.

—Se echan un poco á estribor, Mateo déjale ir un punto á babor; y llamando á Rosa la dije:

—Vida mía, ponte á la rueda y deja el barco marchar como va ahora.

Al poco rato, Mateo y yo hicimos que el bergantín detuviera su marcha, para ponernos á distancia á propósito para poder hablar.

Era un cañonero inglés, como de ciento ochenta toneladas; muy fuerte y pesado para su tamaño; armado de bergantín y rodaba de tal modo que por momentos ponía á nuestra vista toda su cubierta. Á popa se veían algunos hombres con uniforme y cuyas mangas de las levitas, estaban adornadas con los galones que indicaban sus grados; á proa, agrupados, nos miraban muchos marineros con los brazos cruzados y con la indiferencia peculiar que distingue á los hombres que viven de sueldos del gobierno. Desde lejos, el cañonero hacía ver la extremada limpieza que caracteriza los buques de la Armada Inglesa; los bronces reflejados por el sol, brillaban como de fuego, la cubierta parecía tan blanca como el papel, y sus pesados cañones le daban un carácter formidable al fuerte y ancho casco, que tenía un aparejo capaz de servir para un buque de seiscientas toneladas. El comandante que estaba en la popa se separó un poco de los otros oficiales, y me gritó con la bocina.

—¡ Eh! ¡ el bergantín!

—¿ Qué hay ?

—¿ Por qué tiene Vd. la bandera á medio mástil ?

—Porque necesitamos socorro. No somos más que dos hombres en el bergantín.

—¿ De dónde vienen y á dónde van ?

—Venimos de un cayo desconocido que se halla á 98°, O. y 33°, S. y vamos á Valparaíso.

Mi contestación pareció aturdir á aquel buen Sr., quien retirándose la bocina de la boca miró atentamente al bergantín ; y por sus gestos deduje que se creía burlado, y volviendo á hacer uso de la bocina gritó :

—¿ De dónde dice Vd. que viene ?

—De un cayo desconocido á los 98° O. y 33° S.

—Voy á mandar un bote á bordo de su barco ; volvió á gritar.

En un momento se oyó el chirrido de la cadena que arriaba el bote ; una docena de hombres corrieron á popa, un segundo más tarde comenzaron á remar hacia el bergantín, y apenas tuve tiempo para arriar la escalera cuando ya estaba á nuestro costado.

No ha habido un marinero en el mundo que haya admirado tanto como yo, á los buques de guerra ingleses ; sé su historia hasta el más mínimo detalle y jamás he visto uno de ellos sobre las aguas, sin que mi corazón se haya henchido de orgullo, por ser de la misma nacionalidad que los corazones de roble que laten sobre él. Quizás esa misma manera de pensar, por mi parte, haya sido causa de que observe el orgulloso desdén y arrogancia con que un oficial de la marina de guerra, trata á los de la marina mercante. ¿ Será por qué ignoran que los capitanes y pilotos de buques mercantes saben sus deberes también como ellos, y que en muchas ocasiones les sobra pericia y buen juicio para guiarles ? ¿ ignorarán también, que á los oficiales de buques mercantes

están confiadas las vidas y propiedades de una gran parte de los habitantes del globo ; mientras que ellos no tienen sino el mérito de destruirla ? La sóla diferencia entre ambos ; es que los unos reciben paga del gobierno y tienen un hermoso buque á su cargo con un sin número de oficiales ; y el marino mercante, es pagado pobremente por compañías privadas, y no puede depender en más que en su propio discernimiento y buen juicio para guiar su buque.

Cuando el oficial del cañonero me hizo el honor de saltar sobre la cubierta de *La Estrella de la Mañana*, por saludo, ó mejor por excusa de saludo, movió el dedo pulgar como si hubiera querido tocar su gorra, y con aire orgulloso y despreciativo me preguntó :

—¿ Cuál es su intención al decir que viene de un cayo ?

En contestación le relaté punto por aguja lo que nos había sucedido, á lo que él me contestó :

—Deseo ver los papeles del buque.

Le supliqué que viniera conmigo á la cámara y poniéndoselos sobre la mesa, después de examinarlos cuidadosamente siguió diciendo :

—Hágame el favor de abrir una de esas escotillas.

—Eso puede Vd. hacerlo ó mandarlo á hacer ; no tengo más que un hombre y está al timón, le contesté.

Creyendo que podía hacer tal exigencia, había mandado á Mateo al timón, y entonces el marino de guerra, llamó á uno de sus hombres que abrió la escotilla mayor, miró para abajo y después de convencerse que estaba llena de madera, volviéndose hacia mí, exclamó :

—¡ Es lo suficiente ! y ahora, Sr. Lee, ¿ qué ayuda necesita Vd. de nosotros ?

—Me alegraría que Vds. me prestasen algunos hombres para llevar el buque á Valparaíso.

—¿Tendría Vd. bastante con cuatro?, me dijo echando una mirada en derredor.

—Cuatro hombres, es todo lo que necesito.

Sin decirme una palabra más, se fué para el costado del bergantín y saltó en su bote.

El disgusto que me causaron las maneras insolentes de aquel hombre, fué tanto, que reprimió la felicidad que había experimentado al ver el cañonero y creer que me darían socorro; y hasta por un momento me fué indiferente que me auxiliaran ó no. El bote no tardó más de seis minutos en ponerse al costado de su buque, y cuando el subteniente subió á bordo observé que se pusieron á hablar con animación. En aquel momento, uno de los oficiales desplegó una carta y todos los jefes agruparon las cabezas para mirar á ella.

El cañonero presentaba una hermosa vista: rodando sobre el agua, se reflejaba en ella como en un espejo de fondo verde; mientras que por todos lados la mar se extendía hasta el horizonte tan azul que se confundía con el puro de los cielos, y de cuando en cuando, por un balance dejaba ver casi toda la hélice. Pocos momentos después, algunos de los hombres que habían venido en el bote subieron á bordo, otros les remplazaron y en vez del áspero subteniente, ví que el teniente se hacía cargo del bote; se colocó á la popa, y remado por diez hombres, lo suficiente para tripular una fragata francesa, se puso en marcha hacia la *La Estrella de la Mañana.* Yo esperaba á mi nuevo visitante apoyado junto á la escalera, y en un momento atracaron á nuestro bergantín. El teniente era un hombre alto, bien formado y elegante, muy quemado por el sol, con un aire franco y agradable y animado por grandes y expresivos ojos negros. Al subir á la cubierta, tocándose la gorra con la mano, y levantándola á la vista de Rosa, me preguntó:

—¿ Es Vd. el jefe de este bergantín ?

—Servidor de Vd., le contesté sintiéndome menos agresivo al ver la manera amable con que me dirigió la palabra, y cuya altivez, aunque un poco marcada estaba muy lejos de pecar en la petulancia del subteniente.

—Le traigo á Vd. cuatro hombres que le ayudarán á hacerse á la vela para el puerto hacia el cual se dirige el bergantín de S. M. B. *El Devastador.* Procuraremos hacerle compañía durante el viaje ; pero las instrucciones que tengo le autorizan á Vd. á marchar delante en el caso que su bergantín pueda hacerlo, lo que pongo en duda.

Después, el teniente fué al costado, llamó á sus hombres y ocho de ellos fuertes como murallas, subieron á la cubierta y se formaron en línea ; llamó á cuatro por sus nombres y estos se separaron del resto.

—Estos son sus hombres.

Los miré y dije para mí : " ¡ Qué felicidad si la marina mercante pudiera contar con hombres tan fornidos y obedientes como estos ! ; " subieron sus hamacas y petates del bote, y en un momento quedaron instalados en su nueva casa flotante.

—Ahora ; dijo el teniente mirando al trinquete, si Vd. tiene por ahí algún mastelero de reserva, mientras esta gente están aquí lo pondrán : por lo que veo, de la manera que está ese palo no puede servirle de nada.

Aunque no había reservas que pudieran servir de mastelero de tope, le dije que el mejor servicio que podrían hacerme, era cruzar las vergas de gavia y las reales, y poner las jarcias en orden. Habló con uno de sus hombres ; y dirigiéndose al costado pidió una carta á uno de los que estaban en el bote y cuando la tuvo en la mano, me preguntó :

—¿ Tiene Vd. algún inconveniente en marcarme en la la carta, la posición de la isla que Vd. ha encontrado ?

Le invité á que pasara conmigo á la cámara, donde encontrámos á Rosa de pie junto á la mesa, la que al vernos entrar, se disponía á retirarse cuando el teniente políticamente la suplicó que no se retirara por él, y de la manera más delicada, y en el tono más franco, comenzó á hablar con ella. La expresó las simpatías que sentía por los sufrimientos que había experimentado, y después la congratuló por la esperanza que debía tener en que el bergantín llegase en breve á Valparaíso, sin sufrir ningún contratiempo. Parecía haberse impresionado, como no era posible dejar de suceder, por la belleza y distinguidas maneras de Rosa y sus contestaciones á las muchas preguntas que él la hacía, lo cual contribuyó á que formase el mejor concepto de nosotros ; y como consecuencia, sus maneras cambiaron hasta dirigirnos la palabra del modo más amigable y cariñoso. Parecía haber olvidado que llevaba uniforme, ó mejor, recordando los deberes que éste le imponía, me hizo amistosamente mil preguntas, y dejó ver la sorpresa y sentimiento que le inspiraba el sin fin de aventuras que nos habían ocurrido durante tan pocos días. Tomó del vino que Rosa nos puso en la mesa, y después abriendo la carta, y dándome un lápiz, me indicó que marcase sobre ella el punto donde yo creía que se hallaba el cayo ; seguro de que recibirían órdenes para hacer un reconocimiento de él. De acuerdo con las observaciones que hice en la *Sirena* y el rumbo que llevámos antes de llegar y después de dejar la isla, marqué unas líneas, y el punto probable donde yo creía que se hallaba. Me dió las gracias, nos estrechó las manos y salímos para la cubierta, donde sus marineros habían terminado el trabajo y esperaban nuevas órdenes. Saltó al bote y dejándome los cuatro hombres, marchó con los seis restantes.

Si habían encendido ó no las fornallas del cañonero no lo sé ; pero sin la menor duda cuando nosotros lo alcanzá-

mos, marchaba á la vela, y en aquel momento una columna de humo negro salía por su chimenea y con toda probabilidad tenían listas las máquinas para marchar á nuestra vista. Esperé hasta el momento en que el bote quedó izado en los pescantes del cañonero, y entonces mandé á uno de los marineros al timón para que Mateo informara á los otros de cuanto necesitasen, y ordené hacer brazas á la verga mayor. En un momento, el bergantín rompió la primera ola; y la espuma comenzó á volar en sus costados.

—¡ Largad la gavia de trinquete ! grité.

Dos de los marineros subieron arriba, y como yo estaba acostumbrado á los perezosos movimientos de los hombres en los buques mercantes, pude admirar la ligereza y buen acierto que distingue á los primeros. Ordené algunas otras maniobras y *La Estrella de la Mañana* bajo todos los trapos que necesitaba, dividía las ondas y la espuma llegaba casi hasta lo alto de los imbornales.

El cañonero había comenzado á marchar antes que nosotros; pero en aquel momento lo estábamos pasando, y parecía que no se movía sobre las aguas. El humo salía en densas nubes por la chimenea, y cuando balanceaba, podía verse la hélice que se revolvía lánguidamente. Marchaba con las máquinas; pero se notaba que estaban faltas de vapor.

—Temo, le dije al hombre que estaba al timón; que tenga que largarnos un cable y llevarnos á remolque si quieren que les hagamos compañía.

—No tenga Vd. cuidado por ese lado; *El Devastador* no tiene bastante marcha para ponerse á regatear con este bergantín; necesita un huracán para hacerle marchar.

En verdad; cualquier marinero hubiera reído de ver aquel buque bambolearse, cabecear y azotar el agua con su aplanado casco, como si fuera un gran balde arrojado desde

la cubierta; pero me sorprendió que nunca embarcaba ni una gota de agua, á pesar de que si hubiera ido con las vergas cuadradas, de seguro que hubiese arponeado la mar. Cuando me encontraba ya delante del cañonero, pregunté con la bocina si debía ó no cortar vela; pero de momento me contestaron:

—Nó, déjele marchar; nosotros tendremos vapor y le daremos caza.

Algunos minutos después, ya no nos molestaba el humo de su chimenea, y media hora más tarde, lo teníamos dos millas á popa bamboleándose perezosamente como una boya. Poco antes de la puesta del sol ya les habíamos perdido de vista; *La Estrella de la Mañana* impelido por las hinchadas velas, se deslizaba gallardo sobre las aguas en medio de la bruma que levantaba de las olas al romperlas. De cuando en cuando, una saltaba sobre el castillo cayendo á la cubierta en deslumbradora cascada al reflejo de los rosados rayos del astro del día, en el momento que se ocultaba en el poniente.

* * * * * *

Desde aquel momento, no tuve que tomar apuntes de aventuras en mi libro de memorias; y solamente recuerdo, que el tiempo estaba hermoso, la brisa fresca y con cinco hombres elegidos, á mis órdenes.

La Estrella de la Mañana hizo su entrada triunfal en Valparaíso, á cuyo puerto llegámos á los nueve días y cinco horas desde el momento que nos hicimos á la vela en el cayo, sin haber encontrado más que una calma que duró tres horas, seguida por una fuerte brisa del S.

Poco después de llegar á la espaciosa bahía flanqueada por majestuosas, pero desnudas montañas, con el Almendral al E., y algunas casas esparcidas aquí y allá á lo largo de la playa; inmediatamente, llevando conmigo los papeles del

bergantín, fuí para tierra á presentarme al cónsul á quien hice la relación de lo acaecido durante el viaje.

El cónsul era amigo de los consignatarios del bergantín, uno de los que, según me dijo, era de la familia de los dueños, y que él lo creía ser el nido de la avaricia. Me prometió acompañarme á casa de los consignatarios al día siguiente; y como había escuchado con gran interés toda mi relación y los detalles que le había dado con respecto á Rosa, me indicó que tendría gran placer en acompañarme hasta el bergantín.

Fuimos juntos, y del modo más político y amigable, nos ofreció su casa como residencia durante el tiempo que permaneciéremos en Valparaíso; prometiéndonos la más cariñosa acogida por parte de su esposa. Además, tengo que agradecerle sus buenos oficios cerca de los consignatarios del bergantín, de quienes consiguió para mí una gratificación de setecientas libras, doscientas treinta para Mateo, y expléndidos presentes de objetos y dinero para los cuatro marineros de guerra. Con aquel dinero tomé un magnífico camarote para Rosa y yo, á bordo del hermoso buque de mil quinientas toneladas *El Chimborazo*, el que se hizo á la vela para Liverpool á los veintiún días de nuestra llegada á Valparaíso.

Aquel tiempo lo pasámos en buscarnos distracciones, recibir y hacer visitas, hacer algunos paseos por el campo, una excursión á Santiago, y celebrar el día más feliz de nuestra vida; en una palabra, Rosa y yo quedámos unidos para siempre con los lazos del himeneo.

El Devastador entraba en la bahía cuatro días después que nosotros botámos el ancla. Estando el cañonero en puerto el día de nuestro casamiento, entre los convidados, el cónsul invitó al comandante, teniente y subteniente, que nos honraron con su presencia en la fiesta que celebrámos.

Aquel día fué el más feliz que registra mi memoria; pero al recordar á los concurrentes la pérdida de la *Sirena*, la triste suerte de mi amigo Tomás, la muerte de Sinet, y la desaparición de todos mis compañeros; en el momento de dar las gracias por nuestro milagroso escape y la hospitalidad con que habíamos sido recibidos en Valparaíso; mi voz se extinguió y una cosa igual á una lágrima apareció en mi mejilla. Mi elocuencia se suspendió por un instante, para dar lugar á un estrepitoso y entusiasta aplauso, el que terminó por la inesperada aparición del buen Mateo, que de pie y arrojando el sombrero al aire exclamó:

—¡ *Quiá* Dios *Ornipotente* que nos ha *sarvao*, que todos *siámos* felices!

FIN



MISTERIO....

NOVELA ORIGINAL ESCRITA EN INGLÉS BAJO EL NOMBRE DE "CALLED BACK"

Por HUGH CONWAY

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR
JOSÉ MARTÍ

NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

[A]

Geografías, Mapas, Cartas, Etc.,

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

La Geografía Científica. Un tomo de 171 páginas, con mapas y diagramas; encartonado y uniforme con nuestra serie de Cartillas de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

La Cartilla que hemos publicado bajo este título, por Grove, es la primera de su clase en los países españoles é hispanoamericanos. No es la geografía de este ó de aquel país, ó de tal ó cual estado, sino la geografía propiamente dicha, la Geografía como ciencia; y bajo este punto de vista, no está lejano el día en que se comience á enseñar á los jóvenes La Geografía Científica. Sin el conocimiento de los rudimentos de esta ciencia, ¿cómo se podrá jamás llegar con provecho al estudio y menos aún, al conocimiento de la geografía patria ni de la universal?

II.

Geografía Elemental, la Novísima, de Cornell. Traducida por Veitelle, corregida y adicionada recientemente por varios profesores. Un tomo en 4° menor, 71 páginas, con nuevos mapas, muchas láminas. Undécima edición corregida. Encartonada. Precio, 30 centavos.

Obra adoptada como texto en las escuelas de varias repúblicas hispanoamericanas.

La undécima edición, es más completa que todas las anteriores. Lleva al fin un *Cuestionario* de mucha utilidad práctica; y se la ha mejorado generalmente en la parte material.

En grandes cantidades, la facturamos á precios *netos*.

III.

Geografía de Smith, ó Primer Libro de Geografía Elemental, dispuesto para los Niños. Adornado con cien grabados y catorce Mapas. Por Asa Smith. Traducido del inglés y adaptado al uso de las Escuelas de la América del Sur, las Antillas y Méjico, con Adiciones, por Temístocles Paredes. La nueva edición

está adornada con más de 100 grabados, 18 mapas y un cuadro cromo-litográfico de las banderas de todas las Naciones. La obra ha sido enteramente refundida y arreglada por varios profesores. Es la única que conserva el plan original del autor y la ortografía Castellana moderna de la Academia. La nueva edición se vende á 50 centavos.

Esta obrita se ha preparado expresamente para el uso de las Escuelas Primarias. Examinándola, se hallará sumamente simple y fácil. Las definiciones de las divisiones naturales de la superficie de la tierra, son breves, las ilustraciones atractivas, los mapas claros y hermosos y el todo arreglado á la capacidad de los jóvenes estudiantes.

Los libros de Geografía de Smith que se han publicado en inglés, son las obras más populares para los niños en los Estados Unidos.

La Geografía de Smith publicada por esta casa, es la única autorizada por el autor. Multitud de ediciones inferiores y fraudulentas, se han hecho de ella; pero ninguna ha logrado los resultados que la nuestra, de la cual hemos publicado ya numerosas ediciones y cuya impresión se hace por millones de ejemplares.

La edición especial para la República Argentina, contiene un cuadro cromo-litográfico de Prohombres de aquel país.

IMPORTANTE.—Esta Geografía, si se ordenan grandes cantidades, se factura á precio *neto.*

IV.

Nociones de Geografía Física. Por ARCHIBALDO GEIKIE. Un tomo de unas 150 páginas, con láminas. Encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 20 centavos.

V.

Nociones de Geografía Antigua ó Clásica. Por TOZER. Un tomo encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

Aunque de ésta como de otras muchas de nuestras CARTILLAS, se han hecho traducciones y reimpresiones que abundan en el mercado á precios sumamente bajos; en nuestro deseo de completar la serie de CARTILLAS, que venimos publicando desde hace muchos años, y de hacer una edición legítima y completa, de una buena traducción castellana, hemos dispuesto llevar á cabo la de ésta obrita, que está ilustrada con mapas y arreglada á los Planes de Estudios de España y de la América española.

VI.

Libro Segundo de Geografía Descriptiva. Por D. RAMÓN PÁEZ. Destinado á seguir al PRIMERO DE SMITH. Adornado con doce grandes Mapas enteramente nuevos y multitud de grabados. Forma un tomo de unas 100 páginas grandes, y la NUEVA EDICIÓN DE 1886, no obstante las grandes mejoras, se vende al mismo precio de $1.25.

Edición Enteramente Nueva, corregida y aumentada, conforme á los últimos datos estadísticos y cambios políticos, y arreglada al uso de las escuelas hispanoamericanas.

VII.

Geografía Superior Ilustrada de Appleton. "*La mejor de cuantas se conocen hasta ahora en español.*" Un hermoso tomo de 156 grandes páginas, con numerosos grabados y mapas coloreados, impreso en papel fino y satinado. Precio, $2.00.

El libro ha sido escrito con un espíritu imparcial para los PAÍSES DE AMÉRICA Á QUE ESTÁ ESPECIALMENTE DESTINADO, y ni las antigüedades de sus primeras épocas, ni las maravillas y riquezas útiles de su suelo, ni su interés actual y porvenir, fueron desatendidos un solo momento en su preparación, compuesta en estricta obediencia con los adelantos de la *educación moderna.*

VIII.

Geografía Física Superior de Appleton. (GEOGRAFÍA FÍSICA UNIVERSAL.) Un tomo de 120 grandes páginas, con numerosos grabados, mapas de colores, diagramas, etc. Impreso en papel satinado fino y bien encuadernado. Precio, ——.

Esta obra, escrita en inglés por los más notables profesores de la materia en los Estados Unidos, encierra todos los descubrimientos y adelantos hechos hasta el día en ésta ciencia. Está á la altura de las mejores obras de su clase escritas en otras lenguas, ventajosamente puede competir con todas, y *es la mejor que en su género se ha publicado en castellano.*

IX.

Mapas Mudos de Cornell. Juego de 13 Mapas Mudos, con los Lugares marcados con números en vez de sus nombres. Precio, $15.00.

No. 1. Mapas Mudos (Pliego-doble), comprendiendo los Hemisferios Occidental y Oriental, Diagramas de los Meridianos y Paralelos, Trópicos y Zonas, los Hemisferios del Norte y del Sur, y las Alturas de las Montañas principales.

No. 2. La América del Norte.

No. 3. Los Estados Unidos y Canadá.

No. 4. Los Estados Occidentales y Centrales, con planos grandes de las ciudades de Boston y Nueva York y sus alrededores.

No. 5. Los Estados del Sur.

No. 6. Los Estados Occidentales.

No. 7. Méjico, América Central, y Las Indias Occidentales, con planos grandes del istmo de Nicaragua y las Grandes Antillas.

No. 8. La América del Sur.

No. 9. Europa.

No. 10. Las Islas Británicas.

No. 11. Europa Central, Meridional y Occidental.

No. 12. Asia, con planos grandes de la Palestina y las Islas de Sandwich.

No. 13. África, con planos grandes de Egipto, Liberia y la Colonia del Cabo.

Cada juego va acompañado de una cartera y una clave.

Clave de los Mapas Mudos de Cornell. Para uso del Maestro. Un tomo de 59 páginas en 12°. Precio, 50 centavos.

Mapa Mudo, No. 14, de la República Argentina, con Clave especial. Precio, $1.00.

X.

Mapa General de la República Argentina y Països Limítrofes. El ejemplar en papel cartulina, artísticamente coloreado, $12.00.

XI.

Mapa-Carta de la Isla de Cuba. Con el mar y las divisorias provinciales en color, papel cartulina, $8.50. El mismo, forrado en tela, barnizado, ribeteado, montado en cañas, $10.00.

XII.

Mapas para Escuelas y para Oficinas en General.

Proyectados por Colton y Cía., Publicados por D. Appleton y Cía.

I. Hemisferio Oriental cuyo tamaño es de 40 por 35 pulgadas.

II. Hemisferio Occidental, de tamaño y condiciones iguales á los del precedente.

Estos mapas contienen, no solamente el dibujo principal, sino otros accesorios, colocados en los ángulos y espacios libres, cada cual completo en su género; como los Hemisferios Norte y Sur, los de agua y tierra, los del Atlántico y del Pacífico y otros que determinan las corrientes del Océano, las cuencas de desague, vientos dominantes, temperaturas, productos principales, etc.

III. Europa—cuyo tamaño es de 40 por 40 pulgadas.

IV. Asia—de iguales dimensiones que el anterior.

V. África—de 40 por 35 pulgadas.

VI. América del Norte—de tamaño igual al del precedente.

VII. América del Sur—de idénticas dimensiones que los anteriores.

VIII. América Central—abraza los tres canales ó vías interóceanicas.

Cada uno de estos mapas de las grandes divisiones del mundo, lleva perfiles que presentan las principales alturas de cada país, y otros hechos en analogía con la materia, todos ellos sobre la misma escala vertical para facilitar la comparación.

XIII.

Cuadros Murales, compuestos por Marcio Willson y N. A. Calkins, pudiendo usarse, bien por separado, bien como complemento del Manual de Enseñanza Objetiva de Calkins. La colección, montados en cartón. Precio, $14.00.

Son trece cuadros de *Dibujo y Perspectiva*, *Líneas y Medidas*, *Formas y Sólidos*, *Colores*, *Escala Cromática* (de los Colores), *Zoología:* partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª; y *Botánica:* partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª. Todas las figuras de estos cartones, están coloreadas y sombreadas, y á su incuestionable utilidad reunen las cualidades de adorno y belleza en los planteles de enseñanza. Son un medio eficaz para iniciar á los jóvenes en el conocimiento elemental de estas Ciencias, despertar en ellos el amor á estudios más completos de cada una de ellas y muy particularmente de la Zoología y de la Botánica.

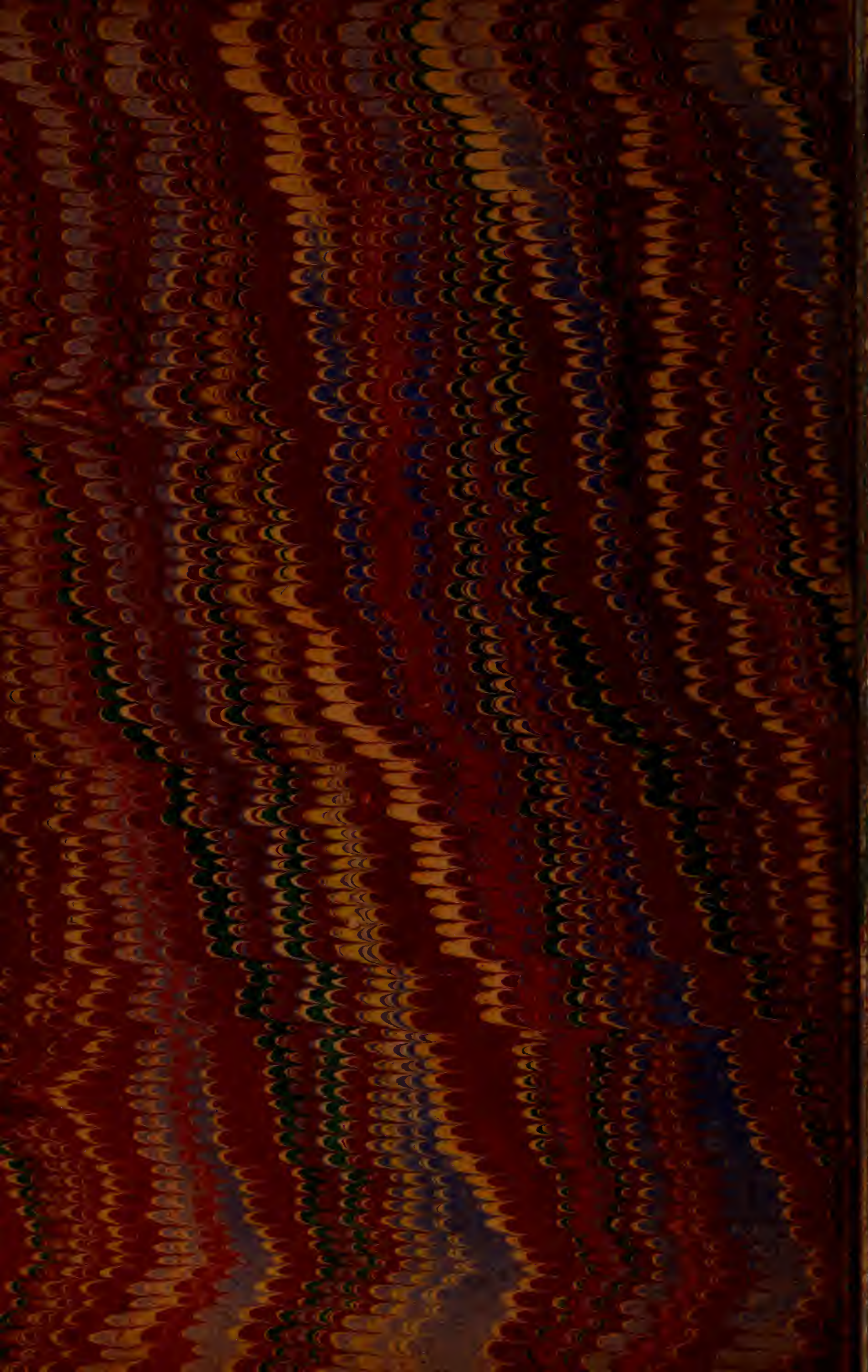
XIV.

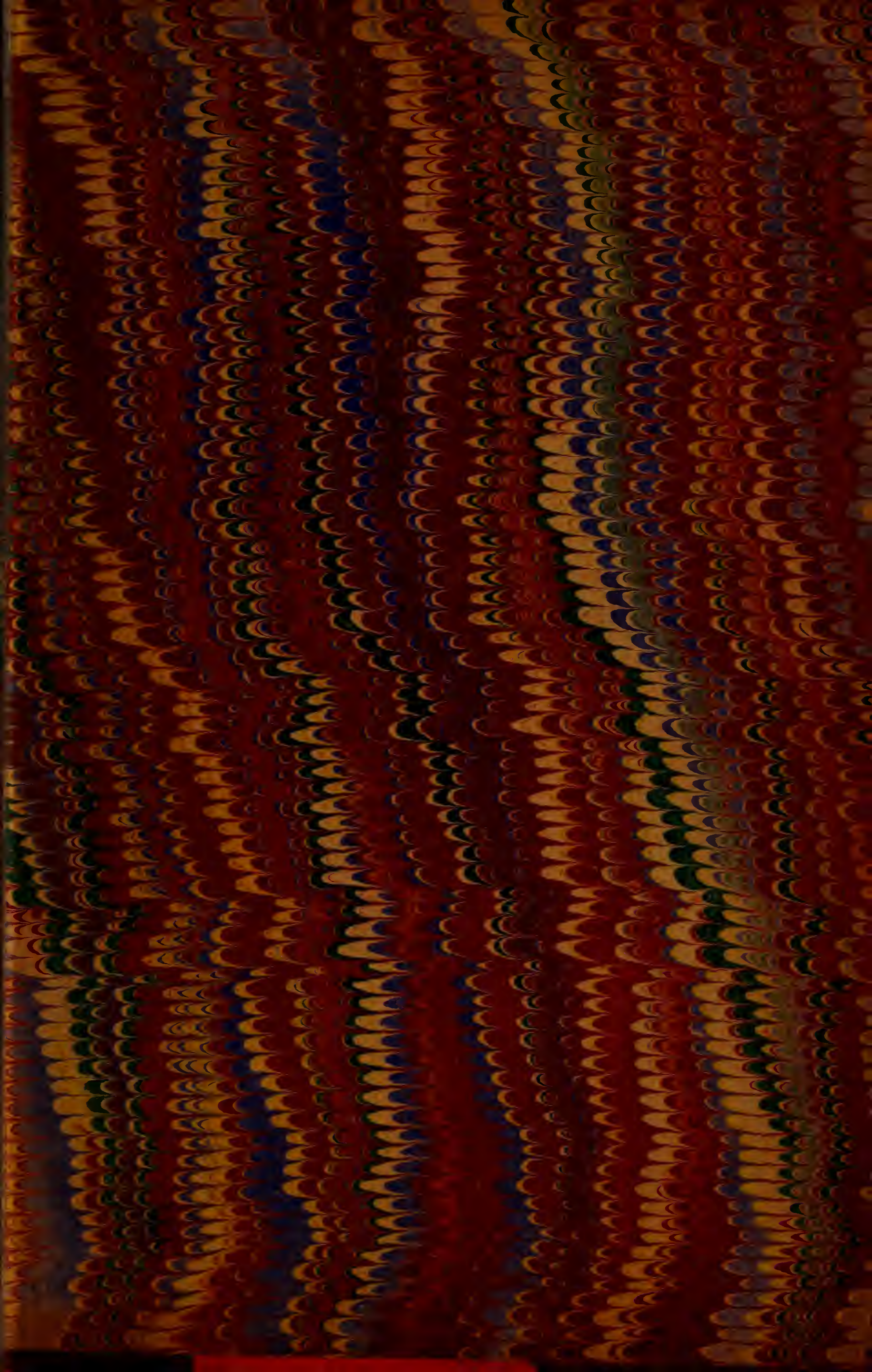
Cartones de Appleton para el Estudio y Práctica del Dibujo de Mapas. Arreglados para ser adaptados á cualquiera geografía y muy especialmente á la Superior Universal de APPLETON. La colección de cartones y diagramas con instrucciones completas, todo colocado en una cartera de papel, 75 centavos.

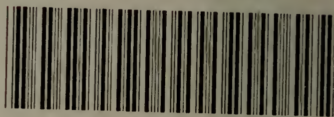
La serie se compone de seis diagramas con instrucciones para dibujar los mapas de la América del Norte, América del Sur, Europa, Asia, África y Australia, y quince cartones en los cuales los paralelos y meridianos, están calculados para construir los mapas siguientes:

1. HEMISFERIO OCCIDENTAL.
2. HEMISFERIO ORIENTAL.
3. AMÉRICA DEL NORTE.
4. ESTADOS UNIDOS.
5. MÉJICO.
6. AMÉRICA CENTRAL.
7. LAS ANTILLAS.
8. AMÉRICA DEL SUR.
9. COLOMBIA, VENEZUELA Y GUAYANAS.
10. ECUADOR, PERÚ Y BOLIVIA.
11. REP. ARGENTINA, URUGUAY, PARAGUAY Y CHILE.
12. EUROPA.
13. ASIA.
14. ÁFRICA.
15. OCEANÍA.

Los diagramas, se han preparado con instrucciones para levantar las líneas de construcción, y en los cartones, los meridianos y paralelos están calculados para los mapas de las cinco partes del mundo; y el resto, para los de los países principales de América. Después de haber hecho dibujos aproximados, pueden los alumnos, provistos de ellos, reunir los resultados de sus estudios en Geografía construyendo mapas completos de cada Continente y de países especiales, y llenarlos con tanta minuciosidad como juzguen oportuna.






LIBRARY OF CONGRESS
0 014 529 255 4
